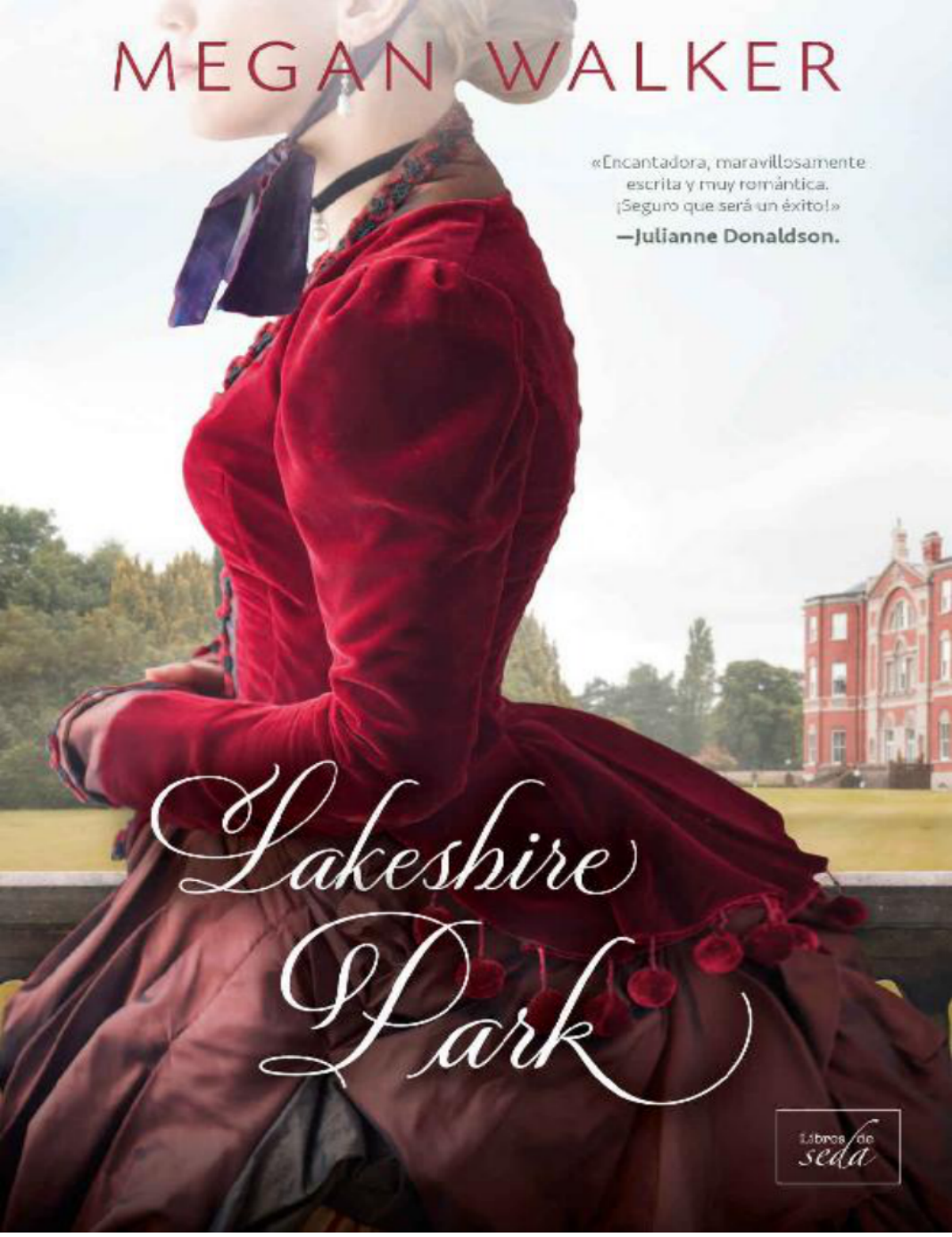
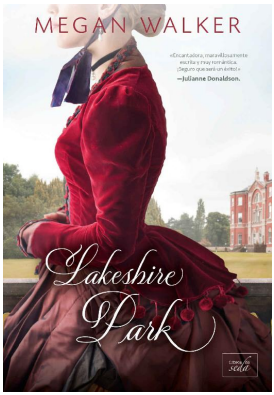

MEGAN WALKER
«Encantadora, maravillosamente escrita y muy romántica. ¡Seguro que será un éxito!»
—Julianne Donaldson.
Lakeshire Park
Libros de seda

© Trisha Shelley Photography

Megan Walker creció en una plantación de bayas en Poplar Bluff, Missouri, donde la imaginación la llevaba a tiempos pasados y mundos lejanos. Mientras estudiaba Educación Infantil, se casó con el amor de su vida y formó una familia. Pero las historias que imaginaba ambientadas en la época de la Regencia no la abandonaron, así que decidió ponerse a escribir. Lo demás ya es historia. Vive en St. Louis, Missouri, con su marido y sus tres hijos.



Una situación desesperada y una salida inesperada. ¿Logrará Amelia asegurar el futuro de su hermana y salir airosa de semejante enredo?

Lo único que Amelia Moore quiere es asegurar la felicidad futura de su hermana menor, Clara. Sabe que cuando su padrastro muera, ambas se quedarán en la calle, sin familia y sin un céntimo. Por eso, la invitación para pasar un par de semanas en Lakeshire Park le parece la última oportunidad para lograr que su hermana conozca al anfitrión, *sir* Ronald, y que este se enamore de ella. Si lo logra, su hermana tendrá un futuro.

Lo que Amelia no esperaba era toparse con competencia, pues resulta que también está invitado el señor Peter Wood, arrogante y pagado de sí mismo, que busca para su propia hermana lo que Amelia desea para la suya. La rivalidad entre Amelia y Peter dará paso a una situación que ni mucho menos esperaba: ver en peligro su corazón. ¿Sucumbirá a lo inesperado? ¿Qué pasará con las hermanas?

Lakeshire Park

Lakeshire Park

Originally published in English under the title: *Lakeshire Park*

Copyright © 2020 Megan Walker
Spanish translation © 2021 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Shadow Mountain Publishing.
ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.
Published under license from Shadow Mountain.

© de la traducción: Noelia Pousada

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Lee Avison/Trevillion Images (portada)

Primera edición digital: octubre de 2021

ISBN: 978-84-17626-60-0

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MEGAN WALKER

Lakeshire Park

Libros de seda

A mi Simon,
rey de la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales,
por enseñarme todo lo que sé
sobre la esperanza, el valor y el amor verdadero.

Capítulo 1

Brighton, Inglaterra, 1820

Prolongué el último acorde un tiempo más de lo necesario. He aquí otra mañana inmersa en la canción de mi padre. Cuando estaba vivo, yo interpretaba esta melodía una y otra vez mientras él leía la correspondencia por la mañana y seguía el ascenso y el descenso de las notas entre canturreos. Ahora, si lograba tocarla de la forma adecuada, casi tenía la sensación de que podía oírlo, de que podía sentir ese júbilo tan propio de la niñez, cuando las inquietudes son escasas y el futuro se presenta repleto de esperanzas.

No obstante, el fin de la canción y el sonido del reloj me indicaron que había llegado el momento de que me preparase para la llegada de mi padrastro, lord Gray, que pronto regresaría de su baño diario en el mar, pero yo era reacia a renunciar a mi libertad.

Coloqué la banqueta en su sitio y tomé mi costurero del asiento junto a la ventana, donde había estado trabajando antes. Recogí con esmero todos los hilos rebeldes y me cercioré de ahuecar el cojín y dejarlo tan limpio como lo había encontrado. La luz dorada que se filtraba por el cristal me invitaba a rezagarme en aquel rincón: alcé el rostro para que me diera el calor del sol y busqué instintivamente con la mirada la residencia costera del príncipe regente, el Royal Pavilion, que se veía en la esquina superior derecha de la ventana. Dicho edificio, cuyas exóticas cúpulas y minaretes penetraban en el cielo despejado de Inglaterra, se erguía sobre la colina a menos de medio kilómetro de Gray House. Cuánto me gustaría pasear por el interior de aquellos muros y con la seguridad y la tranquilidad que debe de otorgar un estilo de vida tan majestuoso...

—Brighton difiere levemente de Londres, ¿no crees? —preguntó Clara, cuando nuestros reflejos se encontraron en la ventana.

—Resulta un poco más excéntrico, sin lugar a duda —respondí, y me volví en dirección a mi hermana pequeña—, pero he de conceder que está mucho menos atestado de gente.

Clara suspiró.

—¿Me creerías si te confesase que ya extraño la temporada? La sociedad, las cenas, los bailes que se alargaban hasta la mañana siguiente…

Una sonrisa le llegó a los ojos por primera vez desde nuestro regreso a Brighton hacía tres semanas, y también yo dejé escapar un suspiro de felicidad:

—Y adormecerse en el carruaje, con el galope de los caballos contra los adoquines.

¿Cuándo me había quedado dormida con tanta facilidad? Hacía años, tal vez, antes de que la vida comenzase a golpearnos, como si con palas nos azotara hasta conseguir arrancar nuestras raíces de la tierra.

Clara se mordió el labio.

—Tenía la certeza de que nos llegarían noticias de… cierta persona.

—Así será.

Le acaricié el brazo y le dediqué mi más sentida sonrisa, pero mis palabras me llegaron a los oídos teñidas de falsedad. Habían transcurrido tres semanas sin que recibiésemos visita alguna, y aunque habíamos conocido a un gran número de caballeros que reunía las cualidades deseadas y que vivía a una distancia razonable de Gray House, nuestra puerta seguía sumida en el silencio.

—Amelia —dijo Clara, con voz contenida—, ¿qué haremos si…? ¿Qué sucederá si ninguna de las dos contrae matrimonio antes de que…?

—No te preocupes por circunstancias como esas.

Le coloqué un rizo suelto detrás de la oreja. Preocuparse era responsabilidad mía.

—La salud de lord Gray ha decaído desde nuestro regreso. Tose sin cesar —comentó Clara, con mirada angustiada y voz alicaída.

—Prometió a nuestra madre que velaría por nuestra seguridad. A pesar de todas sus tachas y de la animadversión que siente para con nosotras, a ella la amaba. Hemos de confiar en que cumplirá su palabra.

Clara bajó la vista, suspicaz.

—¿Acaso no nos permitió gozar de la temporada? Piensa en tu

vestido: hacía años que no teníamos trajes nuevos como estos.

El cielo es testigo de los dolores de cabeza que yo había padecido durante toda una semana, como consecuencia de la forma en la que bramó cuando le expuse nuestra situación, pero si logré convencer a aquel hombre de que sufragase tanto nuestra temporada como nuestra nueva indumentaria, seguramente sería capaz de convencerlo de que hiciese uso de sus contactos en nuestro favor, ¿verdad?

Clara se colocó otro rizo suelto detrás de la oreja.

—La tía Evelyn estuvo a punto de hacer añicos mi vestido de seda cuando lo vio.

—No la llames así; no podemos considerarla nuestra tía.

Fruncí el ceño. Si la familia de lord Gray no nos aceptaba, ¿por qué debíamos aceptarla nosotras? Evelyn había actuado en calidad de carabina en Londres únicamente porque lord Gray le ofreció una ingente suma de dinero a cambio de cumplir con dicha tarea. Sin embargo, nos había relegado tajantemente a permanecer tras ella en todas y cada una de las presentaciones para favorecer a su admirada hija, que caminaba siempre delante de nosotras. Yo debía estirar el cuello para esquivar los rizos de Catherine todas las noches y así poder entablar algo semejante a una conversación, además de forzar una sonrisa cada vez que Evelyn comunicaba a la práctica totalidad de los caballeros que se interesaban en mi carné de baile que me encontraba demasiado indispuesta o exhausta para realizar más esfuerzos esa velada. Catherine, en cambio, complacía con brío a todos mis pretendientes.

Enrojecí al recordarlo. ¿Por qué me había quedado callada? ¿Por qué había adoptado aquella actitud de cohibición? ¿Para que los demás tuvieran más fácil hacerme a un lado? Jamás volvería a ocurrir.

Me enderecé frente a la ventana y traté de reordenar mis pensamientos.

—¿Dónde has estado esta mañana? No te oí llegar.

—Mary me acompañó a pasear por la orilla, pues creía que tal vez el océano conseguiría levantarme el ánimo. El alba, con el canal de la Mancha de telón de fondo, fue sobrecogedor.

La sonrisa de Clara se desvaneció y me percaté de que, por un instante, su mirada se había posado en la residencia del Royal Pavilion. Tenía los ojos decaídos, faltos de esperanza. Que ella anhelase algo que estaba fuera de su alcance me rompía el corazón: saber que mi hermana (que siempre mediaba en favor de la paz, que era la mujer más amable y gentil que conocía) se sentía atrapada en una vida que le habían impuesto era más de lo que podía soportar. Mi

madre se había desposado con lord Gray tras la muerte de mi padre para liberarnos de tales ataduras, pero las cosas no habían salido como esperaba: nuestras preocupaciones no hicieron sino incrementarse cuando también ella se fue de nuestro lado, y ahora recaía exclusivamente en mí el deber de asegurar la felicidad de Clara. Su éxito en sociedad. Su futuro.

—Me temo que lord Gray no tardará en llegar —dijo Clara, aséptica, lo que acabó con nuestro trance en la ventana.

Respiré hondo y el olor rancio y familiar a tabaco me devolvió al presente.

—En ese caso, debemos apresurarnos —respondí, apretándole el brazo y atrayéndola a mi lado.

Prepararse para la llegada de nuestro padrastro se asemejaba a prepararse para un campo de batalla: había que colocar el periódico a su gusto, mullirle los cojines y dejar la caja de puros lista para su uso y disfrute. El más nimio de los descuidos, desde que se nos cayese un libro al suelo a que camináse mos con pasos demasiado fuertes, podía desatar su ira.

Con el costurero en la mano, inspeccioné la estancia para cerciorarme de que todo estaba dispuesto a la perfección: en efecto, sería imposible encontrar una mácula en esta sala, aunque estaba convencida de que lord Gray sería capaz de hacerlo. Como si mis pensamientos lo hubiesen invocado, las puertas del salón se abrieron de par en par, su eco se extendió por toda la casa, y lord Gray entró pisando fuerte, con los hombros encogidos y la mirada fija en su asiento oscuro en la esquina más alejada de la habitación.

—¿Dónde tengo los puros? —exclamó con voz ronca.

—Aquí están.

Deposité el costurero en el asiento junto a la ventana y le hice entrega de su caja de puros, que se hallaba bajo su periódico, junto a su sillón. Sus hábitos eran exactos tarde tras tarde, pero había comenzado a fumar en el salón desde que regresamos de Londres. Si bien detestaba el olor que desprendía, principalmente porque se me pegaba a las ropas y al cabello, ni Clara ni yo nos atrevíamos a mencionárselo.

—¿Qué tal el baño en el mar, padrastro? —le pregunté, con los hombros tensos.

—Frío —masculló.

Sin apenas molestarse en mover la cabeza, encendió un puro y le dio una buena calada. Al fin pareció relajarse cuando se desplomó en su sillón de terciopelo gris.

—¿Desea tomar una taza de té? —ofreció Clara en voz baja y contenida.

—No —gruñó él.

Se encogió de súbito y unos jadeos alarmantes comenzaron a atosigarle el pecho, que contraía y ensanchaba una y otra vez, seguidos de una intensa tos que le producía arcadas y le dificultaba la respiración. El silencio imperó unos instantes, y luego, su voz nos arrolló con la potencia de una ola del océano:

—¿Qué diantres hacéis ahí plantadas? ¿No tenéis quehaceres? Mirad esta sala, pero ¡qué vergüenza! Si una persona respetable se presentase en Gray House, creería que vivimos como ratas.

Hablé con sosiego, a pesar de ver lo furioso que estaba:

—Desde luego, padrastro. Hay que limpiar el suelo, sin duda alguna.

Reculé con cuidado hasta posicionarme frente a Clara y me agaché para recoger unos hilos imaginarios de la alfombra que había bajo el diván, todo ello en honor de unos invitados que jamás vendrían. Se oyó un golpe en la puerta y nuestro mayordomo, el señor Jones, se adentró en el salón e hizo una reverencia.

—Ha llegado una carta para usted, milord.

Clara me miró perpleja y supe que la curiosidad y la esperanza anidaban en ella.

—Dámela —contestó lord Gray con voz firme, y alzó la mano para que se la entregase.

Traté de apaciguar mi corazón mientras él rompía el sello. No había cabida para la esperanza: de eso se había encargado Evelyn. Yo no había querido inquietar a Clara, pero estaba segura de que Evelyn nos había difamado y había propagado rumores falsos sobre nosotras por los círculos que constituían la flor y nata de la sociedad. ¿Por qué otro motivo no habríamos recibido ningún escrito tras una estancia en Londres de dos meses?

Lord Gray dobló el papel con contundencia y dio otra larga calada al puro. Se sobrepuso a otra ronda de jadeos y de esa tos que lo hacía temblar y que casi podía sentir en mis propios pulmones.

—Un té —ordenó con una voz bronca y áspera.

Clara fue incapaz de reprimir un resuello claramente audible y giró sobre sus talones para salir en busca del té casi a la carrera. La temible tos de lord Gray nos había traído a Brighton, o más bien a las propiedades curativas de las aguas del canal de la Mancha, tal y como había hecho el propio príncipe regente. Aunque en un primer momento el médico le había diagnosticado neumonía, tras el fracaso

de todos los remedios administrados y el descarte de todas las opciones, lord Gray se decantó por hacer caso omiso a su médico y nos obligó a desplazarnos a Brighton. Evidentemente, tampoco el océano poseía el mágico elixir para los pulmones.

—Siéntate —espetó, mientras giraba el puro con los dedos y observaba las pavesas en llamas en el borde con los labios fruncidos.

Me senté en el asiento contiguo al suyo y, nerviosa, me puse a estirar la falda de lino rosa de mi vestido.

—Esta misiva la ha escrito *sir* Ronald Demsworth de Hampshire, un hombre elocuente que se ha encandilado claramente con una de vosotras.

Hice un esfuerzo por no quedarme boquiabierta. ¿*Sir* Ronald? ¿El joven risueño de pelo rizado del que Clara hablaba sin parar? ¿El mismo que había heredado tanto un título nobiliario como una mansión comparable al mismísimo Royal Pavilion? Es cierto que se había mostrado particularmente atento con mi hermana en Londres, pero jamás le había escrito a Evelyn para ponerse en contacto con nosotras. ¿Por qué nos escribía ahora?

Lord Gray se aclaró la garganta.

—¿Me vas a escuchar, entonces? No deseo gastar saliva por tu culpa, Amelia, pues ya he malgastado bastante dinero para tratar de brindaros un futuro seguro, empresa que, por cierto, no ha dado fruto alguno, a pesar de haber costeado hasta el último lujo de la temporada londinense. Catherine lleva tres semanas en casa, al igual que vosotras, pero con la diferencia de que ella está a punto de prometerse. He de admitir que me sorprendió que nadie llamase a nuestra puerta, que nadie escribiese para interesarse por ninguna de las dos, pero al fin ha llegado vuestra oportunidad. —Señaló brevemente el papel que sostenía en la mano—. Se trata de nada más y nada menos que un *baronet* que os invita a hospedaros en su residencia dos semanas.

El corazón se me subió a la garganta y sentí un gran alivio al imaginar que podría huir de aquel lugar. Nuestra estadía en Londres había sido tan hermosa que se me antojaba irreal, y había intentado desterrar de mis pensamientos la idea de volver a abandonar Gray House pronto. Sus ojos hundidos perforaron los míos, deseosos de que se lo pidiese, de que se lo rogase. Él era tan consciente como yo de que bajo esta invitación había un significado oculto más profundo, un interés floreciente, y que para nosotras, para Clara, era una oportunidad que superaba con creces nuestras expectativas. También era consciente de que ni Clara ni yo contábamos con el dinero y los

medios necesarios para dar una respuesta afirmativa sin el amparo de nuestro padrastro. Precisaríamos de un carruaje para el viaje, de una sirvienta para las dos y de una paga. Pedir tales cosas, y sobre todo rogar por ellas, no era propio de mí, pero las facciones de Clara irrumpieron en mi mente, con sus ojos apenados, suavizados por el hastío y los sueños frustrados.

—Lord Gray, ha sido usted muy generoso con nosotras —dije, aunque las palabras me dejaron un sabor agrio en la lengua—. Nos ha protegido y cuidado estos últimos dos años tras la muerte de nuestra madre.

Puso los ojos en blanco.

—¿De verdad consideras que lo hago por vosotras? —espetó—. Ninguna de las dos merecéis esta vida, porque por vuestras venas corre sangre de los Moore. No hay lo suficiente de vuestra madre en vosotras para hacer que me preocupe por algo más que por la promesa que hice en lo relativo a vuestra protección, una promesa que morirá conmigo.

Había reiterado lo mismo cientos de veces, pero la herida que me infligía aquel desdén tan llano me escocía y me hacía enrojecer. La mención a la muerte yacía en el espacio que había entre nosotros y la palabra se esparció por el aire con el humo del puro de lord Gray, hasta que ambos se apoderaron de toda la habitación.

Estaba en juego mi propia vida, más frágil e incierta de lo que jamás había imaginado, y mi futuro se estaba agrietando como si de un cristal se tratara. Posé la mirada en la alfombra de un tono gris azulado que había bajo sus pies.

—Comprendo.

—Mírame —ordenó lord Gray con frialdad.

Me obligué a mirarlo a los ojos hundidos y me fijé en sus pómulos, negruzcos y consumidos, en sus labios secos y cortados y en lo ralo de su cabello canoso. Yo quería mirar para otro lado y fingir que no me daba cuenta de la verdad mientras el pecho le subía y bajaba con esfuerzo. Sin embargo, tras seis meses sin rastro de mejora, la realidad resultaba tan evidente que no podía apartar la mirada.

—¿Ha llamado al médico, padrastro?

Sus rasgos pasaron de la cólera a la libertad.

—Ya he consultado al doctor Wyles y me ha comunicado que no es previsible que me recupere —explicó, como si las nuevas supusiesen más un mero inconveniente que un tormento para él—. A diferencia de tu padre, tú eres astuta y, sin duda, podrás deducir que en breve el hermano de Catherine, Trenton, heredará todas mis posesiones y que

vosotras os quedaréis con las manos vacías.

Aquellas palabras me zumbaban en la cabeza como moscas y me emborronaban la vista, a la par que me acosaba una presión en el pecho y los pulmones se me quedaban sin aire.

—¡Que me mires, Amelia! —rugió con urgencia. Me agitó la carta en la cara, con los ojos fríos rebosantes de desprecio—. Mi familia recibirá mi dinero y os dará la espalda cuando yo no esté; así es como deseo que sean las cosas. He sido un iluso al atarme a vosotras dos por el bien de vuestra madre en su lecho de muerte. De no haber sido así, me habría deshecho de vosotras hace mucho tiempo. Esta invitación me induce a ofreceros una última alternativa: iréis a Hampshire y una de las dos consolidará este noviazgo, para que yo pueda reencontrarme con Arabella con la conciencia tranquila.

—S-si… —susurré, sumida en mis propios pensamientos.

Sabía que nuestra presencia lo importunaba y que nuestro padre le había arruinado la vida, pero jamás imaginé que su inquina fuese tan honda. No podía permanecer sentada más tiempo: me levanté del asiento en silencio, aturdida, y las piernas me llevaron instintivamente hasta la puerta.

—Y no tenéis mucho tiempo para prepararos.

Me di la vuelta, toqué el pomo de la puerta débilmente y lo observé dar otra lenta calada al puro.

—¿Cuánto?

—Al parecer, la carta se ha retrasado por el camino. Debéis partir mañana.

Capítulo 2

El ardiente sol matinal me llegaba a través de las cortinas, que estaban lo suficientemente abiertas como para dar paso a un rayo de luz indeseado. Me dolía la cabeza a causa del estrés generado la noche anterior, cuando hicimos acopio precipitadamente de todo lo que necesitaríamos en el transcurso de las dos semanas siguientes. ¿Había dormido algo?

Me estaba frotando la sien cuando Mary entró de puntillas y colocó una bandeja de té en mi mesilla antes de abrir del todo las cortinas.

—¿Qué hora es, Mary? —inquirí, bostezando.

—Acaban de dar las siete, señorita Amelia —contestó, mientras añadía una cucharada de azúcar al té.

Así pues, había dormido tres horas, lo cual no era suficiente, aunque quizá conseguiría conciliar el sueño en el carruaje. Di un sorbo al té caliente y salí de entre las sábanas con la taza en la mano. En el piso de abajo, la tos de lord Gray removía el aire. Era el comienzo de un nuevo día que, en su caso, sería uno de los últimos. Ante tales pensamientos, se me cerró el estómago y perdí el apetito.

—¿Amelia?

Clara entró apresuradamente, ataviada hasta el más mínimo detalle y con el cabello rizado y recogido a la perfección. Tenía los ojos tan radiantes como el sol matutino, a punto de estallar de la emoción.

—Le he pedido al señor Jones que prepare el carruaje. Tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo para cenar en la casa de *sir* Ronald. ¿Te lo puedes creer?

—Lo cierto es que no —dije, sonriente, a pesar de ser consciente de

la verdad implícita en la confesión de lord Gray. Cualquier atisbo de lo precario de nuestra situación arruinaría la fiesta a Clara, y ella se merecía tener la oportunidad de forjar un vínculo sincero con *sir* Ronald, sin que el temor a lo que le depararía el futuro la obligase a ello—. Su casa debe de ser espléndida.

—Oh, estoy segura de que así es. Tiene cinco pisos y dos alas, además de una biblioteca de gran estima para él. Incluso tiene una sala dedicada plenamente al amarillo, su color predilecto, y sus propiedades abarcan cientos de hectáreas de tierras.

Se le iluminaron los ojos al recordar los detalles. Me quedé boquiabierta y me llevó un minuto recuperar el habla.

—¿Cómo sabes todo eso, Clara?

—Bueno, gracias a los bailes y las cenas, por supuesto. Nos escapamos a la terraza alguna que otra vez, y en una ocasión nos ocultamos debajo de unas imponentes escaleras cuando cierta mujer se empecinó en no dejarlo solo. Las grandes fiestas no son de su agrado.

Me reí entrecortadamente con lo que me contaba mi hermana, pues parecía guardar más secretos de los que creía, y sacudí la cabeza, asombrada.

—Ello explica por qué has estado tan melancólica. ¿Te dijo que nos escribiría?

—No estoy melancólica: no somos más que amigos. La señorita Wood, por lo que he oído, colma todas sus atenciones desde hace tiempo, así que no, no me informó de que celebraría esta fiesta, pero, de todos modos, me alegro de que nos haya invitado.

—Entiendo. Bueno, cuando lleguemos, veremos si a la señorita Wood también le ha llegado la invitación. Me parece que *sir* Ronald ha puesto su interés en otra parte.

Le lancé una mirada pícara y ella arrugó la nariz.

—Por favor, no digas esas cosas, Amelia. Lo único que yo anhelo es que él sea dichoso. Prométeme que no tratarás de persuadirlo en mi favor y que no te inmiscuirás en lo que ocurra entre nosotros. Si la señorita Wood es tan afable como he oído, dudo que surta efecto. Sea como fuere, me conmociona que me haya invitado.

—«Señorita Wood». —Resoplé—. Vaya nombre más soso.

—Amelia —dijo, sacudiéndome los hombros con las manos—, prométemelo.

Si tan solo supiera qué entrañaba lo que me estaba pidiendo… No podía mentirle, pero tampoco estaba en condiciones de prometerle tal cosa, por lo que tendría que conformarme con una verdad a medias.

—Prometo no hacer nada que te entristezca, Clara.

Escaleras abajo, el señor Jones nos informó de que lord Gray se encontraba especialmente indispuesto esa mañana y que no podría despedirse de nosotras. No me sorprendió su ausencia, aunque es verdad que me sentí aliviada. Si no nos volvíamos a ver, ¿cuáles debían ser mis últimas palabras? Tenía pocos motivos para agradecerle nada, aparte del sustento y el techo que me había proporcionado, y por eso tampoco estaba muy segura de sentirme agradecida.

El señor Jones nos ayudó a acomodarnos en el carruaje y justo antes de que cerrase la puerta, dijo:

—Lord Gray me ha pedido que les desee buena suerte. Que tengan un buen viaje, señorita Moore, señorita Clara.

—¿Suerte? —preguntó Clara cuando nos alejamos de Brighton—. Me pregunto por qué cree que necesitamos tener buena suerte. Qué hombre tan extraño y peculiar. Me alegro de que volvamos a marcharnos tan pronto.

—Yo también —coincidí, y suspiré mientras escuchaba los chirridos del carruaje—. Lo más seguro es que se refiriera a la travesía —manifesté, como si sus palabras no tuvieran nada que ver con nuestro futuro incierto.

—Sí, pero ello implicaría que ha tratado de mostrarse amable, cuando en realidad lord Gray es el hombre más impasible que conozco —señaló, y emitió un sonido de desaprobación—. Nunca comprenderé por qué mamá lo escogió a él, después estar con un hombre como nuestro padre. Elevar nuestro estatus social no es excusa suficiente para vincularse con una persona de este talante.

Estaba de acuerdo con lo dicho, pero me ahogaba la sensación de que si mi hermana no se ganaba el corazón de *sir* Ronald, yo estaría más cerca de entender los motivos que llevaban a una persona a desposarse con otra por protección, sin reparar en la personalidad del cónyuge.

—Da gracias por no saber del asunto lo suficiente como para hacerte tales preguntas —apunté.

Fui incapaz de reprimir otro bostezo y cerré los ojos. El viaje en coche, en dirección contraria a la morada de lord Gray, con Clara como compañía y el suave sonido de las agujas de hacer calceta de Mary, se me antojó tan reconfortante y hogareño que me quedé dormida de inmediato.

Paramos en una pequeña cantina para almorzar antes de proseguir con nuestro camino, pero, entonces, a pocos kilómetros de Hampshire,

Clara dio un respingo en el asiento.

—¡Mis guantes! ¡Amelia, mis guantes! Me los quité en el almuerzo y los dejé en la cantina.

Me erguí en el asiento.

—¿Estás segura?

—Sí —gimió, y se tapó el semblante con las manos desnudas—. Era el único par de guantes cortos que me quedaba.

Respiré hondo. Nuestra paga era limitada, pero los guantes nos hacían falta, mi hermana no podía llevar los de noche durante el día.

—Tendremos que parar en el pueblo e ir a una tienda.

—Cuánto lo siento, Amelia. ¿Cómo he podido ser tan descuidada? Ahora malgastaremos el dinero en guantes nuevos.

—Es un error de fácil solución y no demasiado caro —le aseguré, aunque también yo gemí para mis adentros. ¿Qué sería de nosotras cuando no nos quedara un centavo en los ridículos?

Pocas horas después, nos detuvimos frente a una hilera de tiendas que se sucedían a lo largo de la amplia calle en el corazón de un pueblecito agrícola. Clara se había quedado medio dormida en el carruaje y yo no quería molestarla: teníamos las manos casi iguales, aunque sería un milagro que el guantero pudiese satisfacer nuestras necesidades con tan poca antelación. Tan solo esperaba persuadirlo para que me vendiese un par de guantes que hubiera hecho para otra persona a cambio de una buena suma o, por lo menos, de una propina generosa.

La tienda era más espaciosa de lo que aparentaba desde fuera, y daba la impresión de que el propietario estaba embarcado en su remodelación. Enfrente, el dependiente estaba sentado detrás de un mostrador rectangular de madera, de grandes proporciones, mientras tomaba notas en un libro bastante voluminoso. Cuando me aproximé a él, me miró a través de las lentes.

—Bienvenida, señorita. Estoy a punto de terminar un encargo. La atenderé en breve.

—Si fuese tan amable de indicarme dónde se encuentran los guantes disponibles, lo esperaré en esa sección.

—Oh —respondió, quitándose las gafas y dejando a la vista un ceño fruncido—. Lamento decepcionarla, pero nuestro guantero ha trasladado su negocio a otro establecimiento hace poco. Por desgracia, me resulta imposible aceptar nuevos encargos hasta que llegue el nuevo el mes que viene.

¿Alguna vez la fortuna tendría compasión de nosotras? Podía sobrellevar este sentimiento de desilusión, pero no que mi hermana

también se sintiese así.

—Me temo que nuestra necesidad es imperiosa. He de pedirle que me venda lo que tenga a mano, señor. Cualquier cosa servirá, y le pagaré bien.

—Bueno, ya hemos vendido buena parte de sus productos (estampados y muestras incluidos), pero, si no me equivoco, todavía nos queda un par de guantes de muestra. La talla es pequeña, lo que parece que le conviene, y creo que son de un beis que está a la moda en estos tiempos. Ahí están, en la mesa de la esquina del fondo. La atenderé dentro de un instante.

Me invitó a que me acercase, y tras agradecerle su ayuda con un asentimiento de cabeza, me apresuré hasta el fondo de la tienda. Localicé la mesa detrás de un cartel enorme y busqué desesperadamente con la mirada la tela beis. Justo cuando me acercaba al borde de la mesa, oí un crujido procedente de debajo de la misma.

Resollé ansiosamente y reculé. Junto a mis pies surgió un hombre de debajo de la mesa, y abrí los ojos como platos mientras él se erguía. ¿De dónde había salido? No tenía aspecto de ser un dependiente. De hecho, por su aspecto parecía más bien un caballero: ese aire desenfadado y ese abrigo tan estiloso que se adhería a aquellos hombros anchos y aquel pecho amplio así lo decían. Tenía los labios carnosos y sonreía, iba bien afeitado y tenía el cabello ondulado, que le caía con holgura por la frente. No obstante, lo que me cautivó fueron sus ojos, del verde más claro que jamás había visto, y con los que atravesó los míos sin reparo. Se rio entre dientes al ver que lo observaba y me puse colorada hasta las orejas de vergüenza. Me había quedado mirándolo demasiado tiempo.

—Le ruego que me disculpe —dijo, y al sonreír se le arrugaron las comisuras de los ojos. Se sacudió las rodillas para quitarse el polvo—. Mi búsqueda me ha llevado a un cúmulo de retales bajo la mesa. En esta tienda reina el desorden, ¿no cree?

Qué hombre tan extraño. Sonreí levemente cuando él se revolvió el pelo.

—Es terrible, en efecto —contesté—. Con permiso.

Me recordé a mí misma el objetivo que me había llevado hasta ahí y el poco tiempo del que disponía para cumplirlo. Lo esquivé y comencé a rebuscar entre los accesorios de la mesa, pésimamente organizada, pero el hombre no se marchó. Al contrario, se acercó a mí y alzó del montón una cinta color cereza. Una sensación efervescente, insólita para mí, me llenó el pecho, y no me gustó notar la forma en la

que me alteraba.

—Tal vez pueda ayudarla a encontrar lo que busca —se ofreció, y se aclaró la garganta.

Me volví y enarqué las cejas en señal de interés.

—¿Por casualidad ha visto unos guantes de color beis? Me han dicho que aquí encontraría el último par y tengo algo de prisa.

La sonrisa se desvaneció de sus labios *ipso facto* y yo bajé la mirada hacia la mano que tenía alzada y en la que sostenía los guantes que buscaba.

—Oh, los ha encontrado. ¿No le importa, verdad? Mi hermana se ha olvidado el último par corto en una cantina y yo…

—Lo lamento —dijo, negando con la cabeza—, pero no puedo cedérselos. Mi hermana pequeña, que a buen seguro tiene mucho más genio y es mucho más gruñona que la suya, me cortará la cabeza si regreso a casa sin estos guantes. Los suyos tienen una mancha y no se los puede poner, y da la casualidad de que estos son de su talla.

—¿Una mancha? Se puede remediar. Mi hermana, en cambio, carece de guantes, señor, y me temo que en esta pequeña tienda reside nuestra única esperanza de adquirir un par antes de presentarnos en una fiesta de vital importancia. Confío en que su hermana será comprensiva.

Le tendí la palma de la mano, con la esperanza de que mi apelación hubiese sido lo suficientemente eficaz. El hombre había cumplido con su deber al defender a su hermana, pero, desde luego, la necesidad de Clara era mucho mayor.

—Le aseguro que no lo comprendería, por desgracia. —Me dedicó una mirada compungida, acompañada de un hondo suspiro, y yo retiré la mano—. Permítame que le ofrezca lo que valen los guantes para recompensar a su hermana por haberla decepcionado. Usted parece una mujer razonable.

—No quiero su dinero, señor, y tenga por seguro que no soy una mujer en absoluto razonable.

Me crucé de brazos y me ardieron las mejillas a causa de lo ridículo que resultaba lo que acababa de decir. El extraño ladeó el rostro y me estudió con la mirada antes de permitirse soltar una risita.

—Bien, así pues, permítame hacerme con otro par y enviárselo. ¿Dónde se alojará?

—Si localizar otro par de guantes resulta una tarea tan sencilla para usted, ¿no puede darme el que sostiene en la mano y buscar otro para su hermana?

Me mordí el labio. Mi experiencia a la hora de persuadir a los

hombres e incluso de sugestionarlos era exigua, y si lo vivido en Londres sirviese para juzgarme, había recabado más fracasos que triunfos.

—Me temo que voy contrarreloj. Si ella no desease estos guantes con tanta premura, valdría la pena soportar la reprimenda de mi hermana por usted.

La burla destellaba en sus ojos. ¡Descarado! ¿Acaso quería humillarme? Casi le había rogado clemencia a este hombre, había sido rechazada y, ahora, mortificada. Qué deplorables estaban siendo mis intentos de defensa.

—Dígame cuál es su precio a cambio de los guantes —sugerí. Así el ridículo y recé en silencio para que no poseyese una cuantiosa fortuna, porque, de ser así, mi puesta en escena sería incluso más irrisoria al tener que rechazar el precio, pero ¿cómo iba Clara a hacer frente a *sir* Ronald sin guantes? Estaríamos acabadas incluso antes de empezar—. Tengo que llevarme esos guantes.

—¿Rechaza mi dinero, pero me ofrece el suyo? —preguntó, y entrecerró los ojos, casi con compasión—. El dinero no es algo que me falte. Lo siento, pero he de insistir en que acepte mi propuesta.

Fruncí el ceño, abatida y con el corazón en llamas contra la garganta. No podía seguir discutiendo con él sin arriesgarme a ser objeto de más humillaciones.

—Que tenga usted un buen día —dije, esforzándome por hacer una breve reverencia.

Agarré una cinta color melocotón de la mesa y me dirigí apresuradamente a la parte delantera del establecimiento. Me negaba a volver junto a Clara con las manos vacías.

—Espere —dijo tras de mí, pero no me molesté en volverme.

Al pasar la esquina que daba al mostrador, ese hombre soberbio apretó el paso y me adelantó. Pensé en empujarlo y exigir que el dependiente me atendiese primero, pero él ya había comenzado a dialogar con el vendedor. A pesar de todo su encanto, era evidente que no se trataba de un caballero, en el sentido más honrado de la palabra. Me rechinaron los dientes.

Una vez hubo abonado el importe, tomó el envoltorio de papel marrón que le ofreció el dependiente y se volvió hacia mí de nuevo. Me habló con delicadeza:

—Ha de decirme dónde va a alojarse. Quiero darles un trato justo a usted y a su hermana.

—Qué impertinente es usted. Ni siquiera lo conozco, señor, y, sinceramente, después de este encuentro, prefiero que siga siendo así.

La humillación me atizaba el pecho como un incendio que se resiste a apagarse y el humo me ahogaba.

—Me gustaría hacer que cambiara de idea. Dígame, por lo menos, cómo se llama.

Dio un paso a un lado y me bloqueó el camino al mostrador donde estaba el dependiente, a quien deseaba hacer entrega de la cinta.

—Raramente cambio de opinión, así que no pierda usted el tiempo. Permiso.

Levanté la cinta que llevaba en la mano para dársela al vendedor, pero aquel insolente me aferró el brazo.

—¿Cómo se llama?

—Amelia —contesté con brusquedad, respondiendo a sus impertinencias con más impertinencias. No lograría encontrarme si solo le daba mi nombre de pila—. Me llamo Amelia.

Le di un codazo para que se apartase y abrí el ridículo, mientras el dependiente empaquetaba la nueva cinta para Clara.

—Espero volver a verla, Amelia —dijo el hombre.

Con la mirada fija en el vendedor, esperé a oír el sonido de la puerta al cerrarse. Cuando el hombre se marchó, solté el aire que había reprimido, satisfecha, y el dependiente me entregó el paquete marrón.

—Que tenga un buen día, señorita.

—Todavía no le he pagado, señor.

Giré el paquete con las manos. Era demasiado grande para contener una sola cinta.

—El caballero añadió otras cintas a la suya y las pagó por usted. Buenos días.

Permanecí boquiabierta mientras el vendedor volvía a centrarse en el papeleo, como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal, y me sobrevino una rabia en el pecho digna de competir con el peor de los estados de ánimo de lord Gray. ¿Quién era ese hombre? ¿Acaso no le había hecho saber que no me interesaba su dinero o su ayuda? Corrí hacia la puerta, colérica, decidida a encontrar a ese hombre desquiciante y a decirle exactamente qué opinión me merecían su persona y aquella recompensa que no le había pedido… pero ya se había ido.

Capítulo 3

—Quizá son pobres, Amelia, y su hermana necesitaba los guantes más que yo —dijo Clara, después de que yo le detallara mi encuentro con aquel desconocido.

—No son pobres —repliqué, haciéndole entrega de la bolsa, que rebosaba de cintas. Al parecer, el hombre no había escatimado en generosidad.

Clara las extrajo una a una: se deleitó con los colores y las telas entre gritos y alabó la dadivosidad del hombre que la había privado de lo que más necesitaba en esos momentos. Pensar que podría comprar el buen parecer de alguien con dinero encajaba con la filosofía del prototipo de hombre adinerado, como si yo pudiese olvidar con facilidad lo egoísta que había sido. Sacudí la cabeza en un intento de desterrarlo de mis pensamientos. Él había tomado una decisión y se había marchado, y ahora yo solo tenía una opción.

—Ten —dije, quitándome los guantes color beis, después de lo cual se los entregué a Clara.

—¿Qué haces? No pienso aceptarlos. Es culpa mía que haya perdido los míos.

Clara negó con la cabeza y se apartó de mí.

—Tómalos, Clara. Poco me afecta lo que piensen las amistades de *sir* Ronald. Puedo esconder las manos en la falda del vestido.

—Estoy segura de que podré coserle algún par que tenga el servicio de la casa, señorita Amelia —intervino Mary desde la otra esquina del carruaje.

—Exacto. ¿Ves? Mary y yo conseguiremos otro par.

Le lancé los guantes a Clara, quien los aceptó con renuencia.

Poco después, el cochero dio un golpecito en el techo y miramos por la ventana que daba al este justo cuando el carruaje dejaba atrás la retahíla de árboles para adentrarse en la vastedad de un descampado. Ahí, en medio de los campos, cuya hierba habían cortado recientemente, se asentaba una gran mansión de color arena, con cuatro pisos de ventanas paralelas dispuestas en la parte frontal que reflejaban la luz del sol crepuscular. Las puertas de doble hoja de la casa estaban abiertas y nuestro cochero nos llevó por el camino de acceso cuando un sirviente salió a toda prisa del interior.

Abrió la puerta de mi lado y me ayudó a apearme para luego reiterar el procedimiento con Clara. Justo cuando la ansiedad estaba a punto de doblegarme, una mujer pelirroja, ataviada de forma magnífica, salió a darnos la bienvenida. Era elegante y agraciada y, de camino adonde estábamos, destilaba cierto halo de autoridad.

—Bienvenidas, damas. Ustedes deben de ser las señoritas Moore. Yo soy *lady* Demsworth, la madre de Ronald, quien me ha hablado mucho de ustedes dos. Es todo un placer tenerlas en Lakeshire Park.

La sinceridad fluía de cada una de sus palabras. Extendió un brazo hacia nosotras para invitarnos a que nos acercáramos a ella.

—Muchas gracias, *lady* Demsworth —respondí, y urgí a Clara que fuese delante de mí—. Estar aquí nos colma de felicidad.

—Sí —coincidió Clara—. Qué tierras más hermosas. Amelia y yo añorábamos mucho el campo.

Lady Demsworth le tocó el brazo con cariño.

—De hecho, Ronald me comentó que se criaron en Kent, y estoy segura de que Brighton difiere considerablemente de ese entorno. Espero que esta visita les traiga buenos recuerdos.

Clara sonrió con cortesía.

—Gracias, *lady* Demsworth. Así es.

—Apuesto a que ambas están deseosas de arreglarse para la cena, pero todos esperan conocerlas con emoción. ¿Puedo presentarlas al resto de los huéspedes antes? El número de invitados es reducido, pues nuestra intención es celebrar una reunión informal y gozar de la oportunidad de conocer mejor a los amigos íntimos de Ronald.

—Por supuesto —accedió Clara—, así Mary tendrá tiempo para preparar nuestras cosas.

Seguí a ambas de cerca cuando entraron en la casa y el bienestar me envolvió como si fuese una manta cálida y gruesa. Intenté identificar esa sensación, dar un nombre a esa calidez inusual que me sosegaba el corazón, pero lo único que sabía era que ahí, refugiada en

mitad de la nada, podía respirar. Cuánto deseaba que las próximas dos semanas no fuesen sino el comienzo, que al fin hallásemos cobijo en estos muros una vez que Clara se prometiese con *sir* Ronald.

Estábamos al pie de la majestuosa escalera de mármol cuando *lady* Demsworth giró a la izquierda, donde se abrían otras puertas de doble hoja, blancas y adornadas con pan de oro en las molduras, a modo de entrada a la algazara del salón. La anfitriona jugueteaba con la sarta de perlas que le rodeaba el cuello, como si también ella tuviese grandes esperanzas en lo referente a las dos semanas que estaban por venir. Al entrar en la sala, el sonido de la puerta me indicó que ya había empezado la cuenta atrás: disponía de dos semanas para asegurar la felicidad de mi hermana.

Se me aceleró el pulso cuando nos presentaron al resto de la compañía. La primera fue la señora Turnball, una mujer refinada de pocas palabras cuya mirada revelaba mucho sobre su carácter. Tenía ojos suaves, pero atentos, y nos saludó con decisión y con la cabeza bien alta. Mientras tanto, su hija, la señorita Beatrice Turnball, aduló a Clara por su cabello rubio y manifestó que tanto su tono castaño como el mío, de color caoba, eran inferiores.

—Llámeme Beatrice —le dijo—. Nos haremos amigas con facilidad.

A continuación, dos caballeros inmersos en una bulliciosa conversación y sentados en el diván bajo la ventana, se levantaron al unísono cuando nos acercamos e hicieron una prolongada reverencia.

—El señor Bratten de Londres —lo presentó *lady* Demsworth, y el hombre más esbelto, de aspecto jovial, sonrió con orgullo— y el teniente Rawles, que con tanta diligencia sirve al país.

—Actualmente, mis servicios no son necesarios —la corrigió el teniente—. Percibiré la mitad del salario hasta que el rey me reclame.

Su aspecto era rudo y descuidado, pues no iba afeitado y tenía una cicatriz en la ceja que le daba un aire intimidante, a pesar de que estaba sonriendo. Habría jurado que los dos hombres compartieron una mirada de complicidad cuando nos alejamos.

—¿Dónde se encuentra *sir* Ronald? —preguntó tímidamente Clara a *lady* Demsworth mientras rodeábamos la estancia.

—Está atendiendo otra llegada. Los Wood se presentaron justo antes que ustedes. Ronald es muy amigo del señor Wood, pero hacía casi un año que no se veían.

—¿La señorita Wood está aquí?

A Clara le falló la voz, pero lo compensó con una amable sonrisa. Maldije nuestra mala suerte.

—Sí —respondió *lady* Demsworth, asintiendo con la cabeza—.

Ronald dijo que a usted le entusiasmaría conocerla. De hecho, se les han asignado dos habitaciones contiguas en el piso de arriba.

En ese instante, las puertas se abrieron de golpe y la risa de *sir* Ronald se esparció por la sala, que estaba en silencio. Todos nos levantamos para dar la bienvenida a nuestro anfitrión y Clara se puso de puntillas, lo que propició que él advirtiese su presencia.

—¡Señorita Clara, ha llegado! —la saludó, y se abrió paso en su dirección mientras guiaba a una enérgica mujer de pelo rubio y rizado que iba a su lado—. Espero que no haya tenido ningún contratiempo de camino.

—En absoluto —contestó Clara, que esbozó una amplia sonrisa—. Nos ha complacido mucho la invitación.

—Soy yo el que está complacido… al verla de nuevo tan pronto.

Sir Ronald le dedicó una sonrisa sincera y dulce, y mi corazón se puso eufórico. La mujer rubia, que *sir* Ronald presentó como la señorita Georgiana Wood, se colocó a propósito entre él y Clara y, con una sonrisa estudiada, dijo:

—Apuesto a que están cansadas después de un viaje tan largo.

—Para nada —dije, levantando el mentón.

Su mera presencia me ponía en guardia: Georgiana suponía un obstáculo para nuestros planes. *Sir* Ronald predispuso a las dos damas para que conversasen, y en la estancia se instauró un murmullo agradable cuando los asistentes se congregaron en parejas y tríos. Me aparté y, de pronto, me sentí fuera de lugar, una extraña en medio de un grupo de viejos conocidos. Era el momento idóneo para vestirme para la cena. Me daría tiempo a regresar antes de que Clara se percatase de mi ausencia.

Me froté el rostro con las manos y me giré para salir por las puertas de doble hoja, pero tropecé con la falda del vestido y choqué con algo duro y alto. Aturdida, traté de agarrarme a cualquier cosa para recuperar el equilibrio, y mi malestar se acrecentó cuando unos brazos me atraparon.

—¿Amelia? —dijo una voz susurrante que sonaba demasiado complacida… y demasiado familiar.

Me recompuse por completo y eché la cabeza hacia atrás para encontrarme con los ojos verdes del hombre de la tienda. Salí de sus brazos mientras la mente me daba vueltas. No. No podía ser. ¿Me había seguido?

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó, reclinándose contra el marco de la puerta con una malévola sonrisa en los labios, haciéndose eco de mis propias hipótesis.

—¿Disculpe?

¿De verdad creía que deseaba buscarlo?

—Soy una invitada.

Se enderezó, con los ojos rebosantes de interés.

—¿Conoce a Demsworth? ¿De qué?

—No viene al caso. ¿Qué hace usted aquí y cuándo se irá?

Me fue imposible ocultar el desasosiego que sentía. Debía centrarme en Clara estas dos semanas y no podía permitirme ninguna distracción.

—Lo cierto es que conozco a Demsworth bastante bien. —Sacudió la cabeza, incrédulo, y carcajeó—. Amelia, no puedo creer que esté aquí.

Me crucé de brazos y miré hacia atrás, temerosa de que alguien estuviese escuchando nuestra conversación.

—Debería dirigirse a mí como «señorita Moore», señor, pues no lo he autorizado a emplear mi nombre de pila con tanto desparpajo.

—Estoy en desacuerdo —respondió con ojos centelleantes, y bajó el mentón—, como también lo estaría el vendedor que se encuentra a seis kilómetros de distancia.

La vergüenza me arrastró consigo y prendió fuego a mi orgullo. Era cierto que mi comportamiento quizá no había sido tan propio de una dama como debería, pero él tampoco se había comportado de forma adecuada. Resoplé al recordarlo.

—¿Qué clase de caballero honrado arrebata un par de guantes a una dama y luego le tira su dinero para resolver el problema?

Fijó la mirada en mis manos desnudas, que escondí tras de mí rápidamente.

—En primer lugar, nunca me he declarado una persona honrada —dijo, frotándose la nuca—, pero me arrepentí de abandonar esa tienda nada más salir por la puerta.

Sus ojos buscaron los míos con precaución, como si estuviese a la espera de que reaccionase a su arrepentimiento, pero la única emoción que sentía era el enojo: con arrepentirse, no cambiaría sus decisiones, y las decisiones eran lo que definía a una persona.

—Discúlpeme si no le muestro la simpatía que requiere el decoro.

A esas alturas, lo más seguro sería regresar al salón para alejarme de él. Conversar con el teniente Rawles me parecía más atrayente que verme obligada a lidiar con los remordimientos de este hombre.

—Espere —me pidió cuando me adentré en la luz del salón.

—¡Peter! —lo llamó Georgiana, saludándolo con la mano, y yo me volví para mirar fijamente al desconocido que me había seguido.

Sir Ronald también se volvió.

—Wood, justo a tiempo. Las señoritas Moore han llegado.

El hombre no apartó los ojos de mí mientras *sir* Ronald, Clara y Georgiana avanzaban hacia nuestra posición.

—Damas, este es Peter Wood, un gran amigo mío y, como seguramente saben, el hermano de Georgiana —explicó *sir* Ronald.

El señor Wood —Peter, aunque jamás me atrevería a pronunciar tal informalidad en voz alta— hizo una honda reverencia.

—Me siento muy afortunado de estar en compañía de ustedes.

Si esto era tener buena suerte, entonces lord Gray me había maldecido.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó *sir* Ronald, que parecía dichoso—. La herencia es una cuestión engorrosa, ¿verdad? Lamento la muerte de tu padre como si fuera el mío propio, pero me alegro de tenerte cerca. ¿Al fin has cerrado los asuntos pendientes en Londres?

—Sí, por fin. Me ha llevado un año ultimar todas las gestiones. Y gracias, Demsworth. A Georgiana también le entusiasma tenerte cerca.

Entonces, la verdad me impactó como si el peso de mil ladrillos me hubiese presionado el pecho. La señorita Georgiana Wood, la mujer que, según Clara, competiría por hacerse con el corazón de *sir* Ronald, era la hermana de este hombre. Ardía por dentro de pura frustración mientras me apretaba la falda del vestido con las manos desnudas. Haber perdido los guantes de Clara en favor de Georgiana Wood, que podría tocar el techo con la nariz de tanto estirar el cuello, era intolerable. A juzgar por el vestido de seda azul y el collar de perlas relucientes, a la altura del de *lady* Demsworth, Georgiana no estaba habituada a no conseguir la satisfacción de lo que deseaba su corazón.

—La cena estará lista en media hora —anunció *lady* Demsworth desde la puerta.

—Deberíamos prepararnos —me dijo Clara al oído.

Reparé en que Georgiana hizo una seña a su hermano, quien se dirigió a *sir* Ronald:

—Me temo que no estamos al tanto de muchos de los detalles de nuestras vidas. Debes de tener mucho que contarme.

—¿Nos sentamos? Apuesto a que tus viajes igualan a los míos en interés —contestó *sir* Ronald, y agarró a Peter del brazo.

—Georgiana, ¿serías tan amable de unirte a nosotros?

Peter los condujo premeditadamente al diván cerca de la ventana, a un sitio alejado del resto de la compañía.

Clara se echó hacia atrás y se fijó en ellos con el ceño fruncido, y comprendí que yo había cometido un error. Tendríamos que habernos

vestido para la cena antes de presentarnos. Resultaba evidente que Peter no había dudado en convertir a su hermana en el centro de atención de *sir* Ronald. No podía permitirme actuar de manera tímida o aprensiva si deseaba estar a la altura de mi competencia.

—Sí —susurré a Clara—, vayamos a vestirnos, rápido. Cuanto antes nos preparemos, antes volveremos a bajar.

En nuestra alcoba, espaciosa y cuadrangular, había dos lechos con sendos cabeceros de madera marrones, colocados contra la pared derecha, y una chimenea al otro lado, la cual contaba con un marco de mármol blanquecino que delimitaba el chisporroteo del fuego, así como con dos asientos de terciopelo azul claro enfrente. Además, había un ramo de lilas frente a la ventana abierta que perfumaba la estancia.

Mary había puesto nuestros vestidos y guantes largos de noche en las camas y, diligentemente, se llevó a Clara al tocador. A pesar de que me urgía regresar al salón, no pude evitar apoyar los codos en el alféizar de la ventana y respirar hondo, mientras la brisa fría del atardecer me acariciaba el semblante. La luz del día menguaba, lo que añadía más sombras a las fisuras de las colinas que ondulaban en la lejanía. Era una escena hermosa.

Me dolían los huesos después de haber pasado todo el día en el carruaje, pero lo peor de todo era que la cabeza me daba vueltas con los rostros de todas las personas que acabábamos de conocer. Todos parecían bastante amables, a excepción de los Wood. Georgiana causaría problemas, por no decir que su hermano era como mínimo intimidante.

—Amelia —me reprendió Clara—, si empiezas a vestirte ya, Mary podrá ayudarte cuando acabe conmigo.

—Por supuesto —dije, apartándome de la ventana.

No había tiempo que perder.

La cena resultó ser un acontecimiento bullicioso y más informal en lo que a la disposición de los asientos y a la conversación se refiere de lo que *lady* Demsworth había anticipado. Nadie fue capaz de intervenir en las pláticas de los hombres, cuyas narraciones de aventuras de caza pasadas hicieron que la pobre *lady* Demsworth palideciera mientras picoteaba el cordero del plato sin mucho ánimo.

Di un mordisco a las patatas asadas y me atreví a mirar a Peter: se reía de lo que le decía el teniente Rawles, con los brazos cruzados y reclinado contra el respaldo la silla. Antes de que yo recuperase el juicio, nuestras miradas se cruzaron fugazmente. Con los nervios a flor de piel, bajé la vista hacia el plato. ¿Qué era lo que tanto me

intimidaba de su mirada? Removí las verduras restantes con el tenedor mientras Georgiana alentaba a los hombres a que respondiesen a sus preguntas premeditadas y pestañeaba ostensiblemente cada vez que daba un sorbo a la copa.

Después de la cena, el señor Bratten lideró la entrada de los hombres en el salón y se decantó por sentarse en una mesa de juego con la señora Turnball y Beatrice. Hizo señas al teniente Rawles, que estaba apilando unos libros junto a una silla, para que se uniese a ellos. *Sir* Ronald comenzó a jugar al *whist*, un juego de naipes, con Clara, Georgiana y Peter, lo que me dejó a solas con *lady* Demsworth.

—Estoy cansada; creo que me iré a coser junto a la chimenea —comentó ella—. ¿Le gustaría acompañarme? Tenga en cuenta que aprecio la honestidad por encima del compromiso.

—En ese caso, me encantará acompañarla y disfrutar del fuego mientras cose.

Reprimí un bostezo y ella asintió.

—Parece que está exhausta, señorita Moore. ¿Le apetece que le traigan una taza de chocolate junto con el té?

—Sería estupendo.

Lady Demsworth me condujo a la silla más cómoda en la que me había sentado en toda mi vida, puesto que la tela de terciopelo era muy suave y la notaba en la espalda como una almohada mullida. Poco después, llegó la taza de chocolate con la bandeja del té, así que me recosté en el asiento para escuchar los murmullos que se levantaban en la sala. Clara se reía, encantada con lo que quiera que hubiera dicho *sir* Ronald, y se tapaba los labios con la mano enguantada. La profunda transformación que había experimentado mi hermana en un solo día me abrumaba: ayer, la tristeza que la asolaba era sobrecogedora, pero hoy sus facciones no destilaban sino júbilo. Para que siguiera así, dichosa y feliz, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Lady Demsworth, que se limitaba a dar una puntada cada pocos minutos, se estaba adormilando. La familiaridad de su carácter llenaba el hogar de los Demsworth: aunque acabábamos de llegar, ya me sentía muy a gusto. Una parte de mí todavía esperaba que lord Gray hiciese acto de presencia para ordenarnos que le diésemos sus puros y para toser sin cesar hasta hacer que las paredes temblaran. Me alegraba que mi hermana no fuera consciente de lo importante que era esta visita, de lo imperioso que era para nosotras forjar un destino seguro, pero una vocecita interior anhelaba poder compartir con alguien más la carga que arrastraba.

El eco de la risa estridente de Peter rebotó en el techo e hizo que me irguiera en mi asiento. Ese hombre... ¿Cómo podría evitar que él y sobre todo su hermana se interpusiesen entre Clara y *sir* Ronald? Sin duda, quedarme sentada en un rincón tomando chocolate no era la solución. Con cuidado de no molestar a *lady* Demsworth, me puse en pie y recorrí la sala. Tanto *sir* Ronald como Peter se levantaron cuando me acerqué.

—Señorita Moore, ojalá las reglas de este juego permitiesen la inclusión de un quinto jugador —se lamentó *sir* Ronald, con una sonrisa de arrepentimiento—, pero, por favor, quédese, si desea presenciar cómo Georgiana y yo dejamos a su hermana y a Wood sin dignidad.

Clara le hizo una mueca, divertida, y en respuesta *sir* Ronald esbozó una sonrisa que le estiró las mejillas. Peter se aclaró la garganta y nuestras miradas se encontraron: había curiosidad en sus ojos, y yo traté de transmitir toda la indiferencia que fui capaz. No volvería a actuar con timidez. Si se avecinaba una guerra entre su hermana y la mía, Clara saldría vencedora.

—Tienen toda mi atención —contesté—. No me imagino a mi hermana perdiendo a este juego, a no ser que el señor Wood sea un jugador pésimo.

—Nada más lejos de la realidad. —Me guiñó el ojo, lo que me puso más nerviosa—. Pero si vamos a contar con público, creo que deberíamos aumentar las apuestas. ¿Qué opinas, Demsworth? ¿Qué debería obtener la pareja ganadora?

—Tomar el té en el porche —sugirió Georgiana, inclinándose hacia *sir* Ronald— bajo las estrellas.

Clara exhaló y bajó la vista a las cartas. No podía culparla: ¿a quién le gustaría pasar una velada con Peter Wood en el porche?

—Trato hecho —cedió Peter, y sonrió, como si ya se hubiera declarado vencedor. Clara dejó caer los hombros, desalentada—. Señorita Moore, haga el favor de tomar mi asiento.

Quería negarme, pues prefería permanecer en pie toda la noche a aceptar nada que proviniese de él, pero como *sir* Ronald me miraba expectante, accedí por el bien de Clara. Agradecí que Peter se comportase como debía frente al resto de la compañía; quizá no era su intención desvelar nuestro secreto, al fin y al cabo. Deslizó el asiento hacia Clara para que pudiese sentarme más cerca de ella, después de lo cual tomó otro de una mesa cercana. El juego se prolongó otra media hora hasta que, como yo había predicho, Clara y Peter perdieron uno contra tres. Me rechinaron los dientes: sabía que Clara

había jugado lo mejor que había podido, pero, evidentemente, Peter había echado a perder la partida en beneficio de su hermana.

—Creí que había dicho que era usted habilidoso, señor Wood —le dije, mirándolo con desdén.

—A cada cual le llega su día, pero está claro que hoy no es el mío.

Su sonrisa despreocupada avivó las llamas que me carcomían por dentro.

—No, no lo es —gruñí.

Tampoco mañana sería su día de suerte, ni ninguno de los que pasásemos en compañía. Se me había agotado la paciencia con Peter Wood y sus maquinaciones.

Capítulo 4

Una leve brisa me rozaba la falda del vestido mientras caminaba por la suave hierba, cada vez más y más lejos de la casa de *sir* Ronald, quien se había llevado a los invitados a una visita guiada por sus tierras. Dar con ellos era mi intención: ojalá no hubiera dormido toda la mañana como una vieja solterona. De hecho, con ese dolor de pies y sin ningún hombre a la vista, casi podría pasar por una. Me dejé caer en un tocón solitario en la linde del bosque y me limpié el sudor de la frente.

Me había perdido. Debía de llevar deambulando aproximadamente una hora, pero no estaba más cerca de encontrar a Clara que cuando salí de la casa. ¿Y si se encontraba en un aprieto? ¿Y si necesitaba que me riese de sus chanzas o que alardease de sus aptitudes? Ambas carecíamos de experiencia en lo que a la conquista del corazón de un caballero se refería; nuestro único ejemplo era el de nuestra madre, aunque no se había casado con nuestro padre por elección propia.

Lo bueno era que disponía de guantes. Tiré del antiguo par de *lady* Demsworth para que se me adhiriesen más a las manos, como si ello me infundiese poder y valentía. Mary los había cosido con maestría. La diferencia de tamaño de nuestras manos era precisamente de tres milímetros, y según la sirvienta de *lady* Demsworth, había una docena de pares a la espera de que los remendasen, por lo que no echaría en falta estos guantes.

Oí el golpeteo de los cascos a lo lejos y el revuelo alarmante de una bandada de pájaros en los árboles. Cuando un pequeño carruaje apareció por la curva, agité los brazos como si me hubiera perdido en

una isla desierta, y el cochero frenó al llegar a mi posición.

—Señorita, ¿qué hace en este lugar? —preguntó un sirviente.

—Me temo que me he perdido. Intento encontrar a *sir* Ronald y sus compañeros.

—Entiendo. Nos dirigimos al norte para encontrarnos con él, allí ha organizado un pícnic. Hay sitio en el carruaje, si se encuentra demasiado cansada para regresar a pie. ¿Desea sentarse? Será una travesía por el pastizal llena de baches, pero le aseguro que llegará a su destino.

El cochero bajó al suelo para escoltarme a la puerta del carruaje y ayudarme a que me instalara. El trayecto fue, en efecto, del todo irregular, pero como tenía los músculos entumecidos, agradecí el descanso. Cuando el carruaje volvió a pararse, examiné el exterior y localicé a Clara en lo alto de la colina. Había recogido los laxos rizos de su cabello bajo la capucha, que le coronaba el rostro de forma angelical. Vestía un fino traje rosa que ondulaba a la brisa y cuyo color rosado encajaba con la tonalidad de sus mejillas. Destacaba entre los invitados sin siquiera poseer una apariencia especialmente llamativa.

Me apeé del carruaje y me acerqué al grupo.

—Señorita Moore, ha llegado justo a tiempo —me saludó *sir* Ronald.

Clara, Georgiana y Peter formaban un medio círculo al pie de una de las colinas. Me irritó lo guapo que estaba Peter, que llevaba un sobretodo azul marino y el pelo despeinado por el viento, como si acabase de rescatar a una docena de damiselas en apuros. Sentía su mirada clavada en mí mientras caminaba hacia ellos, aunque lo disimulé. Anoche se había divertido, pero había comenzado un nuevo día.

—He traído el pícnic conmigo —bromeé. Entrelacé los brazos con los de Clara y miré a *sir* Ronald—. Cuánto siento haber dormido hasta tan tarde. ¿Qué tal la mañana?

—Muy entretenida —dijo Clara, con una sonrisa más leve de lo normal.

Había ocurrido algo malo.

—Sí, estas tierras son excepcionales —añadió Georgiana, tocando a *sir* Ronald el brazo. El guante color beis le quedaba a la perfección.

Mientras los sirvientes preparaban el pícnic, aproveché para llevarme a mi hermana unos pasos más allá, los suficientes para que no pudiesen oírnos.

—¿Qué tal ha ido la mañana de verdad?

—Ha ido bien —respondió, y apartó la vista para observar la lejanía —. Las tierras de *sir* Ronald son preciosas.

—¿Pero…? Dímelo ya, Clara. ¿Acaso te ha molestado algo?

—Algo no, alguien.

Miró hacia atrás, en dirección a Georgiana, que se reía de algo que había dicho su hermano, aunque habría jurado que no era tan gracioso como ella hacía que pareciera.

—¿Qué puedo hacer? ¿La tiro por la colina para que se tuerza el tobillo?

Traté de agregar un toque humorístico a la idea, aunque, por muy aterrador que pudiese parecer, estaba dispuesta a seguir al pie de la letra aquella propuesta.

—¿Te refieres a Georgiana? Me parece tolerable. Como te he dicho, Amelia, tan solo deseo que Ronald sea feliz: el problema es que me gustaría tener las mismas oportunidades que ella de convertirme en su felicidad —hablaba con determinación, como si tuviese que convencerse a sí misma de sus capacidades—. Él es un buen hombre y el matrimonio sería ventajoso para mí. Para nosotras. Dejaríamos de preocuparnos de lord Gray y viviríamos nuestra vida libremente. — Suspiró y se inquietó de nuevo con la idea—. Sin embargo, me es imposible decir ni una palabra con el hermano de Georgiana de por medio.

—¿El señor Wood? —me salió un chillido cuando dije su nombre.

—Sí —exclamó, molesta—. Consigue cambiar el rumbo de cualquier tema de conversación, incluso cuando hablamos del tiempo, en favor de Georgiana. Me saca de quicio. Me gustaría disponer de medio minuto para preguntarle a *sir* Ronald cómo es su vida en este lugar, qué se siente al ser el dueño de todo esto, pero cuando lo intento, adivina hacia quién se desvía la conversación.

—Hacia Georgiana —gruñí. Ahora era partícipe de su frustración—. Quizá pueda conversar con ella para distraerla.

—No —dijo Clara, negando con la cabeza—. El problema no reside en tanto en Georgiana como en el señor Wood. Amelia, necesito que lo distraigas a él.

—¿Cómo?

No debía de estar entendiéndola bien. La confianza que tenía en poder subyugar a ese hombre a mi voluntad era mínima, si es que acaso existía, por no mencionar que lo detestaba, a él y a cualquier cosa que pudiera salir de sus labios.

—Solo esta tarde, Amelia, por favor. Perderé el juicio si tengo que seguir escuchando otra perorata de elogios sobre su hermana siquiera

un minuto.

«Solo una tarde», pensé, mientras me frotaba la sien. De pronto, los kilómetros que había recorrido antes ya no me parecían tan extenuantes y agradecí que me dolieran los pies, pero… ¿tener que pasar tiempo a solas con Peter Wood? Aquello sí que suponía una verdadera tragedia. Miré hacia atrás y lo vi de pie entre *sir* Ronald y Georgiana, pegado como el mortero entre ladrillos. Clara estaba en lo cierto: había que hacer algo al respecto.

Alcé los hombros y enderecé la espalda. Había tomado una decisión.

—En fin, Clara, no sabes la suerte que tienes de tener una hermana tan lista. Puede que no sea la más agraciada de todas las mujeres que hay aquí, pero sé cómo mantener a raya al señor Wood —declaré, levantando el mentón—. No dudes en aprovechar todo el tiempo que te brinde, porque conseguirlo será un sufrimiento.

La emoción fulguraba en los ojos de Clara, que me abrazó con júbilo mientras me dijo al oído, con una agudísima voz:

—A pesar de todas las desgracias que hay en la vida, tú, querida hermana, consigues equilibrar el bien con el mal.

Acepté sus palabras con entusiasmo y nos unimos al resto justo cuando los sirvientes terminaron de preparar el pícnic, que resultó ser todo un festín: se nos ofreció fiambre, queso, fruta y pan junto con la limonada. *Sir* Ronald hizo señas a Clara para que se sentase junto a su grupo y poder así compartir el manjar que había seleccionado con ella. Al ver que se sentaba junto a él, Georgiana se colocó a su derecha. Recordando cuál era mi cometido, busqué con la mirada una cabeza de pelo castaño y ondulado y con el oído aquella voz profunda y aterciopelada, hasta que al fin ubiqué a Peter merodeando cerca de uno de los sirvientes junto al carruaje. Al menos, por ahora parecía estar entretenido.

Me hice con un plato pequeño y lo llené de un poquito de todo lo que me llamaba la atención. Tenía un hambre voraz tras haberme dado aquella caminata kilométrica y no haber desayunado no hacía sino agravar la sensación. Además, la idea de tener que soportar las atenciones de Peter hacía que sintiera el estómago todavía más vacío. Sin duda alguna, una dama en mis circunstancias debía alimentarse bien. Me hice con un sitio cerca de donde se hallaba Clara, con un ojo puesto en Peter. De una forma u otra, debía convencerlo de que viniese junto a mí antes de que alguien más ocupase el sitio. Después de dar unos cuantos mordiscos al jamón, degusté el queso y el pan fresco, seguidos de un hojaldre que me comí de un solo bocado y una

galleta. La brisa suave me rozó el rostro, y por un instante, sentí que estaba en el paraíso.

Fue un instante precioso, pero efímero.

Miré hacia donde Peter se encontraba antes, pero me percaté de que había dejado solo al sirviente. Peor aún, resulta que estaba a punto de pasar por delante de mí en dirección a *sir* Ronald y Clara. Tenía que intervenir, y tenía que hacerlo rápido.

—¡Señor Wood! —dije con una efusividad excesiva, con la galleta en la boca. Me la tapé con la mano mientras la tragaba y me obligué a mirarlo a los ojos, a pesar de que me avergonzaba llamar así su atención, con la boca llena. Maldije mi apetito y la desesperación que destilaba mi voz.

—Señorita Moore —dijo animadamente, como si le sorprendiera verme.

Miré a Clara, que se reía abiertamente junto a *sir* Ronald, y de nuevo a Peter, que estaba parado frente a mí con las cejas arqueadas. Se me cerró el estómago y me arrepentí de haber ingerido tal cantidad de comida, pues me había llenado, aunque solo hubiese comido porciones pequeñas. Ojalá hubiera invertido más tiempo en reflexionar y menos en comer: ¿cómo iba a entretener a Peter para que Clara tuviera tiempo con *sir* Ronald? Nada de hablar de asuntos monótonos, tenía que sorprenderlo de verdad. Pero ¿qué podía sorprender a Peter Wood de mi persona? Yo, que me sentía tan feliz a solas, que tendía a encerrarme en mí misma, a reírme de los pensamientos que me pasaban por la cabeza. ¿Tenía alguna táctica para llamar la atención de un caballero? ¿Qué interesaba a los caballeros? ¿Un cumplido, quizá?

Enderecé la espalda y me limpié las manos con una servilleta.

—Hoy tiene usted buen aspecto.

El cumplido sonó tan falto de sinceridad como si un caballo le hubiese dicho a una mosca que la echaba de menos. A juzgar por la sonrisa que se dibujó en sus ojos, creo que el tono con que lo dije no le pasó desapercibido, aunque al menos le divirtió. Se aclaró la garganta y borró esa sonrisa que, claramente, no quería compartir con tanta facilidad.

—Lo sé, ¿y usted cómo se encuentra esta hermosísima tarde de sol?

—De maravilla. Haga el favor de hacerme compañía. Podríamos conversar sobre el tiempo o… sobre lo que sea que a usted le guste. Será capaz de entretener a una dama, ¿me equivoco? —lo reté, y enarqué una ceja.

Si bien desconocía la personalidad y el carácter de aquel hombre,

algo me decía que disfrutaba con los retos. Volvió a curvar los labios, lo que me fastidió sobremanera. ¿Es que se estaba riendo de mí? ¿O es que no quería reírse y se estaba reprimiendo?

—Como guste, señorita. Permítame ir a por un plato y volveré enseguida. ¿Desea que le rellene la taza o que le traiga más hojaldres?

—No, gracias, estoy llena.

Sus ojos brillantes me observaron con curiosidad, al tiempo que hacía una reverencia y se marchaba apurado. Tenía una forma de andar (o, más bien, de pavonearse) despreocupada, como si se dejase llevar por el viento. El cabello se le movía a cada paso y dedicaba una media sonrisa a todas las personas que lo saludaban. Me mordí el labio y suspiré hondo. ¿Sería capaz de seguirle el juego? Su autoestima superaba la mía con creces. Parecía interesado en seguir tratándome, pero ¿qué pretendía conseguir con ello? Lo peor de todo era esa sensación de engaño que me embargaba. Si bien no le había mentido ni a Peter ni a nadie más, tenía la sensación de que así había sido. Forjar una amistad ilusoria con un pretexto como este no me complacía moralmente, pero no tenía otra opción: Clara dependía de mí. Su propio bienestar y su felicidad dependían de los próximos trece días.

Peter regresó antes de que pudiese resolver mi dilema emocional. Se acomodó junto a mí, estiró las piernas holgadamente y colocó su plato al lado del mío. ¿Qué le diría ahora que me dedicaba toda su atención? ¿Cómo podía entretenerlo?

—Hoy lleva guantes, ¿eh? —rompió el silencio con gracia, y señaló el par prestado que yo tenía en el regazo mientras daba un mordisco al queso. Debía de preguntarse dónde los había conseguido, o tal vez asumía que había fingido la desesperación con la que actué en la tienda. Puede que tuviera que jugar con él para dar tiempo a Clara, pero no deseaba mentirle.

—Me los prestó una amiga que resultó ser mucho más amable que un hombre que conocí en una tiendecita en la calle.

Di un sorbo a la limonada, con la vista fija en la parte trasera de las tierras de *sir* Ronald, que parecían no tener fin, incluso allí donde se fundían con un cielo azul perfecto salpicado de nubes blancas y esponjosas.

—Resulta que conozco a ese hombre. —Dio un trago a la bebida y observó el mismo panorama que yo—. Y puedo asegurarle que lamenta mucho habérselos arrebatado.

Lo dudaba.

—¿De verdad? Bueno, espero que sus actos le hayan servido para

aprender una buena lección. Uno nunca sabe a quién puede lastimar si actúa con descortesía.

Peter dejó caer la cabeza, avergonzado, y una amable sonrisa le surcó las mejillas, lo que le embelleció el rostro. Bajó la vista hacia el plato, como un niño afligido.

—Lo sé. —Levantó la cabeza y me dedicó una mirada jocosa—. Es decir, lo sabe… y dedicará mucho tiempo a reflexionar sobre sus actos. Le prometo que no suele ser tan intransigente.

—Bien.

Dejé la taza y volví a mirar a mi hermana, quien conversaba plácidamente con sus compañeros. Resultaba evidente que el trío funcionaba mejor a solas, pero ¿a qué estaba jugando *sir* Ronald? ¿Saldría vencedora Clara? Aquella cuestión me desosegaba. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que fuese feliz.

—Ahora bien —dijo Peter, que se volvió para encararme. La seriedad que se había implantado en sus facciones se disolvió para dar paso de nuevo a la calma previa. Al parecer, habíamos dejado de lado nuestras diferencias—, quisiera saber algo, señorita Moore. Nadie ha oído hablar ni de usted ni de su hermana, como si se hubiesen estado ocultando para salir ahora a la luz. ¿A qué cree que se debe?

El verbo «ocultar» parecía un eufemismo en comparación con la vida que habíamos llevado en Brighton. Sin visitas ni amistades, seguramente parecíamos unas reclusas, aunque la verdad era que no teníamos otra opción. Peter aguardaba con paciencia a que le contestase, como si mi respuesta fuese a desencadenar otras preguntas importantes en su cabeza. Por desgracia para él, era lo suficientemente sensata como para impedir que se diese el gusto de conocer nuestros asuntos privados. Por muy atractivo que fuera, Peter Wood no era sino un enemigo para mí.

—Vivimos en Brighton con nuestro padrastro, lord Gray, y le aseguro que la historia carece de misterio alguno. Clara y yo nos hemos mudado unas cuantas veces en la última década; puede que simplemente hayamos confundido a la alta sociedad.

El hombre frunció el ceño. Incluso cuando estaba frustrado, estaba tan guapo que resultaba irritante.

—Qué respuesta más insatisfactoria, señorita Moore.

—¿Espera que cuente mis secretos a un desconocido, que le abra mi corazón y lo deje a la vista?

Imité su mueca de forma sarcástica.

—Sí, sería fantástico, a decir verdad. —Sonrió ampliamente y se inclinó hacia mí—. Ardo en deseos de conocer sus secretos.

Ardía demasiado, en mi opinión. ¿A qué estaba jugando? Le entusiasmaba demasiado la idea de poder conocerme.

—¿Y usted de dónde proviene, señor Wood?

Me miró decepcionado antes de cruzarse de brazos y fijar la vista en el plato.

—Mi morada más reciente está en Londres. Antes de eso, me fui a estudiar a París, pues mi padre consideró que lo más oportuno sería proseguir con mis estudios en el extranjero durante un tiempo. —Hizo una pausa antes de continuar—. Tal vez me envió lejos porque no estaba capacitado para supervisar mis estudios por sus propios medios. Solo Dios sabe cuán atareado estaba a causa de mi madre, pero no importa. Todo aquello por lo que trabajó es ahora de mi propiedad, y estoy decidido a obtener lo que quiero de sus esfuerzos.

—¿Qué es lo que quiere?

Me resultaba imposible desviar la atención de aquella sonrisa y de la dulzura con la que se encogió de hombros al terminar su discurso.

—Un hogar.

La palabra, sedosa, estaba cargada de deseo. Sea lo que fuere lo que significaba para él, ansiaba y cuidaba con mimo lo que todavía no le pertenecía. Me latió el corazón de súbito, como si se hubiese despertado de un profundo sueño, y también a mí me invadió una sobrecogedora sensación de deseo. Un hogar. Casi podía oír la voz de mi padre, susurrándome; verle las cejas espesas y las arrugas que le salían en la nariz cuando se reía; casi podía sentir cómo me estrechaba en sus brazos, por entero.

—Qué hermoso —dije, emocionada, y enlacé mi mirada con la suya.

—Sí. En fin, tras ser su hijo durante veinticuatro años, creo que me lo merezco.

Entonces se le ensombreció el rostro y apartó la mirada. Entre los dos había una historia sin contar, una historia que planteaba muchas preguntas, unas preguntas que pedían a gritos que las formulase. ¿Quién era este Peter Wood, con su abrigo perfecto y su sonrisa tentadora?

Perdí la oportunidad de preguntárselo y los sirvientes comenzaron a limpiar las bandejas vacías, los platos y las tazas. Los invitados abandonaron sus puestos y me fijé en que Clara seguía junto a *sir* Ronald, con Georgiana al otro lado.

—¿Nos vamos? —propuso Peter.

Se puso en pie y me ofreció la mano. ¿Podía confiar en este caballero, cuyo principal objetivo chocaba con el mío? Si mi instinto

no me fallaba, él quería que Georgiana se quedase con *sir* Ronald, y si su lealtad para con ella era la mitad de intensa que la mía para con Clara, movería cielo y tierra para conseguir que se prometiesen. Con todo, bajo su fachada afable palpitaba un misterio, una parte de él que era diferente, real.

No. Este era el verdadero Peter Wood. Aunque acabé por apoyarme en su mano, no podía fiarme de él. Ya me había demostrado cuál era su carácter en una ocasión y no precisaba de una segunda oportunidad para formarme una opinión al respecto. Los guantes serían lo único que le arrebataría a mi hermana.

Capítulo 5

Aparté la mano de la de Peter nada más levantarme y lo seguí adonde se habían congregado los demás, a pocos pasos del pícnic.

—¿Cómo están todos? —preguntó *sir* Ronald con entusiasmo—. La visita guiada finaliza en lo alto de esta colina, desde donde se aprecia el confín de mis tierras al norte, así como todos los campos que gestionan mis arrendatarios, pero les advierto de que la subida es escarpada.

—Acepto el reto —dijo Georgiana, confiada, y el resto de la compañía la secundó.

—¿Vamos? —sugirió Peter, con el brazo extendido en mi dirección y una sonrisa pícara en los labios.

Sentarnos juntos, muy cerca el uno del otro, me había parecido permisible, pero apoyarme en su brazo equivalía a cruzar la línea invisible que había trazado entre los dos. Peter no era un amigo, y lo más seguro sería que nunca lo fuese, sobre todo después de que Clara conquistase el corazón de *sir* Ronald y rompiese el de Georgiana, pero la tímida sonrisa de mi hermana me recordó cuál era mi cometido esa tarde. Me gustase o no, esa jornada estaba anclada a Peter.

—Gracias —le dije, apoyándome en él lo menos posible.

Me resultaba extraño estar tan cerca de él mientras me guiaba detrás del resto del grupo. Irradiaba una calidez que me exhortaba a gozar al máximo de su presencia, pero luché por desterrar tales pensamientos de la mente. Se trataba del mismo hombre que se había escurrido debajo de la mesa y negado a renunciar a un par de guantes que ni siquiera necesitaba de verdad.

Lo miré de soslayo; sus ojos tranquilos parecían bastante satisfechos con la vida que llevaba, y no había inquietud alguna que le arrugase la frente. Era evidente que Peter y yo teníamos vidas vastamente dispares. Él tenía el mundo a sus pies, mientras que yo, dentro de unas pocas semanas o incluso días, no tendría ni un penique en el bolsillo como consecuencia de la enfermedad de lord Gray. ¿Cómo podría encontrar un punto en común con Peter? Carecía de cualidades y de belleza de la que vanagloriarme, pero debía ser lo suficiente interesante para apartarlo del camino de *sir* Ronald. Al ritmo al que avanzábamos, no tardaríamos en alcanzarlo a él y a Clara, y haber aceptado el brazo de Peter habría sido en vano. Debía distraerlo y ralentizarlo, para lo que tenía que intrigarlo de algún modo. Y rápido.

—Oh, cielos —exclamé. Me llevé la mano a la frente, le apreté el brazo y jadeé de forma superficial para acentuar la farsa—. Qué empinada es la colina.

—Efectivamente —coincidió, con una ceja enarcada, mordiéndose el labio.

Paramos y yo inhalé cada vez más hondo. En lo alto, el grupo se desvaneció al ascender la cima. Con tal de proporcionar unos pocos minutos a Clara en compañía de *sir* Ronald, cualquier humillación que yo sufriera valdría la pena.

Peter vaciló y luego me sostuvo por el otro brazo también.

—¿Se encuentra usted bien?

—No, me he quedado sin aliento. No puedo dar ni un paso más.

Me puse delante de él para evitar que siguiese ascendiendo. Solo tenía que sofocarme un poco más y subir la colina más lento de lo normal para cumplir mi objetivo. Peter me miraba extrañado, como si estuviese intentando completar un rompecabezas.

—Parece que está indispuesta, señorita Moore —comentó con voz suave y neutra, y la burla le curvó las comisuras de los labios—. Deje que la lleve en brazos el resto del camino. Le aseguro que no me supondrá un problema.

Abrí los ojos como platos. No podía hablar en serio, pero entonces se agachó, me tocó el vestido con la mano y yo pegué un salto hacia delante para alejarme de él.

—No, gracias.

—Oh —dijo, con una inocencia fingida, mientras se erguía—. Vaya, parece que ahora puede caminar con normalidad. ¿Continuamos?

—No camino con normalidad. Es evidente que estoy sin aliento —objeté, mirándolo furiosa.

—Permítame socorrerla, pues. Como el caballero honrado que soy,

no puedo permitir que usted sufra.

Se acercó con los brazos extendidos y la más exasperante de las sonrisas en el rostro.

—Creía que había dicho que no era honrado en absoluto —le recordé con voz apresurada, ansiosa, mientras reculaba y me agarraba la falda del vestido. Tenía la ridícula sensación de que Peter me levantaría en vilo a pesar de mis débiles intentos de disuasión y que me mortificaría como no lo había hecho nunca.

—A usted no se le escapa nada, ¿verdad, señorita Moore?

Dio otra zancada hacia mí. No podía permitirme seguir mostrándome impasible.

—En ese caso, dado que me gustaría ayudarla a subir esta colina y dado que no soy honrado, no pienso pedirle permiso.

Me rozó la muñeca con la mano y yo di un respingo hacia delante para nada propio de una dama. Peter comenzó a perseguirme y chillé cuando se me acercó. Corrí y corrí, cada vez más rápido, cada vez más cerca de la cima, concentrada en la hierba que crecía bajo mis pies. ¿De verdad iba a humillarme de ese modo? Sentía un dolor agudo y tirante en el costado y respiraba con dificultad.

La pendiente se empinó incluso más antes de llegar a la cumbre, y cuando al fin me di la vuelta, me encontré a Peter a pocos pasos detrás de mí, también en la cima. Se puso las manos en las caderas mientras el pecho le subía y bajaba a causa del esfuerzo.

—Bien hecho, ha sido más rápido de lo que había calculado, y mucho más sencillo que llevarla en brazos —dijo, y luego miró al cielo —. Esto, por cierto, es lo que se siente al estar sin aliento de verdad. Debería estudiar a fondo dicha sensación antes de volver a fingir. Ha realizado usted un esfuerzo tremendo, pero no había nada en su postura que me pudiese convencer de que no estaba en condiciones de subir una colina tan poco empinada como esta después del descanso en el pícnic.

Aunque volvía a tranquilizarme al respirar, el corazón me ardía de rabia.

—No estaba fingiendo —dije, pero hice una mueca de dolor ante esa mentira.

—Claro que sí, pero ¿por qué se empecinó en alejarme de los demás? Esa cuestión sigue suponiendo un misterio. Es usted una mujer sagaz, Amelia, pero soy plenamente consciente de que sigue enojada conmigo por los guantes.

Me rechinaron los dientes. Que Peter destapase mis intenciones de un modo tan abierto era casi tan malo como que me hubiese superado

intelectualmente. Él estaba en lo cierto. A pesar de mis maquinaciones, había subido la colina con mayor premura de lo que la habría subido de haber continuado andando a la velocidad de antes. Peter había vuelto a ganar. Cielos, ¡me ponía de los nervios!

No le dediqué una segunda mirada antes de dejarlo atrás, a solas con esa certidumbre y autoestima que lo caracterizaban, pues no le daría la satisfacción de conseguir que me alterase. Mi rabia para con él iba mucho más allá de esos ridículos guantes. En realidad, lo que nos había arrebatado me importaba menos que lo que podría arrebatarnos si tenía la oportunidad.

Afortunadamente, las vistas habían extasiado al grupo, por lo que nadie se percató de la agonía que sentía. Vislumbré a Clara paseando por la parte delantera de la colina con *sir* Ronald y Georgiana, pero se separó de ellos en cuanto me vio. Me llevó hasta el extremo más recóndito de la colina, lejos de los demás, donde apreciamos los campos de cultivo del valle, exuberantes con toda la vida que albergaban. Las tonalidades verdosas cambiaban ahí donde daba el sol y se distinguían hasta los toques de color más diminutos de la maleza y las plantas que estaban a punto de florecer.

—Gracias —me dijo, enlazando el brazo con el mío—. El pícnic ha ido sobre ruedas, y en cuanto a este paisaje, ¿no es lo más hermoso que has visto en tu vida?

—Sí —respondí, y sentí que mi corazón se tranquilizaba con el entusiasmo de mi hermana.

—No me cansaría de él ni aunque lo viera todos los días de mi vida.

La esperanza brotó en sus ojos, llenos de ansia, pero pronto se recompuso y se deshizo de su ensueño.

—¿Has tenido la ocasión de transmitir estos cumplidos a *sir* Ronald? —pregunté con astucia.

Clara sonrió.

—Sí, dialogamos abiertamente sobre sus tierras y sobre cómo las admiro, y creo que le complació.

—Bien, en ese caso, el tiempo que pasé con el señor Wood no fue en vano.

—Según lo que dice Georgiana, es un hombre generoso y amable —dijo, con voz aguda.

—Las palabras «engreído» y «pretencioso» lo describen mejor —mascullé.

—Silencio, Amelia. Nos puede oír —me advirtió, tapándose la boca con la mano enguantada mientras se reía—. Y pensar que ni siquiera llevamos aquí un solo día…

—Y ya me pone de los nervios.

Estiré el cuello y me lo froté con las manos. Si Clara supiese que Peter era el hombre de la tienda, lo más probable es que cambiase de opinión.

—Si de verdad es tan terrible, no quiero que te sacrifiques por mí —dijo con firmeza.

—¡Acérquense, damas! —nos llamó *sir* Ronald—. ¿Les gustaría parar en los jardines antes de regresar a la casa?

Atraje a Clara hacia mí mientras nos acercábamos al grupo.

—No es ningún sacrificio si es por ti. Puedo mantener al señor Wood bajo control.

Ni siquiera yo misma sonaba convencida. Peter Wood no se asemejaba a ningún otro caballero que hubiese conocido. Se dedicaba de lleno a todo lo que hacía; era demasiado osado, demasiado lúcido… y, definitivamente, demasiado guapo.

Capítulo 6

Una vez me hube ataviado para la cena, me puse los guantes de noche y me pellizqué las mejillas para darme un toque final de color. Clara ya había bajado al salón, después de que yo hubiese insistido en que no esperase a que Mary terminase de arreglarme el cabello. Le había llevado más tiempo de lo que esperaba ultimar los delicados rizos con los que me adornó la cabeza, y detestaba llegar tarde.

Nadie pareció darse cuenta cuando me uní a mis compañeros, que se habían congregado en el centro de la estancia para conversar alegremente. Yo me quedé junto a la pared y busqué a Clara, que debía de encontrarse en medio del grupo. Entonces, me llamó la atención el chisporroteo de la chimenea cercana, donde Peter estaba sentado de espaldas a mí. Me bulleron los nervios, que comenzaron a latirme por todo el cuerpo cuando descubrí que Clara se sentaba frente a él.

—Amelia —dijo Clara, haciéndome un gesto, con la desesperación escrita en su fisonomía.

Peter se levantó para saludarme e hizo una reverencia cuando me acerqué. Se había atusado el cabello ondulado y de su mandíbula afeitada emanaba el aroma fresco del jabón.

—Buenas tardes, señorita Moore —me dijo con inocencia.

—Señor Wood —respondí, e hice la más leve de las reverencias—, veo que ha encontrado a mi hermana.

—Dado que Georgiana la admira, he pensado que sería oportuno tratar de conocerla mejor.

¿Ah, sí? Me parecía un razonamiento improbable. Clara me miró

inquisitivamente y yo asentí en dirección a *sir* Ronald. El más sutil de los gestos bastaba para que Clara me leyese la mente.

—Si me disculpan —dijo—, creo que iré a hacer compañía a *sir* Ronald y así descubriré de qué se están riendo los caballeros.

Una vez se hubo retirado, Peter se relajó y se hundió en el asiento, como cuando un ladrón se quita la máscara.

—Parece demasiado interesado en mi hermana. Quizá la señorita Turnball fuese más conveniente para usted.

Me cerní sobre él, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Bratten le dedica todas sus atenciones. No obstante, en lo concerniente a su hermana, no puedo sino concordar con usted: es una dama muy dulce.

—En realidad, precisa de alguien que sea tan artero y vanidoso como usted.

Las palabras me salían de la boca fluyendo como agua por la corriente de un río. ¿Por qué no podía dejar en paz a Clara? Peter se recostó levemente en el asiento.

—Esta noche su descaro iguala su belleza, Amelia.

Me llevé la mano al cuello y, después de inspeccionar la estancia, aunque nadie nos podía oír, contesté:

—Lo tomaré como un cumplido.

—¿Entramos, Ronald? —lo llamó *lady* Demsworth desde el diván.

—Por supuesto, madre.

Los hombres se pusieron en pie y, sin dudarlo, *sir* Ronald le ofreció el brazo a Clara.

—Bien hecho —masculló Peter por lo bajo—, me dejó justo a tiempo. Georgiana aprendería unas cuantas cosas si estudiase los movimientos de su hermana.

¿Qué se suponía que significaba aquello? ¿Es que se creía que todo el mundo intrigaba tanto como él, que sus intentos eran equiparables a los de Clara? La idea me parecía insultante. Esperaba que Peter me ofreciese el brazo; casi lo deseaba, ya que tendría la oportunidad de rechazarlo, pero fue otra voz la que lo hizo:

—¿Desea que la acompañe adentro, señorita Moore? —preguntó el teniente Rawles a mis espaldas.

—Sería un placer.

Tomé el brazo del teniente y entorné los ojos en dirección a Peter, que fruncía los labios con la mirada fija en el teniente Rawles mientras nos dirigíamos a las puertas. Nunca había sentido tanto placer al asistir a una cena informal, donde los invitados podían elegir el asiento. Si era cuidadosa, no tendría que volver a sentarme con Peter

durante el resto de mi estadía.

—¿Cómo se encuentra esta noche? —preguntó el teniente Rawles, con voz baja y amable.

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—Estoy extenuado —admitió entre risas. Relajó la postura cuando entramos en el comedor y nos dirigimos a la mesa, cuya superficie de espejo estaba repleta de velas encendidas—. La pequeña visita guiada de Demsworth resultó ser toda una expedición, ¿no cree?

—Es cierto —concordé.

Me senté en la silla que me ofreció. ¡Qué caballeroso! Una parte de mí había imaginado que sus modales serían tan hoscos como su aspecto.

—¿Está usted cómoda? —preguntó el teniente Rawles, de pie ante mí, a la espera.

—Sí, gracias.

La sorpresa, derivada de su amabilidad, debía de ser patente en mis facciones, porque cuando mi mirada se cruzó con la de Clara, ella exageró una sonrisa para que yo la emulase. ¿Se suponía que todos los caballeros eran así de atentos, considerados y solícitos? Cuando Peter arrastró la silla de debajo de la mesa, esta emitió un sonido estridente. Se sentó y miró al plato, ceñudo. No, algunos caballeros eran más bien siniestros y egocéntricos.

Lady Demsworth tomó las riendas de la cena y se cercioró de hacer preguntas de índole general a cada miembro de la compañía. Cuando llegó mi turno, di un sorbo al vaso y mientras esperaba que me formulase una pregunta, uno de los sirvientes depositó un pudin que desprendía un delicioso olor frente a mí.

—Señorita Moore, ¿cómo se encuentra su padrastro? Debido a su ausencia en la temporada, se rumorea que su enfermedad se ha agravado, pero confío en que no sea cierto.

Me quedé inmóvil, incapaz de mirar a Clara. El secreto de lord Gray me picaba en la garganta y me ahogaba. Clara era sabedora de que nuestro padrastro había caído enfermo e intuía que probablemente no se recuperaría, pero no con la misma certeza que yo.

—Desafortunadamente, sus médicos no han sido capaces de diagnosticar su enfermedad y de proporcionarle un tratamiento eficaz.

—¿Qué es lo que lo aqueja? —preguntó *sir* Ronald, mientras hundía la cuchara en el postre.

—Es una enfermedad pulmonar.

Metí las manos debajo de la mesa y, al alzar la mirada, me encontré con la de Peter, que transmitía curiosidad y casi tristeza.

—Qué desdicha —prosiguió *lady* Demsworth—. Primero perdieron a su padre, luego a su querida madre, y ahora… Ha sido buena idea que se trasladaran a Brighton, allí se están haciendo grandes avances en el campo de la medicina.

Tenía mis dudas al respecto, pero preferí no compartirlas. Me hirió la mención a mis padres, como siempre.

—Está en buenas manos —dije, lo cual no era una mentira, ni mucho menos. Lord Gray contrataba a más personal del necesario.

—¿Y usted, teniente Rawles? ¿Cómo está disfrutando de su tiempo de descanso? No lo vimos en la temporada de este año.

Suspiré, contenta de haber escapado del interrogatorio, y agarré la cuchara. Nuestra historia estaba en ciernes y nuestros compañeros pronto se enterarían de que estábamos a punto de quedarnos en la indigencia. Cuando levanté la cabeza, me percaté de que Peter seguía observándome, pero, en esta ocasión, apartó la mirada con rapidez y se concentró en remover el pudin en el plato.

Lady Demsworth se puso en pie antes de que yo hubiese acabado con el delicioso postre. Di un último bocado, me limpié los labios con elegancia y la seguí al salón con el resto de las damas, pero antes de que tuviese tiempo de hablar con Clara, *sir* Ronald entró en la estancia junto a los cuatro caballeros.

—¿Les apetece jugar a un juego? ¿Qué les parece la gallinita ciega?

La gente se arremolinó a su alrededor y el vocerío mostró su aprobación.

—No juego desde que éramos niñas —me susurró Clara a mis espaldas—. Haré el ridículo.

Me volví hacia ella y detecté miedo e inquietud en sus ojos marrones.

—Tan solo es un juego, Clara. No tendrás que ir la primera, y si te escondes bien, ni siquiera tendrás que participar. Yo te ayudaré: no te separes de mí.

—La señorita Turnball y yo estaremos conversando en la esquina. Asegúrate de mantener la compostura, Ronald —advirtió *lady* Demsworth, con los labios fruncidos.

—Desde luego, madre, desde luego. Ninguna dama perderá su reputación en mi casa —bromeó, y sacó un pañuelo del bolsillo—. ¿Quién desea ir primero?

—Georgiana —dijo Peter, sonriendo con suficiencia.

—Imposible —objetó ella en un tono para nada convincente.

Con todo, si Georgiana se pusiese en ridículo, quizá Clara se animase a jugar en compañía de *sir* Ronald.

—Venga, señorita Wood, que empiece una dama y que sean los caballeros los que queden en ridículo —la persuadí.

Ella sonrió.

—Oh, de acuerdo, pero no me gusta jugar a las adivinanzas con la identidad de las personas. No se me da bien.

—Pero debe hacerlo —apuntó *sir* Ronald, mientras le tapaba los ojos con el pañuelo amarillo y los demás nos desperdigábamos por la estancia—. Es mi parte preferida.

—No olvide darle vueltas —recordó Beatrice, con un toque de competitividad en la voz.

Georgiana sonrió y extendió la mano en dirección a *sir* Ronald, quien la tomó y elevó por encima de sus cabezas. Ella comenzó a girar entre risas bajo la bóveda de su brazo. Al llegar a diez, la liberó y se alejó a toda velocidad en busca de un sitio donde posicionarse. Clara frunció los labios y observó con rabia los pasos desatinados de Georgiana.

—Tendrías que haberte ofrecido voluntaria —le susurré rápidamente al oído, pero ella se limitó a poner los ojos en blanco.

Georgiana reía por lo bajo con los brazos extendidos y giraba sobre sí misma, alerta ante cualquier sonido. Se acercó peligrosamente al señor Bratten, que estaba más tieso que un palo. Cuando se aproximó a Peter, este se subió a una silla y chocó con la colección de libros de temática militar del teniente Rawles.

—¿Quién es? —inquirió Georgiana.

—¡Está a tu izquierda! —le dijo Peter con la respiración entrecortada.

Georgiana se arrojó en dicho sentido directamente a los brazos de *sir* Ronald.

—¿A quién ha capturado? —preguntó Beatrice—. ¡Tiene que adivinarlo! ¡Son las reglas del juego!

—Oh, déjenla. Está incómoda —se quejó admirablemente el teniente Rawles.

Sin embargo, Georgiana se agarró a los brazos de *sir* Ronald para someterlo a un escrutinio. Él permaneció completamente inmóvil mientras ella examinaba el abrigo con los dedos hasta llegar al cuello y luego al semblante. Se reía tímidamente mientras le rozaba la suave piel de la mandíbula y le pasaba las manos por la nariz para luego tirarle del pelo.

—¿*Sir* Ronald?

Él le quitó el pañuelo, mirándola dichoso, y ella chilló de júbilo y le rodeó el cuello con los brazos. El asombro se apoderó de todos los

invitados, e incluso su hermano pareció sorprendido ante el atrevimiento de Georgiana, pues frunció el ceño y enarcó las cejas, en lugar de exhibir su característica sonrisa. No obstante, todos se relajaron al momento, con la salvedad de Clara, que daba la impresión de estar deseando propinarle a Georgiana un puñetazo en la nariz.

—Muy bien —la felicitó Peter, aplaudiendo—. Ahora le toca a Demsworth.

—Creo que voy a retirarme —me dijo Clara en un suave susurro, enlazando el brazo con el mío.

No podía culparla: éramos, sin lugar a duda, las más extrañas de la sala, puesto que no conocíamos a nadie salvo a nuestro anfitrión, mientras que todos ellos se conocían muy bien, pero ¿por qué nos había invitado, entonces? Clara debía de estar aquí por algún motivo.

—Una ronda más —le susurré—. Veamos a *sir* Ronald hacer el ridículo.

Mientras Georgiana le daba vueltas a *sir* Ronald, distraje a Clara señalando al señor Bratten, que se estaba alisando el cabello en el espejo de la pared.

—Diez —contó Georgiana, y corrió a una silla cercana.

Sir Ronald no actuó ni con lentitud ni con timidez, sino que dio grandes zancadas para acercarse a las paredes, las mesas y los asientos. Estuvo a punto de tropezar con el teniente Rawles, quien reculó por detrás del piano justo a tiempo.

—¿Dónde está, Rawles? Lo oigo respirar cada vez que se mueve —preguntó *sir* Ronald, con la cabeza ladeada, a la espera.

—¿Intenta atraparme? —dijo el teniente, tocando a *sir* Ronald por la espalda antes de apartarse rápidamente a la izquierda—. No hay nada como que a uno lo persiga una ráfaga de proyectiles para aprender a esquivar obstáculos en la guerra, Demsworth.

Justo entonces, Peter empujó a Georgiana hacia *sir* Ronald. En unos instantes, volvería a tocarla y sujetarla de nuevo. Ella fingió estar aterrada y retrocedió lentamente, mientras Clara fruncía los labios y negaba levemente con la cabeza. Otra vez, no. Mi hermana no pasaría por eso otra vez. Actué deprisa y me dejé caer en la silla que tenía junto a mí, pero no me había parado a pensar en lo cerca que me encontraba ahora de *sir* Ronald, que agitó el brazo hacia el lado y me aferró la falda del vestido.

—¡La tengo! —Rio—. Pero, espere, ¿quién es usted?

La sonrisa de Georgiana dejaba entrever la decepción que sentía, pero Clara estaba eufórica, ya fuese por haberme involucrado o por que no fuera otra la capturada: ver cómo le brillaba la cara valía la

pena.

—Mmm…

Sir Ronald dio con mis manos y las examinó con los pulgares, para luego llegar a mis brazos con una media sonrisa nerviosa en el rostro. Me sonrojé ante el roce licencioso del caballero con el que mi hermana esperaba desposarse. Me puso las manos en la cara, y ahí se paró en las mejillas, en las cejas y en el dorso de la nariz. Entonces, me tocó el pelo y agarró uno de los rizos. Se mordió el labio, pensativo, e instantes después se aventuró:

—¿Señorita Clara?

Todos esperaban en silencio cuando le levanté el pañuelo y lo miré a los ojos. La esperanza que había en ellos se disipó al verme y la gracia y la vergüenza la reemplazaron.

—¡Ah, señorita Moore! Usted se parece a su hermana. ¡Qué torpe soy!

—Ambas medimos prácticamente lo mismo, aunque yo soy mayor que ella. Tendría que haberse fijado en las arrugas y el pelo cano, *sir* Ronald.

Todos se rieron a carcajadas, pero yo miré a Clara. Su sonrisa se había desvanecido, aunque reapareció cuando se percató de que la observaba. Ojalá estuviera ella en mi lugar; a mí no me interesaba en absoluto jugar a la gallinita ciega, pero no tenía elección. Una vez me hubo vendado los ojos, me dejé guiar por el sonido de los pasos ligeros que parecían provenir de todas las direcciones, a ciegas y tambaleante.

—No hay juego peor que este —dije, toqueteando lo que tenía frente a mí—. Clara, socórreme y dime de inmediato dónde estás.

—Jamás —respondió el señor Bratten, pero su voz venía de la lejanía.

A mi izquierda percibí un leve susurro que desembocó en una risotada y me moví hacia allí, agitando los brazos como si fuesen cometas en el viento. Me tentó una miríada de sonidos y crujidos que me rodeaba por todas partes, pero luego alguien se movió súbitamente tras de mí y oí la risita de un hombre. Me volví, salté hacia ese sonido y colisioné contra la figura de un caballero. Le agarré los brazos y él me estrechó con firmeza en lo que constituyó el más vergonzoso de los abrazos.

—Lo he atrapado —dije.

Era imposible no sonreír, incluso aunque sabía que debía de tener un aspecto irrisorio con el pañuelo que me tapaba los ojos.

—¿A quién ha atrapado? —preguntó Beatrice.

Rebusqué con los dedos con nerviosismo para descifrar la identidad

de mi presa. Ojalá hubiera prestado más atención a los caballeros aquella velada. El abrigo de este era grueso y liso. Caro. Aunque…

—No tiene medallón, así que no es el teniente.

No obstante, tenía una constitución indudablemente encomiable, dado que era alto y robusto. Permaneció inmóvil como una estatua mientras yo trazaba el contorno de su pecho, que subía y bajaba de forma acompasada, y con las manos le busqué los brazos, momento en el que el hombre respiró hondo.

—¿Estoy tardando demasiado? —pregunté.

Una mano áspera colocó la mía en su rostro y sacudió la cabeza en silencio, como si quisiese responder a mi pregunta con una negativa.

—A él le está encantando —dijo Beatrice, divertida.

—O tal vez tiene cosquillas —apuntó Georgiana entre risas.

Me ruboricé al pensar en la imagen que estaba dando de mí misma. Toda esta situación era del todo indecorosa. Me apresuré a llevar las manos a su cuello y a su mandíbula, lisa y dura.

—No es el señor Bratten, quien, si no me equivoco, se ha negado a afeitarse esta noche.

—Está en lo cierto —rio alegremente el señor Bratten desde el otro lado de la estancia.

Sonreí. Los candidatos restantes eran *sir* Ronald y Peter. Mientras le rozaba el semblante, noté un desnivel en la mejilla: un hoyuelo, fruto de la sonrisa que probablemente esbozaba mientras yo me humillaba en un intento de desvelar su identidad. El corazón me dio un vuelco. Tenía que tratarse de Peter. Me puse de puntillas para pasarle los dedos por el cabello, que era ondulado y suave, a diferencia de los mechones ásperos de *sir* Ronald. Lo despeiné antes de resoplar y dar un paso atrás.

—¿Señor Wood?

«Por favor, dígame que no es usted».

Cuando me quitó el pañuelo, sus ojos verdes perforaron los míos y centellearon por encima de una pícara sonrisa.

—Señorita Moore, esta noche no esperaba que me sometiese a un registro tan completo con sus persistentes roces.

Las risas inundaron la sala y lo alejé de mí con la burla escrita en la cara, decididamente hastiada de jugar a la gallinita ciega. ¿Por qué Peter Wood siempre lo arruinaba todo?

—¿A alguien le apetece un té? —preguntó *lady* Demsworth al levantarse, haciendo señas al mayordomo—. Está usted muy acalorada, Beatrice. Venga a sentarse un momento, y usted, señorita Moore, acompáñeme también.

Haría lo que fuese para escapar del martirio al que me había visto sometida. ¿Habría estado Peter riéndose de mí todo el rato? Era lo más probable. Me había puesto en ridículo, pero, aun así, todavía sentía un hormigueo en los dedos por haberlo tocado.

Trajeron las bandejas, en las que tintinaban las tazas y los platillos. Seguí las indicaciones de *lady* Demsworth y acepté la taza que me sirvió. El resto de los huéspedes nos imitó, y pronto me vi inmersa en un ambiente enérgico. A mi izquierda, la señorita Turnball y *lady* Demsworth hablaban acerca del próximo baile, y a mi derecha, el teniente Rawles volvía a apilar sus libros. Dado que ninguno de ellos despertó mi interés, deposité la taza vacía en la bandeja antes de volverme para examinar el resto de la estancia: el señor Bratten y *sir* Ronald estaban en la mesa de juegos con Beatrice y Georgiana. ¿Dónde se había metido Clara? Y, sobre todo, ¿dónde estaba Peter? Hallé la respuesta instantes después, cuando los localicé a pocos pasos, en el asiento que había bajo la ventana. Clara estaba más que desalentada, pues tenía la cabeza gacha y la mirada puesta en la ventana mientras Peter pronunciaba un monólogo que parecía de lo más insípido. ¿Cómo había osado apartarla de los demás dos veces la misma noche?

Tras dar las gracias a *lady* Demsworth, traté de no molestar a mis vecinos al levantarme y luego me dirigí a Peter. Me hervía la sangre de la rabia que sentía por haberme dejado manipular y ya no podía controlar más la lengua.

—Clara —dije, intentando hablar con un tono de voz neutro cuando me aproximé a ellos—, necesito hablar con el señor Wood. ¿Te importa? Quizá podrías sentarte a la mesa de juegos y disfrutar de la partida.

Levantó los ojos en mi dirección y elevó una de las comisuras de los labios.

—Por supuesto.

En cuanto se hubo alejado lo suficiente como para no oírnos, ocupé su asiento e intenté mostrarme impávida ante este hombre maquiavélico, quien se había pasado oficialmente de la raya en su intento de distanciar a mi hermana de *sir* Ronald. No lo permitiría. A Clara le había llevado mucho tiempo reunir la poca autoestima que tenía y forjar el fino escudo que la protegía de sentirse fuera de lugar y no querida, y no permitiría que un hombre destruyese sus sueños ni sus intentos de hacerlos realidad.

—Usted y yo tenemos que hablar. Ahora.

Lo dije en voz baja y entrecortada, pero esbocé una tensa sonrisa.

Peter se irguió en el asiento para encararse conmigo directamente.

—Está enojada conmigo.

—No se imagina cuánto.

A pesar de lo dicho, se le iluminaron los ojos y se inclinó hacia mí.

—¿Qué he hecho ahora para avivar tanta rabia en su interior, Amelia? Creía que nos estábamos haciendo amigos.

—¿Amigos? —dije, airada. Comprendí que mi enfado era manifiesto y bajé la voz, pues no podía permitir que ninguno de los presentes se enterase de lo que tenía que decirle—. ¿Cómo se atreve a imaginar que deseo su amistad? Es usted la persona más antipática, egoísta y descortés que he conocido en mi vida.

Su sonrisa se desvaneció y levantó el mentón. Por fin. Tal vez ahora me tomaría en serio. Tragó saliva y me miró a los ojos.

—¿Por qué?

—No viene al caso. Usted limítese a dejar a mi hermana en paz. Ya ha tratado de desviar la atención de *sir* Ronald lo suficiente, y no puedo seguir haciendo la vista gorda. Perjudica a todos los aquí presentes si se entromete donde no debe.

Peter se quedó en silencio, con las cejas alzadas. No se opuso a mí ni parecía enojado por mi actitud. Desconocía si estaba reflexionando sobre lo que le había expuesto o si estaba buscando el modo de refutarme, pero tampoco esperé a saberlo para añadir más acusaciones contra él en mi mente.

Respiró hondo antes de responder:

—Georgiana necesita que la anime.

—¿Niega que intenta alejar a mi hermana de la compañía de *sir* Ronald para satisfacer sus propias ambiciones en lo referente al matrimonio de Georgiana?

Hizo otra pausa. Sus ojos eran demasiado tiernos en comparación con el fuego indomable que ardía en los míos.

—Solo intento ayudar a Georgiana en su empeño. Mi ambición no apunta a su matrimonio, sino a su felicidad.

—¿En detrimento de la de mi hermana? Usted ha de ser una persona muy cruel para urdir una trama tan descarada para que una mujer se quede sin la posibilidad de amar y la otra lo consiga. Le pido de nuevo que cese su intromisión de inmediato.

Soltó una risa incrédula y se frotó la mandíbula con la mano.

—No me conoce en absoluto, pero aun así describe la opinión que ha formado de mí sin tapujos.

—¿Lo niega, señor Wood?

Se recostó contra la ventana con su habitual despreocupación.

—No.

Me reí con desprecio y sacudí la cabeza, incrédula. Lo que me sorprendía no era el complot que había puesto en marcha, sino que parecía plenamente satisfecho e incluso contento con lo que estaba haciendo.

—No me mire de ese modo —dijo Peter, insinuante—. Usted y yo somos iguales.

Me crucé de brazos de inmediato.

—No lo somos, ni mucho menos.

—¿De verdad? ¿Qué hay del episodio de la colina, cuando se quedó sin aliento, y de nuestro pícnic privado alejado de ellos?

Me mordí la lengua. No estaba equivocado, pero ¿teníamos los mismos motivos? Para nada. Un hombre como Peter nunca comprendería la importancia que entrañaba un compromiso como este tanto para Clara como para mí, ya que él llevaba una vida carente de preocupaciones, así como Georgiana, se casase o no con *sir* Ronald. Sus vidas seguirían como si tal cosa aunque su hermana no se prometiera con el anfitrión, pero en nuestro caso, aquello suponía la diferencia entre la pobreza y la libertad. Si alguien merecía empujar a su hermana hasta la meta, esa era yo.

—Es imposible que comprenda mis motivos… Nuestra necesidad —enfaticé.

—¿Sus necesidades exceden los deseos de mi hermana?

Resoplé y me froté la sien. Era inútil discutir con un hombre que lo tenía todo, que cumplía los deseos de su hermana sin esfuerzo alguno. Clara y yo no nos podíamos permitir una vida similar: nosotras éramos la minoría de Lakeshire Park, pero jamás admitiría tal cosa ante aquel hombre. Quién sabe lo que haría con esa información.

—Lo dice un caballero al que no le falta de nada —dije por lo bajo. Dijese lo que dijese, nunca lo entendería—. Limítese a dejar en paz a mi hermana y no se dirija a ella, a no ser que ella solicite su atención.

—¿O qué? —preguntó con una sonrisa, y me di cuenta de que no podía acompañar lo que le había dicho con ninguna amenaza—. Si desea que me haga a un lado, Amelia, tendrá que ofrecerme algo a cambio.

—¿El qué? —inquirí, desdeñosa.

Miré por la ventana. Él era consciente de que seguramente no podría darle lo que pidiese, pero, aun así, me hostigó con esa oportunidad. Hizo una pausa, muestra de una vacilación inesperada, y tuve tiempo a respirar rítmicamente tres veces antes de que se pronunciase:

—Otórgueme su compañía todas las tardes hasta que nos marchemos.

Volví la cabeza para encontrarme con su mirada.

—¿Cómo dice? Eso es absurdo.

—Solo así cederé, pero usted también tiene que prescindir de sus maquinaciones.

—No puede hablar en serio.

Sacudí la cabeza, a la espera de que se riese de su propia broma. ¿Qué podía querer él de mi compañía? ¿Qué as tenía bajo la manga en esta ocasión?

—Estoy siendo sincero —corroboró, mirándome atentamente, como si estuviésemos haciendo negocios—. ¿Está conforme?

—¿Quiere mi compañía a cambio de no ejercer su influencia sobre *sir* Ronald?

—Así es —dijo con firmeza.

Aparté la mirada y apreté los puños. ¿Quién era este hombre y por qué vivía para atormentarme? En realidad, no importaba: debía aceptar si quería ayudar a Clara, cuyo futuro dependía de este compromiso, y no tenía la más mínima duda de que, si se le permitía actuar libremente, lo conseguiría. Lo único que necesitábamos era tiempo.

—Estoy conforme —dije, y me rechinaron los dientes.

Me levanté. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Qué había hecho para merecerme tantas dificultades e impedimentos? Peter era libre de burlarse de mí, provocarme y reírse, mientras que yo debía pensar, rezar y no perder la esperanza. La rabia que suscitaba lo injusto de mi situación y lo frívolo de la suya me hundía el pecho como si de hierro fundido se tratara.

—Pero tenga en cuenta, señor Wood, que si no se comporta adecuadamente, haré que se sienta el hombre más miserable de todo Hampshire.

Mis palabras no hicieron sino ampliar su sonrisa, lo que incrementó la irritación que sentía.

—No me tiente, Amelia. Ya me estoy divirtiendo en demasía.

Capítulo 7

Mary me tiraba del pelo mientras me apretaba y retorcía los rizos uno a uno en lo alto de la cabeza.

—Ten cuidado, Mary.

Hice un gesto de dolor y me aferré a los brazos de la silla.

—Claro, señorita. Disculpe el comentario, pero no suele estar tan sensible como hoy.

Mary atrapó uno de los mechones con esmero y relajé los hombros. No había dormido bien; al contrario, había estado dando vueltas toda la noche y pensando en la conversación que tuve con Peter. Su ultimátum me había amargado, y seguía sintiéndome así esta mañana. ¿Por qué, de entre todas las cosas que me podría haber pedido, había elegido mi compañía? Debía de haber alguna intención oculta tras sus palabras que yo no había conseguido advertir, pero pronto lo descubriría.

La puerta de mis aposentos se abrió y Clara entró.

—Amelia, qué bien que estés despierta —exclamó, con ojos frenéticos—. Préstame tu collar, el que tiene una flor, porque resulta que Georgiana también lleva perlas.

Clara se llevó las manos al cuello para quitarse el collar de perlas que llevaba. Acto seguido, abrió mi joyero y revolvió entre las pocas joyas que poseía. Si bien no se había puesto muchas durante nuestra estadía en Londres, era evidente que aquí, en Lakeshire Park, pretendía hacer lo contrario.

—Está en el cajón —contesté, mientras Mary me rizaba con más contundencia otro mechón de la nuca. Trabajaba con dedos hábiles y

veloces—. Sería impensable que fueses a juego con tu rival, ¿verdad?

—No hay duda de que Georgiana no es mi amiga. Cuando bajé al piso inferior, a modo de saludo, señaló que mi sirvienta me había colocado mal una de las horquillas y que debería poner solución a eso antes del desayuno.

Mary soltó una risa de desdén.

—Pero ¡qué muchacha! —me quejé—. Ella y su hermano son implacables.

—No te preocupes, le dije que mi sirvienta nunca coloca mal las horquillas y me puse a tocar el piano para distraerme —explicó, y negó con la cabeza de camino al cajón—. *Sir* Ronald me alabó por mi talento.

Mary y yo compartimos una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra *sir* Ronald esta mañana? —pregunté.

—Es un anfitrión de lo más considerado. Nos va a llevar al pueblo después del desayuno —comentó Clara, que se volvió hacia mí mientras rebuscaba en mis pertenencias—, y el señor Wood ha preguntado por ti.

—¿De verdad?

Suspiré. Resultaba evidente que no iba a desaprovechar la oportunidad de castigarme.

—Le dije que te unirías al desayuno. ¿Estás preparada?

—Un minuto más —pidió Mary, que sujetaba una horquilla con los dientes.

Clara se puso mi collar y se miró al espejo.

—Así mejor —convino.

—Primero los guantes y ahora el collar. —Le dediqué una sonrisa divertida—. ¿Hay algo más que quieras de mí?

—Tu ingenio —sugirió Clara muy en serio—. Ay, no sobreviviré a este día.

Si de verdad fuese ingeniosa, no me estaría preparando para pasar una tarde con el señor Wood.

—No lo necesitas; basta con que seas tú misma.

Clara le frunció el ceño a su reflejo en el espejo. ¿Qué es lo que veía en él? ¿Por qué se preocupaba tanto por su apariencia y sus aptitudes? Era imposible que *sir* Ronald le diese tanta importancia como ella. ¿Merecía la pena padecer tanta ansiedad por amor?

Mary dio un aplauso y me miré al espejo, a los ojos de color marrón claro, como los de mi madre, y al cabello caoba que me coronaba el semblante con rizos elegantes y lisos.

—Perfecto —dijo Clara, haciendo que me levantara del asiento—.

Apresúrate, ya es tarde.

❄❄❄

Clara y yo fuimos las últimas en llegar al desayuno y, por ende, las últimas en elegir asiento. Ella se posicionó a la izquierda de *lady* Demsworth y yo ocupé el asiento que quedaba libre junto a Beatrice, el cual, por suerte, estaba en el extremo opuesto a donde se encontraba Peter.

—¿Cómo es el pueblo, *sir* Ronald? —preguntó Beatrice.

—Es pequeño —respondió, mirando a Clara—. Los habitantes son gente amable y, como verán, regentan las tiendas de forma muy profesional y organizada. Contamos con un librero, un panadero, un sombrerero…

—Qué maravilla. De hecho, pasamos por una tienda de camino a Lakeshire Park que vendía de todo —intervino Georgiana, con el mentón levantado, como si hubiese montado la tienda ella misma—: sombreros, zapatos, pañuelos para el cuello… Aunque el guantero ya no trabajaba allí.

—Sí, esa debe de ser la tienda en la que paramos justo antes de venir —dijo Clara—, pero para Amelia fue una experiencia desagradable.

Tosí, pues me había atragantado con un bocado de huevo, y miré a Peter de soslayo, mientras este masticaba con una sonrisa porfiada y cortaba lo que tenía en el plato. Por lo menos, ambos deseábamos guardar nuestro secreto.

Sir Ronald me miró, como si quisiese disculparse por la molestia.

—Qué pena. No es una tarea fácil mantener un negocio a flote en un entorno rural. Estoy seguro de que alguien cubrirá el puesto en breve. Además de ir de compras, los llevaré a todos a pasear por el parque, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo estimas que estaremos fuera? —preguntó Peter, lo que hizo que yo desviase la atención de lo que tenía en el plato.

—Lo más probable es que invirtamos toda la tarde en ello —contestó *sir* Ronald, despreocupado.

Peter suspiró de forma dramática, con la vista fija en mí.

—Es una pena, señorita Moore, que usted y yo debamos quedarnos.

—¿Qué dices? —inquirió Georgiana, mirando a su hermano.

—La señorita Moore y yo nos hemos comprometido a realizar labores de caridad en las tierras de Lakeshire Park esta tarde. Nos

uniremos a ustedes la próxima vez.

Peter siguió comiendo, como si no hubiese dicho nada fuera de lugar, pero todos me miraron a mí. Me limpié los labios con una servilleta, asentí levemente y les ofrecí una sonrisa incómoda. ¿Qué pretendía Peter exactamente? ¿En qué lío me había metido? No podía ni rechazarlo ni cuestionar lo dicho frente a los demás.

—Así es, señor Wood. Confiaba en que nuestra ausencia pasase inadvertida, teniendo en cuenta que no nos llevará mucho tiempo —recalqué las últimas palabras.

—Qué considerados son los dos. —*Lady* Demsworth nos dedicó una cariñosa sonrisa—. Ahora la señora Turnball y yo tenemos la excusa perfecta para quedarnos también.

—Muy bien, Wood. —*Sir* Ronald asintió en señal de aprobación—. Siempre has sido una persona generosa.

Además de un liante y un sinvergüenza.

Poco después del desayuno, *sir* Ronald mandó preparar el carruaje y la compañía se dispersó para prepararse. Me dispuse a subir las escaleras, pues no tenía la intención de entretener a Peter antes de lo estrictamente necesario, pero se me acercó sigilosamente y me impidió el paso.

—Póngase ropa de montar, por favor, señorita Moore. La estaré esperando aquí y me despediré de los demás.

En sus mejillas surgió un hoyuelo, fruto de esa sonrisa curiosa y confiada. Se me agitó el pecho al recordar la sensación de haber tocado con los dedos ese hoyuelo durante el juego de anoche. Maldije a Peter Wood, a lo pagado de sí mismo que estaba y a aquella sonrisa descarada que tenía. Aunque lo que me hubiera gustado era darle un empujón, no pude sino asentir, y él, satisfecho, se hizo a un lado para dejar que pasara.

Clara se esforzó por mostrarse decepcionada al ver que no iba a acompañarlos, hasta que le recordé que mantendría al señor Wood alejado de su hermana y de la atención de *sir* Ronald. Tras ponerme el traje de montar, de un azul cerúleo, le di unas cuantas monedas de mi ridículo para que las guardara en el suyo y luego me despedí de ella.

El señor Wood se despidió con la mano mientras el carruaje se alejaba por el sendero y yo me froté las manos con disimulo: no estábamos a solas del todo, dado que *lady* Demsworth y la señora Turnball se encontraban en el salón, aunque, en realidad, parecía que no había nadie más.

—¿Vamos? —propuso Peter.

Me ofreció el brazo, lo que añadió más soltura a su postura. Tenía

los ojos brillantes, llenos de entusiasmo.

—¿Adónde me lleva, señor Wood?

Lo agarré del brazo y él me sostuvo con firmeza. Dudaba que sus «labores de caridad» tuviesen algo de caritativo de verdad.

—Es una sorpresa. Tengo la certeza de que lo detestará y de que se arrepentirá del día que hizo un trato conmigo.

Eso era cierto. Se rio entre dientes cuando vio que lo miraba con ojos entrecerrados. Había dos caballos ensillados a las puertas del establo, y uno de los mozos de cuadra me ayudó a subirme al lomo de la yegua sin esfuerzo.

—*Summer* es la más mansa de todas —dijo, acariciándole el hocico —, ¿a que sí, amiga?

A decir verdad, carecía de la experiencia suficiente en materia ecuestre para notar la diferencia, pues no había tenido la oportunidad de montar a caballo desde la niñez. Traté de suprimir el nerviosismo que me invadía mientras frotaba la crin color castaño de *Summer*, que era toda una belleza.

—… en torno a un kilómetro y medio al sur, donde encontrará bastante para todos —le decía un hombre.

Me preguntaba qué me había perdido. ¿Encontrar lo suficiente de qué?

—Perfecto —le respondió Peter—. Acérquese, señorita Moore —me llamó, y condujo al caballo fuera de los establos, hacia la luz matinal.

Haría cualquier cosa por el bien de Clara. Di unos golpecitos con los pies a *Summer*, que se dirigió perezosamente al portal. A este ritmo, no regresaríamos a tiempo para la cena. Mientras el mozo nos seguía de cerca, avanzamos uno al lado del otro en silencio durante un tiempo y escuchamos el canto de las aves que descansaban en las copas de los árboles. El aire ganaba en calidez a medida que el sol se elevaba por encima de los bosques. Yo disfrutaba del repiqueteo que producían los cascos de los caballos en la dura tierra del sendero y del vaivén placentero y sosegado de *Summer*, por lo que me acabé relajando y me enfrasqué en mis pensamientos.

—Se está divirtiendo demasiado —comentó Peter en tono ligero y festivo—. Se supone se siente desgraciada.

Volví a la realidad de pronto y me fijé en su sonrisa contagiosa.

—Me siento tremendamente desgraciada, no se preocupe.

—Excelente. En ese caso, conversar ayudará a acentuar su miseria lo justo.

Gemí. ¿Por qué tenía que arruinar mi plácido momento al sol? ¿Acaso no podíamos sobrellevar nuestras tardes compartidas en

silencio para que ambas partes estuviésemos satisfechas?

—¿Tiene más hermanos aparte de la señorita Clara? —preguntó, como si aquello resultase tan intrigante como un cofre oculto lleno de tesoros.

—No, ¿y usted? —pregunté por cortesía, antes de darme cuenta de que estaba animando la conversación.

—Parece que tenemos algo en común. Mi única hermana es Georgiana.

Me sonrió, pero miré para otro lado.

—¿Y qué hay de sus padres? ¿Cómo se conocieron?

—Oh, no, es usted un romántico —apunté, con una expresión dolorida en el semblante.

Le decepcionaría la historia de mi madre y mi padre, en especial si añadía la de lord Gray, pues no había ni rastro de romanticismo en ninguna de ellas.

Peter se enderezó.

—Tal vez lo sea. A la mayoría de las mujeres le parece un ideal cautivador.

—O poco realista.

Enarqué una ceja y él ladeó la cabeza, burlón.

—¿Amelia Moore no cree en el amor?

—Amelia Moore cree en el pragmatismo y la sensatez.

—¿Por qué? —inquirió a la defensiva.

Cavilé al respecto unos instantes, sorprendida por el modo en el que parecía necesitar que le respondiese.

—Porque una no se puede fiar del amor, es algo que viene y se va, y los que lo poseen y luego lo pierden son los que más sufren.

Evité su mirada, aunque la sentía fija en mí mientras contestaba:

—No obstante, también gozan de una vida más plena en comparación con los que se niegan a abrir su corazón.

—Podría refutar lo que ha dicho, pero tengo la sensación de que ninguno de los dos ganaría el debate.

Peter rio entre dientes y se le iluminaron los ojos, pero no me presionó. Por muy enojada que estuviera con él por sus injerencias y sus coerciones, apreciaba la jovialidad con la que expresaba sus opiniones. Reflexioné sobre sus palabras mientras *Summer* le seguía el ritmo a su caballo. ¿Qué experiencia tenía aquel hombre en lo referente al amor? ¿Alguna vez había sentido esa emoción? Afirmar con tanta rotundidad que el amor era una fuerza motriz era una declaración entrañable, pero también una creencia irreflexiva. Pensaba que era más práctico.

Prosiguió con su ronda de preguntas:

—¿Cómo es su vida en Brighton? ¿Qué hace con su tiempo?

Me moví en la silla, incómoda. Seguramente, imaginaba que pasaba los días en la orilla, con turistas y amistades entretenidas. ¿Qué pensaría de mí si le revelase cuál era mi situación en realidad? Nadie sabía cómo era nuestra vida, nadie lo había preguntado, pero ¿qué daño haría ser honesta con él? En el peor de los casos, perjudicaría la opinión que tenía de mí y quizá se vería tentado a liberarme de su compañía.

Me aclaré la garganta.

—Toco el piano por las mañanas para no molestar a lord Gray, porque es cuando se va a dar un baño en el mar; lo importunaría de estar presente. Cuando vuelve, me encargo de su bienestar, le acerco el periódico, los puros y el té, y mientras descansa, espera que yo cosa y cuide de la casa. Si tengo la fortuna de tener tiempo para dedicarme al ocio, me gusta leer o pasear por la orilla del mar con Clara.

—Imagino que debe de conocer a muchas personas allí.

Él miraba al frente, y mientras lo hacía, una oleada de vergüenza me recorrió. Estaba en lo cierto: su parecer sobre mi persona había cambiado de inmediato.

—En realidad, no. Apenas recibimos visitas en Gray House, aunque es divertido observar a quienes van a la playa e imaginar cómo son sus vidas y de dónde vienen.

—Tenga cuidado, Amelia. Esa es una emoción muy romántica.

Me dedicó una media sonrisa que yo no le devolví.

—En absoluto. ¿Y usted? ¿Qué hace con su tiempo libre?

—¿Con mi tiempo libre? —Tosió—. ¿Cree que llevo una vida contemplativa y me dedico a beber té y visitar a todas las damas que son un buen partido de Hampshire?

Me imaginé a Peter sujetando la taza con el dedo meñique levantado y reprimí una sonrisa.

—Sé que no le importa, dado que mi dinero carece de interés alguno para su intelecto —continuó, irguiéndose en la silla—, pero sí que tengo una cantidad decente de tierras. Superviso a mis arrendatarios y les proporciono todo lo que necesiten, y cuando no estoy ocupado con asuntos relacionados con mis propiedades, Georgiana me atosiga con algo nuevo que le apetece o que necesita y sin lo que no puede vivir y también me hago cargo de ello.

Desvié el rostro para fruncir los labios. No me creía que tuviese ni la más mínima idea de lo que su hermana necesitara o no para vivir. Quizás fuese tan extravagante como ella.

—Sé que usted considera que la consiento en exceso —dijo, con una voz más suave, y nuestras miradas se encontraron. Me sorprendió lo amables y casi alicaídos que me parecieron sus ojos—, pero es mi mejor amiga y su felicidad lo es todo para mí. Intento compensar todo el sufrimiento que le provocó la falta de cariño de nuestra madre, y no me importa que me juzgue por eso.

Examiné su perfil y la confianza con la que se defendía. Fuera lo que fuese lo que hicieron o no hicieron sus padres, aquel hombre sufría parte de las consecuencias, y yo no estaba en condiciones de juzgar cómo había decidido sobrellevarlo. Si dispusiese de los medios para mimar a Clara como él mimaba a Georgiana, era innegable que actuaría del mismo modo.

—Dejando a un lado mi opinión al respecto, la está cuidando bien —sugerí, y me miró con desconfianza, como si esperase que a mi cumplido le siguiese un reproche—. Espero que yo pueda decir lo mismo de Clara, aunque creo que le he fallado de muchas formas.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Dudaba que ninguna mujer hubiese atraído a *sir* Ronald durante la temporada hasta que aparecieron usted y su hermana. Con todo, me sorprende que se haya fijado en ella y no en usted.

¿Qué acababa de decir? ¿Pretendía alabarme? Una brisa fría me rozó las mejillas, que de repente me ardían.

—Guárdese sus piropos, señor Wood. No funcionarán conmigo.

—Oh, su sonrojo la delata.

La diversión bullía en sus palabras y me entraron ganas de reducir el espacio que había entre nuestros caballos para darle un empujón. Cielos, ¡qué frustrante era este hombre!

—Vamos, amiga —le dije a *Summer*, en un intento estéril de dejar a mi acompañante de una vez por todas. Nos estábamos aproximando al borde de la colina. Me incliné hacia delante y *Summer* gruñó bajo mi peso—. ¿De verdad te agobio tanto? Has debido de llevar cargas más pesadas.

Si bien se movía con una lentitud que me sacaba de quicio, *Summer* era, sin duda alguna, la yegua más dulce y tratable que había conocido, pues no se atrevería ni a espantar a una mosca del lomo. Había bastado un solo viaje con ella para que comenzase a adorarla. Entonces, Peter se acercó a mí, se dirigió a ella con una interjección y le azotó la grupa, lo que provocó que echase a correr y yo perdiese el equilibrio. Lo recuperé justo a tiempo.

—¡Peter! —chillé.

Sentía por todas las venas una alegría vívida. Hasta que él me

alcanzó y se carcajeó con descaro.

—Tenía curiosidad por saber cómo conseguiría que me llamase por mi nombre de pila.

Divertida, di una bofetada al aire en su dirección.

—Menos mal que su nombre de pila no será la última palabra que pronuncie en vida.

Y que no había llegado a oídos de nadie más semejante descuido.

Se mordió el labio.

—Discúlpeme, no sabía que ella reaccionaría de ese modo, pero se supone que no debería divertirse, ¿recuerda?

—Le aseguro que no me estoy divirtiendo —mentí, reprimiendo una sonrisa.

Cuando llegamos al pie de la colina, Peter fue el primero en desmontar. *Summer* se paró a su lado y él aferró las riendas con una mano para que permaneciese quieta mientras yo descabalgaba. Me ofreció la otra para que me apoyase.

—¿Dónde estamos? —pregunté lentamente al dejarme caer en la tierra, suave al tacto y repleta de arbustos color esmeralda.

—En un campo lejano —respondió, haciendo señas al mozo de cuadra que venía tras nosotros y que estaba desatando dos cestos de grandes proporciones de su caballo—. Hemos venido a recolectar moras, dado que el cocinero precisa de dos cestos para la tarta de cumpleaños del señor Gregory, el mayordomo. Por desgracia, a causa de la fiesta que se ha organizado en la casa, nadie ha tenido tiempo para hacerlo. Así pues, henos aquí.

¿Se daría cuenta de la sorpresa que me invadió al descubrir que efectivamente había pretendido hacer algo para ayudar a los demás? Tras observarlos con más detenimiento, me percaté de que las zarzas que nos rodeaban estaban colmadas de moras, al igual que las que teníamos en la casa de mi infancia en Kent. Me sonó el estómago.

—Imagino que se sentirá usted muy desgraciada —conjeturó Peter, casi como si fuese una pregunta, cuando me hizo entrega del cesto—. Las zarzas están llenas de espinas, así que…

—Tengo experiencia.

Me quité los guantes sin reparo y alargué el brazo hacia un arbusto, del que arranqué una mora redonda y madura. El decoro me traía sin cuidado en este paraje, con Peter como única compañía, pues lo que pensara me importaba menos que las opinión del mozo de cuadra. La mora me explotó en la boca, el jugo acerbo me cosquilleó la lengua y me entraron ganas de más *ipso facto*. Peter se puso a la faena junto a mí y comenzó a llenar su cesto. Por cada media docena de moras que

cosechaba, me llevaba una a la boca. No podía resistirme.

—Si no empieza a llenar el cesto en vez del estómago, nos pasaremos aquí todo el día —objetó Peter, situado a unos pocos arbustos de distancia colina abajo.

Hice como si no lo hubiese oído y me senté en un lugar cómodo en la hierba junto a la zarza. Tenía el cesto casi lleno y el estómago, también. Me recliné hacia atrás y me apoyé en las palmas de las manos para mirar el cielo, cuyo azul intenso estaba salpicado de alguna que otra nube con apariencia de almohada. Cerré los ojos, relajada, y respiré el aire fresco, mientras el sol me acariciaba las pestañas y alumbraba mi visión apagada de color rojo. Me recliné más, hasta apoyarme en los codos.

—Desde luego, usted es sin duda la peor recolectora de moras que he conocido —dijo Peter, más cerca de lo que imaginaba que se encontraba.

Abrí los ojos de pronto.

—¿No me diga que conoce a muchos, usted, con su posición, su dinero y sus planes de futuro?

Reprimí una sonrisa.

—Ja, ja —contestó, frunciendo el ceño con desánimo—, y lo dice usted, la hija de un barón.

—La hijastra —lo corregí—. Además, apenas percibo nada de él.

Traté de mantenerme en calma y mostrarme indiferente a la proximidad de Peter.

—Le sufragó una temporada, ¿no?

—Tengo diecinueve años y fue la primera vez para mí.

—Oh. —Peter se aclaró la garganta—. ¿Conoció… a alguien en particular?

Lo miré brevemente antes de volver la vista a la cálida luz solar. ¿Había llegado a conocer a una docena de hombres y bailado más de media docena de veces?

—Para nada.

No dijo nada durante unos instantes, mientras terminaba de llenar su cesto de moras, y luego se hizo con el mío. Suspiré cuando la culpa me incitó a unirme a él.

—¿Viene a por más? —se burló, y se adentró entre las zarzas junto a las que me encontraba.

Me lamí los dedos y, enojada, entrecerré los ojos en su dirección, mientras arrancaba unas cuantas moras más y las depositaba en mi cesto.

—¡Ay!

Peter reculó y apartó la mano.

—Tenga cuidado, Peter —dije distraída, mientras daba otro bocado.

Se quejó, con la vista fija en la palma de la mano. Se había pinchado con una espina.

—¿Está clavada?

Me erguí y me acerqué a él.

—Bastante.

—Veamos, déjeme ver.

Extendí la mano hacia la suya, pero él vaciló.

—Confíe en mí —dije.

Peter extendió la mano y se la tomé, sorprendida ante la textura áspera de sus dedos. Le di la vuelta a la palma y busqué cuidadosamente la génesis del dolor.

—Ahí está. No mire y no se dará cuenta.

Sonreí al recordar cuántas veces había aliviado las dolencias de Clara. Me había ocupado de eso con mayor asiduidad que nuestra madre. Peter miró al cielo y yo contuve la respiración. Agarré la espina, que se había clavado con más profundidad de lo que creía y que era, asimismo, más larga de lo esperado. Él refunfuñó y yo le di un beso fugaz en la zona; tan solo fui consciente de mis actos cuando él se quedó inmóvil. Me quedé con los ojos abiertos como platos y me encontré con los suyos, desprevenidos, al tiempo que empezaban a arderme el cuello y las mejillas. Este era Peter, no mi hermana, y no tenía que darle ningún beso en la herida.

—Le ruego que me disculpe. —Me aclaré la garganta y sacudí la cabeza mientras me alejaba de él—. Normalmente, cuando Clara… Lo he hecho sin darme cuenta.

Soltó una risita y continuó con su recolecta.

—De todos modos, aprecio la caricia añadida. Ya ha sanado, gracias.

¿De verdad acababa de besarle la mano? Esto tenía que ser una terrible pesadilla. Cerré los ojos con fuerza y gruñí para mis adentros. No sería capaz de volver a mirarlo a la cara jamás. Después de lo que me pareció una eternidad, limpié el arbusto de bayas y juntos llenamos el cesto que yo llevaba.

—¿Ha perdido el apetito? —me preguntó cuando me puse en pie.

Me obligué a mirarlo, a pesar de que la vergüenza que sentía iba *in crescendo*. ¿Por qué había sido tan impulsiva?

—¿Le ayudaría que le besase la mano antes de irnos para equilibrar la balanza? —dijo.

Fruncí el ceño mientras él me sonreía con picardía.

—Sabe que estaba pensando en Clara. Por favor, no se mofe de mí.

—¿Es eso cierto? En ese caso, juro que Georgiana ocupará mis pensamientos en todo momento.

Trató de reprimir una sonrisa y esperó a mi lado. Yo inhalé hondo, empujé mi cesto contra su pecho y me dirigí a *Summer*, pero no estaba. Había un caballo nuevo en su lugar, más alto. Me pregunté adónde se la habían llevado y si le había ocurrido algo malo.

—Espere —me llamó, y caminó hasta alcanzarme—. Discúlpeme. Tenga, tome otra mora.

Tomé la baya de su palma extendida con toda la resignación de la que fui capaz, para luego volverme y lanzársela justo a la nariz. No dijo nada mientras me alejaba, pero aquella risita que me sacaba de quicio me seguía.

Él había pasado la tarde que había planeado pasar y yo, después de todo, lo único que había pasado era vergüenza.

Capítulo 8

Cuando volvimos a avistar la casa, el carruaje de *sir* Ronald ya estaba aparcado enfrente. Nos habíamos ausentado más de lo que esperaba. Dado que me había obstinado en negarme a conversar con Peter durante el trayecto de regreso, cargó con el peso de la conversación él solo y me estuvo detallando cuáles eran sus inversiones más recientes y que tenía previsto ampliar sus tierras dedicadas al arriendo. Por mucho que intentase enfadarme con él, me pareció que había organizado sus negocios de forma razonable y eficaz, aunque no formulé dicho pensamiento en voz alta.

Lo dejé en los establos y me dirigí a la casa casi a la carrera en busca de Clara, a quien no encontré en el salón, donde el señor Bratten y las Turnball dialogaban ociosamente junto a la ventana, ni en la biblioteca, donde el teniente Rawles deambulaba por las estanterías. Tampoco vi a Georgiana y *sir* Ronald por ninguna parte. ¿Acaso se habían rezagado en el pueblo? La voz de Peter llegaba desde el zaguán, y subí sigilosamente las escaleras de mármol en dirección a mi alcoba, a la derecha. Me sobresalté al percibir un llanto amortiguado cuando irrumpí en el cuarto.

—¿Clara? —Corrí hacia ella y me postré junto a su lecho—. ¿Qué sucede, corazón?

¿La había rechazado *sir* Ronald?

—Oh, Amelia. —Se limpió la nariz con la manga—. Ha sido horrible.

—Cuéntamelo todo de inmediato —le imploré.

Me senté en la cama junto a ella y le tomé las manos. Mi hermana

me las apretó con fuerza y sacudió la cabeza.

—Ella lo agarró del brazo y se lo llevó durante toda la tarde, mientras le hacía reír con viejos recuerdos. Cada vez que intentaba intervenir, me ninguneaba y alegaba que mi vestido era bonito pero que estaba pasado de moda, que me emociono con demasiada facilidad, que los colores del luto me quedan de perlas…

—¡Cómo se atreve…! —comencé, pero Clara negó con la cabeza.

—Aderezó tan bien sus palabras que *sir* Ronald ni se dio cuenta de lo que decían en realidad, pero yo sí. Ha dejado claro que él no es para mí. —Enterró el rostro en las manos—. Soy una ridícula, Amelia, además de una ilusa. ¿Cómo podría enamorarse de mí? Yo no soy nada comparada con ella. Deberías haberlos visto juntos. No sé qué hago aquí.

Me habría gustado admitir que la entendía, que también yo me había sentido desconcertada e incapaz de mantenerme a flote desde nuestra llegada. ¿Qué hacíamos en ese lugar, en realidad? ¿Y en qué estaba pensando al relacionarme con un hombre como el señor Wood? Con la poca gracia que yo tenía para relacionarme con la gente, estaba condenada a sentirme como una desgraciada en compañía de aquel hombre al menos durante dos semanas. Él había demostrado ser más inteligente y perspicaz de lo que yo pensaba. Resoplé y sacudí la cabeza. ¿Por qué le había besado la mano? Yo sí que era una ilusa: él no volvería a tomarme en serio jamás, y en vez de mostrarnos como una amenaza, nos habíamos convertido en el hazmerreír.

No obstante, que nos lamentáramos no resolvería nuestros problemas. Lo cierto era que nosotras éramos distintas al resto de la gente allí reunida, pues carecíamos de fortuna y tampoco teníamos experiencia en los círculos sociales, y ni siquiera éramos lo suficientemente finas como para complacer a un caballero corriente, por no decir a un *baronet*, pero, a pesar de ello, aquí estábamos. ¿Por qué? *Sir* Ronald nos tuvo que invitar por un motivo, y a no ser que yo fuese una necia de verdad, el motivo era que deseaba cortejar a mi hermana, por lo que no podía rendirse.

—No eres ni ridícula ni una ilusa, Clara. De hecho, eres la mujer más inteligente y amable que conozco. —La atraje hacia mi hombro y le di un beso en la cabeza—. Además, subestimas en demasía tu vínculo con *sir* Ronald: él te adora, y lo único que tenemos que hacer es darle tiempo para que exprese sus sentimientos.

—Ellos son amigos, amigos íntimos. Lo conoce mejor que yo…

—¿Y? ¿Qué regla es esa que dice que uno debe casarse con su amiga de la infancia?

Clara reprimió una sonrisa y levantó la cabeza de mi hombro.

—Entonces, ¿crees que me tiene en estima?

—Con creces —aseveré—, y Georgiana debe de saberlo puesto que dices que se ha estado esforzando tanto en quitártelo esta tarde.

—¿Qué debo hacer, Amelia?

Su voz era suave, asustadiza, por lo que yo reforcé la mía:

—Haremos que abra los ojos.

❄❄❄

Mary ayudó a Clara a ponerse el vestido de seda color salmón, cuyo coste había hecho que lord Gray se pasara más de una semana gruñendo, mientras yo le ponía un poco de agua de rosas en los labios y en las mejillas para añadir a su aspecto un toque rosado. Algo sencillo pero elegante. Esta noche, sería capaz de llamar la atención de *sir* Ronald solo con su mera presencia.

Conforme a mi plan, fuimos las últimas en llegar a la cena, y Clara se limitó a sonreír brevemente e inclinar la cabeza a modo de saludo en dirección a *sir* Ronald cuando entramos en el salón a la luz de las velas. Fuimos directamente hacia el señor Bratten y el teniente Rawles, quienes nos recibieron con entusiasmo, pero antes de que tuviésemos tiempo para saludarlos con cortesía, *lady* Demsworth nos llamó para la cena. El señor Bratten le ofreció el brazo a Clara sin dudarlo y, para mi gran satisfacción, el teniente Rawles me escoltó al comedor tras ellos. *Sir* Ronald notaría la ausencia de mi hermana sin duda alguna.

Traté de no fijarme en Peter, que le ofreció asiento a Beatrice y que estaba muy favorecido con el chaqué de color marrón tierra que llevaba. Nuestras miradas se encontraron y yo bajé la mía rápidamente, pero no antes de percatarme de que *sir* Ronald observaba a mi hermana como dudando. Tal y como esperaba, el señor Bratten organizó una partida de cartas después de la cena y sugirió que él y Clara se enfrentasen a mí y al teniente Rawles. El juego era un tanto aburrido, pero nos reímos de todos modos, nos burlamos los unos de los otros y felicitamos a la pareja ganadora partida tras partida.

—Tres a uno —anunció pesaroso el teniente Rawles de una forma un tanto exagerada cuando perdimos la partida final—. Nos han machacado, ¿verdad, señorita Moore?

—Efectivamente —respondí en voz alta para que todos los

presentes me oyesen—. Clara y el señor Bratten hacen buena pareja.

Este último barajó las cartas con efusividad.

—Su hermana tiene una gran habilidad con las cartas. Me ha sorprendido: la primera noche que pasamos aquí, cuando la observé jugar, he de confesar que creí que era una jugadora no muy buena, pero ahora entiendo que el único culpable fue Wood.

Sonreí con suficiencia y miré de reojo al aludido, aunque me dio rabia encontrármelo inmerso en su lectura, sentado junto a la chimenea. Por una vez en su vida, no estaba metiendo las narices en asuntos ajenos, justo como había prometido. ¿Podía fiarme de verdad de su palabra?

—Con permiso, señorita Clara —dijo *sir* Ronald de camino a nuestra mesa, con una media sonrisa en el rostro. Mi hermana levantó el mentón cuando se acercó—. Hay una imagen en el libro de arquitectura que he comprado hoy en la librería que creo que sería de su agrado. ¿Le gustaría verla?

Clara me miró de reojo antes de sonreírle con timidez.

—Me apasiona la arquitectura.

Sir Ronald la ayudó a levantarse y la acompaño hasta un diván cercano. Aunque el señor Bratten y el teniente Rawles se pusieron a conversar sobre estrategias de *whist*, yo me centré en mi hermana, que florecía con las atenciones de *sir* Ronald. Parecía que toda la sala era consciente de que se habían sentado juntos y de que compartían el libro a la luz de la vela, pero yo fui la única en percatarse de que Georgiana marchaba en dirección a su hermano, resuelta y con ojos rabiosos. Me era imposible oír lo que decían, pero él se frotaba la nuca mientras ella le susurraba algo con vehemencia de pie junto a su asiento.

—¿Qué opinión le merece, señorita Moore? —preguntó el señor Bratten.

—¿Disculpe? —Volví la atención a los hombres que tenía frente a mí, quienes me miraban a la espera de una respuesta—. Lo siento, caballeros, tan solo conozco estrategias de ajedrez. Deberían jugar una partida; me encantaría verlos.

—Por supuesto —aceptó el señor Bratten, el cual, al parecer, jamás se negaba a echar una buena partida, y miró esperanzado al teniente Rawles.

—Señorita Moore, si ha terminado, por favor, venga con nosotras —me llamó *lady* Demsworth desde el otro lado de la estancia.

Ella y las Turnball estaban sentadas junto a la chimenea, cerca de donde se había sentado Peter antes, cuyo asiento ahora estaba vacío.

Barajé mis opciones y decidí que una conversación con *lady* Demsworth contribuiría a la causa de Clara más que una partida de ajedrez, por lo que me disculpé cuando el teniente Rawles extrajo el tablero de ajedrez y me decanté por el asiento opuesto al de Georgiana, que se había cruzado de brazos de forma desafiante. Resultaba evidente que se sentía incómoda y no podía culparla, pues mi hermana había acaparado la atención de *sir* Ronald esta velada.

—… Al señor Turnball le sorprendió tanto que hubiese aceptado que fue incapaz de articular palabra durante un minuto entero. Verá, ¡ya me habían propuesto matrimonio en siete ocasiones! Él creía que no tenía ninguna oportunidad —concluyó la señorita Turnball.

Intenté contextualizar sus palabras. ¿A qué clase de conversación me había unido?

—Pobre hombre. —*Lady* Demsworth ocultó la risa con la mano enguantada—. Al final, su valentía ha valido la pena.

—¿Y usted, *lady* Demsworth? —preguntó Beatrice animadamente —. Estoy segura de que recibió tantas propuestas de matrimonio como mi madre. ¿Cómo se decidió? ¿Le gustaría narrarnos su historia?

—Oh, no es nada intrigante, querida. Nuestros padres concertaron nuestra unión con antelación, por lo que me temo que carezco de experiencia en lo que respecta la selección de una pareja.

Lady Demsworth ladeó la cabeza, como si se le acabase de ocurrir una idea. Acto seguido, aplaudió y sonrió mientras echaba un vistazo a toda la sala.

—¿Podrían ayudarme todas ustedes?

—Desde luego —aseveró Beatrice, y el resto la secundamos.

Lady Demsworth prosiguió:

—Alguien muy cercano a mí me ha pedido ayuda para seleccionar a su futura pareja. Por el momento, mis consejos no han dado fruto alguno, algo que creo que se debe a mi falta de experiencia, pero tal vez el parecer de ustedes me ayude a dar con las respuestas que necesito.

Pestañeé y miré a las damas. No podía estar hablando de *sir* Ronald, ¿verdad? ¿Conocía *lady* Demsworth las intenciones de Clara o de Georgiana para con su hijo? ¿O acaso había alguien más en aquella sala en busca de una conquista romántica? A juzgar por las cejas arqueadas y las miradas ansiosas que compartían las mujeres que tenía junto a mí, diría que ellas se preguntaban lo mismo.

—¿Qué consejo podríamos dar a un desconocido? —preguntó Georgiana con curiosidad—. Quizá si supiésemos la identidad de la persona a la que se refiere…

—No soy para nada una chismosa, señorita Wood —dijo *lady* Demsworth, sonriendo con falsa modestia—. Tan solo tengo curiosidad por conocer qué es lo que significa el matrimonio para ustedes. Por supuesto, la perspectiva femenina difiere de la masculina, así que pueden responder desde ambos prismas. Ustedes decidirán el rumbo del debate.

Qué tema más curioso; no era un asunto controvertible por lo general, pues las mujeres pensábamos en el matrimonio todos los días de nuestra vida. Definía nuestra persona, nuestro estatus social y nuestra seguridad. De hecho, sin él el control que ejercíamos sobre nuestra vida era exiguo, si no inexistente. A pesar de lo que había declarado *lady* Demsworth, no era un asunto desconocido para ella. ¿Por qué le importaban nuestras opiniones?

—Bueno —comenzó Beatrice—, para un hombre, el matrimonio es una atadura, pero para una mujer, es sinónimo de libertad.

—Muy bien —respondió *lady* Demsworth—. Las mujeres precisan del matrimonio para poder gozar libremente de una manutención, mientras que los hombres se casan para reclamar la lealtad de estas.

Levantó el mentón con la mirada puesta en Georgiana y en mí, como si estuviese juzgando cuál de las dos hablaría primero. Mi conocimiento en la materia del matrimonio romántico era nimio, pues yo era fruto de la unión forzosa de mis padres, y tras la muerte de mi padre, había atestiguado la celebración de otro matrimonio, llevado a cabo con el objetivo de elevar el estatus social. ¿Qué podría aconsejar yo en beneficio de un alma esperanzada?

—Amor —pronunció Georgiana, irguiéndose—. El matrimonio significa amor, tanto para una mujer como para un hombre. Es el compromiso de ese amor hasta que la muerte los separe, por encima de cualquier otra consideración.

¿Amor? Si había algo de lo que no podía fiarme era del amor.

—Discrepo —dije, antes de que pudiese morderme la lengua.

Todos los pares de ojos de nuestro círculo acabaron puestos en mí.

—Prosiga, señorita Moore —me alentó *lady* Demsworth, con un interés renovado en la mirada.

Los recuerdos de mis padres me atestaron la mente: el amor había nublado el juicio de mi padre aquella noche de baile, hacía ahora tanto tiempo, y había arruinado la vida de mi madre, dado que la había convertido en una persona completamente distinta, pero lo peor de todo era que el amor se había traducido en engaño, dolor y rencor en el caso de lord Gray. ¿De verdad un matrimonio podía nacer del amor sincero, de esa clase de amor que no se astillaba ni se diluía con

el paso del tiempo? Rechazaba la idea por experiencia, pero era todo lo que tenía, todo lo que sabía. Tomé aire y me miré las manos.

—Muchos matrimonios son desgraciados cuando se fundamentan en la noción de que el amor será suficiente para salvarlos. En la mayoría de los casos, nos desposamos por obligación, ya sea por dinero, estatus social, seguridad o simplemente para sumar riquezas. Cuando se leen las amonestaciones y se cierra el contrato, nos dedicamos a ello con nuestras mejores habilidades y esfuerzos, pero el amor nunca está garantizado.

El silencio llenó el aire y temí haber hablado demasiado. No tendría que haber compartido mi opinión, o, por lo menos, tendría que haber abreviado la explicación. Fruncí los labios, arrepentida.

—Qué revelador —comentó *lady* Demsworth, que parecía satisfecha, como si mis palabras fuesen la respuesta que esperaba oír, pero ¿por qué? Sin duda alguna, mi opinión era la menos romántica, popular y optimista de todas—. ¿Qué piensa usted, señor Wood? Sé que nos está escuchando, ya que hace varios minutos que no pasa la página.

Di un respingo al oír el chirrido de una silla a mi lado, y cuando me di la vuelta lentamente, descubrí que Peter había vuelto a su asiento de antes, con un libro en la mano. ¿Cuándo había regresado? Reprimí las ganas de taparme la cara con las manos por haber dado mi opinión de un modo tan atrevido y abierto, sobre todo teniendo en cuenta que el asunto en cuestión era el matrimonio. ¡Qué humillante!

Con una sonrisa divertida en los labios, puso un marcapáginas en el libro y lo cerró.

—Sería difícil no escucharlas; no podrían haberse congregado en mejor sitio para ponerme al tanto de su charla.

—¿Y bien? —lo presionó *lady* Demsworth.

—Dirá que el matrimonio es exclusivamente una cuestión de dinero y de negocios —aseguró Georgiana.

Aquello no podía ser verdad, puesto que el Peter que yo conocía era profundamente romántico. Seguramente, consideraba que el amor era el ingrediente más relevante en el matrimonio, otra cuestión en la que discrepábamos.

—Puede ser, y así es a menudo, Georgiana. —La miró con los ojos entrecerrados, con esa irritación tan típica entre hermanos—. No obstante, en mi opinión, todas ustedes están en lo cierto —continuó, y se enderezó en la silla con aspecto serio—. El matrimonio es sinónimo de compañerismo, de la fusión de dos vidas y de lealtad. Sí, es coercitivo, y sí, en ocasiones beneficia a una de las partes más que a

otra en lo que al valor monetario o social se refiere, pero, esencialmente, el matrimonio expone lo que dos personas pueden llegar a ser cuando están juntas más que lo que son de forma individual.

—¿Y qué hay del amor? —le preguntó *lady* Demsworth, mirándome de reojo.

Me incliné hacia delante, con la vista fija en las manos en el regazo. Peter exhaló.

—El amor es un asunto aparte, pero concuerdo con la señorita Moore en tanto en cuanto no está garantizado; tan solo los más afortunados llegan a poseerlo, y una vez que se encuentra el amor, uno debería luchar por él de la forma más combativa posible.

Sentía sus ojos clavados en la espalda, pero no quería volverme para mirarlo: si lo que pretendía insinuar era que no renunciaría fácilmente a seguir con sus maquinaciones para unir a Georgiana y *sir* Ronald, no me intimidaba en absoluto. Aunque no creía que el amor debiese primar sobre el pragmatismo, la lealtad sí que prevalecía, y la felicidad de Clara era mi prioridad.

—Sea como fuere, estoy segura de que el matrimonio acapara la práctica totalidad del pensamiento de nuestro sexo, por miedo a convertirnos en solteronas o institutrices —intervino Beatrice con una risita.

No me pareció divertido, pues aquella posibilidad aparecía en nuestro horizonte con demasiado realismo y nitidez como para bromear al respecto. ¿Por qué habíamos elegido el asunto del matrimonio y del amor en mitad de una fiesta?

—Muchas gracias a todos por haber compartido sus opiniones —dijo *lady* Demsworth—. Creo que ya sé qué le diré a él.

¿A él? Así pues, ¿la persona cercana a *lady* Demsworth era un hombre? Me di la vuelta y vi que Clara y *sir* Ronald seguían sentados en el diván en la parte delantera de la estancia: habían abandonado el libro por completo y se habían acercado el uno al otro incluso más, sumidos en una profunda conversación. Clara se reía, lo que, a su vez, hacía que *sir* Ronald esbozase una sonrisa incluso más amplia en los labios. Cualquiera podía apreciar que los dos ya actuaban como una pareja. El único consejo del que precisaba el hijo de *lady* Demsworth era que lo incitasen a dar el paso… a no ser que a su madre le desagradase su elección. Quizá debería hablar con ella y darle mi opinión al respecto para propiciar la unión.

—… la adoraba. Le pidió matrimonio a la semana de conocerse —decía Georgiana. Había prestado la atención suficiente para saber que

hablaba de sus padres—. Fue un compromiso majestuoso y él invitó a todos sus conocidos a una fiesta al día siguiente.

—¡Qué romántico! —exclamó Beatrice, sonriente—. Me encantan este tipo de historias.

Georgiana me miró, con ojos inesperadamente helados, y esa frialdad entre nosotras me tomó desprevenida. ¿Acaso me había perdido algo?

—Mi madre jamás se casaría dos veces. Mi padre es el único hombre al que ha amado.

Peter tosió de forma audible y Georgiana le dedicó una mirada igual de cortante. Beatrice seguía sentada, sumida en sus pensamientos, como si estuviese fantaseando sobre cómo sería su propio compromiso y cuál sería su reacción.

—Cuéntenos la historia de sus padres, señorita Moore. —Georgiana se aclaró la garganta—. Es la única que todavía no hemos escuchado, y tengo la certeza de que será una narración llena de intriga.

Me daba cuenta más que de sobra de que el señor Wood se estaba removiendo en su asiento detrás de mí; relatar la historia sería una empresa incluso más ardua al saber que él me estaría escuchando. La historia de amor de mis padres no se asemejaba al de los Turnball, ni tampoco al de los Demsworth, quienes, si bien se habían casado por conveniencia, al menos habían sido dichosos.

—Oh, no, no tiene nada de emocionante. —Me enderecé y me froté las manos contra la falda del vestido. Se me abrió un agujero en el estómago, como cada vez que lord Gray mencionaba a mi padre—. Se conocieron en un baile una noche, como muchas otras parejas antes y después de ellos.

—Me apasionan los buenos bailes —añadió Beatrice, fantasiosa.

—Continúe. Debe de haber más que contar —me presionó Georgiana, con una voz demasiado entusiasmada.

Parecía que, de algún modo, se había dado cuenta de que yo estaba incómoda, que para mí no era fácil compartir aquellas palabras, pero que, aun así, deseaba que me pronunciase, que admitiese que el matrimonio de mis padres no fue fruto del amor o incluso de la conveniencia. Era imposible que supiese lo que había ocurrido hacía tanto tiempo y en un lugar tan lejano, pero, de todos modos, no le daría la satisfacción de humillarme. Yo no podía huir de la verdad, pues esta encontraría la forma de salir a la luz.

—Se besaron en público por accidente —dije, mirándola a los ojos.

No le diría que acababan de conocerse, que mi padre apenas la conocía, que los corazones de ambos estaban dolidos aquella noche,

en busca del consuelo de un amigo.

—Qué escándalo —señaló Georgiana, mirando a su alrededor—. Qué humillación.

—Georgiana —la alertó Peter lentamente, casi como si fuera una amenaza.

Fue entonces cuando me percaté de que *lady* Demsworth y la señora Turnball me miraban con interés. ¿Qué pensarían ellas de mi confesión? Clara y yo jamás conseguiríamos desvincularnos del escándalo que había provocado la boda de nuestros padres, sin importar la posición social de lord Gray, pero, por lo menos, podía controlar cómo difundir la historia.

—Quizá para ellos fue así, pero se desposaron y tengo mucho que agradecerles, por lo que esta confesión no es en absoluto humillante para mí —apunté, forzando una sonrisa.

—Desde luego —dijo *lady* Demsworth con dulzura, y me miró con amabilidad—. Me parece que fuera como fuese el escándalo generado, valió la pena soportar unos pocos meses de chismorreos. Usted y su hermana son una delicia.

—Así es —añadió la señora Turnball, igual de amable.

La mirada mordaz de Georgiana se fue haciendo más meditabunda a medida que inspeccionaba los rostros de nuestro círculo.

—¿De verdad? ¿Un escándalo no ha de tener consecuencias?

Beatrice le dio más volumen a la falda del vestido.

—Su historia me parece bastante romántica: eran dos enamorados irrefrenables. Al fin y al cabo, ¿qué son unos pocos meses de chismorreos frente a una vida entera de felicidad?

Felicidad. ¡Cuánto me habría gustado que ese beso hubiese otorgado a mis padres algo parecido! Georgiana se mordió el labio y se quedó en silencio, una actitud reservada que no encajaba con su persona. El fuego chisporroteaba en la chimenea y me calentaba desde la distancia. No recordaba cuándo había sido la última vez que conversar sobre mis padres me hubiese colmado de esta sensación de plenitud, de fuerza. Una vez, tuvieron que tomar elecciones imposibles; ojalá estuvieran aquí para guiarme en estos momentos.

Seguimos dialogando cuando abrimos el círculo para sumar al resto de la compañía, y se refirieron historias más escandalosas que la de mis padres, entre las que se incluían propuestas de matrimonio y cortejos vergonzosos que los grupos más cotillas de la sociedad habían divulgado por doquier. *Lady* Demsworth me observaba y yo me preguntaba qué nos había llevado a tener una conversación tan informal e insólita esa noche. ¿Quién era su misterioso amigo?

¿Estaría en esta misma sala?

Más tarde, mientras escuchaba la respiración acompasada de mi hermana en la cama, rememoré las viejas historias que mi padre me narraba de niña, cuando nos arropaba a Clara y a mí en nuestros lechos y nos contaba su versión de la ocasión en la que conoció a nuestra madre. Aquella velada, las parejas giraban y reían entre la multitud. Él había solicitado bailar con veinte damas, pero ninguna de ellas tenía huecos disponibles en los carnés de baile. Luego, entró por las puertas abiertas una mujer de cabello castaño, rizos laxos y labios rosados que llevaba un radiante vestido de un color violeta azulado. Parecía que buscaba a alguien, pero sin éxito, y él se acercó a ella de inmediato sin siquiera haberse presentado.

—¿Me concede el próximo baile? —le preguntó, y rezó para que no lo censurase por ser un desconocido.

Ella aceptó y lo agarró del brazo. Mi padre jamás se había sentido tan vivo, y después de su primer baile, y luego de otro, seguidos de una bebida compartida en una de las esquinas de la sala, él quedó embelesado. Se escabulleron hasta uno de los balcones del piso superior, donde creían que estarían a solas, y la besó contra la barandilla. No obstante, no repararon en la escena que se desarrollaba a sus pies: un gran número de invitados había salido del bochornoso salón de baile para refrescarse y fueron testigos del escándalo. Mi padre estaba acorralado y mi madre, completamente arruinada, por lo que no tuvieron otra opción que casarse rápidamente y sin airear mucho la boda.

La casa de mi padre estaba lejos de Londres, en un pueblecito en el campo, y mi madre se vio obligada a buscar la felicidad en ese lugar. ¿Habían encontrado el amor, tal y como mi padre aseguraba tan obstinadamente? ¿O acaso el sentimiento no era mutuo? Lord Gray contaba una versión muy diferente de las intenciones de mi madre aquella noche. Suponía que jamás sabría la verdad.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, me tomé los huevos y las tostadas con premura, con la esperanza de poder marcharme de la sala del desayuno sin que nadie reparara en ello. Las damas planeaban congregarse en el salón, pero no deseaba unirme a ellas ni acudir a mi cita vespertina con Peter antes de lo necesario. Si abandonaba a los demás y me escondía adecuadamente, el señor Wood no me encontraría y yo podría hacer acto de presencia justo a tiempo para dar un paseo por la tarde, una actividad rápida y fácil que esperaba que no degenerase en otro episodio humillante. En realidad, no habíamos estipulado que tuviésemos que planificar nuestras tardes de antemano, e incluso si Peter me buscaba temprano, ¿cómo podría culparme a mí por no saber jugar al escondite y dar con mi paradero? Era un plan infalible.

Así mi tocado y el bolsito, me escabullí por el zaguán y salí por la puerta delantera. Los pies me llevaron, bajo las nubes, hasta un robusto roble a unos ochocientos metros al este de la casa. Con cuidado, esquivé las raíces colosales que irrumpían de la tierra como tentáculos, me senté en el suelo musgoso y me recosté en el tronco del árbol, por fin acomodada bajo su sombra, mirando en dirección opuesta a la mansión. Sería imposible esconderme mejor, a no ser que escalase el árbol hasta la copa, algo que habría intentado si hubiese sabido subirme aunque fuese a una sola rama.

He aquí la soledad que anhelaba. ¿Cuándo me había sentado con la naturaleza como única compañía por última vez? Extraje el cuaderno de bocetos y los lápices y busqué algo que dibujar. Si bien carecía del

talento necesario para realizar dibujos complejos, sí que era capaz de trazar una flor, así que seleccioné las frondosas plantas amarillas que brotaban de la tierra.

Se me cansaron las manos tras hacer bosquejos en varias páginas e intentar plasmar las aves que se posaban en las ramas más bajas del árbol, por lo que guardé el cuaderno en el bolsito y me recosté contra la corteza rugosa. El sol se filtraba entre las hojas y me calentaba el semblante, y cerré los ojos para disfrutar del momento plenamente. Casi me había quedado dormida cuando un crujido me puso alerta.

—¿Qué hace aquí tan lejos? No se estará escondiendo de mí, ¿verdad?

La voz de Peter y sus pasos avanzaban al unísono. ¡Oh, no! Hoy sería imposible boicotear a este caballero, que tenía un sexto sentido para encontrarme. Abrí los ojos, refunfuñé y me alisé el cabello.

—¿Por qué haría tal cosa si mis tardes le pertenecen a usted? —pregunté con sarcasmo.

El hombre me sonreía con ojos juguetones. Me ofreció la mano, pero no le hice caso y suspiré. Luego me apoyé en el tronco del árbol para ponerme en pie.

—¿Adónde va a llevarme hoy?

Me ofreció el brazo.

—Es una sorpresa. A ellos los han llevado a un campo cercano. Podríamos ir allí, si le apetece.

Le era imposible reprimir la sonrisa y se balanceaba como un niño ansioso al que esperaba que dieran permiso. La curiosidad se abrió paso en mi mente.

—¿A ellos?

¿A quiénes había invitado a acompañarnos? ¿Pretendía humillarme delante de todos los demás esta vez?

—Venga y lo verá. Creo que se pondrá muy contenta.

Me enganchó el brazo al suyo con celo, impaciente por que me decidiese. Lo seguí por la hilera de árboles hasta volver al prado, indecisa.

—¿Me lleva hacia el oeste? ¿No fuimos por ahí hace dos días?

—Sí, pero hoy se encontrará con una escena diferente en la cima de la colina —dijo de forma misteriosa.

Lo fulminé con la mirada, algo que no lo desalentó. El diálogo era su punto fuerte.

—¿Para qué es eso? —preguntó, señalando mi bolsito.

—Para llevar cosas —dije llanamente, en un intento de desanimarlo.

—¿Qué tipo de cosas?

Ese hombre no pillaba una indirecta.

—Un cuaderno de bocetos, nada de importancia —respondí, con la mirada fija en los pies.

Por supuesto, insistió en que le mostrara mis dibujos y fui incapaz de negarme. Aquel hombre parecía conseguir todo lo que pretendía. A pesar de mi ineptitud, alabó mis esfuerzos y compartió sus vivencias con algunos pintores que había conocido en las calles de París mientras yo lo escuchaba atentamente, fascinada por toda su experiencia y por las vidas de los intelectuales de aquel lugar. Cuánto lo envidiaba: era todo un privilegio estudiar la cultura francesa y contar con tutores y oportunidades que estimulasen el talento. Cuán distinta podría llegar a ser la vida, pero no deseaba lamentarme de mis circunstancias. Sin lord Gray, la situación habría sido mucho peor, y, por lo menos, Clara y yo teníamos una casa, una cama y comida. Eso era lo que me preocupaba ahora.

—¿Extrañó a su familia cuando se ausentó? —le pregunté.

Hablaba de Francia con una familiaridad tal que me preguntaba cuánto tiempo había pasado allí.

—Añoraba a Georgiana, que me escribía a menudo, pero mi madre y yo nunca nos hemos llevado bien, a decir verdad, y mi padre… trabajaba mucho, incluso al final de su vida.

Peter miraba al frente y suspiró. Lo apremié por pura curiosidad:

—¿Tenía una relación estrecha con él?

Me miró, vacilante.

—Lo conocía bien y teníamos una relación estrecha, pero la felicidad de mi madre siempre fue su prioridad. Me habría gustado intimar más con él y sentir su cariño. Para mí, su opinión era mucho más importante que la de mi madre.

—¿Su madre vive todavía?

Por el modo en el que hablaba de ella, habría pensado que también había dejado este mundo.

—Sí.

Esperé a que prosiguiese, pero fue en vano. Cuando lo miré de reojo, me fijé en que había fruncido los labios y que seguía con la vista fija al frente.

—¿No me diga que por fin he conseguido hacer que se calle? —bromeé.

Me dedicó una mirada arrepentida.

—París es un tema más atractivo que mis padres.

No lo presioné, pues sabía qué se sentía al querer evitar un asunto

doloroso. Caminamos un poco en silencio, mientras sopesaba lo que había descubierto sobre Peter, cuya vida, al fin y al cabo, también lo había decepcionado. Aquello resultaba evidente. Él también debía de estar inmerso en sus pensamientos, dado que apretó el paso y me arrastró a una velocidad considerable. Poco después, llegamos al pie de la colina, momento en el que me di cuenta de que me dolían los pies.

—Aminore el paso, Peter. Parece que vamos a la carrera.

Respiré entrecortadamente y él tiró de mí. Cerca de la cumbre, comenzaron a dolerme los pulmones en señal de protesta por la subida. Esperaba que su sorpresa, fuera lo que fuese, valiese la pena.

—Cierre los ojos.

Se paró y me soltó el brazo.

—¿Por qué?

Reculé y miré hacia atrás.

—Es una sorpresa; deseo observar su rostro cuando la vea.

—Me niego a andar a ciegas, Peter.

Recordé el juego de la gallinita ciega y el modo en el que se había reído de mí. Me crucé de brazos.

—Usted ciérrelos.

Me tomó las manos con suavidad, y del leve roce irradió una extrañísima calidez.

—Confíe en mí.

Había algo en la amabilidad de sus ojos que me ablandó y que me exhortó a que me fiase de él, que me dejase llevar, pero, aun así, vacilé. Sabía que debía dedicarle la tarde, pero ¿podía confiar en él? Le apreté la mano, cerré los ojos y me centré en cada paso que daba mientras él me dirigía un poco más hacia arriba. Levanté la falda del vestido con la otra mano, pues temía tropezar con una roca o un árbol, pero el trayecto estaba despejado; fue sencillo y breve. Peter me sujetó con fuerza y podía oír que respiraba emocionado. Me encontraba tan cerca de él que nuestras piernas se rozaban al caminar, lo que me enviaba chispas desde los dedos de los pies hasta el pecho. ¿Qué significaba esta extraña sensación? La subida me estaba mareando.

Me soltó la mano y yo esperé a oír algún indicio, un crujido, una voz, un aroma que me revelase de qué iba la sorpresa.

—Bien —dijo al fin—, abra los ojos.

Algo marrón y pequeño con patas tambaleantes corría hacia mí.

—¿Es un potro?

Esbocé una amplia sonrisa al instante y al hombre le brillaron los

ojos.

—Efectivamente, un macho de apenas ocho semanas de vida, pero que ya es muy curioso. La madre es la yegua de allí.

Señaló al caballo en la distancia. Para cuando terminó de hablar, el potrillo ya había llegado hasta mí, aunque no era tan pequeño como me había parecido. Me arrodillé junto a él y me quité los guantes para acariciarle el pelaje liso. Era de un color marrón claro con crin rubia, y pocos segundos después, ya estaba toqueteándome con el hocico.

—Peter. —Entre risas, traté de alejarme del potro, pero era tan persistente y fuerte que pronto quedé atrapada debajo de él—. ¡Peter!

—Sal de ahí —le dijo, ceñudo—. Si esto es lo que quieres, tendrás que aprender modales.

Sacudió una bolsa que imaginaba que contenía avena, lo que hizo que el potro brincase y cabriolease a su alrededor. ¿Había planeado Peter esta aventura para mí?

—Se llama *Winter*, y me han dicho que puede darle de comer directamente de la mano.

Vertió un puñado de avena en mi palma, y cuando sus dedos desnudos rozaron los míos, otra ola de calor me sacudió el pecho, lo que casi provocó que *Winter* volviese a derribarme con su entusiasmo. El tacto de la lengua áspera y temblorosa del potro, así como la cercanía con la que masticaba la avena, era estresante y emocionante a la vez. Le acaricié la crin suave mientras devoraba la avena que tenía en la mano, y Peter me dio más y más hasta que el animal quedó saciado.

—¿Le gusta el potro? —me preguntó.

Winter se frotó la nariz contra mi mano en un torpe intento de saborear la avena. No tardaría mucho en aguzar sus sentidos. Dediqué a mi acompañante una gran sonrisa.

—Me gusta mucho. Gracias por traerme aquí.

—No hay de qué. Su sonrisa recompensa cualquier esfuerzo.

Se arrodilló junto a mí y pasó la mano por la crin del potro. Tragué saliva y me alisé la falda del vestido. Lo más seguro era que solo tratase de ser amable. Quizá nos estábamos haciendo amigos después de todo.

Cuando el potro acabó con la avena, se tumbó en la hierba. Me permitió que le frotara la espalda, mientras su madre lo observaba a pocos pasos. La forma en la que el sol se reflejaba en su crin se me antojó familiar.

—¿No es esa…?

—¿*Summer*? Sí.

—¿*Summer* acaba de dar a luz a un potro?

Abrí los ojos como platos.

—Eso lo explica todo, ¿verdad? —dijo. Miró al frente y tomó una brizna de hierba—. Ese es el motivo por el que el señor Bennett tuvo que llevársela ayer; debía alimentar a *Winter*.

—Vaya, fui muy cruel por apurarla de esa forma.

Fruncí el ceño. Si hubiese sabido que se trataba de una madre que debía amamantar a su cría, me habría negado a montarla. *Summer* tenía que estar exhausta.

—El señor Beckett no habría permitido que saliera si no considerase que ella y *Winter* estaban preparados para hacerlo —me aseguró Peter.

Asentí, mientras admiraba a *Summer* desde la corta distancia que había dejado entre nosotros.

—Fue muy amable de su parte —le dije a Peter— ayudar al cocinero recogiendo moras para el señor Gregory.

—Parece usted sorprendida. —Ladeó la cabeza—. ¿Soy tan incapaz de actuar por caridad según usted?

Le sonreí con timidez. ¿Tan obvias eran mis opiniones?

—Le creía más capaz de comprar moras en el mercado que de que usted mismo fuera a recogerlas.

—Cree que mi riqueza me define —dijo Peter, cuyos ojos había nublado una nueva emoción que tal vez se correspondía con la tristeza o el dolor—. Le aseguro que, a fin de cuentas, no soy sino los pensamientos de mi mente y los actos de mis manos.

Sopesé sus palabras, de nuevo conmovida por su elocuencia. ¿De verdad hablaba en serio? Había alardeado de su dinero con tanta facilidad en la tienda de guantes cuando se ofreció a comprar toda clase de artículos para Clara, y nos había dejado con una bolsa rebosante de cintas… Y, sin embargo, no lo había oído mencionar su fortuna ni una sola vez desde que llegamos a Lakeshire Park.

—Intuyo que, por cómo describe a lord Gray, usted conoce demasiado bien la carga que supone trabajar.

Peter se inclinó para rascarle el costado a *Winter*.

—Quizá sí —concordé.

Cuánto me gustaría que el dinero no definiese mi vida, pero esa era la realidad. ¿Qué no daría yo para vivir sin ataduras, ajena a esta situación angustiosa, y poder elegir por mí misma sin tener en cuenta el parecer de la sociedad y todas mis carencias? *Winter* se alzó de pronto, como si alguien lo hubiese llamado por su nombre, y comenzó a brincar y a dar mordiscos al aire mientras perseguía lo que parecía una mosca. Peter y yo nos arrodillamos juntos y reímos mientras el

jugueteaba.

—Qué gusto da ser así de libre.

—Vaya tras él, pues —propuso Peter, quien me dedicó una sonrisa traviesa—. Su libertad la espera.

—No me tiente.

Me reí y una parte de mí se imaginó esa posibilidad. Pensé en mi madre, mi padre y Clara, así como en nuestra casita en Kent. ¡Oh, cuántas aventuras había protagonizado entonces! Pero sería una ridiculez comportarse como una niña a mi edad: hacía tiempo que se había terminado la época de libertad.

—Si lo prefiere, cerraré los ojos —dijo, tapándoselos con las manos y sonriendo.

—No puedo. —Le di un golpecito para burlarme de él y se frotó el brazo con el ceño fruncido y aspecto juguetón—. Qué cruel es usted.

—De acuerdo, entonces, míreme.

Se levantó y me tomó de la mano para que me pusiera en pie. Luego, me dejó y corrió hacia *Winter*, que comenzó a saltar alocadamente mientras le daba palmaditas en la espalda. Cuando el potro contraatacó mordisqueándole las rodillas, Peter parecía bailar una danza exótica mientras esquivaba los mordiscos y los golpecitos. Yo me reía con las manos en la cadera y me deleitaba en esa sensación de libertad. Me fue imposible limitarme a seguir viéndolos: me invadió la necesidad de actuar con esa misma despreocupación.

Cuando me acerqué a ellos con timidez, me sonrió y empujó a *Winter* en mi dirección. El potrillo me acogió enseguida. Correteó a mis pies y me mordisqueó el vestido. Le tiré de la oreja con cariño para tratar de frenarlo, pero me persiguió en círculos alrededor de Peter.

—Corra, Amelia —me dijo entre risas, y yo empujé a *Winter* hacia él.

Era como jugar al pilla pilla: el potro perseguía a Peter un instante para luego correr conmigo hasta que me quedaba sin aliento. Repetimos la secuencia una y otra vez, y yo me reía con la misma facilidad con la que respiraba, como si no hubiera nada en el mundo que me importase.

—Ha perdido el juicio. —Me alejé de *Winter* y lo empujé hacia Peter como si fuera una pelota en un juego—. Deme algo, apuesto a que todavía le queda comida.

Winter se frotó la nariz contra mi vestido y lo eché hacia atrás. Peter, cuyo cabello castaño ondulado le flanqueaba el rostro, respiraba con dificultad y se había sonrojado de la risa. Apartó al potro y unió

nuestros brazos.

—Su madre puede alimentarlo. ¿Nos escapamos?

—¿Adónde? —pregunté, y me aparté uno de los suaves rizos de los ojos.

Cuando nos encaminamos colina abajo, lo agarré del brazo con fuerza para evitar tropezarme, pero a Peter no pareció importarle, ya que me apretó contra él. Su abrigo desprendía un aroma a bosque, mezclado con jabón y avena.

—Podría mostrarle el huerto, si le apetece. Se lo perdió cuando fuimos de visita guiada —sugirió, sonriente.

Rememoré nuestro primer pícnic juntos, cuando trató de sonsacarme información sobre Clara y me persiguió hasta lo alto de esta misma colina. No sabía a quién creer: al hombre de nuestro primer encuentro, el ladrón de guantes, el maquinador y el engreído, o al hombre benévolo, desenfadado y amable con el que me relacionaba últimamente. Ambos poseían una belleza innegable, pero ¿cuál era el Peter Wood de verdad? Esta tarde, me agradaba su amistad, aunque tampoco importaba, porque estaba atada a él de todos modos.

—Y después, ¿daremos por terminada la tarde que le debo? —me burlé con una exasperación fingida.

En realidad, hacía años que no me divertía tanto como hoy en compañía de Peter, cuya sonrisa desapareció solo un breve instante, y me pareció que aquel gesto había sido fruto de mi imaginación.

—¿Teme que no mantenga mi palabra? —Hablaba con una voz más grave de lo normal, mientras observaba el hermoso horizonte soleado que parecía expandirse a kilómetros de distancia—. Vayamos primero al huerto; luego, la liberaré.

Caminamos un rato en silencio. ¿Había dicho algo que lo ofendiese? Lo miré de soslayo y me pregunté cómo reaccionaría a mis provocaciones.

—Bien. Tal y como tengo el cabello, parezco un caballo. Me llevará horas arreglarlo.

Enarcó una ceja y me miró con ojos entrecerrados, sonriente.

—¿Intenta ser graciosa, señorita Moore?

Fruncí los labios e intenté mantenerme seria.

—Creo que más que un intento, ha sido un triunfo, aunque el cabello desgreñado no sea para nada gracioso.

Se rio entre dientes.

—Si le sirve de consuelo, creo que incluso el peinado al estilo caballo que lleva ahora le queda bien.

Le dediqué una mirada burlona de desprecio. Se me habían soltado al menos cuatro rizos de las horquillas durante nuestra escapada con *Winter*.

—No es tan gracioso como yo, Peter.

—¿Qué diría el teniente Rawles? —preguntó, y me miró con los ojos entrecerrados.

Levanté el mentón.

—Lo desconozco. Quizá deberíamos limitarnos a mantener una conversación decorosa durante el trayecto al huerto.

Sobre todo si él pretendía seguir con este asunto.

—Eso no me complace, y creo que yo tengo la última palabra en lo que respecta a nuestras tardes, ¿verdad?

Ladeó la cabeza. Nos estábamos acercando al huerto, sobre el que se cernían nubarrones. Fruncí el ceño con impotencia. ¿Todo era un juego para Peter? Estas tardes se estaban convirtiendo en algo más de lo que había negociado en un principio.

—No recuerdo haber estipulado regla alguna ni tener mucha capacidad de decisión en este asunto. Usted fue el que insistió en concertar estas citas.

Tenía la vista fija en el huerto frondoso al que nos aproximábamos.

—Era necesario, ¿no? No puede permitir que distraiga a *sir* Ronald y yo no puedo permitir que aliente a su hermana.

Dijo tales palabras de forma inexpresiva, deshonesta, y me pregunté si había otro motivo más personal.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Me soltó del brazo y rozó los frutos del manzano con los dedos.

—¿Qué otro motivo puede haber?

Examiné su rostro inescrutable sin éxito. Claro que no había ningún otro motivo: Peter y yo éramos enemigos, dos defensores de bandos opuestos en una batalla, aunque era cierto que, en ocasiones, tenía la sensación de que sus cumplidos eran sinceros y de que sus atenciones nacían del afecto. Negué con la cabeza. Dada mi falta de experiencia con los hombres, daba más crédito a los insignificantes cumplidos que me hacía de lo que debería, pues sonreír tan libremente y halagar a los demás a su antojo era claramente parte de su naturaleza, otro factor que nos diferenciaba.

—Compartimos la misma prioridad, entonces: lealtad fraternal.

Arranqué una hoja dentada del manzano más cercano.

—Efectivamente —dijo con indiferencia, como si le hubiese hablado al viento.

Aquello era lo que deseaba oír, ¿cierto? Al menos habíamos dejado

las cosas claras y no tendría que seguir preguntándome cuáles eran sus intenciones en lo referente a nuestro trato, que, a fin de cuentas, no eran sino un reflejo de las mías.

Capítulo 10

Los truenos amenazantes retumbaron toda la noche, precedidos de unos rayos virulentos. La tormenta me había despertado en varias ocasiones, y por la mañana, esperaba que el sol amaneciese pronto y secase la lluvia aciaga que caía de las nubes en lo alto de la colina.

Nuestra alcoba estaba a oscuras y me pareció tétrica, incluso con las cortinas echadas a un lado. Me amedrantaba la idea de tener que pasar todo un día dentro de la casa, con pocas posibilidades de huir, pero cuando eché un vistazo por la ventana al llegar la lúgubre mañana, me acordé de lord Gray y fui plenamente consciente de mi propia respiración, de la fluidez con la que mis pulmones absorbían el aire y lo expulsaban de nuevo. ¿Cómo estaría él esta mañana? ¿Habría conseguido conciliar el sueño? Me había preguntado lo mismo muchas noches, cuando su tos me desvelaba. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Su hogar había constituido un refugio para mi madre, pero una fuente de tristeza y dolor para mí. Quizá debería afligirme que su estado de salud hubiera empeorado, pero apenas me conmovía. Mis únicas esperanzas se centraban en el destino de mi hermana: si ella era feliz y podíamos estar juntas, nada más importaba.

—¿Ya es de día? —preguntó Clara con voz ronca debido al sueño y los ojos todavía cerrados.

—Acaba de amanecer. Parece que lloverá todo el día.

—Bien, en ese caso, los caballeros tendrán que quedarse en la casa.

Miré por la ventana mientras escuchaba el repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Tenía razón: hoy me sería imposible evitar a Peter, pero, por lo menos, no estaríamos a solas en la casa, así que tal vez no

acabaría besándole la mano, corriendo alocadamente por la colina o yéndome de la lengua y contándole más de mis secretos.

—Me iré al piso de abajo —susurré. Si me levantaba temprano, podría excusarme pronto—. ¿Dormirás una hora más?

—O dos.

Se dio la vuelta y se ciñó bien las sábanas.

La única persona que había en el salón era *lady* Demsworth, cuyo aspecto era desaliñado, pues llevaba una trenza despeinada y una bata holgada echada por los hombros. Sabía que ella nos daba un trato informal, pero aquello era insólito. ¿Qué la había llevado a levantarse con tanto apremio para ni siquiera vestirse?

—Se ha despertado temprano, señorita Moore. ¿Ocurre algo? —preguntó cuando entré en la estancia, en la que había unas pocas velas encendidas, además de la chimenea al fondo.

—No, me temo que he dormido demasiado estos últimos días, pero por fin he descansado lo necesario. ¿Puedo hacerle la misma pregunta? ¿Se encuentra bien?

Lady Demsworth bostezó con elegancia.

—Un rayo cayó en un árbol por la noche. El impacto derribó el vallado y unas cuantas vacas escaparon, también algunos caballos, quizá asustados por la tormenta. El señor Beckett alertó a Ronald hace unas horas; tiene suerte de contar con amigos tan buenos en casa. Los cuatro caballeros han salido temprano para valorar los daños que se han producido, y estoy segura de que también ayudarán a nuestros sirvientes a reparar los destrozos y reunir a los animales. Ronald sería incapaz de sentarse de brazos cruzados en una situación como esta. En lo que a mí respecta, no he podido conciliar el sueño pensando en lo que costará reparar los daños y en las pérdidas si no conseguimos recuperar los animales.

—¡Cielos!

¿Acaso los Demsworth no eran una familia adinerada? ¿Por qué le afligían tanto las posibles pérdidas en aquella situación? Sea como fuere, aquella mañana no había esperado encontrarme con semejantes noticias.

—Cuánto lo siento.

—Ronald lo arreglará; estoy segura de que me preocupo sin motivo, pero soy su madre y mi vida consiste en preocuparme por él, dado que se trata de mi único hijo.

—Claro que está preocupada; es natural. Tiene suerte de tenerla a usted, *lady* Demsworth.

Suspiró y se sacudió la falda del vestido y la fina bata.

—Discúlpeme por presentarme con este aspecto. Si usted se ha despertado, los demás vendrán a acompañarla en breve. Debería ir a vestirme como corresponde.

—Desde luego —dije cuando se levantó.

Me habría gustado decirle que para mí carecía de importancia si se vestía adecuadamente o no; dadas las circunstancias, había asuntos más importantes por los que preocuparse, y no tenía por qué fingir y mostrarse alegre en mi presencia, pero antes de que reuniese el valor para decírselo, ya se había ido.

Cuando me quedé sola en el salón, me senté en un asiento frente a la ventana, por la que se escurrían las gotas de lluvia como si todas corriesen hacia una meta. Por algún extraño motivo, sumida en el chisporroteo de la chimenea y en el resplandor parpadeante de los relámpagos, pensé en Peter.

¿Estaba fuera en mitad de esta tormenta?

¿Estaba a salvo?

❄❄❄

Las mujeres se reunieron en la sala del desayuno una a una cuando comenzó a escampar, al tiempo que se encendían más velas para paliar la escasez de luz con semejante tiempo. Comimos juntas sin los hombres, que estaban tardando demasiado en regresar, algo que me agobiaba.

—¿Deberíamos preocuparnos? —dijo Beatrice, que hizo una pausa antes de dar otro bocado al jamón.

—No creo —respondió *lady* Demsworth en un tono incapaz de apaciguar al grupo.

El señor Gregory apareció en la puerta.

—¿Milady?

Todas nos volvimos hacia el mayordomo.

—*Sir* Ronald y compañía han reunido a la gran mayoría del ganado, aunque hemos perdido a algunos animales, y han encontrado a todos los caballos excepto al potro.

—Oh, no.

Lady Demsworth se cubrió el rostro con la mano.

—¿El potro de *Summer, Winter*? —espeté irreflexivamente.

—Sí —contestó *lady* Demsworth, sorprendida, antes de volverse al mayordomo—. ¿Cuánto tiempo lleva separado de la madre? ¿Tiene posibilidades de sobrevivir?

—No hay forma de saberlo con certeza, pero creo que, a no ser que esté herido, puede seguir con vida. ¿Desea algo más, *milady*?

—Por favor, manténgame informada. Gracias, señor Gregory.

Hizo una reverencia y abandonó la estancia.

Escruté los semblantes que me rodeaban en la mesa, algunos indiferentes y otros, aliviados. Que las pérdidas fuesen escasas era, en efecto, una buena noticia, pero ¿y el potro de *Summer*? ¿Acaso no se podía hacer nada al respecto? No podía soportar que la yegua tuviera que sufrir la pérdida de su potrillo.

No, tenía que hacer algo. Si había la más mínima posibilidad de que *Winter* siguiese con vida, debía hacer todo lo que estuviese en mi mano para encontrarlo. Si los hombres ya habían peinado el perímetro, no tardarían en rendirse y en dejar despejados los campos para que yo pudiese iniciar mi búsqueda.

—Con permiso —dije, levantándome—. Estoy indispuesta, por favor, discúlpenme.

—Por supuesto, querida.

Lady Demsworth extendió un brazo en mi dirección, aunque tampoco ella denotaba mucha entereza. Salí apresuradamente de la sala y subí a mis aposentos. Me puse la pelliza rápidamente y corrí escaleras abajo hasta la puerta.

—… demasiado apocada, los acontecimientos de este tipo la alteran con demasiada facilidad —decía Georgiana cuando me abalancé a través de las puertas abiertas de la sala del desayuno y la entrada delantera de la casa.

Cerré la puerta tras de mí e inspeccioné el sombrío escenario. La lluvia había aminorado hasta tornarse en una fina llovizna, lo que nublaba mi campo de visión. «Piensa, Amelia». Si no me hubiese perdido la visita guiada de *sir* Ronald, sabría por dónde empezar. Necesitaba ayuda, pero solo se me ocurría una persona que quizá pudiese localizar a *Winter*. En realidad, no era una persona.

Summer.

Los establos se ubicaban al sur de la casa, hacia donde me dirigí lo más rápido que pude. Las zapatillas que calzaba no podrían igualar la resistencia de las botas, pero tendría que conformarme. Chapoteaba en la hierba empapada a cada paso que daba, lo que hizo que pronto me mojase hasta los tobillos. Negué con la cabeza y gemí: ¿de verdad creía que iba a encontrar a *Winter* sin siquiera haber pensado en vestirme adecuadamente para la ocasión?

Deseché tales pensamientos y me centré en las puertas del establo, que abrí con mis propias manos. El puesto de *Summer* era el más

cercano a la entrada. La oí relinchar y patear el heno que debería haber estado comiéndose para desayunar.

—Soy yo —le susurré cuando abrí la cerradura de la puerta.

Alcé las manos e intenté apaciguarla. No tenía ni idea de cómo se debía ensillar un caballo y tampoco me atrevía a montarla a pelo, pero ¿qué otra opción tenía? Busqué con la mirada algún objeto que me pudiese ser de ayuda y encontré un taburete, encima del cual había una manta pequeña. Luego, observé la espalda de *Summer* con un nudo en el estómago. Ella relinchó otra vez y comenzó a golpear incesantemente el suelo de piedra con los cascos.

No podía perder más tiempo. Desplegué la manta, demasiado fina como para escurrirse con facilidad, sobre la yegua, y coloqué el taburete en paralelo.

—Si vamos a hacer esto, no puedes correr, porque me caeré de bruces—le expliqué cuando me agarré a la manta.

Gracias al taburete, pude pasar una pierna por encima de ella, y una vez que me hube montado, me aferré a la crin con las dos manos. Traté de acomodarme antes de darle un golpecito para que saliese obedientemente de los establos y se adentrase en los pastos silvestres ahí fuera. Podía sentirle la columna vertebral bajo la manta, y tuve que tirarle levemente de la crin para que ralentizase el paso, muy a su pesar.

Subimos una de las colinas y penetramos en el bosque. ¿Habría sido *Winter* tan valiente como para meterse en un lugar como este? Es cierto que la tierra seca que yacía bajo las copas de los árboles era tentadora incluso para mí, aunque la tapasen las agujas de los árboles y la hojarasca del pasado invierno. Me costaba respirar a causa de la fatiga y el aire me salía de la boca como humo contra el aire gélido. Frotaba las partes desnudas de las piernas contra *Summer* y me aferraba a ella con cada músculo de mi ser. Serpenteó entre los árboles hasta que se frenó para agachar la cabeza hasta el suelo.

Aproveché la oportunidad para deslizar la pierna por la espalda de la yegua y dejarme caer al suelo, pues si ella creía que su potro se encontraba en las inmediaciones, quizá daríamos con él más rápido si nos separábamos. Con los sentidos puestos en el más mínimo de los movimientos y sonidos, caminé por delante de ella hasta que el sol nublado nos llevó a otro prado. Algo se movió justo en la linde del descampado, se echó hacia delante y luego hacia atrás. *Summer* dio otro relincho y, cuando me volví para mirarla, me percaté de que tenía los ojos fijos en el horizonte y las orejas tensas por lo que había oído.

Me rebasó y se adentró en el prado como un rayo, y yo apuré el paso para correr tras ella. Con la falda del vestido levantada, salté por encima de los palos y escombros que había dejado la tormenta, cada vez más rápido, mientras seguía a *Summer*. Cuando dejé atrás la hilera de árboles, lo vi justo frente a mí: se balanceó en un intento de mantener el equilibrio antes de desplomarse en la hierba. Corrí hacia él con el corazón en un puño.

—*¡Winter!* —grité.

Summer andaba de delante atrás y lo empujaba con el hocico. Caí de rodillas junto a él, impotente, desconcertada y asustada. ¿Qué podía hacer? ¿Acaso no lo había visto en pie hacía unos instantes?

Tenía los ojos cerrados y estaba inmóvil. Habíamos llegado demasiado tarde.

De pronto, se oyeron unos pasos cerca y traté de ver algo a través de las lágrimas.

—Señorita Moore, ¿qué hace aquí?

Fijé la vista borrosa en el teniente Rawles, que me habló con voz suave pero dura al ponerme en pie.

—Debe irse de inmediato. No debería presenciar esto.

¿Cómo era posible que me estuviese moviendo? No sentía los pies, pero *Winter* parecía alejarse más y más de mí. Detrás del teniente Rawles, avisté a *sir* Ronald, que sostenía al potro en brazos mientras Peter examinaba el cuerpo. Lo único que oía eran los cascos de *Summer* al golpear el suelo y unos relinchos que emanaban de lo más profundo de la garganta del animal.

—Está inerte —dijo *sir* Ronald, inexpresivo—. Hemos llegado demasiado tarde.

—No —dije, detrás del teniente Rawles, cuyos brazos me rodeaban como un médico que consuela a un paciente. La desesperación era patente en mi voz—. Acabo de verlo moverse. Sigue vivo.

—En ocasiones, los ojos ven lo que quieren ver —intervino el señor Bratton, que se posicionó al lado del teniente Rawles y me tapó la vista—. No debería estar aquí, señorita Moore. La llevaremos de vuelta a la casa.

¿Es que no lo veían? ¿Es que ni siquiera deseaban intentarlo? *Summer* se merecía algo mejor.

—Hágase a un lado —dije, empujando al teniente Rawles, pero el señor Bratten me agarró del brazo y, a pesar de que cada vez hablaba más alto, nadie me escuchaba—. ¡Deben hacer algo!

Podía verme reflejada en sus ojos compasivos: creían que estaba actuando de forma irracional, desesperada. *Sir* Ronald depositó el

potro en el suelo, Peter se frotó la nuca y el teniente Rawles negó con la cabeza en señal de decepción junto a ellos. Me liberé del señor Bratten y me acerqué al potro, pero me tropecé con algo duro, me eché hacia delante y me lastimé el tobillo. Al mirar hacia abajo, vi una bola dura y verde; tras inspeccionarla con mayor detenimiento, comprendí que se trataba del fruto de un árbol. Lo comprendí todo con tanta celeridad que no tuve tiempo de pensar ni de dar explicaciones.

—Examínele la boca —le grité a Peter—. La boca, ¡ya!

—Señorita Moore —dijo *sir* Ronald, cuyo tono me dio a entender que estaba perdiendo la paciencia—, ha de volver a la casa.

—Las vías respiratorias. —Conseguí pronunciar las palabras a duras penas cuando me coloqué frente a Peter. Las lágrimas se me escurrían por el rostro y su sabor salado se me colaba entre los labios—. Por favor.

La expresión apenada de Peter se hizo más pronunciada. Se acercó a *Winter* y *sir* Ronald se mofó cuando le abrió la boca e introdujo la mano con cuidado.

—Están obstruidas —dijo sin aliento, mientras metía la mano más adentro.

Se oyó un ruido y Peter cayó hacia atrás.

El teniente Rawles reaccionó al instante: frotó y sacudió el cuerpo inmóvil del potro, dándole palmaditas, mientras todos lo observábamos en silencio, asombrados. Tras darle tres rítmicos golpecitos en la espalda y tirarle de la pierna, *Winter* abrió los ojos de par en par.

—Ya estás a salvo —dijo el teniente Rawles entre risas, un poco sorprendido.

—Es increíble —señaló *sir* Ronald mientras examinaba al potro, que movía la cola de pie.

Summer se hizo un sitio entre los caballeros y se restregó la cabeza contra *Winter*, como si desease inspeccionar cada centímetro de su cuerpo. Me froté los ojos anegados en lágrimas y el alivio me invadió el pecho: *Summer* me había llevado a este lugar en el momento justo, y si Peter no hubiese intervenido, si no me hubiese escuchado, habría sido en vano.

Este sonreía maravillado mientras observaba a *Winter* caminar torpemente por el prado. Todos le dieron una palmadita en la espalda y alabaron sus rápidos reflejos, pero él se volvió hacia mí y, con las mejillas encendidas, me dedicó una radiante sonrisa:

—Elogien a la señorita Moore, caballeros. ¿Acaso no la oyeron?

—Mis felicitaciones, señorita Moore —dijo el teniente Rawles.

Tragué saliva y asentí, emocionada.

—Disculpe, señor —dijo el señor Beckett a *sir* Ronald—, ¿me permite una sugerencia? ¿Y si llevamos al potro y a su madre de vuelta a los establos? Deberían alimentarse para reponer fuerzas.

—Exacto, Beckett. Si llevas a *Summer*, yo me puedo encargar de *Winter*. —Luego, me ofreció el brazo—. Señorita Moore, le ruego que me disculpe. Estoy seguro de que tendrá frío y estará exhausta. Debería llevarla a la casa de inmediato.

—Yo me ocupo —intervino Peter—. Dado que no tengo caballo, puedo encargarme de *Winter* y acompañar a la señorita Moore a casa a pie.

Sir Ronald nos miró a los dos antes de asentir.

—Muy bien, pero intenta no demorarte demasiado, Peter. Apuesto a que la señorita Clara está preocupada por su hermana.

El señor Beckett trajo el caballo de *sir* Ronald y sujetó a *Summer*, mientras que los demás se dirigieron a sus sendos caballos, amarrados en árboles cercanos. Una vez montados, galoparon por el bosque.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó Peter al fin cuando rodeó a *Winter* con una cuerda para sujetarlo.

—Todavía me estoy recuperando —dije débilmente—, pero sí, me encuentro bien.

—Lo ha salvado —declaró, y buscó mi mirada—. Estamos todos fascinados, pero ¿qué hacía usted aquí sola? No necesita que le recuerde el peligro que ha corrido.

Acaricié a *Winter* por detrás de las orejas y caminamos juntos a los establos. Me negaba a contarle a Peter que había montado a pelo a *Summer* por los pastizales.

—Nadie me habría permitido buscarlo por mi cuenta, y era consciente de todo lo que perdería *Summer* si yo no intentaba ayudarla.

—Creo que las dos han forjado un vínculo perpetuo.

Peter le acarició la cabeza al potro.

—Gracias, Peter —dije solemnemente.

Las lágrimas se me agolparon en las comisuras de los ojos, pero las reprimí. Deseaba que Peter supiese lo que significaban sus actos para mí.

—¿Por qué?

Ralentizó el paso. Estaba alarmado, como si yo estuviese a punto de romperme en pedazos. De hecho, a mí también me lo parecía.

—Por escucharme.

Me resultaba imposible reprimir mis emociones. Era absurdo que una elección tan simple me afectase tanto. Siempre lloraba en privado, algo que, de todos modos, no sucedía con frecuencia, pero llorar en presencia del señor Wood era del todo inaceptable.

Peter se paró y apaciguó a *Winter* antes de alzarme el mentón con un dedo. Vaciló, y una energía palpitante fluyó entre nosotros.

—Por supuesto que la escuché. ¿Cómo no podría prestarle atención, Amelia?

Me restregué los ojos con la manga y traté de acompasar mi respiración.

—No me refiero a eso: usted fue el único que me escuchó, fue el único que lo intentó. No entiende cuánto significa eso para mí.

Peter borró de mi mejilla una lágrima traicionera con el pulgar.

—En ese caso, me alegro de saberlo, pero, por favor, deje de llorar. No puedo soportar verla entre lágrimas. Acaba de salvarle la vida a este potro; debería estar feliz.

—Lo estoy —dije, exánime—. Me temo que ahora mismo estoy demasiado emocionada.

—Venga —me dijo, y envolvió la cuerda en la mano—. Necesita descansar antes de nuestra tarde juntos. Me la debe, ¿recuerda?

Debería haberme disgustado el recordatorio, pero, en cambio, se me relajó el cuerpo. Una sensación insólita irradió de mí y excedió la conmoción del trauma sufrido. Por una vez, no me sentí ridícula en compañía de Peter; al contrario, sentía que me veía. Que me veía y me aceptaba.

Dejó que *Winter* decidiese el ritmo de la caminata y nosotros lo seguimos sin prisa. El viento le revolvía el cabello y sus ojos se veían más grises que verdes bajo las nubes. No se había afeitado, ni tampoco se había molestado en abrocharse el abrigo, debajo del cual todavía llevaba el fino pijama que estaba humedecido por la lluvia y que se le adhería al pecho. Me ruboricé al percatarme de lo cerca que había estado de él hacía unos instantes sin darme cuenta.

Cuando *Summer* volvió a ver a *Winter*, estuvo a punto de romper el puesto para llegar junto a él. Peter lo acercó a su madre, quien lo acarició un momento con el hocico y el cuello antes de empujarlo debajo de ella para alimentarlo. Yo permanecí inmóvil y respiré con calma por la nariz, con el propósito de no llorar más, aunque Peter me miraba, sabedor de lo que intentaba hacer. Entrelazó nuestros brazos, me acercó a él y me llevó en silencio a la casa bajo la llovizna.

Este no era el mismo hombre que había lastimado a mi hermana con sus maquinaciones y que había tratado de frustrar su relación con

sir Ronald. Este era honesto, sincero. En mi mente nublada me fue imposible hallar esa rabia y exasperación que con tanta soltura habían morado ahí con anterioridad. Me apoyé en su brazo y dejé que cargase conmigo, pues me costaba mantenerme en pie. A juzgar por su sonrisita, no parecía importarle.

Entramos por la puerta del servicio para evitar que nos interrogasen. Ni a Peter ni a mí nos apetecía relatar los hechos; él parecía agotado, como estaba segura de que se encontraban todos los caballeros tras aquella mañana tan larga y agobiante. Me dejó ir al llegar a lo alto de las escaleras, y cuando me dirigí a mi alcoba, me invadió el extraño deseo de mirar hacia atrás. Tenía las piernas cansadas y me pesaban los ojos, pero, por algún motivo, mi corazón seguía vivaz.

Abrí la puerta justo cuando se cerró otra en el pasillo. No me había dado cuenta de que Peter se alojaba tan cerca.

—Señorita Moore, gracias a Dios que está a salvo —exclamó Mary, que se llevó las manos al pecho, con una voz repleta de ansiedad—. Todos en la casa nos alteramos cuando descubrimos que se había ido con los caballeros esta mañana. Cuando *sir* Ronald irrumpió en el salón para narrar que usted había salvado al potro, a *lady* Demsworth casi le da un ataque de nervios. Si le hubiese ocurrido algo…

—Mary —la corté, y me despojé de la pelliza mojada y de las zapatillas sucias. De pronto, me temblaban los brazos, como si mi cuerpo fuese consciente de que al fin podía descansar.

—Sabe que una dama no debería interferir…

—¡Mary!

Bajó la mirada y yo dejé caer los hombros. No era mi intención regañarla. El silencio inundó la sala, a excepción del agua que goteaba de la falda de mi vestido. Suspiré, exhausta:

—Discúlpame. Sé que lo haces por mi bien, y estoy segura de que hoy te dado un buen susto, pero necesito un baño con «urgencia» —dije, resaltando la última palabra.

Mary esbozó una sonrisa maternal, si bien no era mucho mayor que yo, y asintió.

—Por supuesto, señorita. No haga caso de mis cotorreos. Marchando un baño; lo tiene bien merecido.

—¡Amelia! —Clara irrumpió en la habitación y corrió hasta mí—. ¿Estás malherida? ¡El vestido! Está hecho un desastre. —Era la primera vez que me hablaba en un tono similar al de una reprimenda, aunque su voz seguía siendo tan dulce como siempre—. ¿En qué estabas pensando cuando decidiste marcharte sola? ¿Qué habría hecho

yo si te hubiese ocurrido algo?

—Tenía que ayudar.

Me encogí de hombros y ella me estrechó entre sus brazos.

—Eso me han dicho. *Sir* Ronald está muy agradecido. —Clara se echó hacia atrás con la nariz arrugada—. Estás calada hasta los huesos.

—Es cierto. ¿Cómo estás tú, hermana?

—Bastante bien, aunque me aflige estar aquí encerrada y no aguanto más de media hora en la misma sala que Georgiana. Me temo que es más irritante que su hermano. —Frunció el ceño y me acarició el brazo—. ¿Estás segura de que estás bien?

—No te preocupes por mí. Bajaré para haceros compañía en breve.

Intenté empujarla hacia la puerta.

—Tómate tu tiempo; descansa y recupérate —dijo Clara antes de que cerrase la puerta tras ella.

Después de haber dormido en exceso durante tantos días, esta mañana había agotado toda la energía de la que disponía. En menos de una hora, Mary preparó la bañera con agua caliente, y cuando me metí en ella se me relajaron todos y cada uno de los músculos, aunque seguía estando tensa, como si hubiese corrido varios kilómetros. Inhalé la fragancia de las hojas de lavanda frescas que flotaban a mi alrededor, disfruté del agua y me sosegué. Cerré los ojos y dejé la mente en blanco.

Mary me dejó en la bañera más de una hora antes de regresar para ayudarme a ponerme el vestido de muselina color melocotón. Había encendido la chimenea para que se secasen mis ropas y mis zapatillas, y en la mesita había una bandeja con algo de carne, queso, frambuesas y té. Comí en silencio, con la vista fija en la ventana mientras el sol vespertino secaba la hierba.

Qué impropio de mí era interferir en los asuntos de los hombres. ¿Se habría enojado *lady* Demsworth conmigo no solo por haberme negado a marcharme cuando *sir* Ronald me lo pidió, sino también por exigir que me obedeciese? No me arrepentía de mis actos, pero no podría soportar que Clara sufriese las consecuencias.

Me calcé las botas y bajé la suntuosa escalera. Necesitaba verme con *lady* Demsworth y descubrir qué pensaba de lo acaecido esta mañana. Las voces provenían de una estancia situada al fondo de la casa e, instintivamente, seguí los sonidos hasta llegar a la biblioteca, cuya puerta estaba abierta. Las estanterías revestían las paredes y casi alcanzaban el techo. Las damas se entremezclaban con los caballeros en pequeños círculos por toda la estancia.

—¡Señorita Moore! —me llamó *lady* Demsworth, que recorrió apresuradamente el cuarto para estrecharme en un abrazo sofocante —. ¡Queridísima muchacha! Confieso que ni siquiera me percaté de que se había ido, pero Ronald me lo ha contado todo y me he quedado sin palabras. ¿Qué clase de anfitriones somos, que hemos dejado que sufriera tan terribles condiciones?

—Toda la culpa es mía —contesté. Reculé y ella aligeró el abrazo —. Discúlpeme por haberme entrometido sin permiso. Hace unos días monté a *Summer* y me encariñé con ella; no podía soportar que sufriese sin tratar de echar una mano.

Lady Demsworth me abrazó.

—Estamos en deuda con usted, señorita Moore, completamente. *Summer* es mía, y creía que me sería imposible a amar a un caballo más que a ella hasta que conocí a su potro.

—Me alegro de haber aparecido en el momento justo.

En realidad, no había hecho nada digno de alabanza. Mi comportamiento distaba mucho de haber sido decoroso, pues me había llevado a *Summer* a escondidas y la había montado a pelo con el traje de mañana, por no mencionar que le alcé la voz al anfitrión de la casa y exigí que cuatro hombres muy habilidosos acatasen mis órdenes.

Lady Demsworth se acercó a mí y ladeó la cabeza.

—Mis palabras son sinceras, señorita Moore. Si hay algo, cualquier cosa, que usted necesite, si hay algo que pueda hacer por usted o algo con lo que la pueda ayudar, por favor, no dude en decírmelo.

Absorbí cada una de sus amables palabras y me incliné para abrazarla.

—Gracias —le susurré al oído, y me estrechó contra ella.

—No hay de qué, querida. Aquí, en Lakeshire Park, les hemos tomado cariño a su hermana y a usted.

—Amelia —dijo Clara en el momento oportuno—. ¿Qué rima con «amarillo»?

Lady Demsworth deshizo el abrazo rápidamente y me dejé caer en una silla junto a ella.

—Mmm… ¿platillo?

—Sí. —Soltó una risita—. Un platillo amarillo. Nos sirve.

—¿A qué estamos jugando ahora?

Me incliné en el reposabrazos del asiento.

—Nos hemos dividido en parejas y debemos escribir un poema con palabras que rimen con «amarillo» —explicó Clara—. Deberías unirte en la próxima ronda.

Después de lo acaecido por la mañana, ese juego de rimas sin sustancia carecía de atractivo para mí. Agucé el oído para escuchar los susurros del resto de los invitados, que evidentemente se habían fragmentado en parejas en la sala y reían y escribían garabatos en los papeles. Era evidente que los acontecimientos de la mañana ya eran historia y no me apetecía volver a mencionarlos.

Sin pensármelo dos veces, me excusé, pues en algún lugar de mi mente, sabía que no deseaba quedarme en casa, y me alegré haberme puesto ya las botas. Solo me faltaba la capucha.

Capítulo 11

Recorrí el camino al establo con rapidez, acompañada de un viento cálido y húmedo tras la tormenta. En vez de entrar por las puertas principales, me aventuré a acceder al interior por detrás, ya que el acceso a las caballerizas era más directo por ahí. El cerrojo estaba roto y pendía de la gran puerta, la cual daba paso a la luz del sol, que iluminaba rincones que, de otro modo, seguirían sumidos en las sombras. Cuando entré, me llegó un olor rancio a heno, algo que los animales avivaban con sus movimientos. Busqué sin éxito a un mozo de cuadra, pero me alegré: la soledad armonizaba con el hastío que sentía.

Una voz llegó hasta mí a pocos pasos de donde estaba *Summer:*

—… agradable que cuiden de ti a veces, y creo que te lo has ganado con el susto que te has llevado esta mañana.

Paré en seco. ¿Qué hacía aquí el señor Wood? Dado que no lo había visto en la biblioteca, había asumido que se encontraba en su alcoba. Me acerqué disimuladamente a la puerta de *Summer* y lo encontré agachado a sus pies cepillándole las patas con suavidad. Llevaba un hermoso abrigo gris (¿cómo era posible que siempre conjuntase todos sus abrigos a la perfección?), así como un par de botas de húsar y unos calzones que también le sentaban de maravilla.

Me regañé en silencio, ruborizada. ¡No era propio de una dama fijarse en los calzones de un caballero en un establo sin que él tuviese constancia de su presencia! Además, era el momento idóneo para sacar mi ingenio a relucir: al fin había sorprendido a Peter Wood haciendo el ridículo.

Summer relinchó y Peter se rio entre dientes.

—Te entiendo perfectamente.

—No sabía que tuviese el don de hablar con los caballos —dije, adentrándome en el puesto semiabierto con la más amplia de las sonrisas en el rostro.

Peter se había olvidado de echar el cerrojo del puesto, el cual pendía de la puerta libremente. Se puso en pie de un respingo, con el cepillo en la mano, y exhaló cuando advirtió mi presencia.

—Amelia, ¿qué hace aquí?

Sonreí con suficiencia al ver lo coloradas que tenía las mejillas. ¿De qué se avergonzaba este caballero? Charlar con un caballo no era lo peor que le había visto hacer. Me quité los guantes y los deposité en lo alto del muro de madera.

—Me he escabullido de los juegos de la biblioteca. ¿Y usted?

Respondió a mi sonrisa con otra igual.

—He de confesar que me preocupaban estos dos, pero *Winter* ha olvidado por completo el trauma de esta mañana, y estoy seguro de que *Summer* se convertirá en una consentida el resto de su vida después de todo el mimo recibido.

—¿Puedo? —pregunté, señalando el cepillo que tenía en la mano y acercándome a él.

—Por supuesto —dijo. Me lo ofreció y le dio unas palmaditas a *Summer* en el hocico—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Estoy mucho mejor. ¿Usted ha conseguido descansar?

Deslicé el cepillo por la espalda de *Summer*, le alisé el pelaje y le quité la suciedad que llevaba encima.

—He dormido unas horas. Pensaba que era el único que necesitaba una siesta hasta que bajé y no la encontré por ninguna parte.

—¿Me buscaba?

Alcé la mirada hacia él.

—Siempre la busco, Amelia.

Sonrió y bajó el mentón. Sentí una oleada de nerviosismo en el corazón que se propagó por el pecho. Estaba encantada, enardecida. Por supuesto, él solo estaba jugando, pero ese juego me pareció divertido.

—¿Podemos fiarnos de él, *Summer*? —pregunté mientras la cepillaba—. Es un pícaro ridículo, cuyo historial de provocaciones y persuasiones para conseguir lo que quiere no es nada desdeñable.

—Ese historial no existe. —Enarcó la ceja desde el otro lado de la espalda de *Summer*—. Solo hay unos cuantos episodios de lealtad fraternal.

—Bueno, que Dios ampare a los que no se han ganado su lealtad todavía, Peter Wood, pues podrían verse en la tesitura de enemistarse con usted por algo tan intranscendente como un par de guantes.

Resopló y, con la mirada decidida y una voz más dura de lo normal, dijo:

—Ojalá nunca hubiera entrado en esa tienda.

Se me partió el corazón. Dejé de cepillar a *Summer* cuando una emoción repentina me anegó la garganta. ¿Quería decir que deseaba no haberme conocido?

El hombre se frotó la nuca, gesto que, según lo que había observado, hacía cuando se sentía incómodo o impotente.

—Si hubiera obligado a Georgiana a buscar ese endiablado par de guantes por su cuenta, la habría conocido a usted aquí y quizá no me miraría como lo hace ahora: decepcionada e… indiferente.

Fruncí el ceño y, de súbito, se me secó la boca.

—¿Qué quiere decir?

—Nada —dijo, más para sí mismo que para mí—, es que me gustaría que dejase de estar enfadada conmigo. Me gustaría que hablásemos con naturalidad y no porque se vea obligada por un acuerdo absurdo.

¿Era eso lo que pensaba? ¿Que estaba enfadada con él? ¿Que nuestra amistad no era sincera porque la había forzado nuestro acuerdo? Rodeé a *Summer* lentamente para encararme con él, mientras una parte de mí temía que lo hubiese malentendido y que estuviese a punto de ponerme en ridículo por milésima vez.

—No estoy enfadada con usted, Peter, ya no. Me atrevería a decir que hablo más con usted que con mi hermana estos días y que me he aficionado a nuestras tardes.

Esbozó una ligera sonrisa y me pregunté si me creía, si había acertado al decidir ser sincera y abrirme. Vaciló un momento; luego, tomó el cepillo de mi mano y continuó acicalando a *Summer*. *Winter* respiró hondo en el rincón: estaba profundamente dormido bocabajo. Me arrodillé junto a él para frotarle el hocico y acariciarle la crin: transmitía tanta paz y era tan adorable…

Como Peter seguía en silencio, temí haber hablado demasiado.

—¿En qué piensa? —pregunté, antes de poder morderme la lengua.

—En usted —respondió, todavía mirando a *Summer*.

Me reí de su burla, a la espera de que se riese o me dedicase esa sonrisa juguetona, pero, en cambio, siguió limpiando cariñosamente a *Summer* en silencio, y me invadió la culpa: solía pensar que era un exagerado, pero después de lo ocurrido hoy, debía admitir que se

merecía que lo tomase en serio.

Winter se levantó y yo lo acaricié hasta que cerró de nuevo los ojos.

En realidad, sabía muy poco del señor Wood, aparte de las pequeñas pistas que me había proporcionado sobre sus padres. Si íbamos a ser amigos de verdad, me tocaba a mí hacer las preguntas.

—¿Dónde está su casa?

Paró de cepillarla un instante y miró hacia atrás en mi dirección.

—A unos cuarenta kilómetros de aquí, al noroeste de Hampshire.

—¿Creció allí?

El abrigo de Peter se adhería a su espalda de un modo muy atractivo cuando se estiraba para llegar a la crin de *Summer*. Me costaba no fijarme en la belleza natural que poseía, no podía dejar de observar la fuerza de sus brazos y hombros. Además de los calzones. Me mordí el labio.

—No, mi padre pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. Lo que más le interesaban eran los negocios, por eso me instruyó tan bien para que me hiciera cargo de las tierras de cultivo.

Me percaté de que hablaba con solemnidad, pero con sarcasmo.

—¿Fue un relevo complicado, entonces?

El hombre cambió de posición y se dispuso a cepillar el trasero de *Summer*, notablemente pensativo.

—Cuento con la ayuda de un capataz muy habilidoso, pero no, después de atar los cabos sueltos en Londres, el ritmo de trabajo ha sido lento, así que no me ha abrumado. He sido yo el que ha tomado la decisión de mudarme, y aprenderé el oficio con rapidez. Lo que pasa es que no quiero seguir con los negocios más arriesgados de mi padre y tampoco creo que él esperase eso de mí.

Sopesé sus palabras. Desde que prácticamente me arrojó su dinero en la tienda, había asumido que se deleitaba en la riqueza y en esa sociedad que se nutría del estatus social y de la opulencia, pero quizá se había sincerado conmigo de verdad hacía unos días: su mayor deseo, por encima incluso de la riqueza, era que lo reconociesen por el trabajo de sus manos y por lo que pensaba. Evidentemente, tenía la posibilidad de continuar con las labores de su padre y obtener así un estatus social y una riqueza mayores, pero se negaba. ¿Por qué?

—Pero usted lo admiraba, ¿me equivoco? A su padre, quiero decir.

—Mucho. Era muy inteligente: hacía cálculos matemáticos mentales en segundos y era un ávido lector, pero cuando pienso en él, no pienso en su trabajo y sus logros, sino en los pocos recuerdos que tengo de él en su tiempo libre.

Se frotó la frente con la manga.

—Tiene usted toda mi atención —dije, mientras me estiraba la falda del vestido.

Me miró con curiosidad e hizo una pausa antes de continuar con el cepillado.

—Una vez, cuando mi madre se ausentó para visitar a su hermana, Georgiana me imploró que le enseñase a lanzar flechas. Yo debía de tener trece años por aquel entonces y estaba a punto de marcharme a Eton. Nuestra madre no consentía frivolidades tales como el tiro con arco o las carreras de caballos, pues dichas aptitudes, a su parecer, no contribuían en nada a mejorar a una persona. Yo sabía que mi padre no tenía tiempo para enseñar a mi hermana, por lo que nos escabullimos juntos para practicar.

Sonrió al rememorar un recuerdo remoto que solo él podía ver.

—A Georgiana se le daba fatal, apenas era capaz de sostener el arco. Cuando lanzó la primera flecha, gritó de miedo e instantes después apareció nuestro padre, montado en su caballo. Estaba seguro de que me regañaría por haber actuado sin su permiso, pero, en cambio, se bajó del caballo, lo ató a un árbol cercano y se colocó detrás de Georgiana para enseñarle a sujetar adecuadamente el arco.

Sonreí y me imaginé a Peter de joven con su padre y su hermana, desempañando ya el papel de hermano mayor protector. Prosiguió:

—Esa semana, los tres montamos a caballo todos los días y practicamos tiro con arco todas las tardes. Mi padre incluso nos llevó a la ópera, pero mi madre jamás se enteró: cuando regresó, todo volvió a ser como antes.

»Al crecer, me percaté de los grandes sacrificios que hacía mi padre para mantener la casa en orden, para hacer a mi madre feliz y para que Georgiana y yo viviésemos en una casa lo más normal posible, pero durante esas semanas que pasamos los tres solos, descubrí quién quería ser mi padre de verdad, y aquello fue suficiente para mí.

La sorpresa me dejó sin palabras. Todo cobraba sentido desde esta nueva perspectiva: su naturaleza desenfadada, su lealtad para con su hermana y su entereza. Sabía lo que quería gracias a todo lo que le había faltado en su vida.

—Creo que su padre era inteligente en muchos sentidos —dije al fin, y me imaginé al hombre que se erigía, incluso a expensas de su propia felicidad, como el pilar de una familia que, de no ser por él, se hubiera derrumbado con facilidad.

—Estos recuerdos son lo que me han conducido hasta aquí —continuó—. Hallo paz en la soledad. ¿Y qué es de usted? ¿Se imagina viviendo en el campo?

—¿Acaso no le dije que crecí en Kent? —Apoyé la cabeza contra el rugoso muro de madera—. La casa de mi infancia se encontraba en medio de miles de hectáreas de pleno campo, por lo que vivíamos bastante aislados.

—¿Y era de su agrado?

—Me apasionaba. Mis recuerdos más queridos provienen de ese lugar, el último que me hizo sentir en casa.

—Ojalá supiese lo que se siente —dijo Peter, que metió el cepillo en un cubo de madera y se limpió las manos con una toalla—. Algunos dicen que los cimientos del hogar son la familia, que un lugar vale más por con quién estamos.

—Seguramente es cierto, pero creo que el campo siempre será mi hogar.

Peter se volvió y dio unos pasos en mi dirección, para luego sentarse y apoyar la cabeza contra el muro, como si fuese el reflejo de mi propia postura. Estábamos a menos de medio metro el uno del otro, pero, aun así, al verlo tan cerca algo me recorrió las venas.

—Tengo dos preguntas —dijo.

Lo miré, intrigada.

—Me las debe, dado que pasará la tarde conmigo. —Exhaló—. La primera es más amena y la segunda, más seria. Ha de responder a ambas con sinceridad, y usted podrá hacerme dos preguntas del mismo estilo.

Torcí los labios. ¿Qué pretendía?

—De acuerdo. Adelante, pues.

—Pregunta número uno: ¿cuál es su color preferido?

¿De verdad? Se mordió el labio para reprimir una sonrisa y yo hice lo mismo.

—Oh, el violeta, sin duda alguna. Es un color regio que realza mi belleza —dije, como si me creyese una beldad.

Los muros del puesto de *Summer* hicieron eco de la carcajada que soltó.

—Por supuesto. Espero que haya traído un traje de noche violeta, o tendré que comprarle uno.

Nos miramos, más cómodos en compañía el uno del otro en un establo lleno de caca de caballo que en el más ostentoso de los salones de toda Inglaterra.

—Me toca.

Me acerqué a él. No me había fijado nunca en las levísimas pecas que le salpicaban la nariz, un elemento perfectamente imperfecto en aquel semblante intachable.

—¿Cuál es su fruta preferida?

No se lo pensó:

—Las moras, siempre y cuando usted esté conmigo para comer más que yo.

Le di un empujón en el hombro, divertida, y él sonrió con suficiencia.

—De no ser así, las manzanas. Disponemos de unas trece hileras de manzanos detrás de mi casa. Tienen un aspecto hermoso en otoño, y mi cocinero le hará la tarta de manzana más deliciosa que probará en su vida.

—Qué maravilla, pero tendré que esperar toda una temporada para degustarla —dije, y fruncí el ceño de forma exagerada.

—La invitaré para que pruebe la primera de todas, se lo prometo —me aseguró.

Se asentó entre nosotros un cómodo silencio, pero, aunque no me molestase, tampoco quería que nuestra conversación se terminase.

—¿Y la pregunta número dos? —inquirí.

Peter alzó la vista y surgieron unos hoyuelos en sus mejillas cuando frunció los labios indicando que estaba pensando. Instantes después, dijo:

—Considero que, si de verdad uno desea conocer a una persona, debe estar al tanto de su dolor, de a qué se aferra y de qué no está dispuesta a prescindir. Por lo tanto, lo que quiero saber es lo siguiente: si pudiese borrar un recuerdo, ¿cuál sería?

Me tensé. Eran numerosos los recuerdos que me gustaría borrar, la mayoría relacionados con lord Gray, pero había uno que se reiteraba en mi mente sin cesar. ¡Cuánto me gustaría borrarlo! ¿Podría confiarle la verdad? Deseaba hacerlo, deseaba que me conociese, que me conociese por completo. Me gustaría contarle todos mis secretos y ver su reacción: ¿seguiría interesado en nuestras tardes? ¿Rechazaría la persona que era en realidad, mis orígenes y la verdad que con tanta fatiga cargaba sobre los hombros?

—¿De verdad quiere saberlo?

Me observó y asintió.

—Sí.

Suspiré y miré a *Summer*. Era extraño, pero tenía las manos quietas. Aun así, sabía que no duraría mucho. Nunca duraba, porque siempre me temblaban cuando rememoraba esas palabras que tanto anhelaba que jamás hubiesen sido pronunciadas y oídas.

—Un día, cuando vivíamos en Londres con lord Gray y mi madre… Los oí discutir a gritos. Como mi propio padre nunca gritaba, creí que

había ocurrido algo y llamé a la puerta para comprobar que todo estaba en orden, y entonces oí a lord Gray pronunciar el nombre de mi padre, Jeffrey Moore.

Observaba el suelo polvoriento, las hebras sueltas de heno y los pequeños cúmulos de suciedad. Jamás había revelado a nadie la verdadera historia de mis padres, sobre todo por miedo a que me juzgasen, pero jamás había tenido un amigo como Peter.

—Criticó a mis abuelos y espetó que se habían arruinado y que habían deshonrado el apellido de los Moore. No llegué a conocerlos, por lo que apenas me afectó descubrir que perdieron su nivel de vida, pero nunca he podido olvidar lo que dijo mi madre: «¿Crees que no habría intentado huir de él de todas las formas posibles? ¿Sabes cómo me partiste el corazón por no haber venido a por mí aquella noche, por haberme abandonado, arruinado y obligado a desposarme con un extraño?».

—¿Cómo? —dijo Peter, desconcertado—. ¿A qué se refería?

Me volví para encararme con él y se lo expliqué:

—Conoció a lord Gray antes que a mi padre. En su juventud, se amaron en secreto.

Peter abrió los ojos como platos.

—La familia de lord Gray tenía una casa de verano en Kent, como la de mi madre, pero se marchó de viaje a Europa. Había programado su regreso para la noche del baile y habían concertado un encuentro, pero como él no se presentó, a mi madre se le rompió el corazón y se divirtió con mi padre. No obstante, lord Gray sí que acudió al baile: llegó justo a tiempo para presenciar el beso en el porche. A él también se le rompió el corazón, pero su orgullo sufrió incluso más. Cuando todo salió a la luz, se negó a rescatarla de la ruina. —Me mordí las uñas—. Mi madre sostiene que mi padre la besó sin su consentimiento y mi padre, a su vez, que el beso fue mutuo y que aquella velada fue digna de un cuento. Antes anhelaba protagonizar un romance como el suyo y conocer a un caballero del que me enamorase profunda e instantáneamente.

Negué con la cabeza al pensarlo. El amor no surgía en un día o una semana; quizá ni siquiera un año fuese suficiente, y si surgía, una no podía estar segura de cuánto duraría.

—Pero ahora entiendo que todo fue una farsa y que el corazón de mi madre siempre perteneció a lord Gray. Cuando al fin contrajeron matrimonio muchos años después, parecía que su cuerpo lo había poseído una persona completamente distinta, y apenas reconocía a la mujer que era mi madre. La veía atolondrada y distraída, organizaba

fiestas y cenas fastuosas. Lord Gray lo veía como una segunda oportunidad para redimirse, pero desde la muerte de nuestra madre, nos trata de un modo odioso a mi hermana y a mí. Una vez, me dijo que nosotras somos lo único en su vida que le gustaría que no existiese.

Peter habló en voz baja y vehemente:

—Menudo canalla es lord Gray. Debería retarlo a duelo por eso.

—¿Retar a duelo a un hombre agonizante? Al menos tenga la decencia de retar a alguien dispuesto a pelear por mí.

—El próximo hombre que la mire mal se las tendrá que ver conmigo —se burló, entornando los ojos para luego suavizar la voz y dejar de sonreír—. ¿Es su padre el motivo por el que no cree en el amor?

Aquel hombre era muy perspicaz.

—Supongo que sí. Si algo he aprendido de la historia de mis padres, es que el amor es el mayor riesgo que puede correr una persona, y yo no puedo permitírmelo.

No cuando había tanto en juego.

Peter se inclinó hacia mí y me animó a que lo escuchase, a que creyese en sus palabras:

—El amor no es un riesgo, Amelia, sino una secuela inevitable del hecho de estar vivos. A veces no es práctico y no tiene ningún sentido, pero eso no significa que debamos temerlo.

Sus cálidos ojos me sostuvieron la mirada y me atrajeron hacia él. ¿Cómo era posible que suscitase tantas emociones en mí con solo unas palabras? A pesar de todo su encanto, lo que más me cautivaba de él era su corazón. Codiciaba sus secretos, todos ellos.

—Es un punto de vista hermoso —respondí, lo que pareció satisfacerlo. Ansiaba creerle, ansiaba ser valiente—. Ahora le toca contestar la misma pregunta.

—Ah, me parece justo. —Peter respiró hondo y dudó—. No será del agrado de los más sensibles.

Señalé a los caballos que nos acompañaban.

—Creo que este es un lugar seguro.

Se frotó los ojos e hizo una mueca.

—De acuerdo, entonces… Lo soltaré. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Georgiana, por lo que le agradecería que fuese discreta.

—Por supuesto.

¿Qué tenía que revelar Peter? No podía ser peor que la historia que yo le había ofrecido. Se volvió en el suelo hacia mí.

—Mi madre… Quizá ya lo ha intuido, pero no se encuentra del todo

bien. Se trata de una enfermedad mental más que física. —Me miró con tristeza—. Cuando falleció mi padre, peleé con ella una y otra vez. La culpé del ataque al corazón que padeció mi padre; estaba convencido de que ella lo había provocado por reñirle constantemente por cómo vestía, por los hábitos que tenía, por cómo hablaba… Nunca estaba satisfecha.

Dejó caer los hombros y me afligió lo hastiado que estaba su corazón, me afligió la historia de sus padres y el peso con el que cargaba.

—Le dije que él había trabajado hasta la muerte para tratar de complacerla, para que fuéramos lo suficientemente ricos como para que ella estuviera satisfecha, para que nuestra vida fuese lo bastante atractiva como para que ella permaneciese con nosotros. Algunas semanas, ni siquiera se quedaba en casa lo suficiente para conversar con él. Por supuesto, ella se defendió y responsabilizó a todo y a todos menos a ella. No recuerdo haberla visto más enojada y asustada al mismo tiempo. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera lloró. —Hizo una pausa—. No he vuelto a ver a mi madre desde entonces, ni tampoco he hablado con ella, aunque ya casi ha pasado un año. No es que no hubiese dicho nada que no fuese cierto, pero quizá sea mejor callarse algunas cosas.

Se miraba las manos, perdido. ¿Cómo era posible que nunca hubiese visto esta parte frágil de él, una parte herida y atormentada como la mía? Sin pensarlo, estiré el brazo y le rocé los dedos. Él me tomó la mano y las entrelazamos.

—Lo siento, Peter, es muy injusto —dije con ternura, cautivada por la calidez que desprendía su mano.

—Sí, bueno, creo que la injusticia de la vida es algo que tenemos en común, ¿verdad?

Me acarició los dedos con el pulgar, con lo que el pecho me ardió. ¿Cómo era posible que este fuese el mismo Peter que había conocido hacía unos días, mi enemigo, el hombre más exasperante sobre la faz de la Tierra? Algo estaba cambiando entre nosotros, como una nube que se evapora bajo el sol.

Winter se retorció mientras dormía y *Summer* miró hacia atrás, satisfecha al comprobar que todo estaba en orden, pero el crujido de la madera contra la piedra la alertó y una melodía de voces llegó hasta el establo.

—Aquí está —dijo *sir* Ronald en voz alta.

—Qué establos más bonitos, *sir* Ronald —lo halagó Beatrice, seguramente en compañía del señor Bratten.

Me solté de la mano, me puse en pie, tomé apresuradamente los guantes de donde los había dejado y me sacudí la falda del vestido. Él se levantó y abrió la puerta del todo para darles la bienvenida.

—Wood, aquí estás. Nos preguntábamos dónde te encontrabas —dijo *sir* Ronald, quien examinaba la puerta del puesto—. Bien, Beckett ya ha arreglado este cerrojo.

Winter se despertó, y a pesar de que traté de que se durmiese de nuevo, la curiosidad pudo más. *Summer* se puso tensa, pero le permitió que renquease hacia la puerta más cercana. Georgiana fue la primera en acercarse a él y se quitó los guantes para acariciarle la crin, seguida de Beatrice y de Clara, que se turnaron para admirarlo bajo la estricta vigilancia de *Summer*.

—Y la señorita Moore también está aquí, por lo que veo —apuntó Georgiana, que lanzó una mirada insinuante a su hermano—. ¿Dónde está el mozo de cuadra?

—No está lejos —respondió Peter, y me pregunté si de verdad lo sabía.

Clara me tomó de la mano y me sacó de los establos. Una parte de mí deseaba permanecer con Peter y proseguir con nuestra conversación, pero mi lealtad hacia mi hermana fue la que ganó. Cuando nos quedamos a solas donde nadie nos pudiese oír, sonrió.

—¿A solas en el establo con el señor Wood? Te dedicas a tu tarea en contra del decoro.

—En realidad, me lo encontré por casualidad. No tenía ni idea de que estaba aquí.

Una casualidad que derivó en la conversación más sincera que había mantenido en años.

—He de pedirte que continúes pasando tiempo con el señor Wood, aunque sé que no te gusta. —Clara miró a lo lejos, como si quisiese asegurarse de que nadie nos había seguido—. *Sir* Ronald me está dedicando su atención de forma especial y deseo alentarlo.

Me miró con timidez y yo inhalé.

—¿Estás segura?

¿Acaso era cierto? ¿Al fin había entrado en razón *sir* Ronald? Me daba miedo pensar que mi hermana hubiera abierto de par en par el corazón hacia alguien y que se lo pudieran romper en pedazos.

—Sí. —Me dedicó una sonrisa trémula—. Una de las dos debe desposarse, ahora que lord Gray está tan enfermo, y si puedo decidir con quién, el elegido es *sir* Ronald. Si me pide matrimonio, ¿lo aprobarías?

La estreché en mis brazos, con la confianza de que si lo indujese a

que le propusiese matrimonio, *sir* Ronald la complacería con ánimo, por no decir que su unión nos ayudaría sobremanera cuando lord Gray nos dejase.

—Lo aprobaría de todo corazón.

—¿De verdad? Tu opinión y tu bendición lo son todo para mí, y no podría aceptarlo a él sin tu aprobación.

—Clara, siempre la has tenido. No necesitas mi bendición para seguir el rumbo que dicte tu corazón.

La sonrisa le llegó a los ojos.

—¿Y qué hay de tu corazón, hermana? Me temo que tus tardes en compañía del señor Wood están llamando la atención. Beatrice preguntó por él esta tarde y Georgiana estaba segura de que estaba durmiendo, pero a juzgar por su expresión cuando os encontró juntos ahora, diría que estaba a punto echar chispas por los ojos. ¿Estás segura de que el tiempo que pasas con él no está afectando a tus sentimientos?

Me rasqué el cuello y desvié la vista. ¿La gente hablaba de nosotros? En efecto, nuestro acuerdo, que se había concertado en secreto, podía parecer confuso desde fuera, pero Peter sabía tanto como yo o más que nuestras tardes juntos no eran sino parte del gran proyecto que teníamos en favor de Clara y Georgiana. Admitir nuestro acuerdo secreto no agradaría a mi hermana en estos momentos, justo cuando acababa de compartir noticias tan dichosas, por lo que tendría que hacerme la inocente unos días más.

—No, en absoluto, el señor Wood y yo no somos más que amigos.

Mi mente estaba de acuerdo, pero cuando pronuncié tales palabras, hubo algo en mi interior que pugnó contra ellas, una sensación insólita, una esperanza que anidaba en mis entrañas y exigía que la escuchase. En realidad, jamás había sentido tal cosa.

Clara suspiró.

—Bien, confieso que me preocupaste por un momento. Imagina que acabamos unidas a los Wood después de que *sir* Ronald me proponga matrimonio. ¡Qué molesto e incómodo! O lo que es peor, imagina estar unida a Georgiana si él se decanta por ella. Unida a los dos. No podría soportarlo. No quiero volver a ver a los Wood después de este viaje.

La cara de disgusto que puso mi hermana me dejó helada. Peter no era tan malo como ella creía. Era cierto que no siempre había deseado su presencia, pero algo había cambiado estas últimas tardes. Él era distinto. Había visto otra cara de él, quizá una que mantenía oculta al resto del mundo. Me había confesado sus inquietudes personales,

cosas que quería compartir tan poco como las que yo había admitido.

No obstante, no podía mostrarme en desacuerdo con lo que había manifestado Clara. Tras la propuesta de matrimonio de *sir* Ronald, sería imposible unirnos a los Wood. No había manera de saber qué sucedería y la vida nos había enseñado a no correr riesgos: el pragmatismo siempre era la baza más segura. Jamás podríamos establecer una relación viable con los Wood, pues siempre nos posicionaríamos en frentes opuestos.

El grupo se esparció al abandonar los establos y *sir* Ronald lo lideró para ir a echar un vistazo a las tierras, considerablemente dañadas a causa de la tormenta: había ramitas y hojas desperdigadas por los campos, así como cubos y barriles con comida volcados. ¡Qué desastre! Clara, que de tan intrépida casi me hace tropezar, tomó la iniciativa y agarró a *sir* Ronald del brazo. Parecía que no me necesitaba, al fin y al cabo, y ralenticé el paso para separarme del grupo. Vi al señor Wood arrojar un palo a un montón junto a la verja.

¿Se daría cuenta de mi ausencia? ¿Quería yo que se diese cuenta? Mientras caminaba con trabajo hacia la casa, no pude evitar pensar que, en realidad, era lo que quería. Y eso sí que era un problema.

Capítulo 12

Al no tener ningún lugar al que ir, me adentré en el salón, iluminado por el sol vespertino.

—Señorita Moore, qué sorpresa. ¿Vienen con usted los demás? —preguntó *lady* Demsworth, la cual, sentada en un diván con la señora Turnball, apartó la mirada de su labor para mirarme esperanzada.

—Siguen paseando por las tierras. Me temo que no me he recuperado del todo de lo acaecido esta mañana —contesté.

Me senté cerca de ellas. Lo que había dicho no era una mentira *per se*, pero no podía negar que mi conversación con Peter en el puesto de *Summer* había avivado una nueva emoción en mi ser, una sensación dulce y creciente que excedía el persistente cansancio de esta mañana. Aun así, mi hermana estaba en lo cierto. ¿Qué lugar ocupaba Peter Wood en mi vida? ¿Quién sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones? Yo estaba aquí para cumplir un único propósito: asegurar el noviazgo de Clara y *sir* Ronald.

—Claro, querida, ¿cómo no? Aunque estoy segura de que los demás la echan de menos. —*Lady* Demsworth siguió cosiendo—. La señora Turnball y yo estábamos conversando sobre el próximo baile que mis queridos amigos, los Levin, han organizado al final de estas dos semanas. Fue muy amable por su parte el haber extendido la invitación a todos nuestros huéspedes. Son unos anfitriones de lo más espléndidos; tengo la certeza de que su baile será tan refinado como cualquiera de Londres, ¿no cree, señora Turnball?

—Sin duda alguna —añadió ella—. ¿Le gusta bailar, señorita Moore?

—Me apasiona. Dado que no bailé lo suficiente en Londres, me fascina la idea de asistir a un baile.

Lady Demsworth chascó la lengua y levantó la aguja de la tela.

—¿Con su belleza? ¿Acaso no tenían ojos los caballeros de esta temporada?

La señora Turnball señaló el piano que había en un rincón de la estancia.

—¿Sería tan amable de tocar para nosotras, señorita Moore?

No había tocado desde mi llegada a Lakeshire Park, pero me pareció la ocasión idónea, pues la sala estaba semivacía y sabía que *lady* Demsworth y la señorita Turnball me perdonarían por mi ineptitud. La única canción que sabía tocar bien era la de mi padre, lo que me convertía en una dama de escasas dotes.

Sin embargo, las mujeres que se sentaban junto a mí interpretaban el papel de damas buenas como si fuese una empresa fácil y sencilla, como si para ellas fuese algo natural. Siempre conversaban con gracia y gusto. De hecho, mientras reparaba en sus semblantes, así como en su generosidad y su fácil camaradería, descubrí que me gustaría parecerme a ellas. Eran muy distintas a las mujeres que había conocido en Londres.

La señora Turnball, aunque era reservada y seria, tenía una mirada profunda. Estaba convencida de que si la obligasen a competir en una batalla dialéctica, ganaría, si bien seguramente su instinto la induciría a no batallar en absoluto. Para ella la elegancia y el garbo debían prevalecer sobre todo lo demás, y la forma en la que mantenía la cabeza alzada, alta y firme, lo confirmaba.

Ello se aplicaba, asimismo, a *lady* Demsworth, una mujer que irradiaba dignidad y rectitud incluso cuando me la encontré sin vestir por la mañana. De sus ojos emanaba una afabilidad natural y una compasión solidaria, aunque se dedicaba a su familia y a sí misma con vehemencia. Clara haría lo correcto si estrechase lazos con una suegra como ella, si se mezclase con una compañía como esta.

Había una pieza de Mozart en el atril del piano. Deslicé los dedos por las frías y suaves teclas para situarme y estudié la partitura. Ya anticipaba que mis capacidades musicales eran demasiado lentas para el ritmo que se exigía.

Alguien llamó a la puerta, lo que me distrajo, y el señor Gregory entró con una bandeja de plata.

—Con permiso, ha llegado una carta para usted, señorita Moore —dijo desde la puerta.

¿Quién me habría escrito a mí a esta dirección? Se me cerró el

estómago mientras avanzaba con pasos pesados por la sala. La única persona que conocía mi ubicación y que necesitaría escribirme era lord Gray, pero cuando tomé la carta que me tendía el señor Gregory, me percaté de que no era su letra, aunque la dirección del remitente era Gray House, Brighton.

—Por favor, haga llamar a mi sirvienta —dije, y me abalancé hacia las escaleras.

La intuición me decía que había ocurrido algo muy malo. Cerré la puerta de la alcoba y me paré en el centro de la estancia. La carta me pesaba en la mano, que me temblaba como si estuviese sosteniendo cientos de kilos.

—Señorita Moore, ¿qué ocurre? —preguntó Mary cuando irrumpió en la habitación sin aliento—. ¿Qué ha pasado?

—Me ha llegado una carta de Gray House, pero no es de lord Gray.

Mary tomó la carta de mi mano y escrutó las palabras con la mirada.

—Es la letra del señor Jones. ¿Por qué le escribiría a usted?

El corazón me dio un vuelco y temí lo peor. Le arrebaté la carta de las manos, tiré de la solapa con cuidado y rompí el sello. Mary, en pie a mi lado, esperaba a ver mi reacción, pues mi destino también condicionaría el suyo.

Señorita Moore:

Le ruego que me disculpe por escribirle durante su estancia en Lakeshire Park, pero, en vista de las circunstancias, he considerado de vital importancia ponerme en contacto con usted. La salud de lord Gray ha empeorado desde su partida: ahora yace postrado en la cama y el médico ha pronosticado que será cuestión de unos días que los pulmones le fallen por completo. Así pues, he rogado por carta a su primo, Trenton, que venga.

Me temo que ha llegado el fin. Ninguno de nosotros se habría imaginado que la enfermedad de lord Gray fuese a avanzar con tanta celeridad. Les imploro que busquen la forma de asegurarse un sustento como puedan, puesto que no habrá nada para ustedes cuando regresen.

Adjunto una misiva de lord Gray, escrita hace unos cuantos días, que estoy seguro de que pretendía enviar.

En caso de que pueda ser de ayuda de algún modo, tengan la

certeza de que haré todo lo que esté en mi mano para apoyarlas a usted y a su hermana.

Saludos cordiales,
su sirviente, J. JONES.

—¿Señorita?

Cuando Mary me tocó el brazo, me percaté de que estaba llorando.

—Se trata de lord Gray —dije—, su fallecimiento es inminente. ¿Qué vamos a hacer, Mary? Nos estamos quedando sin tiempo más rápido de lo que imaginaba. No estoy preparada.

Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

—Esto me temía, señorita, más que cualquier otra cosa. Esto mismo me temía cuando nos marchamos.

—Hay otra carta —expliqué, mientras me secaba las lágrimas.

Dejé a un lado la epístola del señor Jones y desplegué el segundo papel, que conformaba la última carta de lord Gray. ¿Qué tenía que decirme? ¿Deseaba denigrar el nombre de mi familia una última vez? Rompí el sello y me preparé para lo peor.

Amelia, Clara:

No deseo lamentarme, pues hace tiempo que estoy preparado para la muerte; tan solo deseo detallar cómo os afectará mi defunción.

Prometí a vuestra madre que me encargaría de que ambas gozaseis de un destino seguro cuando crecieseis, pero no me sorprende en absoluto que hayáis fracasado al intentarlo por vuestra cuenta. Dado que no puedo recomendaros como cónyuges a ninguno de mis socios, he encomendado a mi abogado la carga de procuraros un empleo apropiado para que pueda reencontrarme con vuestra madre con la conciencia tranquila.

Tras mi fallecimiento y en caso de que sigáis solteras, se pondrá en contacto con vosotras para convenir todo lo necesario, y vuestras pertenencias permanecerán bajo su custodia hasta que las necesitéis. No lo importunéis hasta entonces.

La presente carta marca el fin de nuestro vínculo. No necesito

ni vuestra compasión ni vuestra falsa gratitud por el estilo de vida que os he otorgado desde la muerte de vuestra madre. Todo lo he hecho por ella. Lo único de lo que me arrepiento es de no haberla salvado aquella noche que vuestro padre arruinó su reputación. Si me hubiese desposado con ella entonces, ahora vosotras no seríais una carga para mí.

LORD ROBERT GRAY.

—¿Señorita Amelia? —dijo Mary en voz baja.

—Ahora estamos solas —respondí, y mi tristeza hizo que me endureciera hasta tornarse en acritud—. No tenemos adónde ir.

Arrugué el papel hasta convertirlo en una bola mientras envolvía el corazón, que se me salía del pecho, en una coraza.

—Todo irá bien, Mary. Por favor, no le digas ni una palabra a Clara.

Se secó una lágrima. ¿Ya sabía lo que pasaría con nosotras?

—Por supuesto, ni una palabra.

—Y… ¿Mary?

Estaba roja; era consciente de que deseaba escapar y digerir la noticia en soledad.

—¿Sí, señorita?

—Necesito reunirme con *lady* Demsworth inmediatamente.

Capítulo 13

Estaba esperando fuera de la sala de estar privada de *lady* Demsworth a que su doncella me diese paso.

—Señorita Moore —me llamó *lady* Demsworth, invitándome a unirme a ella junto a la ventana.

La estancia era pintoresca, si bien luminosa, con un pequeño candelabro en el techo que reflejaba la luz del sol en forma de miles de estrellitas.

—Gracias por recibirme, *lady* Demsworth —dije, cuando me senté a su lado con manos temblorosas—. Siento haber interrumpido su encuentro con la señora Turnball.

—Es todo un placer tener la oportunidad de conversar con usted en privado. He de confesar que no he pensado en otra cosa que no fuese en recompensarla por su audacia a la hora de salvar a *Winter*.

Me ajusté la falda del vestido, nerviosa.

—En realidad, ese es precisamente el motivo por el que he venido a hablar con usted. Necesito su ayuda.

Lady Demsworth juntó las manos sobre el regazo.

—Por favor, no sea tímida, señorita Moore. Estoy plenamente a su disposición y seré el paradigma de la discreción.

¿Podía confiar la verdad a *lady* Demsworth, a quien conocía desde hacía tan poco tiempo? ¿Arruinaría las posibilidades de Clara si confesaba nuestra precaria situación? Aunque sucediera antes o después, no podíamos cambiar las circunstancias, y la verdad siempre se abría paso de una forma u otra.

—Por favor —dije, antes de entrar en pánico—, no se sienta en la

obligación de ayudarme en lo más mínimo. Lo que ha sucedido con *Winter* es una pequeñez en comparación con un favor de esta magnitud. Lo único que le pido es que haga uso de sus contactos, y si resulta que ninguno de ellos puede ser de beneficio, estaré satisfecha solo con que usted haya tratado de ayudarme.

Sonrió.

—Prosiga, querida. Tiene toda mi atención.

Eché una mirada furtiva a la puerta cerrada tras de mí y me obligué a dejar las manos inmóviles. No podía controlar en absoluto lo que iba a pasar a continuación, pero debía preguntárselo:

—Creo que es consciente de por qué Clara y yo estamos aquí. Estamos muy agradecidas por la invitación, en especial mi hermana, y hemos disfrutado muchísimo de la compañía. No obstante, hay ciertas perspectivas en nuestro futuro próximo que Clara desconoce, perspectivas que me acaban de ser reveladas, y me temo que nos llevarán a una situación financiera muy frágil antes de lo esperado, por lo que debo preguntarle… si tiene algún contacto que estuviera dispuesto a proporcionarnos algún tipo de sustento o a…

—Querida —me interrumpió *lady* Demsworth, quien, al agarrarme del brazo, me transmitió una sensación maternal que no sentía desde hacía años—, ¿lord Gray va a dejaros con las manos vacías?

Era la pregunta que más temía: la respuesta podría destruirnos si *sir* Ronald ambicionaba una dote suculenta, pero ya había desvelado la verdad y *lady* Demsworth tan solo buscaba una confirmación.

—Así es. —Quería mirarme las manos, pero me obligué a devolverle la mirada—. Las propiedades de mi padre pasaron, hace cinco años, a un primo lejano que se niega a tener relación alguna con nosotras, y mi madre no llevó dote al matrimonio, dado que su familia la repudió a causa del escándalo que provocó su boda. Nos hemos quedado literalmente con las manos vacías, pero le agradecería que fuese discreta. Creo que usted sabe lo que se siente cuando se tiene que lidiar con circunstancias adversas.

Bajó el mentón en un gesto que denotaba claramente compasión.

—Más de lo que cree. Cuánto lo siento, señorita Moore.

—Por favor, llámeme Amelia. No puedo contarle todos mis secretos con tantas formalidades de por medio.

—Amelia, pues —concordó—. Lo cierto es que tengo una idea perfecta para usted y esperaba tener la oportunidad de mencionársela —dijo, con una emoción renovada en la voz—. Me explico: la persona que mencioné hace dos noches, la que necesita consejo matrimonial, es mi sobrino.

Inhalé hondo y parpadeé. Se me había entumecido la lengua. No esperaba que fuese a darme una respuesta con tanta rapidez.

—Acaba de perder a su esposa, y si bien no quiere volver a desposarse por amor, desea que una mujer lo ayude a administrar la casa y a cuidar de sus hijas pequeñas. Tiene treinta y cuatro años, posee una riqueza considerable y es muy atractivo, si me permite el comentario.

Contuve la respiración mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho. No esperaba una propuesta de matrimonio, no de esta forma, pero aquí estaba: mi gran oportunidad, práctica y sensata, una que me brindaría una vida segura a mí y, si fuese necesario, también a Clara. Además, si mi hermana aceptase a *sir* Ronald, podríamos vernos siempre que quisiésemos y nada nos separaría.

—Para ser del todo honesta —dijo *lady* Demsworth—, usted ha sido mi candidata desde que tuvimos aquella conversación, pero me pareció más prudente mencionárselo al final de su estadía. La madre de mi sobrino era mi hermana mayor, a quien le prometí que lo ayudaría siempre que pudiese. Él y Ronald no se llevan del todo bien, pero estoy segura de que eso podría cambiar de ser necesario. Como ya he dicho, me ha asignado la tarea de encontrar a la esposa apropiada, una que conciba el matrimonio mediante un prisma pragmático y que no espere que el amor sea uno de sus frutos, y estaré encantada de dar la búsqueda por finalizada si acepta.

¿Todo esto estaba pasando de verdad? ¿Debía elegir ahora? Había tantas preguntas que me embargaban por dentro que me fue imposible reprimirlas todas:

—¿Dónde vive y a qué se dedica? ¿Qué edad tienen sus hijas exactamente y cuándo espera casarse?

Me crucé de brazos y después los estiré de nuevo. ¿Acaso tenía derecho a formular tales preguntas? ¿No debía una limitarse a aceptar una propuesta de matrimonio por conveniencia simplemente por… conveniencia?

—¿Desea que lo mande llamar hoy? Podría invitarlo a que se quedara con nosotros un día para que dé respuesta a sus preguntas en persona. Es un buen hombre, Amelia; será un gran amigo, y puede que, con el tiempo, acaben siendo felices en compañía del otro.

No podía rebatirlo, ya que tenía razón. Además, ¿qué otra opción tenía yo? Disponía de una propuesta directa de compañía, nada más, por parte de un hombre cuyo corazón pertenecía a otra persona y que no exigía sino mi amistad a cambio de mi seguridad. Eso era lo que yo quería, ¿verdad?

Por motivos para mí inexplicables, rememoré el momento en el que Peter salió a gatas de la mesa desvencijada de la tienda de ropa, cuando me preguntó con desenfado si podía ayudarme.

¿Sentía lo mismo que yo por él? ¿Acaso importaba? Yo conocía a mi hermana y sabía que si no conseguía el corazón de *sir* Ronald, preferiría que me uniese a un primo al que apenas veía que al único hermano de Georgiana. Nuestra vida era un acertijo que había que resolver y nos estábamos quedando sin tiempo.

—Por supuesto. Gracias, *lady* Demsworth —dije con docilidad—. ¿Le importaría no hacer pública esta situación por el momento? Me gustaría conocerlo y, si acaso, aceptar su propuesta en persona.

—Por supuesto, querida, por supuesto. —Juntó las manos—. Verá que será digno de su admiración; su compañía es muy agradable. La muerte de su esposa nos rompió el corazón, pero sería maravilloso que contase con una compañera que lo tratase tan bien como Elizabeth.

No podía sino asentir. Me había perdido en mis pensamientos.

—Le escribiré ahora. Deseará conocerla y proponerle matrimonio en persona, y estoy segura de que vendrá de inmediato.

Cuando me dejó sola, escuché mi propia respiración. Estaba ocurriendo de verdad: me casaría con un hombre por conveniencia, en aras de la seguridad y la comodidad. Clara y yo estaríamos a salvo y ella tendría todo el tiempo del mundo para encontrar a otro pretendiente si *sir* Ronald rechazaba sus atenciones. Estaríamos a salvo de una vez por todas, ¿acaso no era eso lo único que importaba? Desde la muerte de mi madre, defendía la idea de que lo más responsable era priorizar el pragmatismo por encima del amor, pero ahora que debía enfrentarme cara a cara con la realidad de un matrimonio sin amor, las luces de la sala se me antojaban mortecinas.

¿Qué significaba el amor para mí, de todos modos? Dolor, desengaño, pérdida. Amar equivalía a exponerse, a abrir las puertas a que te hicieran daño. Esta propuesta de matrimonio afianzaría mi oposición al amor y acabaría con todas las esperanzas románticas que había sepultado hacía tantos años con la muerte de mi padre y, después, con la de mi madre.

Sin embargo, ¿cómo podía estar segura de que no valía la pena arriesgarse por amor? Jamás me había enamorado, jamás había besado a un hombre, jamás había sentido ese cosquilleo en el pecho que mi padre aseguraba haber sentido cuando conoció a mi madre.

¿O me equivocaba? Pensé en las caricias de Peter, en su sonrisa, en nuestras risotadas mientras perseguíamos a *Winter* en mitad de la nada. Jamás había sentido tanto júbilo, tanta familiaridad. Me había

sentido como si casi hubiese encontrado… un hogar.

Capítulo 14

Era el señor Pendleton. David Pendleton. Hice rodar el nombre en la lengua e intenté concentrarme en las palabras de *lady* Demsworth, quien me había acorralado en el pasillo, a pocos pasos de la sala del desayuno, para narrarme toda su vida con voz apasionada, pero apenas fui capaz de sobreponerme al sonido de su nombre en mis labios.

—Es tan alto como mi Ronald y le apasionan las carreras de caballos, así que tendrá que complacerlo con tales actividades de vez en cuando.

Era como si se hubiese olvidado lo desesperadas que eran mis circunstancias y como si en su mente ya nos hubiésemos comprometido.

—Espero recibir su respuesta directamente. Por suerte, está pasando el verano en su casa en el campo, e imagino que vendrá a cenar dentro de unos días.

Le brillaban los ojos a la espera de mi respuesta.

—Maravilloso.

Se me quebró la voz al final. Al pensar en Peter, me sentí tan hueca como un viejo árbol. Por fortuna, *lady* Demsworth se marchó a toda prisa para avisar al cocinero de que se sumaría un nuevo invitado.

La noche anterior, había anunciado que me dolía la cabeza y me había llevado una bandeja a la habitación, donde me había ido a dormir temprano. A lord Gray le dediqué pocos pensamientos, principalmente de compasión y rabia por su rechazo. Carecía de sentido luchar contra unas circunstancias que se alzaban ante mí

enormes e inamovibles como una montaña. Tal y como había hecho cuando falleció mi madre, debía respirar hondo y seguir adelante. Por lo menos, esta vez contaba con el señor Pendleton para salvarme. Su familia debía de ser más acogedora que lord Gray.

Parecía que Clara y compañía habían prolongado la noche hasta tarde, porque no oí ni un ruido hasta mucho después del desayuno. La luz del sol brillaba con fuerza a través de la ventana frontal, y a pesar de que las tierras estaban mojadas por la lluvia, sentí la llamada de la naturaleza, en cuya presencia solía aclararme con mayor facilidad. Necesitaba urgentemente aclarar mi pensamientos, reorganizar mis prioridades y, al fin, enfrentarme a mi destino.

Por no mencionar que necesitaba evitar a Peter. La conversación que habíamos tenido ayer en los establos me había hecho vulnerable y le había tomado de la mano de una manera impulsiva, aunque fuese plenamente consciente de que nuestras tardes juntos no eran sino encuentros fortuitos para proteger a nuestras hermanas. No obstante, había sentido algo, algo sorprendente, algo real. ¿También él lo había sentido?

No, Peter se dedicaba de lleno a su deber para con su hermana: me entretenía para mantenerme alejada de Clara, tal y como yo había hecho con él durante nuestros primeros días en este lugar. Cuánto lamentaba haber sido tan atrevida y directa. Me froté la sien. Ojalá pudiese cancelar nuestro acuerdo y huir de estas emociones que no hacían sino acentuar mi confusión, en especial ahora que se avecinaba un compromiso, aunque Clara necesitaba que distrajese a Peter ahora más que nunca: eran momentos cruciales para su posible compromiso con *sir* Ronald. Me gustase o no, tendría que estar disponible esta tarde.

—Trate de que no se le llene de barro —me imploró Mary mientras preparaba mi traje de montar azul claro—, no hay muchas maneras de eliminar las manchas de barro y me daría mucha pena que un color tan hermoso como este acabara arruinado.

Le di las gracias por preocuparse y le prometí que cabalgaría tan solo por las zonas más secas del terreno. Mary me hizo unos rizos apretados en el cabello, sobre los que coloqué el más estiloso de mis sombreros. Luego me puse un viejo par de guantes de montar. Cuando llegué al establo, el señor Beckett llevaba una yegua joven y hermosa de vuelta a un puesto cercano.

—Disculpe, señor —dije al acercarme—, me gustaría montar esta mañana.

Alzó la vista.

—Desde luego, señorita Moore. He ensillado a *Grace* para *lady* Demsworth, pero le han surgido otros asuntos que atender esta mañana. ¿Le apetece montarla?

—En realidad, me he encariñado bastante con *Summer*. ¿Se encuentra bien?

—Le vendrá bien una salida rápida. Deje que acabe con *Grace* y le prepararé a *Summer* de inmediato.

—Yo montaré a *Grace*. —La voz de Peter provocó que me recorriese un profundo hormigueo y me volví hacia él con apremio. Llevaba un abrigo color marrón y sonreía con suavidad mientras avanzaba en dirección a la yegua—. Siempre y cuando a la señorita Moore no le importe que la acompañe.

Antes de que pudiese articular palabra, el señor Beckett dio un paso al frente.

—Oh, no, *Grace* no, señor Wood. No le gustan los jinetes…

—¿De verdad?

Peter le frotó el hocico a la yegua. Era manifiesto que le agradaba el reto.

—Confío en que yo la haré cambiar de opinión.

—Le pido que desista, señor —continuó el señor Beckett, con aspecto serio—. Suele hacer corcovos y lastimar a los jinetes.

El señor Wood le arrebató las riendas, con ojos confiados.

—Tal vez se deba a que *Grace* todavía no ha encontrado a su jinete ideal.

El señor Beckett ensilló a *Summer* mientras Peter cambiaba la silla de *Grace*.

—¿Sustituye esto a nuestra tarde, entonces? —pregunté, con una ceja arqueada.

—Esta tarde no la pasaré con usted, así que sí —respondió, mientras ajustaba las correas de cuero.

Suspiré. Este era precisamente el motivo por el que la gente había comenzado a hablar de nosotros. ¿Qué pensarían si nos descubriesen montando juntos? ¿Asumirían que nos habíamos prendado el uno del otro, que nuestro afecto era recíproco? Tal idea resultaba absurda, pero, aun así… La voz de Peter y su propia presencia me atrapaban como un pez que había picado el anzuelo. Anhelaba estar junto a él. ¿Qué significaba eso?

Sobre todo, ¿qué importancia tenía? Me paré y esperé a que el señor Beckett preparase el bloque de montar. No podía alentar este sentimiento que crecía en mi interior, fuera lo que fuese. Prácticamente, estaba prometida con el señor Pendleton. ¡Tenía que

hacerlo! Además, Peter había afirmado que tan solo deseaba mi compañía para asegurarse de que no estaría por ahí, junto a mi hermana, incitándola a alcanzar su propósito; a pesar de su persistencia, eso era lo único que le importaba.

Cuando subí a *Summer*, le acaricié la crin dorada, tomé las riendas de cuero y le di un golpecito en el cuello antes de exhortarla a que caminase a paso lento junto a *Grace* y Peter. Poco después, los establos desaparecieron a nuestras espaldas.

—¿Iba a escabullirse de nuevo? —preguntó Peter.

Me encogí de hombros.

—A veces prefiero estar sola.

En especial cuando necesitaba pensar.

—Comparto ese sentimiento. Me agrada perderme en mitad de la nada.

Summer mostró su acuerdo con un relincho y Peter y yo nos reímos. Inspiré hondo el aroma de la hierba, la tierra y el viento.

—Qué paraje tan hermoso —apuntó él, con lo que reflejó mis propios pensamientos.

La forma en la que apreciaba la naturaleza y en la que sus ojos absorbían la escena que teníamos ante nosotros me indujo a relajarme y a disfrutar también. La tarde era demasiado bella como para perderla reflexionando sobre mi futuro. Desterraría todo pensamiento relativo al señor Pendleton y a lord Gray: viviría el presente y me centraría en el aquí y el ahora.

Por muy inverosímil que fuese, *Grace* caminaba con calma e indiferencia bajo el dominio de su jinete, e incluso el señor Beckett, que nos seguía a modo de carabina, se sorprendió ante aquel milagro.

El señor Wood y yo cabalgamos por los pastizales del oeste, donde la hierba verde y la maleza, repleta de diminutas flores amarillas y violetas, coloreaban la escena. La tierra, que seguía mojada y convertida en barro a causa de la tormenta, se hundía bajo los cascos del caballo. Contuve el aliento ante el primor del cielo que se extendía por encima de los campos despejados, el cual me abrió el pecho con su vastedad de color azul claro y me liberó el corazón del peso coercitivo con el que me oprimían mis circunstancias. ¡Oh, quisiera ser tan libre como el viento, tan infinita como el cielo y tan majestuosa como el sol! Me sentía plena en los amplios pastos de los confines de las tierras de *sir* Ronald y no quería que esa sensación me abandonase jamás.

Peter giró a la derecha y estuvo a punto de colisionar con *Summer* y conmigo.

—Caray, pequeña —le dijo a *Grace*, tirando de las cuerdas—, no te

vuelvas contra mí ahora.

La ansiedad hizo mella en mí y fruncí el ceño. Solo llevábamos cabalgando un cuarto de hora. ¿Cuánto aguantaría *Grace*?

—Tal vez está aburrida. ¿Y si echamos una carrera? —propuse.

—Sí, gracias.

Peter dio vía libre a *Grace* y dedicó una mirada nerviosa a *Summer*, la cual, para mi gran sorpresa, salió corriendo tras ella. El viento arremetía contra mí mientras *Summer* galopaba a toda velocidad, e imaginaba que en cualquier momento los céfiros me levantarían y me llevarían consigo. Cuanto más lejos huíamos, más verde parecía tornarse el paisaje. De pronto, comprendí lo que había comentado Peter sobre perderse en mitad de la nada.

Ralentizamos el paso y solté las riendas de *Summer* cuando nos acercamos a una zona nublada. Aquí fuera, nada importaba. Aquí fuera, era libre. Peter avanzaba lentamente junto a mí, y me abracé el cuello de *Summer* mientras las mejillas se me calentaban con una nueva energía que me palpitaba en las venas.

Peter me miró con la respiración entrecortada, como si el aire se le hubiese atascado en los pulmones.

—¿Qué tiene? —pregunté, y me erguí en busca de sus ojos luminosos.

—Es por usted. —Entrelazó su mirada con la mía—. Usted es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, Amelia Moore.

La sinceridad entretejía sus palabras y un nuevo hormigueo se me propagó por el pecho. Acaricié el pelaje de *Summer* con nerviosismo. Era imposible que Peter tratase de alabarme con tanta grandeza. Mis emociones más recientes debían de estar exagerando sus palabras.

—¿Qué pretende con tantos halagos, Peter Wood?

Liberó una sonrisa.

—¿Qué puedo ganar con ellos?

—Nada, salvo problemas. Estoy segura.

—Me parece perfecto, siempre y cuando usted esté implicada en dichos problemas.

Fingí fruncir el ceño, mientras los nervios se me agarraban al estómago. Teníamos que cambiar de tema, ya.

—Es un día perfecto, ¿verdad? —preguntó Peter, como si me pudiese leer la mente.

—En todos los sentidos. —Incliné el rostro al cielo—. Me fascina la fragancia de la hierba, el sonido del viento cuando sopla entre los árboles y los pájaros que vuelan libres y planean serenos. Brighton es un entorno completamente distinto.

—Pero ¿acaso no ama el océano? Es mucho más vasto y misterioso que todas estas tierras de labranza.

—El océano es lo único que me gusta de Brighton, pero es un lugar que no puedo explorar. No deseo limitarme a imaginar qué se siente ante el impacto de una ola: me gustaría abalanzarme contra ella. Aquí, al menos, puedo vagar por donde me plazca y palpar toda esta belleza con la punta de los dedos.

—Entiendo. —La sonrisa le llegó a los ojos—. Me complace escucharlo.

En ese instante, *Grace* comenzó a correr. Entre corcoveos descomedidos, abandonó la vereda cubierta por la hierba y se precipitó hacia el barro que había en el corazón del pastizal. El tiempo pareció detenerse cuando vi a Peter tirar enérgicamente de las riendas, apretándolas con fuerza en un intento de recuperar el control.

—¡Grace! —grité, y los seguí tan cerca como me atrevía con *Summer*—. ¡No pasa nada, pequeña! ¡Grace!

Peter consiguió contenerla una milésima de segundo, lo justo para saltar al barro. Las botas hicieron ruido cuando impactaron en el lodo, y azotó a *Grace* en el trasero para que saliese disparada.

—Tendrá que encontrar el camino a casa ella sola. —Después de palpar los bolsillos en busca de algo, frunció el ceño—. Maldición, he perdido mi reloj de bolsillo.

Me paré junto a él e hice ademán de desmontar.

—¿Qué aspecto tiene?

—No baje, Amelia. El barro es bastante profundo —dijo, con la mandíbula tensa.

Cada paso que daba le costaba un esfuerzo colosal, y cuando levantaba las botas del barro, generaba un sonido parecido al de la succión de lo espeso que estaba.

—No me da miedo un poco de barro —dije, y me agarré a *Summer* mientras inspeccionaba el lodo marrón en busca de algo que se pareciese a un reloj. El sol hizo que a pocos pasos de donde estábamos brillara un objeto—, pero veo que usted no está tan cómodo como yo.

—Me encanta —dijo él en tono sarcástico y con el ceño fruncido—. Dormiría en una cama llena de barro todas las noches si pudiera.

—¿De verdad?

Resoplé y él me miró sonriente. Levanté la falda del vestido y me apeé. De inmediato, las botas se me hundieron hasta la altura de la pantorrilla. No quería decepcionar a Peter si al final me había confundido con el destello del sol, y era tan capaz de moverme por el barro como él. Avanzó en mi dirección, en un claro intento de

rescatarme de la misma escena pegajosa en la que se encontraba. Destiné a las piernas toda mi energía y alcé los pies de los huecos viscosos que dejaba a mi paso.

—No venga a auxiliarme, Peter. Estoy bien.

Levantó los brazos y masculló algo por lo bajo, de lo que entendí las palabras «osada» y «terca». Me aproximé al objeto reluciente y me cercioré de que se trataba, efectivamente, del reloj. A pocos metros de distancia, mi acompañante se agachó para recoger lo que parecía ser una piedra, que tiró hacia atrás, a solo tres centímetros de *Summer,* sin apenas mancharse las manos.

Me consideraba osada, ¿cierto? Me quité los guantes y los metí con esmero en el bolsillo de mi traje de montar. Luego, saqué el reloj del barro y lo examiné con las manos manchadas. Fruncí los labios al recordar que había prometido a Mary que me mantendría alejada del barro. Tendría que ingeniármelas para lavarme las manos antes de manchar el vestido.

—Aquí tiene. Su amiga terca y osada ha recuperado su reloj de bolsillo.

—¿De verdad?

Se irguió y se apresuró a venir hasta mí. Deposité el reloj en su mano extendida.

—De nada, pero si me vuelve a llamar «osada», recuerde mi hazaña. —Levanté las palmas llenas de barro para que las viera y lo miré con seriedad—. Si usted fuese un caballero, me ofrecería un pañuelo.

—Está ocupado —dijo cuando sacó un pañuelo para limpiar el reloj.

¿En serio? ¿Su reloj prevalecía sobre mi persona? Primero los guantes, ¿y ahora esto?

—¿Así es?

Gruñó, lo que evidenció que estaba demasiado ocupado como para preocuparse por lo que yo pudiera necesitar. Quizá debería implicarlo más de lleno en mis problemas. Me coloqué a su lado y luego vacilé: ¿cómo reaccionaría si lo sacase de quicio? ¿Se pondría furioso conmigo? Era el momento de descubrirlo.

—Peter, tiene algo en la mejilla —dije con indiferencia.

—¿Mmm? ¿Dónde?

Acentuó el ceño fruncido y me miró. Antes de que pudiese pestañear, deslicé los dedos llenos de barro por su mejilla. Aunque no tenía más que unas cuantas manchas, tuve que contener la risa al ver la sorpresa que se dibujaba en su cara.

Sabía que estaba maquinando algo mientras metía lentamente el

reloj en el bolsillo. El instinto me animó a correr, pero antes de que pudiera volverme, me agarró de la muñeca y me llevó la otra mano al semblante para mancharme la oreja de barro. Ladeé la cabeza y me solté la muñeca de un tirón, pero él se limitó a sonreír, claramente satisfecho.

Esto no podía quedar así, pero ya no me quedaba barro. Hundí las manos en el lodo lo suficiente para que se llenaran de barro por última vez.

—Amelia… —Peter y yo nos erguimos a la vez; de pronto, su rostro denotaba miedo—. Ahora estamos en paz. Ojo por ojo.

—¿No dijo hace unos instantes que esto es lo que quería, señor Wood? ¿Qué es lo que dijo? ¿Que no le importaba tener problemas siempre y cuando fuese conmigo?

Se hizo a un lado, con la vista fija en mis manos.

—Convengamos una tregua, ¿qué le parece? Le daré lo que me pida, sea lo que fuere.

Me acerqué un paso. Peter corrió detrás de *Summer* y la arrastró con él.

—¿De verdad se está escondiendo detrás de un caballo? —bromeé.

—Dígame qué es lo que quiere, se lo imploro.

Peter reía de pavor.

—¿Cualquier cosa que quiera?

—Cualquier cosa, lo juro.

—De acuerdo, Peter. Salga.

Asomó los ojos por encima de la espalda de *Summer*. Con las manos levantadas —aunque todavía no había decidido si cedería o no—, me las arreglé para rodear a *Summer* y llegar hasta Peter. Justo cuando estiré un brazo en su dirección, se me atascó el pie derecho en el barro, y antes de recuperar el equilibrio, me caí hacia delante. Me aferré a la solapa de su abrigo en un intento de salvarme, pero no fue suficiente y chillé cuando nos caímos. El barro nos recibió con una buena salpicadura y él se rio a carcajadas hasta casi quedarse sin aliento mientras yo intentaba agarrarme a su cuello para salir de aquel lodazal.

—Yo la ayudo —dijo, y por un instante, creí que lo decía en serio, pero al observar esos ojos claros y brillantes no presté atención a sus manos, que se hundían en el lodo a mi lado. Se embadurnó los dedos de barro y me dibujó unas líneas en las mejillas para luego tocarme suavemente la nariz como toque final.

Inhalé hondo.

—¿Continúo o declara oficialmente que se rinde?

Se rio, mientras le salían hoyuelos en las mejillas. Me invadió el deseo repentino de atraerlo hacia mí y besar ese rostro sonriente. Hablé con voz firme:

—Aceptaré el trato que me ha ofrecido —dije, sin aliento.

—De acuerdo. Pídame cualquier cosa que desee. Ojalá pudiese verse. Me temo que mi pañuelo ya no le será de ayuda.

Se apoyó en los talones y me puso los brazos alrededor de su cuello cuando me levantó sin esfuerzo del barro. Tenía el vestido, las botas y, sobre todo, el sombrero llenos de un lodo espeso. Mary me iba a matar.

—¿Qué hace? —pregunté.

Nunca me había llevado en brazos un caballero, ni tampoco había estado jamás tan cerca de uno. Respiré de forma entrecortada y traté de hacer caso omiso de la sensación que me provocaba que me rodeasen los brazos fuertes de aquel hombre, así como la fragancia que emanaba de su mandíbula recién afeitada, limpia a pesar del barro.

—Rescatarla. —Me guiñó el ojo—. ¿Qué le parece si hacemos una visita al arroyo? Creo que necesita lavarse para que Demsworth no me eche de la casa por haber arruinado su aspecto.

—Buena idea —dije cuando me dejó en tierra firme.

Peter se volvió en dirección al señor Beckett, que había continuado con la ruta antes de dar la vuelta para regresar con nosotros.

—*Winter* debe de echar de menos a su madre. La señorita Moore y yo regresaremos a pie.

—Por supuesto, señor Wood —respondió el señor Beckett, que asintió y se dirigió a *Summer*.

Peter enlazó nuestros brazos, sucios y llenos de barro como estábamos, y caminamos en dirección a los árboles.

Capítulo 15

Cuando me metí en el río, el agua fría me llegó hasta las pantorrillas. El barro que tenía en las botas y en el dobladillo del vestido se disolvió en el caudal del arroyo, que fluía raudo por el lecho pedregoso cuesta abajo. Las ramas de los árboles más bajos pendían por encima del agua y se reflejaban en ella, y sus grandes copas verdes nos dejaban a la sombra. Me agaché y observé mi reflejo; resultaba manifiesto que Peter me había pintado las mejillas y me había manchado la nariz de barro.

—Quizá debería practicar con un pincel y unas pinturas la próxima vez. Tengo talento, ¿verdad? —dijo, y avanzó hacia mí con una amplia sonrisa.

Lo salpiqué antes de desatarme el sombrero y arrojarlo a la ribera, para luego tomar un poco de agua y quitarme los restos de barro seco de la cara. Después de ayudarme a borrar la mancha más grande de la parte trasera de mi vestido y de mi cabello, Peter se quitó el reloj y mojó con esmero la funda plateada. Era un gesto cuidadoso que dejaba entrever lo mucho que valoraba aquel objeto.

—Es precioso —comenté, y salí a la orilla para recoger el sombrero.

—Era de mi padre —respondió con solemnidad, cuando me siguió —. Me lo regaló cuando regresé de París, pocas semanas antes de que comenzase a dolerle el pecho, y no me lo he quitado desde entonces.

Sus palabras me llegaron al corazón, ya que estaba habituado a la pérdida tanto como yo, con la diferencia de que a mí no me quedaba nada de mis padres, ni siquiera un collar de perlas de mi madre. Lord Gray guardaba para sí todas sus pertenencias en una caja cerrada;

ojalá pudiera recuperarlas tras su muerte.

—Es un reloj muy bonito.

—Mi padre mandó escribir una frase por detrás. —Le dio la vuelta al reloj—. Dice: «el tiempo no está garantizado».

Nos miramos, y tuve la nítida sensación de que había algo que crecía entre nosotros, una fortísima cuerda que tiraba de los dos y que nos ataba con unos nudos que no serían fáciles de deshacer.

—Cuánta verdad hay en esas palabras.

—Antes de morir, me pidió que recordase que hay cosas por las que no merece la pena enfadarse, pero una miríada de ellas por las que compensa luchar. Es una máxima que trato de aplicar en mi vida.

Una expresión de tristeza le recorrió el rostro por un instante.

—Me encanta. —Me incliné para observar el reloj. Aquello explicaba tanto la naturaleza despreocupada de aquel hombre como la lealtad que profesaba a su hermana—. Las palabras de su padre son muy hermosas, y es algo que el mío también diría.

—Si me permite la pregunta, ¿perdió a su padre de forma tan repentina como yo?

La curiosidad era patente en su voz, si bien sus ojos estaban repletos de compasión.

—Murió de una neumonía —dije, antes de que me invadiese la ansiedad.

Hacía mucho tiempo que no hablaba de la muerte de mi padre. ¿Por qué deseaba contárselo a él? Era como si mi corazón necesitase contárselo todo. Eran muchas las cosas que habíamos compartido el uno con el otro.

—A veces temo haber olvidado su rostro.

Peter entrelazó nuestras manos, lo que me produjo otro hormigueo en el cuerpo. Me miró con seriedad y dulzura.

—Cuánto lo siento, Amelia.

—Gracias. —Asentí, y me tragué las emociones que se elevaban en mi ser—. Lo echo mucho de menos, como seguramente hará usted con el suyo.

—¿Cómo es posible que nos haya tocado ser tan desafortunados? La felicidad debe de estar aguardándonos en el futuro.

Me ofreció una sonrisa amable y suave. Recordé a lord Gray y mi compromiso inminente. Todo cambiaría pronto, pero en compañía de Peter, casi me había olvidado de lo que me esperaba.

—Así debe ser.

Me condujo al prado de la mano.

—Si pudiese decidir su propia felicidad, ¿qué le gustaría tener en el

futuro? —le pregunté.

Se detuvo, como si mi pregunta le hubiese sorprendido, pero no vaciló y apenas pestañeó. Respondió con franqueza:

—Tiempo. Anhelo esos instantes en los que el tiempo se para, cuando uno ríe hasta que le duele, cuando todo en el mundo está en paz y uno está rodeado de las personas a las que quiere. Esa es mi definición de «felicidad». Me niego a trabajar tanto como mi padre, a sacrificar mi tiempo para incrementar mi riqueza o favorecer mi estatus social, pues, a fin de cuentas, lo que deseo en estos momentos no es dinero, sino tiempo.

Las palabras de Peter me colmaron como una bocanada de aire fresco y le apreté la mano. Me acarició el pulgar con el suyo y me ciñó contra él mientras caminábamos.

En realidad, mis deseos para el futuro eran similares, sobre todo desde que conocí a Peter, y envidiaba la facilidad con la que admitía sus esperanzas. El tiempo no era algo que yo pudiese controlar. ¿Hallaría dicha felicidad junto al señor Pendleton?

Debió de llevarnos horas volver a la casa a pie, dado que cuando llegamos, casi se nos había secado la ropa, pero me di cuenta de que quería pasar más tiempo con él, conversar más y seguir tomándole de la mano. Cuando rebasamos la hilera de árboles, me colocó el brazo en torno al suyo y alcé la mirada para observarlo. Aunque el arroyo había limpiado la inmensa mayoría del barro de nuestra vestimenta, quedaban rastros de nuestra aventura en los pliegues.

—Quizá deberíamos entrar por la puerta del servicio, para que nadie se diera cuenta —sugerí cuando nos aproximamos.

—Creo que es demasiado tarde.

Peter señaló al porche.

—Señorita Moore, ¿se puede saber qué le ha pasado?

Lady Demsworth se encontraba en el zaguán junto con Georgiana.

—¡Peter! —exclamó esta última horrorizada, y se tapó la boca con una mano enguantada—. ¿Qué has hecho?

Me devané los sesos en busca de una explicación. Nos habíamos ensimismado tanto con nuestra conversación que ninguno de los dos había ideado ninguna historia para explicar por qué traíamos la ropa y el pelo manchados de barro. Teníamos, sin duda, un aspecto de lo más extravagante. Podría decirles la verdad y omitir de algún modo que había iniciado una guerra de barro y que al final me habían entrado ganas de besar al señor Wood.

—La señorita Moore se cayó del caballo cuando este comenzó a dar corcoveos y conseguí evitar que la pisotease —mintió Peter—.

Desafortunadamente, la tierra de los pastos estaba mojada a causa de la lluvia, motivo por el que hemos vuelto vivos, pero sucios.

—¿Es eso cierto, señorita Moore? —inquirió *lady* Demsworth, horrorizada.

Fulminé con la mirada al engreído de Peter. Había tenido las agallas de presentarme como la damisela en apuros. Si pensaba que iba a secundar esta historia, estaba completamente equivocado. Además, aunque el cuento me favoreciese, no podía mentir a *lady* Demsworth.

—Eres un guasón empedernido —dijo Georgiana a Peter, y luego le susurró algo a *lady* Demsworth.

—¿Señorita Moore? —me apremió esta última, reprimiendo una sonrisa.

—Peter, que intentaba demostrar que podía montar a *Grace*, perdió el reloj en el barro. Le fue imposible encontrarlo por sus propios medios, pero, gracias a mí, dio con él.

Era la verdad, con alguna que otra omisión.

—Afortunadamente, la señorita Moore es un lince —dijo Peter.

Le di un codazo en las costillas por ese último comentario y luego me acerqué a *lady* Demsworth.

—Lo siento, *lady* Demsworth, le ruego que me disculpe. Juro que no volverá a ocurrir.

—Está perdonada, pero ya casi son las cinco y debe de estar hambrienta. La cena estará lista en el comedor dentro una hora.

—Gracias, *lady* Demsworth.

Me encogí cuando me adentré en el vestíbulo e hice una mueca: el suelo de mármol, impoluto, de la casa de mi anfitriona hacía eco a cada paso que daba y, al hacerlo, dejaba un rastro de barro y suciedad del arroyo con las botas.

Logré que Mary me preparase un baño, aunque no dejó de fruncir el ceño en ningún momento. No me quejé de lo helada que estaba el agua ni de la brusquedad con la que me quitó el barro del cabello; en cambio, pensé en Peter y en esa nueva sensación abrasadora que calentaba todo mi ser. ¿Qué significaba? ¿Y él sentía lo mismo?

❄❄❄

Después de secarme, escogí un vestido azul de seda y Mary consiguió salvarme el cabello, que recogió en un suave moño a la altura de la nuca. Antes de abandonar la alcoba, me dirigí a mi cajita, de la que

extraje un pequeño perfume que olía a lilas y que me regaló mi prima Caroline en Londres, cuando el frasco ya estaba empezado. Me eché unas pocas gotas en el cuello y en el pelo antes de bajar las escaleras para pasar la velada.

Durante la cena, *sir* Ronald anunció que los hombres acudirían a una exhibición de esgrima al día siguiente, y Beatrice se extasió solo de pensarlo, seguramente al imaginarse al señor Bratten empuñando una espada, pero *lady* Demsworth estipuló que ninguno de los cuatro caballeros debía luchar, sino que irían en calidad de espectadores. Peter estaba mohíno, dicho requisito no le hacía ninguna gracia.

Por algún motivo, a los hombres les llevó más de lo normal beberse el oporto. Clara se ajustaba los guantes junto a mí en el diván mientras echaba un vistazo a las puertas abiertas una media de dos veces por minuto. Cuando se puso tensa, miré hacia la entrada.

—Esta noche no jugaré a las cartas —dijo *sir* Ronald al señor Bratten, y sus ojos se posaron en Clara.

Le estrujé la mano; ella se puso en pie y se reunió con él, quien le sonrió con naturalidad. Mi hermana lo siguió hasta donde se encontraba el piano.

Qué fácil.

Fácil, hasta que Georgiana se abalanzó sobre ellos con sus rizos saltarines y puso la mano en el brazo de *sir* Ronald con ligereza. Se había entrometido con maestría. ¿Cómo podía deshacerme de ella? Podría distraerla con una conversación privada, tal y como Peter había hecho con Clara. Vaya, yo no era mejor que él.

—Eso sí que es tener el ceño fruncido —dijo Peter cuando ocupó el asiento vacante de Clara, a mi lado en el diván—. ¿Qué sucede?

Volví a mirar colérica en dirección a mi hermana, ceñuda. De nada serviría admitir ante el señor Wood lo frustrada que me sentía, aunque él conocía la sensación tan bien como yo.

—Nada en absoluto.

Peter siguió el curso de mi mirada.

—¿Georgiana?

Lo miré rápidamente. No creía que quisiese conocer la respuesta. En sus ojos surgió una expresión de dolor, como si estuviese indeciso entre dos caminos y no supiese cuál elegir.

—Me temo que no puedo intervenir.

Clara estaba preparando las partituras mientras *sir* Ronald abría el piano. ¿Acaso iba a tocar ella? ¿Se lo había pedido él para poder escucharla?

—¿No podría invitarla con nosotros solo por esta noche?

Peter se cruzó de brazos.

—¿Haría lo mismo por Georgiana mañana?

—Tal vez sí, si se dieran las circunstancias.

—¿Y si no? ¿Apartaría a Clara solo para dar tiempo a Georgiana?

Ni siquiera podía imaginármelo.

—No.

—Entonces, conoces mi respuesta.

Suspiré, ni enfadada ni contenta. En realidad, lo entendía perfectamente. Peter, a quien una vez creí el mayor tramposo era un jugador más honesto que yo.

—Estuvo muy callado durante la cena —dije.

Lo cierto era que apenas había articulado palabra. Acercó las rodillas hacia mí y se relajó.

—Estoy exhausto por haberla perseguido a usted todo el día.

Me decanté por hacer caso omiso de sus provocaciones, ya que lo más seguro era que solo pretendiese ponerme furiosa.

—Debería ir a dormir —dije, dándomelas de que sabía, y él sonrió.

—Si me fuese ya, ¿cómo soportaría estar sin mí mañana? Estaré ausente todo el día a causa de la exhibición de esgrima. —Alzó el mentón, con ojos brillantes—. Me deberá una tarde a mayores para compensar la de mañana.

¿De verdad que le importaba perderse solo una? Me volví hacia él.

—No hemos convenido circunstancias como esta. Perderá la tarde por voluntad propia.

Peter frunció los labios, divertido. Puso el codo en el respaldo del diván y apoyó la cabeza en la mano con dejadez.

—Es usted una grosera.

Sonreí ampliamente ante su descontento.

—Es lo justo. Parece que está a punto de quedarse dormido. Váyase a la cama de inmediato.

—Tendrá que llevarme, porque estoy demasiado cansado para subir las escaleras solo.

Se inclinó, con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Peter Wood —le regañé, pellizcándole el brazo—. ¿Dónde ha quedado su honor?

—No tengo, pero usted insiste en que lo adquiera.

—¿Por qué reitera esa idea con tanta insistencia? Declarar que uno no tiene honor es un insulto. Ha de ser mentira.

Mi pregunta parecía haberlo espabilado, ya que inhaló hondo y se frotó la cara con la palma de la mano.

—¿Qué significa exactamente ser honrado? Creo que es ridículo

utilizar una palabra para la que nadie está a la altura.

¿Cómo podía refutarlo? Nadie era perfecto, nadie lo sería jamás, pero muchos hacían uso de esa palabra.

—Supongo que significa que lo intenta y que al hacerlo cosecha más éxitos que fracasos. ¿Tiene principios? ¿Es virtuoso? Cuando alguien es honesto, de fiar, leal y actúa con compasión, creo que se merece usar esa palabra.

Peter se encogió de hombros en actitud contemplativa.

—Si así es, tal vez me esfuerce más en conseguirlo. Cuando me lo vuelva a preguntar, habré decidido si soy capaz de merecer tal distinción.

—Es capaz. —Lo miré de soslayo—. Ser honrado es admirable, ¿sabe?

Peter se irguió.

—¿Admirable para usted?

—La lealtad y la confianza son de vital importancia para mí.

Miré a Clara de reojo; acababa de interpretar una pieza de Mozart con gracia.

—Creo saber por qué. —Peter sonrió, afable—. Espero que no piense que me tomo esto a la ligera. Sí que me considero un hombre honesto, aunque tal vez soy un poco más egoísta que el resto.

—¿Por qué lo dice?

—Porque solo deseo lo que me haga feliz a mí; el resto del mundo no me importa lo suficiente, como a usted. Sin embargo, cada vez que pienso cómo se aventuró a salvar a *Winter* por su cuenta… —Sacudió la cabeza—. Actuó por compasión, pero yo no consigo recordar cuándo fue la última vez que hice algo exclusivamente para favorecer a otra persona sin pensar también en mí.

—Peter, está aquí con su hermana ahora mismo. ¿Acaso no lo hace solo por ella?

—Supongo que sí. Quiero que sea feliz y Demsworth es un gran amigo, por lo que la visita no es ni mucho menos un sacrificio.

—Solo porque usted también se beneficie al acompañarla no significa que no esté haciendo un sacrificio considerable. No corrí en busca de *Winter* solo por *Summer*. Me habría angustiado como ella de haberlo perdido.

—Eso se debe a que tiene un corazón de oro.

Sus ojos de suavizaron y yo bajé la mirada. No deseaba hablar ni de mi corazón ni del suyo. Lo mejor que podía hacer era mantenerme lo más imparcial posible con respecto a él, ya que mi corazón me lo agradecería cuando aceptase la mano del señor Pendleton dentro de

unos días.

—Creo que pasaré la velada leyendo un libro antes de retirarme —dije, y me levanté en dirección a la pequeña estantería que había junto a la chimenea.

La mayoría eran libros de poetas e intelectuales, y me decanté por un diccionario bilingüe de francés y mi lengua nativa. Nunca me había podido permitir una educación exhaustiva y no conocía ninguna lengua extranjera, pero quería aprovechar todas las oportunidades que se me presentasen.

Peter me dedicó una ligera sonrisa cuando regresé, aunque me negué a otorgarle nada más que una mirada furtiva.

—Conque francés, ¿eh? Interesante elección. Êtes-vous couramment?

No entendía lo que había dicho, pero no iba a admitirlo. Abrí el libro por una página cualquiera y leí por encima hasta encontrar lo que buscaba. Desconocía por completo cómo pronunciar las palabras, pues la única experiencia que tenía era la de oír a los turistas hablar en su lengua. Practiqué mentalmente antes de decirle en francés que se fuese a dormir:

—*Couchez-vous*.

Peter se echó a reír a carcajadas y yo sonreí. Varios pares de ojos nos miraron y me ruboricé profundamente por haber llamado la atención con una mera broma.

—Muy bien —me alabó Peter con vehemencia—, aunque creo que lo que quería decir usted era: «enséñeme francés». Me encantaría.

—Eso no es lo que… —comencé, pero alzó un dedo para acallarme.

—Creo que hoy llegará con una frase sencilla, y luego me retiraré y la dejaré en paz.

Tenía los ojos verdes como el mar, cuyas profundidades eran igual de intrigantes.

—Me parece bien —concordé, y cerré el libro en el regazo—. Adelante.

—Fíjese en mis labios —dijo, con la vista puesta en los míos. Aguardó solo un instante antes de decir—: *Tout est plus lumineux*.

Los labios carnosos de Peter eran tan seductores como las profundidades de sus ojos, de tal forma que a duras penas oí la frase. Me observó, a la espera, pero yo me había quedado inmóvil en el asiento.

—O… otra vez, por favor.

Sonrió y esta vez me miró a los ojos cuando dijo:

—*Tout est plus lumineux*.

—*Tout est plus lumineux* —repetí—. ¿Qué significa?

El cuello se me puso colorado al notarlo tan cerca y al percibir la intensa mirada de reojo que me dedicó. Inclinó la cabeza hacia mí.

—Búsquelo.

Se puso en pie, deseó buenas noches a los demás y, después de mirarme una última vez, se marchó tranquilamente. Alcé mi libro y lo hojeé para traducir la frase. Me emocionaba y me inquietaba a la vez descubrir qué había dicho. Examiné las páginas despacio: seguía las líneas con el dedo hasta llegar al final, para luego avanzar a la página siguiente y repetir el mismo proceso hasta que al fin di con lo que buscaba.

Tout. Todo. Todo *est plus lumineux*.

¿Qué era lo que había dicho? Tendría que invertir toda la noche en descifrar su mensaje, pero aunque tenía la vista cansada, seguía sintiendo curiosidad.

—Señor Bratten, ¿habla usted francés? ¿Haría el favor de traducirme una frase sencilla?

—Por supuesto, señorita Moore, ¿qué es lo que dice?

Enarcó una ceja, expectante, y yo repetí la frase con la esperanza de que pudiese perdonarme por la mala pronunciación.

—Ah, ¿de qué estamos hablando? —preguntó con curiosidad—. Es decir, ¿cuál es el sujeto?

—Oh, es que… no estoy segura.

Me ruboricé y me sentí ridícula. No me había parado a pensar en que había solicitado al señor Bratten que tradujese algo desconocido para mí. ¿Qué le estaba pidiendo que expresase en voz alta?

—Carece de importancia, solo tenía curiosidad. La traducción literal es: «Todo es más luminoso».

Tras mostrarle mi agradecimiento, me hundí de nuevo en el asiento mientras me entraba un calor por todo el cuerpo como cuando la mantequilla se funde en el pan. Había algo íntimo y hermoso en esa sensación, pero la frase en sí resultaba un poco misteriosa. Estaba convencida de que en la voz del señor Wood había algo de seriedad, de amabilidad. ¿Qué quería decir con esa frase? Ardía en deseos de preguntárselo.

Cosa que, con toda seguridad, era justo lo que él quería.

Capítulo 16

Los caballeros partieron para la exhibición por la mañana temprano, cuyo lugar de celebración se hallaba a unas horas de distancia. Así pues, Clara y yo nos dirigimos a los establos después del desayuno. No habíamos pasado más que unos pocos minutos en compañía durante los últimos días.

En primer lugar, hicimos una parada en los puestos de los caballos para comprobar que *Winter* se encontraba bien, y lo encontré dándose un festín con una pila de avena en un cubo pequeño. Esta vez, monté a *Grace*, cuyo liso pelaje era de color gris y manchas negras, y no pude evitar pensar en Peter cuando me subí a su silla. ¿Solo había pasado un día desde que cabalgamos juntos por el barro?

Clara montó una yegua de las mismas proporciones, después de lo cual salimos juntas con el señor Beckett como compañía, quien nos guio por las tierras a pocos pasos por delante.

—Cuéntamelo todo —le dije a Clara, cuando me aseguré de que el señor Beckett no podía escucharnos—. ¿Cómo van las cosas con *sir* Ronald?

Sonrió con alegría *ipso facto*.

—Oh, Amelia, no quiero irme jamás. No sé qué haré si debo abandonar este lugar.

—¿Te ha dicho algo o ha insinuado sus sentimientos?

Clara me miró con timidez.

—No exactamente, pero anoche dijo que me echaba de menos desde la última vez que nos vimos en Londres.

Me quedé boquiabierta.

—Clara, ¿qué le contestaste?

Se encogió de hombros y rio.

—Me mostré de acuerdo y le dije que la temporada fue una de las épocas más dichosas para mí, no por los bailes o la sociedad, sino por su compañía. El comentario pareció alentarlo, pero eso fue todo. Espero no haberlo ahuyentado. De hecho, si los caballeros no regresan pronto, la inquietud me hará enloquecer.

Grace resopló cuando ascendimos una colina y le rasqué el pelaje para sosegarla. Cuando observé a mi hermana, cuya sonrisa sincera y dulce corazón resultaban tan frágiles y libres, mi propio corazón palideció y anheló gozar de esa libertad, pero solo una de nosotras podía contar con una oportunidad como esa: una de las dos debía ser realista y pragmática, y el amor no era algo práctico. Al contrario, era la mayor de las apuestas. Clara podía correr ese riesgo, siempre y cuando yo tuviese un plan por si fracasaba.

—¿Y qué hay de Georgiana? ¿Cómo la trata él?

—Le ofrece un trato amistoso. Es obvio que ella le importa, pero no sé cuán serio es ese sentimiento. —Clara se apartó un mechón rubio suelto—. ¿Está mal que disfrute con sus celos? Georgiana me fulminó con la mirada toda la jornada de ayer.

No pude evitar sonreír.

—Ni mucho menos, me atrevo a decir que tendrá que acostumbrarse a ese panorama.

Clara arrugó la nariz.

—Espero que no. Si *sir* Ronald y yo contraemos matrimonio, a Georgiana no la invitarán a ninguna fiesta durante una buena temporada, si de mi depende. He acabado harta de ella, ¿tú no?

Tragué saliva. No podía culpar a mi hermana porque deseara separar ambas familias. A pesar de la admiración que sentía por el señor Wood, ella era mi hermana y haría cualquier cosa por ella.

—No te culparía en absoluto.

Seguimos cabalgando, cada una sumida en sus pensamientos, hasta que Clara inhaló hondo.

—¡Oh, mira! Aquí está.

El señor Beckett nos había traído a un hermoso estanque de color azul verdoso, una joya oculta en mitad de los extensos terrenos. Nos apeamos y él extrajo una bolsa grande de la alforja.

—¿Les gustaría echarles de comer? —preguntó, con su característica voz ronca—. A los peces, quiero decir.

A Clara se le iluminaron los ojos y se quitó los guantes.

—Sí, gracias.

Él abrió la bolsa y nos llenó las manos de migas de pan, que tiramos lo más lejos que pudimos. Nos reímos cuando lo más lejos que llegó Clara fue a un metro.

—Debes entrenar los brazos, Clara, si pretendes desposarte con un hombre de campo —me burlé.

—Calla, tan solo intento animar a los peces a nadar más cerca de la tierra para verlos mejor.

El señor Beckett se rio cortésmente detrás de nosotras y nos llenó las manos de comida una y otra vez mientras rodeamos el perímetro del estanque. Los peces burbujeaban, subían a la superficie del agua y agitaban las aletas cuando peleaban por un mordisco. Pasamos la tarde observándolos hasta que vaciamos la bolsa del señor Beckett y el agua se quedó en calma. Los pájaros trinaban en los árboles, de los que descendían para cazar en tierra gusanos e insectos. Estar así con mi hermana me recordaba a mi padre, y casi esperaba que llegase en su caballo, con las cañas de pescar en mano, y se uniese a nuestras aventuras vespertinas. En Brighton, no había nada que me recordase a mi padre o a mi madre, pues era un lugar lleno de enfermedad y caos, una casa que jamás había sido un hogar, una prisión que nos impedía vivir.

Sentada junto a Clara, sopesé la posibilidad de contarle lo ocurrido con lord Gray, de compartir la carga de su muerte inminente y de mi plan para salvarnos con la ayuda del señor Pendleton. ¿Se enojaría conmigo por haberle ocultado tales secretos? De todos modos, si todo iba según lo esperado y *sir* Ronald se declaraba, nada de eso importaría.

Ella observaba las nubes deslizarse pausadamente por el cielo, con ojos contemplativos y serenos. Estudié la curva de su nariz, el azul de sus ojos y los rizos suaves y naturales que le cercaban el rostro. Mi hermanita. Se merecía el mundo entero.

—Lo amo —dijo en voz baja, rodeándose las rodillas con los brazos —. Lo amo, Amelia.

—Lo sé. —La acerqué a mí y le besé el cabello—. Y sería un necio si no te amase también.

❄❄❄

Esa noche nos reunimos en el salón, donde Beatrice tocó el piano mientras esperábamos a que los caballeros bajasen para la cena: el teniente Rawles fue el primero en hacer acto de presencia, seguido del

señor Bratten y, poco después, de *sir* Ronald, que se fue directo a Clara, deseoso de contarle todos los detalles de la exhibición.

—Los esgrimistas eran increíbles. No puede ni imaginarse la rapidez con la que movían los pies y la habilidad con la que usaban las espadas.

Clara igualó su entusiasmo sin esfuerzo y los dejé a solas en el asiento de la ventana, con la vista fija en la puerta. ¿Dónde se encontraba Peter? ¿Y por qué lo estaba buscando? Su compañía era la única que no debería anhelar. La tarde había terminado hacía tiempo, lo que significaba que no le debía nada de mi tiempo, pero, aun así, él colmaba mis pensamientos en exclusiva.

Me alisé la falda del vestido y caminé por la estancia mientras me toqueteaba el cabello, por si se me había caído alguna horquilla. La pasada noche había sido distinta: sus atenciones me habían parecido más personales y más… especiales. ¿Qué había querido decir exactamente con que «todo es más luminoso»? Justo entonces, *lady* Demsworth se puso en pie.

—Bien, ya estamos todos. ¿Vamos, Ronald?

Miré en dirección a la puerta y me encontré con los ojos de Peter, que me buscaban con curiosidad y emoción. Cruzó la sala, hizo una reverencia y me ofreció el brazo.

—¿Me permite que la escolte, señorita Moore?

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa cuando recordé lo que habíamos dicho sobre tratar de ser honrado. Quizá se lo había tomado demasiado en serio.

—Vaya, gracias, señor Wood. Está radiante esta noche.

Entonces, ensanchó la sonrisa hasta casi parecer una risa.

—Si hubiese sabido que los buenos modales me otorgarían halagos suyos, habría dejado atrás mi mala reputación hace mucho.

Le tomé del brazo y liberé una sonrisa, profundamente consciente de que me había estrechado el brazo y ralentizado el paso para que nos quedáramos detrás de los demás. Había demasiada dicha en mi corazón ahora que me encontraba cerca de él y este me latía en el pecho como un perrito que llevaba tiempo abandonado.

La cena trascurrió de manera informal y con rapidez, aunque hubo un momento en el que Beatrice se rio tanto cuando el señor Bratten imitó un golpe ganador de esgrima que volcó una taza de té y me manchó el vestido. Afortunadamente, nadie pareció percatarse y pude limpiarme las peores manchas con una servilleta de hilo. Cuando terminamos de cenar y *lady* Demsworth se puso en pie para llevar a las damas al salón, me escabullí a mi alcoba para cambiarme de ropa.

Al subir las escaleras, oí que *sir* Ronald preguntaba a los caballeros si les importaría saltarse el oporto.

Mary me ayudó a ponerme un vestido de noche rosa y regresé al salón con diligencia. *Lady* Demsworth y la señora Turnball me saludaron cuando entré, mientras que el resto de los congregados se había apretujado en la esquina del fondo en torno a una mesita y dos sillas. Las damas estaban a un lado y los hombres, al otro, y parecía que conformaban dos equipos enfrentados. Las risas llenaban la estancia.

—¡Señorita Moore! —dijo Beatrice, que se separó del grupo para agarrarme del brazo y llevarme a la mesa—. Gracias a Dios. La necesitamos.

—¡Amelia! —Clara aplaudió—. Aquí está. Caballeros, tenemos otra jugadora más.

—¿Quién nos falta? —preguntó el señor Bratten, y contó a los hombres con ánimo.

—Wood —anunció *sir* Ronald en voz alta, y todos volvimos el cuello para buscarlo.

—¿Sí?

El aludido, que estaba sentado cerca de la chimenea, alzó perezosamente la vista del libro que sostenía. Parecía que se encontraba a gusto junto al calor del fuego, y habría preferido con creces ir con él en vez de jugar a fuera cual fuese el juego en el que me habían metido. Nuestras miradas se encontraron, cerró el libro y se levantó.

—Lo necesitamos —dijo el teniente Rawles mientras Peter se acercaba a nosotros.

—Estamos empatados —añadió *sir* Ronald.

El señor Wood ladeó la cabeza.

—¿Cómo es posible?

—Ambos tenemos dos puntos —me dijo Georgiana—. Mujeres contra hombres. El señor Bratten y la señorita Turnball empataron en la tercera partida.

—¿Qué juego es? —pregunté, y el nerviosismo hizo que aguzara los sentidos.

Peter se juntó con los hombres, quienes lo rodearon y formaron lo que parecía un círculo harto confidencial.

—El primero en sonreír pierde. Tienes que ganar, Amelia, hazlo por todas las mujeres —me explicó Clara, que me miraba esperanzada.

Entonces, sonreí y tres rostros severos me reprendieron. Al parecer, no se toleraba ni la más mínima sonrisa.

—¿Qué debo hacer? No sabría hacer reír al señor Wood ni en el mejor de mis días.

—Tonterías —dijo Georgiana—. La he visto con mi hermano. Ahora no es el momento de ser modesta, sino de que use sus mejores armas.

—¿Que son…?

Las damas me miraron fijamente y me di cuenta de que también nosotras nos habíamos reunido en un círculo tan estrecho como el de los hombres. Beatrice se inclinó hacia mí:

—Flirtee.

—¿Que flirtee? ¿Con el señor Wood?

Estuve a punto de echarme a reír, pero me recompuse antes de que me regañasen. Georgiana se puso seria y dio un paso al frente.

—Él es astuto, señorita Moore. Lo he visto adular a mujeres que viven como reinas. No permita que la halague o estará perdida. Debe tomar las riendas de la conversación, mostrarse dominante y darle de su propia medicina. Haga uso de su lenguaje corporal para intimidarlo.

—¿Hablan en serio? —dije desprevenida y horrorizada.

Flirtear con el señor Wood supondría la mayor ridiculez de todas.

—Sí —apuntó Beatrice—, pero no puede sonreír. Si ve que no puede evitarlo, debe desviar la mirada de inmediato y apretar los dientes. Muérdase la lengua, lo que sea. ¡No podemos perder!

—Treinta segundos —avisó el señor Bratten.

Georgiana volvió a dar un paso al frente y me miró atentamente:

—Tiene muchas cosquillas en el cuello, cerca de la clavícula. Acérquese a él y… colóquele bien el pañuelo o algo similar, lo que se le ocurra.

—¿El pañuelo del cuello? Eso es del todo indecoroso.

Se me tensó el pecho y respiré con nerviosismo al imaginar que me acercaría tanto a Peter y de forma intencionada. Tenía que haber algún modo de salir de esto.

—Ese es el nombre del juego, al parecer. —Beatrice frunció los labios—. Además, seguramente a él le estarán diciendo que le haga cosas peores a usted.

—Por favor, Amelia —imploró Clara—. No puede ser peor que la forma en la que adivinaste su identidad al jugar a la gallinita ciega. El señor Wood sabe que es una broma.

—De acuerdo.

Me invadieron unas ganas irrefrenables de reírme por lo ridículo que era este juego, pero las chicas ya se habían puesto a arreglarme el vestido, a alisarme el cabello y a pellizcarme las mejillas.

—¿Están preparadas? —preguntó *sir* Ronald.

—Casi —respondió Clara.

Solo tenía que hacerle reír, y rápido, pero me daba miedo mover mucho los labios por si acababa sonriendo. Tal vez, si trataba de rememorar lo exasperante e insoportable que había sido los primeros días, conseguiría mantener el ceño fruncido: su autoestima, la forma en que me ofreció su dinero, sus arrogantes maquinaciones para apartar a mi hermana de la fiesta… Oh, sí, él iba a perder este juego, y haría que se sintiera desgraciado por todas las veces que se había mofado de mí.

Se sentó a la mesa frente a mí, poniendo cara de desdén, forzando la expresión. Una cara que, seguramente, no distaba mucho de la mía. En vez de sentarme yo también, rodeé la mesa y me acerqué a él con soltura mientras lo miraba fijamente. Respiró por la nariz, pesadamente, y me recliné contra la mesa frente a él.

—¿Qué pretende, señorita Moore?

Enarcó una ceja y frunció los labios. Tuve que desviar la mirada un instante para aclararme la garganta y reprimir la imperiosa necesidad de reírme. ¿Lo conseguiría? Flirtear no era mi punto fuerte: ni siquiera sabía pestañear como dios manda

—Señor Wood —dije con voz seductora, como si estuviese preparando la red para atrapar a mi presa—, pero ¡qué atractivo está usted esta noche!

Clara soltó una risita a mis espaldas y Beatrice la mandó callar. Peter se enderezó en el asiento.

—Es la segunda vez que me lo dice esta noche y empiezo a pensar que habla usted en serio. Dígame, señorita Moore, ¿qué es lo que le parece tan atractivo de mi persona?

El calor me llegó a las mejillas y pude ver que él intentaba contenerse. Se estaba mofando de mí, lo sabía, pero tenía que mantener la compostura. Sería la última en reírme, no la primera.

—Sin duda alguna, es su sonrisa lo que más me cautiva.

Estuvo a punto de dedicarme una. Con el corazón desbocado, me estiré para tocarle el pañuelo del cuello y aflojarlo.

—Pero debería enseñar a su sirviente a mejorar los nudos. Este es atroz.

Me ruboricé cuando se llevó una mano al cuello.

—El pañuelo me lo anudo yo solo, gracias.

—Quizá le sentaría bien un toque femenino.

Me estiré de nuevo, pero me tomó la mano e hizo que me detuviera.

—Se lo has dicho, ¿verdad, Georgiana?

Sus ojos divertidos parecían lanzar dagas a su hermana, que estaba detrás de mí.

—Oh, no, jamás haría tal cosa —dijo ella—, del mismo modo que tú jamás le dirías al teniente Rawles que tengo cosquillas en las muñecas.

El señor Wood me miró, negó con la cabeza y me soltó la mano.

—Ya no tengo cosquillas, de todos modos.

—¿De verdad?

Ardía en deseos de sonreír, pero no podía, todavía no. Posé las manos en ambos lados de su cuello y me sorprendió que me permitiese tocarle la piel. Permaneció inquietantemente inmóvil, mientras respiraba con calma por la nariz, como un guardia en firmes. Le aflojé más el pañuelo y le examiné la mandíbula, firme y resuelta, así como los ojos, que buscaban los míos con más seriedad que humor.

Hice un lazo enorme y feo con el pañuelo y él levantó el mentón para que pudiese ver y manipular mejor la tela, si bien sus ojos nunca se despegaron de los míos. Cuando tiré del nudo para darle un aspecto más holgado, le rocé la clavícula con los dedos. Tenía la piel lisa. Al notarla, se me calentaron los dedos y me llegó un hormigueo al pecho. Peter movió los hombros y tensó la mandíbula, y me dio la sensación de que se había mordido la lengua.

—Lo ha hecho usted muy bien —refunfuñé.

Había terminado el nudo, todo un fracaso por mi parte. Al parecer, Georgiana se había equivocado con las cosquillas. ¿Ahora, qué? ¿Cuáles eran los demás puntos débiles del señor Wood?

—No haga una mueca, señorita Moore. Me enerva lo guapa que está cuando se pone así.

Me miró con unos ojos burlones que sonreían como no podían hacer los labios. Le fruncí el ceño y respiré hondo. Había usado el as que tenía en la manga demasiado rápido.

—Se ha cambiado de vestido —dijo, cuando se inclinó y apoyó el codo en la mesa a pocos centímetros de mi traje. Estábamos demasiado cerca.

—Me cayó una taza de té encima durante la cena.

—Se ausentó mucho tiempo —dijo, ladeando la cabeza.

Me dedicó una mirada curiosa, inquisitiva, pero desconocía qué pretendía descubrir. ¿Qué le importaba eso? ¿Qué tenía en mente? Quizá podría hacerle pagar con la misma moneda. Apoyé la mano en la mesa, incluso más cerca de su codo, y me incliné:

—¿Acaso cuenta los minutos que pasamos separados, señor Wood?

Habría jurado que se le levantaron las mejillas y que el hoyuelo que tenía a la izquierda se hizo más pronunciado. Peter se aclaró la garganta de forma ruidosa y abandonó su postura relajada para sentarse derecho.

—¡Ha sonreído! —chilló Georgiana.

—No, no, no, se ha recompuesto —arguyó *sir* Ronald, y se levantaron otras voces que mostraron su acuerdo en mayor o menor medida.

—Prosigan, esto se pone interesante —dijo Beatrice, complacida.

Maldición, casi lo tenía. Ahora parecía que nos habíamos metido en un callejón sin salida. Me devané los sesos tratando de recordar cualquier cosa que hubiese dicho Georgiana que me pudiese ayudar a aventajar intelectualmente al señor Wood. Me recomendó halagarlo, aproximarme a él, intimidarlo… ¿Qué más podía hacer? Peter toqueteó el nuevo nudo de su pañuelo.

—Tiene usted talento, señorita Moore.

¿Por qué sonaba tan sincero? Parecía un niño grande orgulloso de llevar el pañuelo atado por primera vez en su vida.

—Gracias, señor. Le cobraré por minuto, si en el futuro precisa de mis servicios.

—¿En el futuro, eh? —Peter me observaba; en sus ojos se fraguaba nítidamente una nueva idea—. Dado que ha hecho gala de sus talentos con tanta llaneza, ahora me toca a mí. ¿Desea que le lea la mano y descubra los secretos del porvenir?

¿Quiromancia? ¿Como un vagabundo de las calles londinenses?

—¿Quiere que le ofrezca la mano para que me la lea? —dije, dubitativa.

Abrió los labios y asintió.

—¿Con su permiso?

Me hormigueaban las manos al pensar que me tocaría. En cualquier otra circunstancia, me habría reído y me habría marchado, pero los caballeros sonreían con entusiasmo detrás de él, convencidos de que tenían la victoria asegurada. Este juego significaba algo para Clara y las demás chicas, por lo que tenía que dejar de lado mis propios sentimientos. No iba a rendirme. De algún modo, Peter se las había arreglado para no sonreír a pesar de mis intentos, pero tal vez podría beneficiarme de su clarividencia.

Lo miré con dureza. ¿Qué es lo que me daba tanto miedo?

—Como desee, señor Wood.

Me quité los guantes y los deposité en la mesa. El corazón se me agitaba en el pecho y me crucé de brazos con firmeza.

—¿Es usted diestra o zurda? —preguntó Peter, que se había metido en el papel y actuaba con seriedad y profesionalidad.

—Diestra.

—Deme la mano, por favor.

Inhalé y exhalé lentamente para sosegarme. ¿De dónde había sacado Peter esta idea, de todos modos? La quiromancia resultaba incluso más ridícula que una dama atándole el pañuelo del cuello a un caballero. Extendí la mano derecha con la palma hacia arriba y fijé la mirada en la ventana oscura, en el otro extremo de la habitación. Incluso antes de que me tocase, sentí un hormigueo en la piel. ¿Por eso Peter había respirado con tanta pesadez por la nariz? ¿Porque se sentía igual que yo? ¿Así de desconcertado, ilusionado… y emocionado?

Me tomó la mano y, ante su cálido roce, se me avivaron los sentidos de inmediato, pero no se asemejaba a la vez que nos tomamos de la mano en el establo o incluso en los pastos. La forma en la que me acariciaba la piel con los dedos y me palpaba todos los surcos de la mano era hipnótica, y esa sensación me llegó a la punta de los pies.

—¿Y bien? —dije para tratar de apurarlo.

—Es de lo más interesante, señorita Moore, de lo más interesante, en efecto. —Atrajo mi mano hacia él y se inclinó—. Tiene una mano muy cuadriculada —dijo, y la apretó con las dos manos, como si quisiese medirla—, lo que me indica que es usted una persona pragmática, tal vez terca y tenaz.

Entrecerré los ojos.

—Tenga cuidado, señor Wood.

Frunció los labios con la vista fija en mi mano.

—Esta línea de aquí —comentó, cuando deslizó el dedo índice por el centro de la palma— es larga, lo que sugiere que es usted introvertida. Es inteligente y sensata, pero puede que no se le dé bien compartir lo que siente con los demás.

—¿Ha estudiado este tipo de arte con anterioridad? —preguntó Clara tras de mí.

La respuesta fue negativa, pero, al parecer, Peter me había estado estudiando a mí.

—Deme las dos manos, si está conforme, señorita Moore.

Alcé la mano izquierda y Peter las colocó una al lado de la otra, en busca de algo.

—Ah, aquí está: la línea del amor.

Abrí los ojos como platos.

—¿La qué?

—Es su futuro, por supuesto. Todo comienza con un matrimonio, ¿verdad?

Se oyó un bufido y la risa de un hombre. Peter me acarició las palmas con los dedos y trazó círculos mientras, seguramente, ideaba más ridiculeces que expresar. Valía la pena humillarme para ver cómo su determinación flaqueaba bajo presión. Estaba convencida de que él no aguantaría mucho más.

Resolló, me miró y fingió estar profundamente preocupado.

—Me temo que se va a llevar una decepción, pues sé que no es para nada una persona romántica.

Estuve a punto de retirar las manos, pero él las tomó y las alzó incluso más.

—Esta línea de aquí —dijo, y trazó una línea más ondulada y larga — es fuerte y resuelta, como el caballero que hay en su futuro. Veo felicidad y prosperidad, así como un hombre muy inteligente y atractivo con el que compartirlas. —Peter me miró—. Esa faceta terca y pragmática que tiene no podrá resistirse a sus encantos.

Me mordí la lengua y se me humedecieron los ojos. Se estaba burlando de mí y me dolía no poder sonreír. Tenía que decir algo, cualquier cosa.

—¿Y cómo lo reconoceré cuando lo conozca?

Arrugó la nariz.

—Soy un adivino, señorita Moore, no Cupido, pero le sugiero que lo aliente cuando la conozca, para que él sepa que sus intenciones son de recibo.

—Los caballeros no necesitan que los alienten —argüí.

—Oh, sí, en especial cuando la dama es particularmente maravillosa e intimidante. —Enarcó las cejas, divertido—. No tiene que ser un gran gesto; basta con demostrar que su afecto iguala al del caballero, si es que desea que se declare, por supuesto.

Algo se avecinaba. Sabía que se estaba preparando para avergonzarme de algún modo y debía tomar el control, por lo que dije:

—Necesito que lo ejemplifique.

Los caballeros temblaban al reír en silencio detrás de él.

—Oh, hay muchas formas de alentar a un hombre, señorita Moore. Podría pestañear, por ejemplo.

Los hoyuelos volvieron a aparecer en su rostro, pero sin llegar a sonreír del todo, y pestañeó. Fruncí mucho los labios. Me temblaba el mentón, al igual que a él.

—Eso no es suficiente. Me gustaría que él estuviese seguro de

cuáles son mis sentimientos —hablé con voz trémula y los ojos se me humedecieron por intentar contenerme.

—Entones, después de pestañear a modo de calentamiento, por así decirlo, debería… —Se aclaró la garganta—. Debería guiñarle el ojo para que sepa con cuánto fervor desea usted que se declare.

—¿Guiñarle el ojo? —repetí, atónita, a punto de reírme—. Ese es el peor consejo que me han dado jamás. Es usted un adivino pésimo.

—Inténtelo. —Se cruzó de brazos y se levantó—. Tendrá a todos los caballeros de esta sala a sus pies.

—Me niego a hacer tal cosa.

Lo miré fijamente y vi la duda reflejada en su mentón por el miedo que destilaba mi voz.

—Entonces, ¿se rinde?

—Por supuesto que no.

Peter aguardó, como todos los demás presentes, y me volví para ver a las damas, que asintieron para animarme. Resoplé e imité la postura de Peter: me crucé de brazos y sacudí la cabeza. Si de verdad iba a hacer esto, tenía que hacerlo bien. Lo rodeé y él replicó mi movimiento, de tal forma que terminamos cambiando de posición: me senté en su silla y él se reclinó en la mesa. Tenía las mejillas coloradas y nunca me había sentido tan avergonzada en mi vida. Ladeé la cabeza, lo miré y pestañeé de forma ridícula. Los hombres se acercaron y Peter curvó los labios levemente. ¿Cómo era posible que no sonriese? Me lamí los labios y se le descompusieron las facciones: se quedó inmóvil de pronto, con la vista fija en mí. Esto era del todo absurdo, un martirio. Pensé en guiñarle el ojo, pero los labios comenzaron a erizárseme —¡cuánto dolía obligarme mantener los labios en línea recta!— y Peter estaba a punto de sonreír, como yo. Dejé escapar un poco de aire y pensé en Clara.

«No es más que un guiño, Amelia, por el amor de Dios».

Levanté el mentón, devolví a Peter la mirada y le guiñé el ojo.

Este abrió los ojos como platos, sus mejillas adquirieron una tonalidad escarlata y se quedó boquiabierto, como si nunca hubiese estado tan sorprendido. Liberé una sonrisa con una desesperación que me recorrió todo el rostro y me doblé sobre mí misma mientras me carcajeaba.

—¡Campeones! —gritó *sir* Ronald, que alzó un puño en el aire, mientras el señor Bratten daba al teniente Rawles un empujón en el hombro.

Entonces, Peter esbozó una amplísima sonrisa y respiró con dificultad. Mientras los caballeros lanzaban vítores, nosotras cuatro

resoplamos, y cada sonrisa de felicidad del equipo contrario incrementaba nuestro enfado. Beatrice frunció el ceño.

—Georgiana, creo que al final me gustaría ver su vestido para el baile.

—A mí también —dijo Clara, que agarró a Beatrice del brazo.

—¿Amelia? —Georgiana enarcó una ceja y me indicó que las siguiese—. ¿Vamos?

Aproveché la oportunidad para olvidarme del señor Wood y de ese ridículo juego.

—Ardo en deseos de verlo.

—Esperen, no —dijo *sir* Ronald, con una mano levantada—. Ni si quiera son las once; no se pueden retirar todavía. Juguemos a la gallinita ciega otra vez.

—Vamos, damas —nos llamó Georgiana, que caminó en dirección a la puerta e hizo caso omiso la súplica de *sir* Ronald.

Debía reconocer que, por una vez, el rencor que sentía Georgiana tenía un buen motivo. La seguimos, a pesar de que los caballeros se quejaban y nos llamaban a nuestras espaldas. Ya estaba en la puerta cuando Peter dijo:

—Un momento, por favor, señorita Moore.

Sopesé la idea de alejarme corriendo de ese hombre cuyos hoyuelos habían sido mi perdición, pero él andaba demasiado rápido. Llegó hasta mí, donde nadie podía oírnos, y yo miré a lo alto de las escaleras, donde estaban las damas.

—He ganado con todas las de la ley —susurró.

Le di un golpecito en el pecho con el dedo.

—Es usted un seductor pésimo y jamás lo perdonaré. Y no cabe duda de que usted sonrió antes que yo.

—No —dijo, no del todo en serio—, pero estoy dispuesto a volver a jugar, si así lo desea.

Fruncí el ceño ante sus burlas y él se rio entre dientes.

—Váyase a dormir, señor Wood.

—Una cosa más y me iré: ¿ha descifrado la frase en francés, como la buena alumna que es?

Me crucé de brazos, confiada.

—Sí, significa: «todo es más luminoso», pero no estoy segura de qué quiere decir.

—Correcto, aunque también se podría traducir por «todo es más brillante».

—¿Y qué significa?

Le inspeccioné el rostro, en busca de una respuesta. Peter vaciló y

se movió, inquieto.

—¿Alguna vez ha conocido a alguien capaz de cambiar toda la atmósfera de la estancia cuando entra en ella? ¿Alguien capaz de cambiar la sensación, la temperatura y el propio aire que se respira? Una persona enojada podría silenciar una estancia y añadir más energía al lugar, mientras que otra que hable en voz baja podría apaciguar plenamente la misma estancia al momento. —Apoyó la mano en el marco de la puerta y respiró hondo, despacio—. Con usted, Amelia, todo es más brillante.

Me había olvidado de respirar y mi corazón se estaba recuperando de todas las emociones vividas. Peter no se estaba mofando de mí; ahora, no. Al contrario, hablaba en serio, con sinceridad, y era lo más hermoso que me habían dicho en mi vida.

—La veré mañana por la tarde, pero no crea que me voy a ablandar con usted solo porque le haya herido el orgullo esta noche.

Me guiñó el ojo y se dio la vuelta.

Qué hombre más burlón y exasperante… ¿o no? Esas palabras comenzaban a sonar poco sinceras en mi mente, como si me sonriesen al saber la verdad. Ya no estaba tan segura de creer en ellas.

Capítulo 17

Georgiana cerró la puerta después de que las cuatro entrásemos en su alcoba.

—Lo ha hecho bien, señorita Moore —dijo—, pero ya le advertí de que era muy bueno en esto.

—No ha sido honesto —añadió Beatrice—, a pesar de lo entretenido que ha sido observarlos. La admiro por haber aguantado tanto.

—Gracias —dije desde donde me encontraba, junto a la pequeña ventana al otro lado de la habitación.

La cabeza me daba vueltas con lo que me había dicho Peter. Eran las palabras más hermosas que había oído en mi vida, incluso en estos instantes, cuando no eran sino un eco en mi mente.

—Nunca nos dejarán que nos olvidemos de lo ocurrido —dijo Clara, con el ceño fruncido—. El señor Wood tendrá mala fama.

Georgiana se sentó en su lecho y se soltó el pelo.

—En una fiesta tan pequeña como esta, tal vez. Normalmente, Peter hace todo lo posible para mantenerse alejado de los cotilleos.

Beatrice se sentó en el asiento de la mesa de Georgiana.

—¿Acaso no es lo que buscamos todos?

—¿Las fiestas de *sir* Ronald suelen ser mucho más grandes? —preguntó Clara.

Georgiana se cepilló los rizos con los dedos.

—Sí, las fiestas en casa de los Demsworth destacan por su extravagancia, pero cuando falleció el padre de *sir* Ronald y todo salió a la luz, la lista de invitados fue lo primero en reducirse.

—Entonces, ¿es verdad? —inquirió Beatrice, que se enderezó en el

asiento con la curiosidad patente en la mirada.

Georgiana esbozó sonrisa maliciosa.

—Lo cierto es que me preguntaba por qué todo es tan informal —dijo Beatrice.

Clara me miró, confundida, pero yo no tenía ni idea de qué estaban hablando.

—¿Qué es lo que es verdad? —pregunté—. ¿Le pasa algo a *sir* Ronald?

Beatrice se volvió hacia mí.

—Seguro que ha oído que su padre era un ludópata empedernido, algo de lo que nadie tuvo constancia hasta su defunción, pero, por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde. Dejó a *sir* Ronald con una miríada de deudas, y cuando consiguió pagarlas todas, ya no le quedaba nada. He oído que apenas consiguen hacer frente a los gastos de las tierras y la casa y que parte del dinero está confiscado en el banco, a la espera de que *sir* Ronald contraiga matrimonio, o eso he oído.

—Es verdad —corroboró Georgiana, casi con alegría—, pero imagino que ese dinero no estará embargado mucho más tiempo.

Sus palabras, cuyo significado resultaba evidente, me martillearon los oídos, y Beatrice añadió en un susurro:

—Mi madre dice que ese es precisamente el motivo por el que ha celebrado esta fiesta. Pasaron la temporada con sus parientes, con un presupuesto exiguo, y ahora él pretende escoger a su futura esposa, celebrar una boda discreta y vivir holgadamente con la suma que el banco embargó.

—¿Es… pobre? —pregunté, con la lengua entumecida.

—Bastante. De ahí que no pudiese complacer a muchas damas durante la temporada. A muchas de ellas tan solo les interesaba porque creían que poseía una gran fortuna. —Georgiana enfatizó la última palabra, con la mirada clavada intencionadamente en Clara—. No obstante, lo que le hace falta no son más que unos cuantos años de buenas cosechas para que sus ingresos se reactiven.

Unos cuantos años. Las paredes del cuarto se estrecharon y comenzaron a sudarme las manos. Esta no era la seguridad que había imaginado. ¿Sabría él que Clara no tenía nada? Seguramente esperaba que la dote incrementase su fortuna, una dote como la que, con toda certeza, tenía Georgiana. ¿Cambiaría nuestra pobreza sus sentimientos? Habíamos llegado lejos y yo estaba cerca de conseguir que los deseos del corazón de Clara se vieran satisfechos, pero el riesgo era más alto de lo que había previsto. Incluso aunque mi

hermana se asegurara la mano de *sir* Ronald, ¿podría proporcionarle él estabilidad? ¿Habría aceptado nuestro padre un compromiso tan arriesgado? La frustración me golpeaba como la fuerte lluvia de una tormenta contra la piel.

Clara se frotó la sien. ¿Qué opinión le merecía todo esto?

—Mi hermano y *sir* Ronald son muy semejantes, ¿saben?

Georgiana me miraba con ojos tajantes, casi impasibles, y me entraron ganas de darme la vuelta. Prosiguió:

—Peter necesitará que su esposa le otorgue una suculenta dote para abonar el coste de la mía. De no ser así, tendrá que regresar a Londres y trabajar para aumentar los ingresos, tal y como hizo mi padre por mi madre. A decir verdad, Peter espera que el matrimonio le aporte riqueza.

Hablaba para todas, pero sabía que sus palabras iban dirigidas a mí. Sonrió y yo tragué saliva, con la vista fija en las manos y en los trapos de segunda mano que hacían de guantes. Me sentí como si no valiera nada, como si fuera un grano de arena. En lo más hondo de mi ser, había albergado esperanzas, había soñado con un lugar y una época en los que Peter me salvaría de mi situación. Aquella visión se había presentado con mucha nitidez: la había saboreado en los pequeños momentos que compartimos juntos y en las hermosas palabras que me había dedicado, pero el dinero era algo que yo no tenía. Jamás podría satisfacer sus necesidades.

—¿Se encuentra bien, Amelia? Se ha puesto pálida —comentó Beatrice.

—Me encuentro bien, tal vez un poco cansada por quedarme despierta hasta tan tarde últimamente. Clara, cariño, ¿nos retiramos?

Me puse en pie y me recordé a mí misma que mi objetivo eran Clara y su futuro. Ella se obligó a sonreír, si bien tenía los ojos inquietos, debido al intento de Georgiana por desanimarla.

—Por supuesto, hermana, como desees.

Una vez estuvimos a salvo en nuestra habitación, unas cuantas puertas más abajo, cerré el pestillo de la puerta. La alcoba estaba en calma y Mary ya se había ido a dormir. Me recosté contra el marco de madera y respiré hondo tres veces. Georgiana estaba en lo cierto: para su hermano, nunca sería más que una amiga de la que se burló durante dos semanas. Provenía de una familia opulenta y de renombre; yo, del escándalo. Que precisase de una dote para favorecer su fortuna no era sorprendente, y lo mismo ocurría con *sir* Ronald. ¿Qué dirían cuando descubriesen que Clara y yo no teníamos nada?

Por primera vez desde que llegamos a Lakeshire Park, fui

plenamente consciente de la imposibilidad de nuestra empresa. Los hombres no se casaban con mujeres pobres con frecuencia, incluso aunque fuese por amor. Tal vez lord Gray siempre supo que fracasaríamos cuando estuviésemos cerca de la meta. Todo este viaje debió de parecerle una broma.

Con todo, *sir* Ronald no era ajeno a las desgracias, y las desgracias solían llevar a la compasión. Él debería entender mejor que nadie los motivos por los que habíamos decidido mantener nuestro secreto. Me volví hacia Clara.

—¿Conocías las deudas de *sir* Ronald?

Negó con la cabeza.

—No dijo nada de deuda alguna, solo que él y su familia llevan un estilo de vida modesto y que apenas viajan, algo que nunca me ha incomodado y nunca lo he cuestionado.

—¿Le has hablado de lord Gray? ¿Le has dicho que, probablemente, percibiremos una dote ínfima, si es que la percibimos?

—¿Estás segura de que nuestros padres no nos han dejado nada?

—Estoy segura, he hablado con el abogado en persona en varias ocasiones.

Gemí para mis adentros mientras le aflojaba el vestido y ella se soltaba el cabello. ¿Por qué nadie se había preocupado por nuestro futuro? Suspiró.

—No, no he hablado con *sir* Ronald. ¡Qué incómodo! Mencionarlo sería como asumir que él tiene la intención de pedirme matrimonio, y eso es algo que no puedo sugerir por el momento, aunque, para serte sincera, si es verdad que es pobre, al menos él y yo tenemos algo en común.

Mi dulce Clara… Sabía encajar las malas noticias mejor de lo que creía. Si de verdad tenía alguna posibilidad de aventajar a Georgiana a pesar de su dote, sería mejor que afrontásemos la situación de otra manera.

—Quizá deberías buscar el momento para decírselo, porque creo que ya es hora de que conozca nuestra situación al completo. Veremos cómo reacciona.

—Muy bien —respondió, afligida.

Nos pusimos el camisón, los rizos de papel para el pelo y nos metimos en cama. Mis pensamientos se centraron inmediatamente en Peter y un dolor arrollador sustituyó el resplandor que se había asentado en mi pecho antes. Aunque no había sucedido nada entre nosotros, no podía evitar sentir que ya me había rechazado. Por fortuna, tenía al señor Pendleton, a quien tendría que haber hecho

llegar mi aprobación al instante. Incluso si Clara se comprometía con *sir* Ronald, necesitaríamos otra fuente de seguridad.

¿Qué ocurriría en los próximos días? Disponíamos de menos de una semana para persuadir completamente a *sir* Ronald en favor de Clara y para asegurar mi noviazgo con el señor Pendleton.

Me acurruqué. Nos estábamos quedando sin tiempo.

Capítulo 18

Cuando bajé las escaleras a la mañana siguiente, faltaban varios de los invitados.

—Señorita Moore —me saludó Beatrice con una amable sonrisa en los labios y una labor en las manos—. Su hermana ha salido y los caballeros se han ido. Parece que estaremos a solas hasta que los demás se despierten.

Me senté frente a ella en el salón y respiré cuando miré por la ventana. Era una mañana hermosa. Me preguntaba dónde se encontraba mi hermana y si pensaba hablar con *sir* Ronald hoy mismo.

—¿Qué tal su mañana? —pregunté.

Dado que tenía las manos demasiado quietas en comparación con las suyas, me puse a hojear un libro de arquitectura que había en la mesilla.

—Bien, he descansado mejor de lo que esperaba después de habernos quedado despiertas hasta tan tarde. Supongo que los caballeros se retiraron pronto. Me han dicho que el señor Bratten, *sir* Ronald y el teniente Rawles se marcharon temprano para poner trampas con ayuda del guardabosque.

—Bueno, espero que anoche notasen nuestra ausencia.

Me reí y ella respondió con otra risa.

—Es obvio que sí, como tiene que ser. ¿Ya ha visto al señor Wood hoy?

Beatrice dejó de coser y enarcó una ceja, un gesto travieso.

—Todavía no.

No estaba segura de querer verlo. Beatrice se fijó en la cara que

estaba poniendo.

—No le comente a Georgiana que le he dicho esto, pero ustedes dos, las hermanas Moore, han causado un gran revuelo entre los caballeros. Ella no lo admitiría, pero nunca he visto al señor Wood prestar tanta atención a una dama como a usted estas dos semanas.

Solté una risa extraña.

—No, no, el señor Wood y yo somos buenos amigos, pero no podríamos ser más que eso.

Beatrice reprimió una sonrisa.

—Su secreto está a salvo conmigo, señorita Moore.

Retomó la labor y yo me quedé en silencio, desconcertada. ¿Acaso guardaba yo algún secreto relacionado con Peter? Era agraciado, encantador y tenía un sentido del humor delicioso. Pensaba en él demasiado, mucho más que en el señor Pendleton, que era prácticamente mi prometido. Pensaba en él más que en *sir* Ronald, el señor Bratten o el teniente Rawles, y esos hombres eran mis amigos, pero no deseaba pasar todo el día con ellos, como sí me ocurría con el señor Wood. El tiempo que pasábamos juntos nunca era suficiente, y cuando imaginaba que lo besaba…

Oh, no. Sí que tenía un secreto relacionado con Peter Wood.

Alguien llamó a la puerta y el señor Gregory entró en la sala.

—Señorita Moore, *lady* Demsworth desea verla en su salón.

—Por supuesto.

Me levanté y abandoné la estancia tras él. ¿Cómo pude abrir mi corazón a Peter con tanto entusiasmo? Si pretendía cortejarme, la falta de una dote lo disuadiría. De hecho, era solo cuestión de tiempo que descubriese la cruda realidad de mi situación.

Instantes después, llegué a la puerta de *lady* Demsworth, quien me invitó a entrar con una voz muy aguda.

—Señorita Moore, ¡he recibido la respuesta de David! Desea conocerla y llegará dentro de cuatro días. Ha de ocuparse de algunos asuntos en las inmediaciones, por lo que, desafortunadamente, solo cenará con nosotros, pero antes de que se marche, confío en que le proponga matrimonio y le proporcione la seguridad que necesita.

Me quedé boquiabierta, pero cerré la boca de inmediato.

—Q-qué… grata noticia. No sé… qué decir. Gracias.

Entoné la última palabra casi como si fuera una pregunta. ¿Acaso estaba sorprendida? Claro que vendría el señor Pendleton: ese era el plan.

—Estoy tan complacida, tan complacida… —continuó—. Tengo la certeza de que ustedes dos formarán una pareja perfecta.

—Sí —dije en voz baja.
Una pareja perfecta.
Sin amor.
Sin riesgos.
Fácil.

Capítulo 19

Me encerré en mis aposentos y eludí con éxito la compañía de los demás el resto de la tarde, consciente de que Peter me estaría buscando para cumplir con el tiempo debido. Las palabras que me había dedicado anoche acaparaban mis pensamientos y pugnaban contra las que había pronunciado Georgiana. ¿Qué diría él si supiese que no tenía dote? ¿Me consideraría una cazafortunas? ¿Pensaría en mí de forma distinta? ¿Pensaría siquiera en mí? No soportaría que su comportamiento cambiase lo más mínimo. No sería capaz de decírselo, sobre todo porque conocería a David Pendleton dentro de pocos días y pronto dejaría de importar si Peter me amaba, con o sin dote.

Mary suplicó a la doncella de *lady* Demsworth que le prestase algo de vinagreta de lavanda y la olí durante una hora, postrada en el lecho, con la esperanza de que aliviase lo que intuía que eran los síntomas precoces de un ataque al corazón.

—¿Le duele algo? ¿Llamo a un médico? —preguntó Mary, que me abanicaba con el abanico más grande que pudo encontrar.

—No me duele nada —dije cuando solté aire.

—Creo que debería llamar a la señorita Clara —dijo Mary.

—No la llames, no puede saberlo.

Intenté levantarme, pero Mary me empujó por los hombros hacia atrás.

—¿Ha sucedido algo más desde que llegaron las cartas?

Mary me miraba, preocupada. Yo temía estallar si no le revelaba a nadie mi secreto, y ella me escuchó con atención mientras reproduje mi diálogo con *lady* Demsworth y expliqué que el señor Pendleton iba

a venir a verme para concertar nuestro matrimonio.

—Oh, señorita Moore. —Negó con la cabeza—. ¿Cómo puede guardarse todo esto dentro? —Me abanicó con más fuerza—. Si le interesa, abajo se dice que el sobrino de *lady* Demsworth es un buen partido: amable, generoso y adinerado. Es usted afortunada.

—No es eso. —Aparté el abanico y me senté—. Es que todo sucede muy deprisa, Mary. Pensaba que disponíamos de semanas, no de días. Esperaba que lord Gray tardase un mes en fallecer. Concerté este matrimonio, porque ¿qué otra opción tenía? Y sí, tuve la sensación de que fue una decisión apresurada, pero no fui plenamente consciente de ello. Ahora que estoy a pocos días de comprometerme… con un extraño…

Me llevé las manos al pecho y Mary volvió a abanicarme a toda prisa.

—No lo conciba como un mero matrimonio, señorita Moore. Concíbalo como una salvación. Este compromiso le brindará todo lo que necesita.

Sí, pero ¿qué perderé a cambio?

La puerta se abrió de pronto y Clara entró en la habitación.

—Aquí estás. ¿Dónde te has metido todo el día, Amelia? Todos estábamos preocupados por ti. Beatrice dijo que *lady* Demsworth necesitaba verte.

Clara se dirigió con diligencia al armario y toqueteó los vestidos de noche. Mary y yo compartimos una mirada ansiosa. Sabía que debía contárselo todo a Clara, pero ¿cómo reaccionaría? ¿Quedaría deshecha al oír lo cerca que nos encontrábamos de la pobreza o que había hablado en secreto con *lady* Demsworth y aceptado casarme con un desconocido? Que ella supiese ambas cosas no cambiaría nada; solo traería más sufrimiento. Podía cargar con ello en soledad unos días más.

—Oh, no era nada importante. Como la buena anfitriona que es, quería asegurarse de que nuestra estadía estuviese siendo agradable.

Hice señas a Mary para que me ayudase a vestirme para la cena. Clara volvió la vista para mirarme.

—Menos mal, me había embargado la extraña sensación de que lord Gray quería que volviésemos a casa más pronto de lo acordado.

—No, claro que no —dije rápidamente. La verdad era todo lo contrario. Me mordí un dedo; odiaba ocultársela a mi hermana—. Olvídalo. ¿Qué te vas a poner esta noche?

Clara seleccionó un bonito vestido rosa y yo, uno color lavanda. Mary me soltó el pelo y lo dispuso de tal forma que me cayese con

suavidad por la espalda. Temía que me doliese la cabeza a pesar de la vinagreta. En la cena, *lady* Demsworth me dedicó una sonrisa de complicidad y yo se la devolví con toda la gratitud que mis nervios eran capaces de aguantar.

—Señorita Moore —me llamó Peter, desde el otro lado de la mesa. Me dolía que me dedicase su atención, ahora que sabía lo incompatibles que éramos—. Nos hemos percatado de que se ha ausentado esta tarde. ¿Se encuentra bien?

Había insinuado nuestro acuerdo con tan poco disimulo como el que tiene una rosa amarilla. *Lady* Demsworth me miró con curiosidad, como si aguardase mi respuesta con el mismo interés. Yo sabía que juzgaría mi contestación como una reacción a nuestra conversación, por lo que debía elegir mis palabras con sutileza:

—Bastante bien. Esta noche espero compensar el tiempo perdido por la tarde.

Peter me sonrió mientras masticaba un trozo de bistec.

—Por supuesto.

—¿Tocará con nosotras esta noche, señorita Moore? —preguntó Beatrice.

Clara se irguió.

—Lo siento, Amelia, pero no tuve la oportunidad de contártelo: *sir* Ronald ha solicitado que hagamos gala de nuestros talentos esta velada, y cada dama ha de escoger una pieza que interpretar o cantar.

Miré fugazmente a *sir* Ronald, que sonrió y dijo:

—Me temo que no tiene usted opción. Las veladas musicales son una tradición en mi casa.

—¿Tocará o cantará? —Peter ladeó la cabeza—. ¿Qué elegirá?

—Ninguna de las dos opciones será agradable para sus oídos —advertí con seriedad—, pero imagino que me humillaré menos si toco el piano.

—Qué modesta —me provocó Georgiana—. Eso es lo que dicen todas las damas sin autoestima.

—Efectivamente —respondí sin dudarlo—, espero que quede claro que conozco bien mis propias capacidades.

—Habla así porque se compara injustamente con el mismísimo Mozart —intervino Clara a la defensiva. Frunció los labios y dedicó una mirada enardecida a Georgiana, como si desease retorcerle el pescuezo.

Las natillas al horno nos distrajeron, y no pasó mucho tiempo hasta que *lady* Demsworth se alzó para llevarnos a la sala de música en la segunda planta. Me había asomado a dicha estancia algunas veces con

anterioridad, pero esta noche la iluminaba una docena de velas, las cuales se reflejaban en los espejos que había en todas las paredes. En el centro de la habitación amplia y espaciosa, yacía un gran piano de caoba, lustroso y con hermosos diseños artesanales. Detrás del instrumento, se alzaban cuatro ventanas altas que ocupaban la práctica totalidad de la pared frontal; con las cortinas recogidas, revelaban el sobrecogedor paisaje de la luna y las estrellas.

Deslicé la mano por los ornamentos tallados del gran piano y me sorprendí girando de pared en pared mientras me deleitaba en la grandeza del techo abovedado y paseaba con gracia por las suaves baldosas del suelo que tenía a mis pies.

—Ojalá tuviera toda esta habitación para mí sola —dijo Clara a mi lado, sin aliento—, incluidos el piano y el asiento.

De camino a las ventanas, apreté el reposabrazos de un mullido asiento de terciopelo de color violeta y añadí:

—Y estas vistas.

Los sirvientes habían dispuesto los asientos en hileras a pocos pasos del piano, de cara a las ventanas. Georgiana tocaba el harpa con los dedos, Beatrice mostraba dos piezas para piano a su madre para que la ayudase a elegir y Clara examinaba una partitura. ¿Iba a cantar? Entonces, me percaté de que yo no tenía nada con lo que demostrar el poco talento musical del que estaba dotada, por no decir que apenas había tocado desde que llegué.

Solo había una canción que supiese de memoria, una que me había obligado a mí misma a memorizar.

Mi padre trajo la partitura a casa después de pasar un fin de semana en Londres. Dijo que se la había comprado a un compositor pobre en la calle. Cuando traté de tocar la canción por primera vez, las notas carecían de sentido: la mitad de ellas estaban parcialmente borradas, y estaba segura de que el compositor había timado a mi padre, pero este me obligó a practicar la partitura durante horas para que le encontrase el sentido a esa música que creía que era una obra maestra. Me llevó semanas descifrar los acordes, hasta que una tarde, comprendí que las notas desvaídas no estaban borradas, sino que había que tocarlas junto con las otras para que la música cobrase sentido, como una orquesta que toca los sonidos más celestiales de todos. La primera vez que la toqué, la belleza de esa música me hizo sollozar. Fuera quien fuese ese compositor, se trataba de un genio. Cuando mi padre la escuchó, fue incapaz de articular palabra durante un minuto entero y me hizo interpretarla varias veces al día. Trató de localizar al compositor, pero fue en vano.

Tras la muerte de mi padre, me aficioné a tocar su canción, pero como mi madre no lo podía soportar, me robó la partitura del atril y la arrojó al fuego. Los cambios que iba a protagonizar mi madre ya habían comenzado a salir a la superficie. Transcribí de memoria las notas de la canción de mi padre y, desde aquel día, la toqué siempre que pude en Gray House. Ahora más que nunca, necesitaba liberar esas notas, esa música que me elevaba el espíritu y me despedazaba a la vez.

Me senté en el banquillo, calenté los dedos con unas escalas para estirar las articulaciones y los músculos, que se habían entumecido a causa de la falta de práctica. Desterré cualquier pensamiento de matrimonio de mi mente y me dejé llevar por las emociones. La música poseía una capacidad sanadora que yo necesitaba desesperadamente.

Los caballeros llegaron demasiado pronto. Sabía que no estaba preparada, y por fortuna, Georgiana se ofreció a tocar primero, por lo que me senté junto al señor Bratten al fondo de la sala. Sujetó el harpa con delicadeza, pero con firmeza, y a pesar de nuestras discrepancias, no pude evitar admirarla. Su interpretación intachable cosechó una gran ovación.

Clara fue la siguiente, con *lady* Demsworth al piano como acompañamiento. Cantó una traducción angelical de una canción francesa que escuchábamos de pequeñas. Mi valiente hermana había florecido aquí, en Lakeshire Park. *Sir* Ronald apenas pestañeó mientras la miraba con una admiración fuera de duda. Clara hizo una reverencia al terminar y *lady* Demsworth me hizo señas: había llegado mi turno. Cuando me dirigí al piano con las manos vacías, oí que Georgiana comentaba con desdén a su hermano que fuese a tocar de memoria.

Tocar para un pequeño grupo era casi peor que tocar para un gran público, pues, al conocer personalmente a cada uno de ellos, me avergoncé de interpretar algo tan íntimo en su presencia, pero Clara conocía la pieza, así que tocaría para ella.

Cerré los ojos, visualicé la música y toqué la primera nota con suavidad. El instantáneo subir y bajar de las notas de esa melodía capaz de trascender las estrellas hizo que me elevase en la estancia y que dejase atrás la realidad, como siempre me ocurría cuando tocaba la canción de mi padre. A cada escala yo me elevaba más y más, hasta que el pecho me estalló en llamas y mi alma deseó que no volviera a posarme sobre la tierra jamás.

Mientras hacía volar los dedos sobre el teclado, pensé en Peter y en

cómo me sentía al estar tan cerca de la libertad y tan coartada por las circunstancias a la vez. Dejé que las notas expresasen mis pesares y amarguras, emociones imposibles de expresar en palabras. El tener tanto al alcance de la mano, pero el sentirme así de solitaria y de inepta y el tener tanto miedo de tomarlo rugía en mi espíritu como una antigua tormenta que ya me era familiar. ¿Por qué la vida no era como esta canción: ideal, esperanzadora y que infundía valor? Deseaba que la vida y el amor me consumiesen como las notas que tocaba, que mi corazón ardiese por el anhelo que sentía, que mi alma cantase.

Sin embargo, cuando las notas se sosegaron y descendieron, para luego alzarse solo fugazmente y ralentizarse de nuevo, noté que volvía a tocar el suelo con los pies, que me anclaba a la tierra, como me correspondía. Me quedé sin aliento y estuve a punto de llorar. En el aire imperaban los aplausos y los elogios en voz baja. Me levanté y mi mirada se cruzó con la de Peter, que tenía las mejillas coloradas y los ojos serios. *Lady* Demsworth y la señora Turnball se pusieron en pie en señal de alabanza detrás de los caballeros y Clara se apartó a un lado con la mano en el pecho, pues era la única que entendía de verdad la canción. De pronto, me sentí muy vulnerable, como si me hubieran arrinconado en un rincón como a una obra de arte en un museo, y cerré el piano. *Lady* Demsworth se acercó:

—Es la música más bonita que he escuchado en mi vida, querida.

—Qué hermoso, señorita Moore —susurró la señora Turnball, afectada—. Qué hermoso.

Miré a Peter, cuya expresión resultaba inescrutable. Él me inspeccionaba como había hecho anoche, con la diferencia de que en esta ocasión parecía que era la primera vez que me veía. Necesitaba huir y tomarme un respiro para recuperarme. Cuando Beatrice me reemplazó en el banquillo y todas las miradas se posaron en ella, me escabullí por la puerta de atrás, bajé de puntillas las escaleras y me sumergí en la oscuridad de la noche.

Capítulo 20

Dos faroles muy brillantes iluminaban el porche, y quité uno del gancho para alumbrar las escaleras de piedra que llevaban al campo frente a la casa, que estaba a oscuras. Me senté en el peldaño más bajo, deposité el farol junto a mí y respiré hondo tres veces. Junté las manos temblorosas y me centré en los vastos terrenos que rodeaban la casa, pintados de negro, de colinas y de abundantes cultivos.

Era incapaz de tranquilizar la mente, pues la melodía de mi padre embrujaba el silencio de la noche. Me froté los ojos con las palmas de las manos y me apreté la cara, como si pudiese borrar todas mis emociones solo con desearlo fervientemente.

—Aquí está.

Me quedé inmóvil cuando oí los pasos de Peter detenerse detrás de mí. Lo observé sentarse a mi lado en la escalera, con el corazón dividido entre la necesidad de que se alejase y por el deseo de que se acercase más a mí.

—Peter, no debería haberme seguido.

—Su música… —dijo con seriedad—. ¿Por qué nunca me dijo que tocaba tan bien?

Consiguió relajarme los músculos solo con la voz, lo que hizo que se evaporase el miedo que sentía.

—Habré tocado esa pieza unas mil veces, pero si me pone otra partitura delante, le aseguro que seré una decepción.

Peter rio con suavidad y se inclinó lo suficiente para sentir la calidez que irradiaba. Permanecimos sentados, sumidos en un plácido silencio: dos amigos en unas escaleras de piedra a la luz de un farol.

Miré al firmamento repleto de puntos dorados, sereno y magnífico. Y muy lejano. Cuando él retomó la palabra, habló con voz dulce, llena de compasión:

—Dígame por qué está tan alicaída.

Tragué saliva. ¿Cómo era posible que me conociese tan bien? ¿Acaso mis secretos estaban escritos con tanta nitidez en mis facciones?

—No es nada, solo me preocupo por mi hermana. Me temo que no estoy teniendo mucho éxito a la hora de asegurarle un futuro.

—No lo comprendo. ¿Por qué se responsabiliza del matrimonio de su hermana? ¿No es responsabilidad de su padrastro? Usted debería ser libre de vivir como quiera.

Debería. Sí, estaba en lo cierto. Debería ser libre, pero no lo era. Estas dos semanas eran nuestra oportunidad de asegurarnos un futuro y la vía más segura era casarme con el señor Pendleton. El noviazgo estaba al caer.

—Usted no lo puede comprender —dije débilmente, con voz monótona.

—Entonces, cuéntemelo y lo entenderé.

Le dediqué una sonrisa de desánimo.

—Mi situación no es de su incumbencia.

Peter negó con la cabeza y habló en voz baja:

—¿Y si deseo que lo sea?

Quería tocarlo, dejar que me envolviese en sus brazos y hundirme en la calidez que transmitía, pero por mucho que mi corazón lo anhelase, mi mente sabía que no era ni práctico ni sensato permitir que primasen mis sentimientos en estos instantes. Aquel hombre desconocía cuán acuciantes eran mis necesidades y jamás podría pedirle que trabajase tanto como había hecho su padre por su madre, que sacrificase tiempo y recuerdos en casa en aras de la estabilidad financiera cuando ya lo había preparado todo para cumplir sus sueños.

Resoplé y lo miré con los ojos entrecerrados. Él suspiró profundamente y, por una vez, no me apremió.

—Tengo algo que puede que la anime.

Movió el farol que descansaba en la escalera entre nosotros y vi su semblante con mayor claridad, así como esos ojos amables que sonreían a los míos. Sostenía un paquete pequeño en las manos.

—Para usted —dijo, y dejó el paquete entre nosotros—, aunque lo reciba con retraso.

Parecía complacido, casi pagado de sí mismo, mientras yo desataba el cordel. ¿Me habían hecho algún regalo con anterioridad? No que yo

recordase, y definitivamente no por parte de un caballero. ¿Qué había ideado? ¿Y por qué? Abrí la tapa de la caja y desplegué el fino envoltorio.

Guantes, guantes de color marfil.

La garganta se me llenó de emociones y tragué saliva, incapaz de hablar. Lo miré. No tenía una expresión engreída sino que su cara había dado paso a una emoción nueva. Me miraba con ojos dulces, pero serios, y si no hubiese sabido lo descarado que era, habría pensado que le daba vergüenza.

—¿Le gustan? —preguntó.

Extraje los guantes con la mayor de las delicadezas, como si estuviesen hechos de marfil de verdad. Estaban impolutos, radiantes y lisos, pero lo que me sorprendió fue encontrarme con otro par color mostaza dentro de la caja, así como un par color borgoña debajo de los mismos: tres pares de guantes nuevos, hermosos y del tamaño perfecto.

—Peter —susurré—, esto es demasiado. Ha sido demasiado amable. No puedo…

—Son para usted, se los encargué esa primera noche, después de que se tropezase conmigo fuera del salón. —Curvó los labios en una sonrisa—. He tenido que localizar a un guantero jubilado, un viejo amigo de los Demsworth.

Sacudí la cabeza; estaba demasiado desconcertada como para hablar. Tomó el par de color marfil de mis manos y lo depositó con cuidado en las escaleras, entre nosotros. Me miró con ojos interrogativos, vacilantes, antes de tomarme la mano y aflojar los guantes de cada uno de mis dedos. El corazón me latía con cada roce suave, con cada caricia tierna que me dedicaba con los dedos. Al fin me quitó los guantes y me ofreció los nuevos. Me los puse: encajaban a la perfección.

—¿Cómo es posible? —pregunté, incrédula.

¿Cómo había adivinado la talla perfecta sin medirme las manos?

—Usted y mi hermana usan justo la misma talla. Me hice con uno de sus pares para encargar otro igual.

—Gracias, Peter —acerté a decir.

Hacía años que no me podía permitir guantes nuevos. Lord Gray había accedido a duras penas incluso a comprarnos vestidos nuevos para la temporada.

—No hay de qué. Por fortuna, usted ya estaba aquí. De no haber sido así, puede que me hubiera pasado las dos semanas tratando de encontrarla.

—Confieso que esperaba no volver a verlo de nuevo.

Enarqué una ceja para burlarme de él. Peter fingió que se quedaba sin aliento.

—Ha herido mis sentimientos, Amelia.

—Me alegro de que me haya hecho cambiar de parecer al respecto —pronuncié, antes de darme cuenta de lo atrevidas e insinuantes que eran esas palabras.

Me mordí la lengua y enrojecí. No debería burlarme de él, ya no. Se recostó contra la escalera e hincó los codos en el siguiente peldaño. La confusión me nublaba la mente. Del espacio que había entre nosotros emanaba un aroma a bosque, cuero y jabón. A Peter. Exhalé un suspiro que me pareció una bendición, pues temía haber dejado de respirar por completo. ¿Era posible que me tuviese en estima, que esta sensación hormigueante y confusa también tirase de él?

—¿En qué piensa? —preguntó con timidez.

Quería decirle que yo sentía lo mismo, que quería pasar otra tarde en su compañía, que quería preguntarle por su infancia, sus aventuras, sus viajes… pero ahora tenía demasiados secretos. A pesar de lo que Peter sintiese por mí y yo por él, eran muchos los motivos que nos separaban: la falta de una dote, el renombre de su familia y, tal vez lo más importante, la rivalidad de nuestras hermanas. Clara en especial detestaría nuestro vínculo, y no podía forjar nada con él si hacerlo significaba destruir mi relación con Clara. Asimismo, ya me había decidido en lo referente al señor Pendleton, que no suponía ningún tipo de peligro y me ofrecía seguridad y bienestar. Conocía todos mis secretos y me necesitaba tanto como yo a él.

—Deberíamos volver adentro —dije.

¿Y si alguien nos veía aquí fuera, a solas en la oscuridad? Oía el piano, lo que implicaba que alguien estaba tocando y que proseguían con la velada musical sin ser conscientes de nuestra ausencia. Tal vez fuera la señora Turnball la que estuviese tocando, o quizá Georgiana.

—Efectivamente —concordó Peter.

Suspiró, pero ninguno de los dos se movió. Él todavía sostenía mis guantes viejos, cuya tela acariciaba con los dedos, como si aquel roce nos conectase. Miró a las estrellas, sumido en sus pensamientos. Ojalá todo fuese distinto, ojalá fuese libre. Sabía que debería regresar adentro, ya que quedarme sentada en las escaleras con él no me traería nada bueno, pero quería permanecer así un minuto más.

—¿Si pudiese ir a cualquier lugar ahora mismo, adónde iría? —inquirí, y me apoyé en la mano que tenía a su lado—. Y no suelte una tontería.

Peter me miró sonriente. Sus largas pestañas ocultaban la sonrisa de sus ojos.

—Que me pida que no bromee con usted es una broma en sí, pero, en realidad, tengo una respuesta. Me gustaría volver a París; esta es una buena época del año para ir.

—Nunca he estado allí —admití, mientras la brisa soplaba entre los árboles sombríos.

—Le encantaría la comida. —Peter me guiñó el ojo y le golpeé el hombro, divertida, pero me esquivó con una amplia sonrisa—. Y las flores y las vistas del Sena…

—Siempre he querido ir.

—¿En qué lugares ha estado usted?

—En Londres —respondí con desdén.

Clara y yo habíamos visitado la mayor parte de la ciudad durante la temporada, pero el ajetreo y el caos de la capital me habían dejado sin ganas de volver.

—Ah, sí, su temporada. ¿Acaso no cumplió todas sus expectativas?

Me dedicó una mirada jovial mientras continuaba acariciando mis guantes con el pulgar, distraído.

—No del todo.

—Eso se debe a que yo no estaba allí y usted no pudo burlarse de mí. Imagínese toda esta diversión multiplicada de manera exponencial.

—Oh, sí. —Me reí, y me acerqué a sus ojos centelleantes—. Me lo imagino con sus elegantes fracs, un colorido pañuelo en el cuello y una sonrisa en el semblante, intentando decidir qué hacer de su vida.

Peter rio conmigo y luego volvió a recostarse. Nuestras miradas se cruzaron: sus ojos se volvieron distantes, pensativos, y un búho ululó en los árboles por encima de nuestras cabezas.

—Le pediría el primer baile.

El corazón me latió desbocado. Aún no me había imaginado cómo sería bailar con él, tan juntos el uno del otro, los dos solos. Lo miré a los labios y respiré de forma entrecortada. Estaba harta de luchar contra aquella fuerza que tiraba de nosotros. ¿Por qué negaba lo que mi corazón anhelaba con tanta nitidez? Si debía desposarme con un desconocido, ¿no me merecía gozar de una última velada con Peter? Ya me encargaría de olvidarme de él más tarde.

—Hubiera arrebatado a las demás damas la oportunidad de tenerlo a usted. —Le toqué suavemente el hombro con el mío—. Si bien carezco de habilidades a la hora de socializar, soy una excelente bailarina. No le dejaría que se deshiciese de mí y bailaríamos canción

tras canción. Todos nos mirarían. Imagínese los cotilleos.

—Oh, sí, todos cotillearían. —Peter miró al cielo. Tenía la mandíbula lisa y tensa, pero una sonrisa bailoteaba en sus labios—. Nos desterrarían de los salones durante meses. Sería una delicia.

No se me ocurría nada mejor.

—Se celebrará un baile al final de la semana. Podemos enfurecer a las pobres gentes de Hampshire toda la noche, si lo desea.

Estiré el brazo para tomar el suyo y enlazarlo con el mío, pero me levantó de la escalera, me tomó la mano derecha y me colocó la izquierda en su hombro.

—Bailemos, pues.

Sonrió ampliamente y me apretó la cintura con la mano izquierda.

—¡Peter!

Me quedé sin aliento mientras bailamos un vals en la hierba a la luz de la luna.

—Si alguien llega a vernos…

—No era una mentira. Veo que es usted una buena bailarina, incluso sin acompañamiento musical.

Danzamos al ritmo de la música que él escuchaba en la mente y me reí mientras esta nos hacía girar bajo las estrellas, elevándome y dándome más vueltas. Sus ojos verdes me sonreían, y por un instante pensé que no volvería a pasar nada malo en el mundo, como si por fin hubiese encontrado mi hogar justo aquí, con Peter. Cuando cesó nuestra música silenciosa, él ralentizó el paso y me meció en sus brazos. Apoyé la cabeza en su hombro, inhalé el aroma a pino y jabón y él me soltó la mano para acariciar uno de los rizos que me caían por el rostro. Deslicé la mano desde su brazo hasta su hombro, mientras el corazón me palpitaba con fuerza en el pecho.

Amaba a Peter Wood. Ahora lo veía con claridad, con la misma claridad con la que podía ver cada estrella en el firmamento, pero ¿sería este amor suficiente si él esperaba percibir una dote? ¿Se vería obligado a continuar con el legado de su padre a pesar de sus sueños? No podría soportar que me rechazase si se enteraba de cuál era mi verdadera situación, ni que nuestro amor se tornase en amargura, resentimiento y dolor. ¿Cómo podía saber que escoger a Peter no desencadenaría un trágico final, como cuando mi padre escogió a mi madre? Unos días, unas semanas y, en ocasiones, unos años no bastaban para saber si el amor sería duradero. No podía arriesgarme.

El señor Pendleton era la opción más segura. Se trataba de un compromiso en el que ambas partes sabían qué recibirían a cambio, en el que ninguno de los dos se arriesgaba a llevarse una decepción. Era

un compañero que podría protegerme, aliviar el dolor de Clara y proporcionarnos la seguridad que ambas necesitábamos.

Lo único que tenía que hacer era rechazar mi corazón.

Me separé de Peter y reculé varios pasos.

—Estamos aquí por nuestras hermanas. Deberíamos volver adentro y centrarnos en ellas.

Peter frunció el ceño y se aferró al aire, como si con eso todavía agarrase una parte de mí. Me di la vuelta en dirección a las escaleras para recuperar el farol.

—¿Y si no es así?

Me paré en seco al oír su voz, suave y tentadora, y me volví para encararme con él.

—Si estuviese aquí sola, ¿seguiríamos bailando juntos bajo las estrellas?

Me miró atentamente, como si mi respuesta lo fuese todo para él, y su pregunta acaparó todos mis pensamientos. ¿Por qué persistía? En realidad, era cruel imaginar cualquier cosa que no fuese el lúgubre futuro que me esperaba, pero formuló justo la pregunta que llevaba días ansiando responder. ¿Y si Peter fuese solo Peter y yo fuese solo Amelia? ¿Y si no estuviese al borde del desamparo y las circunstancias no me coartasen? Cada vez que él entrase en la sala, ¿seguiría persiguiéndolo mi corazón? ¿Se lo permitiría?

No sabía qué contestar. Me veía incapaz de dar con la respuesta.

—¿Amelia? —dijo con suavidad, a la espera.

Le di la espalda.

—No deberíamos hablar así, Peter.

—¿Cómo deberíamos hablar? ¿Le gustaría que empezase yo? Tengo muchas cosas que decir, si me lo permite.

—No.

Me volví, pero no estaba preparada para enfrentarme a su mirada: esperanzadora y dulce, de una hermosura cautivadora nunca vista, una luz que solo Peter sabía lucir, una esperanza que yo no quería que se marchitase, pero así debía ser.

—Por favor, hemos organizado este viaje por Clara. He de darle esta oportunidad a su corazón. Si *sir* Ronald propone matrimonio a su hermana, la mía quedará devastada y cualquier vínculo con su familia no hará sino afligirla, y estoy segura de que a Georgiana le sucedería lo mismo. Debemos mantener las distancias. Es mejor así; funcionamos mejor como amigos.

—Discrepo completamente.

Frunció el ceño y se me deshizo el corazón, desesperanzado y

taciturno. Tenía que decírselo, tenía que cortar el último hilo que nos conectaba:

—Debo cancelar nuestro acuerdo, Peter.

—¿Qué? —Reculó—. ¿Por qué?

—Mi vida es más complicada de lo que cree. No creo que bailase conmigo bajo las estrellas si supiese toda la historia.

La del señor Pendleton, la de lord Gray, la de nuestro desamparo y pobreza inminentes.

—No lo comprendo. —Negó con la cabeza y se le quebró la voz—. La conozco, le he contado más sobre mi vida que a cualquier otra persona. Ha de darme una explicación mejor, una razón mejor, si pretende despedirse de mí con tanta frialdad.

¿Con tanta frialdad? Jamás había hecho algo tan duro. Me armé de valor: esto era lo mejor para todos.

—Nos conocemos solo desde hace dos semanas. No me conoce de verdad, y sea lo que fuere que me tiene que decir, no se fundamenta en un razonamiento lógico.

Pensé en mis padres y en la elección que habían tomado después de aquella noche en la que se conocieron. Reculé. Peter dio un paso al frente, concentrado, e imploró:

—Le aseguro que he pensado en todo…

—He de pedirle que me disculpe. —Me limpié una lágrima y me aclaré la garganta—. En estos momentos, no puedo ofrecerle una explicación más detallada, pero creo que, con el tiempo, verá que he tomado la decisión acertada.

Tomé el farol y el regalo que me había hecho del peldaño y volví sola a la casa.

Capítulo 21

Había entrenado mi corazón para luchar contra el dolor demasiado bien. Se retiró a su jaula con mucha facilidad, como un animal demasiado lacerado para mantenerse en pie. Dormí hasta tarde al carecer de motivo alguno para levantarme.

Cuando entré en el salón, el señor Gregory se acercó a *lady* Demsworth con una reverencia.

—*Sir* Ronald y los caballeros esperan con entusiasmo su llegada para comenzar la competición, *milady*.

¿Qué competición? ¿Qué me había perdido?

—Por supuesto, ahora que Amelia está aquí, partiremos de inmediato. Hágaselo saber a la señorita Turnball, por favor, señor Gregory. —*Lady* Demsworth se volvió en mi dirección—. Al parecer, *sir* Ronald no puede esperar ni un minuto más. ¿Vamos?

—Disculpe, creo que me he perdido algo…

—Claro que sí, dado que ha tenido la mente en otros menesteres… —dijo *lady* Demsworth cuando me condujo al porche—. Los caballeros han organizado un concurso de pesca. El que pesque el pez más grande ganará un premio.

—Oh, parece… entretenido.

¿Por qué clase de premio competirían? ¿Y estaría Peter allí?

Beatrice y yo acompañamos a *lady* Demsworth al estanque, que estaba tan sereno y hermoso como lo recordaba, y allí nos encontramos a la señora Turnball, a Clara y a Georgiana. Se habían colocado unas sillas a poca distancia de los caballeros, quienes sostenían las cañas de pescar con aspecto serio, cada uno dispuesto en

un punto del estanque junto a un asistente que los ayudaría con los aparejos de pesca. Peter se encontraba cerca del estanque y me recosté en el asiento con la mirada puesta en él, a la espera, pero se negó a mirarme. Parecía que incluso nuestra amistad estaba destrozada. Intenté convencerme de que no me importaba, de que la distancia que había puesto entre nosotros era lo mejor que podía haber hecho.

—Bienvenidas, damas —nos saludó *sir* Ronald—. He decidido que el que pesque el pez más grande ganará unas entradas para la función de la orquesta sinfónica de esta noche, para el caballero en cuestión y la dama de su elección. La competición tendrá una duración de dos horas, después de lo cual se pesarán los peces, se declarará el ganador y el cocinero nos preparará un exquisito banquete.

—¡Hurra! —exclamó el teniente Rawles, que estuvo a punto de soltar la caña.

Peter se secó la frente con un pañuelo; parecía exhausto. Era harto competitivo, pero ¿era también un buen pescador? Hasta entonces, destacaba en todo lo que le había visto hacer.

—A la de tres —anunció *sir* Ronald—. Una, dos, ¡tres!

En ese instante, lanzaron los sedales, que volaron por el aire como brazos invisibles en busca de su presa. Los caballeros guardaron silencio, con la vista fija en las minúsculas ondas del agua.

—¿De dónde han sacado las cañas? —pregunté, tapándome la boca con la mano enguantada.

—*Sir* Ronald se las compró a un artesano —respondió Clara—. Son cañas de bambú importadas de la India, pero su guardabosque elaboró los sedales y los anzuelos.

—Es digno de admiración.

Por mucho que tratase de mostrarme imparcial, desviaba la mirada hacia Peter una y otra vez, y aunque estaba demasiado lejos como para descifrar su expresión, por lo tensos que tenía los hombros y la curva de su espalda podía adivinar que estaba a la espera de que algún pez picase el anzuelo. ¿Aspiraba a ganar el premio con la misma ansia que el señor Bratten o *sir* Ronald?

—Ha sido insolente por parte del señor Bratten haber traído una nasa como esa, ¿no? —comentó Georgiana con una risita.

Este llevaba colgada una cesta de proporciones considerables.

—La fabricaron expresamente para él —contestó Beatrice, mordiéndose el labio—. Fue a recogerla al mercado la semana pasada, cuando fuimos todos juntos al pueblo. Rezo para que pesque al menos un pez.

—¡Oh, miren! —Clara señaló a un punto lejano—. La cuerda del

teniente Rawles se mueve.

—Ha pescado uno —dijo *lady* Demsworth, que levantó una mano para protegerse los ojos del penetrante sol.

En la superficie resplandeciente del agua irrumpió una cola que se agitaba, y el ayudante del teniente Rawles se apresuró a atrapar al pez con una red cuando este lo acercó lo suficiente. Era grande, pero no tan jugoso como otros que había visto con Clara: había, sin duda alguna, peces más gordos que pescar.

Beatrice dio un brinco en el asiento y aplaudió cuando el señor Bratten repitió la hazaña del teniente pocos minutos después, seguido de *sir* Ronald y luego de Peter. Aplaudí junto con el resto de las damas cuando este último extrajo el que parecía ser el pez más grande por el momento. Estudié su reacción, pero parecía alicaído cuando su ayudante introdujo el pez en la nasa, como si la actividad no entrañase reto alguno de verdad. O tal vez la victoria no fuese importante para él.

Me recosté en el asiento y bebí un sorbo de la limonada que me ofreció una de las sirvientas. El sol nos quemaba como fuego, a pesar de que nos abanicábamos incesantemente.

—¿Dónde pasaste la mañana? —le pregunté a Clara.

Me incliné hacia ella y evité conscientemente observar cómo Peter sacaba del agua otro pez.

—Fuera.

Sonrió con suficiencia.

—¿Con *sir* Ronald?

—Por supuesto, hasta que Georgiana nos encontró en los jardines con ese hermano suyo —explicó Clara, que se tapó con el abanico—. Pasamos la mañana los cuatro juntos. Ya casi me había olvidado de lo desagradable que es tener aguantar las opiniones del señor Wood.

¿Peter ya había vuelto a las andadas?

—Qué desgracia, aunque creo que, a estas alturas, *sir* Ronald lo tiene todo claro.

—Eso espero, pero la hermana del señor Wood puede llegar a ser muy convincente. Me temo que todavía tiene un as bajo la manga.

—¿Hablaban de mí? —preguntó Georgiana, con una falsa dulzura en la voz y la vista fija a posta en Clara.

—¿Yo? ¿Qué tendría yo que decir de usted, señorita Wood?

Clara imitó el tono de su interlocutora tan bien que apenas le reconocí la voz. No solía actuar con beligerancia y grosería. Me sentí incómoda al estar sentada en medio de las dos en lo que duró su intercambio de palabras. La tensión embargaba el ambiente y la

situación era negativa y desagradable.

—Lo único que he oído es mi nombre y el de *sir* Ronald —dijo Georgiana, con una sonrisa agria y tentadora.

—Debe de oír solo lo que le conviene —dije antes de que mi hermana pudiese responder—. Clara y yo conversábamos sobre todos los aquí presentes, y le aseguro que su nombre no desempeñaba un papel importante en nuestra charla.

Georgiana parecía desprevenida y sentí una punzada de culpa. ¿Qué le diría ella a su hermano y cómo reaccionaría él al descubrir el modo en el que me había dirigido a su hermana?

—Gracias —me susurró Clara—. No la soporto más, es como una mosca molesta de la que es imposible deshacerse.

Dejé caer los hombros, a caballo entre la lealtad que debía a mi hermana y una repentina ráfaga de emociones que me suscitó su contrincante. ¿Deseo de protegerla? ¿Compasión? Fuera lo que fuese, chocaba con mis instintos naturales. Esta se cambió de asiento con Beatrice instantes después y comenzó a reír con *lady* Demsworth, lo que agravó el malhumor de Clara. Se intensificó el calor vespertino, patente tanto en la temperatura como en el temperamento, y moví el abanico tan rápido que casi se convirtió en un borrón.

—¡Tiempo! —anunció un ayudante que sostenía un enorme reloj por encima de la cabeza.

Los caballeros hicieron entrega de las cañas a sus ayudantes y acercaron sus nasas para someterlas a revisión. Uno a uno, se pusieron los peces en una báscula y se midió la longitud de cada uno. Al final, el ayudante entregó un papel a *sir* Ronald, alrededor del cual los caballeros y las damas formamos un semicírculo. Lo desplegó. La espera era insoportable.

—Tras pescar un pez de seis kilos y doce gramos, el premio es para… Wood. —*Sir* Ronald se secó el sudor de la frente, fruto del calor sofocante—. Has ganado una noche en la orquesta sinfónica. Anuncie a su compañera.

Hubo una ronda de ovaciones y Peter asintió con una media sonrisa. Se frotó la nuca, casi como si estuviera indeciso. ¿A quién seleccionaría? ¡Cuánto deseaba que las cosas fuesen distintas entre nosotros! De ese modo, podría escogerme a mí y podríamos acudir en calidad de amigos. Me sorprendí a mí misma estudiando los rostros de las damas que tenía a mi alrededor. Contuve el aliento. La distancia era lo mejor; yo tenía un plan y debía limitarme a seguirlo.

—La señorita Moore —declaró Peter, que miraba a *sir* Ronald con los ojos entrecerrados a causa del sol reluciente—. Si está conforme,

por supuesto.

¿Yo? Me ardió el semblante a pesar de que me abanicaba con vigor, y *sir* Ronald me miró para conocer mi respuesta. No podía rehusar la invitación delante de todo el mundo, algo de lo que Peter era consciente. Él sabía que deseaba centrarme en el futuro de Clara y que anoche lo había rechazado, pero, aun así, me había elegido a mí. ¿Debería enojarme porque había hecho caso omiso de mis deseos con tanto descaro o conmoverme porque yo le importase lo suficiente como para pasarlos por alto? Mi mente defendía la primera postura, pero mi corazón… mi corazón solo sentía alivio.

—Será un placer.

Traté de sonar indiferente y Peter me observó con curiosidad, como si estuviese midiendo el grado de sinceridad de mis palabras.

—Maravilloso, nos marcharemos justo después de la cena y Georgiana será nuestra carabina.

Tras ello, la gente se dispersó, algunos más abatidos que otros, aunque nadie estaba tan descontento como Georgiana, que se acercó a su hermano a pisotones para plantarle cara. Los miré de soslayo; juraría que lo estaba reprendiendo, pero él se limitó a esbozar una sonrisa amable y sencilla, como si nada le importase en el mundo.

Capítulo 22

Después de la cena, Mary me peinó de nuevo y me roció el vestido con agua de rosas. Por primera vez desde que llegamos a Lakeshire Park, había comido poco y bebido incluso menos en la cena, y aunque Mary me obligó a comer un bocadillo frío para no tener dolor de cabeza, solo podía pensar en Peter. Si tenía cuidado esta noche, quizá podría convencerlo de que, a pesar de lo que le había dicho y de lo que debía hacer, podíamos seguir siendo amigos.

Peter y Georgiana me aguardaban en el vestíbulo, y cuando di un paso al frente para encontrarme con ellos, este me tomó la mano.

—Está usted hermosa —dijo en voz baja.

—Gracias.

Me permití echar un vistazo a su abrigo, que encajaba a la perfección, y a su cabello ondulado.

—Tenía toda la razón respecto al violeta; lo viste como una reina.

Enlazó nuestros brazos y Georgiana se aclaró la garganta cuando pasamos a su lado. Hice una mueca, avergonzada al tenerla tan cerca de nosotros, pero a su hermano no parecía afectarle.

—Solo bromeaba, Peter —susurré.

—Yo no.

Me ayudó a instalarme en el carruaje, empapelado de tonalidades azules y doradas. Le dediqué una mirada insinuante y él me respondió con una simple sonrisa. Este hombre era pertinaz.

Me senté en un lado, con Georgiana y él enfrente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunté, y me moví en el asiento. Esperaba que no tardase demasiado; ya me había cansado de

los labios fruncidos de Georgiana.

—Menos de media hora. Se encuentra al norte del pueblo, en dirección a Winchester —explicó Peter, que se recostó—. Relájate, Georgiana. Te encanta la orquesta sinfónica.

—Así es —masculló—, pero tenía a otros acompañantes en mente.

—No tienes que expresarte de forma tan misteriosa en presencia de la señorita Moore, ya que no es ningún secreto que tú y la señorita Clara competís por el mismo caballero.

Peter bajó el mentón y la miró, y su hermana le dedicó una mirada horrorizada. ¿En qué estaba pensando? La pobre parecía estar a punto de saltar del carruaje.

—Es cierto. —Me aclaré la garganta. ¿Y ahora en qué estaba pensando yo? Las palabras se me escurrieron de los labios cuando exhalé y me fue imposible controlarlas—. Le ruego que me disculpe por lo que le dije antes: Clara hablaba de usted, efectivamente.

—¡Lo sabía! —Georgiana señaló a su hermano—. Me detesta y pretende arruinarme la vida.

De pronto, comprendí cuáles eran las intenciones de Peter para con esta velada: anhelaba salvar las distancias entre su hermana y yo. ¿Acaso creía que aquello cambiaría las cosas? ¿Las cambiaría?

—No la detesta —dije, acaparando su atención—, ni yo tampoco, pero las circunstancias nos exigen que actuemos como enemigas por el momento.

—¿Ves? —dijo Peter, como si quisiese demostrarle algo—. Eso es exactamente lo que te he dicho. Seguramente, la señorita Clara sería tu amiga si *sir* Ronald no estuviese de por medio.

—Pero lo está. —Se cruzó de brazos—. Y le has dado una velada entera con él a solas, mientras yo estoy aquí encerrada contigo.

Peter me dedicó una mirada fugaz, preocupado, antes de volverse a ella.

—Solo la primera parte de la velada. Seguramente, la señorita Clara se irá a dormir con su hermana en cuanto regresemos.

Georgiana me miró, y resurgió una emoción conocida, una fuerza pesada que reclamaba que le prestase atención, que exigía actuar, sin importar lo poco pragmático y lógico que pudiese ser. Lo cierto era que nunca había deseado ser del agrado de aquella mujer tanto como en aquel momento.

—Peter tiene razón —respondí—. Me aseguraré de ello esta noche.

Georgiana volvió a sonreír y se volvió hacia su hermano:

—Pero encontraré el modo de hacerte pagar por esto. La noche es joven.

Sus palabras me recordaron al favor que Peter me debía desde nuestra lucha en el barro, y los miré a ambos.

—Efectivamente, la diversión acaba de comenzar —dije—. El señor Wood tiene que cumplir su promesa.

Peter enarcó una ceja, pero Georgiana sonrió.

—¿Qué promesa?

—Me debe un favor muy general: puedo pedirle cualquier cosa. Tal vez usted podría ayudarme a elegir su destino esta noche.

—¡Oh, qué intrigante! Es una gran ventaja y parece divertido. ¿Qué podemos obligarle a hacer?

Georgiana se acercó a su hermano y le estiró el pañuelo del cuello. Este frunció los labios y me dedicó una mirada reprochándome la traición.

—Quizá podría satisfacer todas nuestras necesidades, como un mayordomo —propuso Georgiana entre risas.

Su repentino cambio de humor me animó.

—U obligarlo a levantarse y aplaudir después de cada pieza.

—Qué humillante. —Sonrió ampliamente—. Y brillante.

—¿He de recordarle que ya le he hecho este «favor» que ha compartido con mi hermana al darle un regalo, señorita Moore? —dijo Peter, y bajó el mentón.

—No se preocupe, estoy segura de que no tardará en deberme otro.

Georgiana y yo proseguimos con nuestros ardides el resto de la travesía, mientras el estado de ánimo de Peter oscilaba entre la risa y la taciturnidad. El viaje duró unos veinte minutos, pero se me antojaron cinco gracias a la conversación. El carruaje paró a las puertas de un amplio edificio de ladrillo marrón claro con dos columnas a ambos lados de la entrada. Él se apeó de inmediato, me ayudó a bajar y me sostuvo la mano con firmeza, mientras ayudaba a su hermana con la izquierda. Cuando ella se hubo distanciado lo suficiente como para no oírnos, me estrechó contra él y entrelazó nuestros brazos.

—He intentado enfadarme con usted —dijo con voz apacible—, pero mi hermana está sonriendo de verdad, y eso vale más que mi orgullo.

—Le prometo que no lo llevaremos a la ruina, Peter.

Le di un codazo y su sonrisa surgió en su rostro en su plenitud. Era como si nunca hubiésemos tenido la conversación de anoche.

—Lo dudo, aunque esperaba que usase el favor para algo que… nos beneficiase a ambos.

Estuve a punto de tropezarme.

—Peter Wood.

Un sirviente nos abrió la puerta del teatro. Georgiana ya había encontrado a algunas amistades, con las que dialogaba junto a una amplia escalera recubierta con una alfombra roja que llevaba a los asientos más altos. Se colocó a nuestro lado mientras subimos los peldaños, con los ojos rebosantes de emoción. Jamás había escuchado una orquesta sinfónica, pero el entusiasmo de la señorita Wood resultaba contagioso. Peter nos condujo a los asientos de un balcón en lo alto, en la parte izquierda del teatro. La multitud ya se sentaba a nuestro alrededor, y la zona estaba decorada con asientos acolchados de color rojo que se cernían sobre el vasto escenario negro. Cuando me aproximé al borde del balcón, me abrumó el tamaño del auditorio que tenía a mis pies, así como el de los asientos que había incluso por encima de nosotros en un balcón trasero. El techo lo coronaban unos ornamentos florales y vides talladas, y las paredes estaban empapeladas de tonalidades rojizas y marrones.

Me senté junto a Peter y me acomodé justo cuando se corrieron las cortinas y la orquesta sinfónica hizo acto de presencia. Todos los músicos iban vestidos de negro y sus instrumentos relucientes brillaban bajo las luces del teatro. Estábamos lo suficientemente cerca como para apreciar el modo en el que apretaban las cuerdas y hojeaban las partituras hasta el último momento, cuando el director se puso en pie para saludar al público.

—Amelia —susurró Georgiana al otro lado de su hermano—, quizá deberíamos obligar a Peter a tocar la viola cuando regresemos. Lo hace bastante bien.

—Prefiero tirarme de este balcón.

El aludido se cruzó de brazos con aires de grandeza y Georgiana arrugó la nariz en un intento de reprimir la risa. Una mujer de mayor edad se volvió para acallarlo, lo que no hizo sino incrementar las ganas de reír de Georgiana, hasta que al fin el director tomó la palabra y el silencio se apoderó de la sala.

—Mira los adornos tallados —dijo Georgiana a su hermano en voz baja—. Nunca los había visto desde esta perspectiva.

Peter me rozó la falda del vestido con la mano al inclinarse para observar la decoración del techo.

—Son fascinantes. Creo que son griegos.

Me apasionaba lo que le gustaban la arquitectura y la cultura. Lo observé mientras él estudiaba la sala. Bajó el mentón lentamente hasta que nuestras miradas se encontraron; la suya transmitía seriedad.

—¿Qué opinión le merece todo esto?

—Me encanta. Todo. La iluminación, el empapelado, las alfombras… incluso el olor a humedad.

Peter contuvo la risa y puso la mano en la pierna, cerca de la que yo tenía apoyada en el regazo.

—Es parte de la experiencia, ¿verdad?

Aparté la mirada y me obligué a recordar cuál era mi lugar y mis objetivos. Podríamos ser amigos, pero nada más. Cualquier afecto que creyese que me profesaba sería pasajero. Deseaba que la música comenzase ya.

—Georgiana sabe lo de los guantes —me dijo con suavidad—. Se lo dije esta mañana.

Lo miré fijamente.

—¿Cómo? ¿Qué dijo al respecto?

—Estoy cansado de guardar secretos; los detesto, en realidad. A Georgiana le pareció divertida la historia, pero no la ha vuelto a mencionar. Tendría que habérselo contado ese primer día en casa de Demsworth. Tendría que habérselo contado a todos.

—No —respondí, negando con la cabeza—, es mejor así.

—¿Por qué? —Me miró con vehemencia—. ¿Qué beneficio aporta guardar un secreto a un ser querido?

Tenía la sensación de que no había formulado la pregunta por casualidad, sino que la había lanzado por un motivo en concreto.

—Tal vez una tema perder el buen parecer de esa persona o que la mire de forma diferente.

—Eso es, precisamente, lo que más admiro del amor, señorita Moore. El estatus social, el dinero o los defectos no pueden distorsionar fácilmente la opinión del enamorado. A no ser que este se sienta traicionado, actuará con indulgencia y se mantendrá firme, sin importar los contratiempos a los que deba enfrentarse.

Cerré los ojos y suspiré. Me sentía como una de esas plumas que se llevaba el viento: flotaba en lo alto, desfallecida. ¿Hablaba en serio? ¿De verdad consideraba que el dinero, o su carencia, no podrían distorsionar el amor? Mi secreto no era tan minúsculo como un par de guantes; mi secreto provocaría toda una conmoción de ser descubierto, y, sin importar de lo que Peter tratase de convencerme, yo sabía la verdad: como poco, el amor era un arma de doble filo.

Entonces, la música llenó la sala como una marea arrolladora. Una harmonía perfecta de notas, clamorosas pero serenas, reverberaba en las paredes mientras los músicos interpretaban una pieza tras otra, algunas veloces y alegres, otras sombrías y pausadas.

Peter ladeó la cabeza y cerró los ojos para gozar del momento. A

pesar de lo que me deparaba el futuro, me alegraba de poder compartir este instante con él, este recuerdo en el que la música nos transmutó a ambos. Me incliné hacia su oreja:

—¿Puede sentirla?

Sus ojos buscaron los míos *ipso facto*.

—¿A qué se refiere?

—A la música. Es como si las notas me cosquilleasen la piel.

Peter se acercó a mí y nuestras piernas se rozaron.

—Puedo sentirla —me murmuró al oído, lo que hizo que me temblase todo el cuerpo— y no quiero que cese jamás.

Todos nos pusimos en pie para aplaudir la sublime interpretación de la noche tras terminar la pieza final. Peter me habló por encima de la ovación:

—Hay alguien a quien me gustaría que conociese. Se trata de un viejo amigo de Eton.

Abrí la boca para protestar, pero la emoción patente en sus rasgos me frenó. Georgiana reprimió un bostezo; parecía tan cansada como yo. Sin embargo, cuando nos mezclamos con el gentío, fue a mí a quien llamaron. Era una voz que había intentado olvidar.

—¿Amelia? ¡Amelia Moore!

—¿Quién es esa? —inquirió Georgiana, con una mano en la cintura.

—¡Tú! —dijo Evelyn con altivez, mientras se abría paso por entre la multitud. Sobrecogía lo mucho que se parecía a lord Gray, así que tuve la sensación de encontrarme en Londres de nuevo, de donde me desechó como si fuera una flor marchita—. ¿Por qué no estás en casa con Robert?

Su voz chillona estaba repleta de desdén, y me ruboricé al ver que pronunciaba mi nombre como si le ensuciase la boca. Aparté el brazo del de Peter antes de que ella percibiese nuestro vínculo con su mirada entrecerrada.

—A Clara y a mí nos invitaron a Lakeshire Park dos semanas. Volveremos a Brighton en breve.

No obstante, ella debía de saber que aquello era una mentira: ¿por qué si no estaría aquí, tan lejos de su hogar en Bath y tan cerca de Brighton? Inspeccioné la sala en busca de mi primo. Si Trenton estaba aquí, significaba que no iba a perder el tiempo para reclamar la propiedad de Gray House.

—Y pensar en todo lo que mi hermano ha hecho por ti, incluso después de que falleciera tu madre… pero aquí estás. —Evelyn frunció el ceño, disgustada, y negó con la cabeza—. No importa, han llamado a Trenton. Se acabó, ya no podrás gozar de la compañía de la alta

sociedad.

Peter dio un paso al frente con el pecho henchido.

—Cuide sus palabras, señora.

—¿Y usted quién es?

Los labios de Evelyn esbozaron lentamente una sonrisa maliciosa.

—Es evidente que no hace falta que nos presenten.

Peter entrelazó nuestros brazos y me fijé en Georgiana, que me miraba con interés y compasión.

—Tenga cuidado con ella —canturreó Evelyn cuando el señor Wood hizo que nos alejáramos—, su familia no ha podido caer más bajo.

Peter apretó el puño y yo casi tuve que correr para seguirle el ritmo. Tenía las lágrimas en las comisuras de los ojos. Culpa, rabia, pesar, lástima, dolor, vergüenza: lo sentía todo a la vez y con gran intensidad. Si Peter no había visto quién era yo de verdad hasta entonces, ahora no quedaba duda de que podría atar cabos. Me obligué a mantener la compostura mientras esperamos por el carruaje; cuando llegó, prácticamente me arrojé al interior, me acurruqué en un rincón del banco y me tapé la cara con las manos. Intenté no llorar.

Oí a Georgiana colocarse la falda del vestido a mi lado y a Peter suspirar hondo cuando cerró la puerta tras de sí. Anhelaba huir y ocultarme bajo la roca más grande de todas. ¿Qué debía de pensar de mí ahora? Me hundí y reprimí las emociones que pugnaban por destrozarme. Luego, el carruaje dio un empujón hacia delante y me fue imposible contenerme más.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó la señorita Wood con suavidad, incapaz de contener la curiosidad.

—Georgiana —la advirtió su hermano con severidad.

Ella extendió la mano y me tocó el brazo.

—Fue muy descortés, fuera quien fuese. Usted no se lo merecía, Amelia.

Me estalló el corazón y sollocé sin tapujos. Peter hizo amago de acercarse a mí, pero Georgiana lo paró, y con razón: consolarme estaría fuera de lugar y no sería para nada decoroso, sin importar lo mucho que desease hundirme en sus brazos. En cambio, ella me estrechó en los suyos y me acarició el cabello con la mano enguantada.

—Nos olvidaremos de esa horrible mujer y de su papada, y las llevaremos a usted y a su hermana a la cama —pronunció la última palabra con diversión y yo solté una risita entre lágrimas, reprimiendo otro sollozo.

He aquí el motivo por el que no podía confiar en el corazón. Tan solo causaba dolor. Me concentré en el sonido reconfortante de los cascos de los caballos, cerré los ojos y respiré hondo mientras Georgiana me acariciaba el brazo. La miseria había venido a por mí de nuevo, y huir de ella sería tan ilógico como huir del paso del tiempo, pero, aun así, siempre lo intentaba.

Cuando el carruaje llegó a su destino, tenía las mejillas secas y entumecidas. No podía soportar la cara de dolor de Peter mientras me ayudaba a apearme y casi corrí escaleras arriba en dirección a mi alcoba al bajar, donde Mary me ayudó a quitarme el vestido y a ponerme el camisón. Estaba sentada frente al espejo, quitándome las horquillas del pelo, cuando la puerta se abrió de par en par y Clara entró frenética. Al verla, volví a derrumbarme.

—¡Amelia! El señor Wood insistió en que viniera a verte de inmediato. —Se arrodilló junto a mí y me miró con desesperación—. Dijo que te habías encontrado con alguien en el teatro.

—Mañana —imploré. Me sequé las lágrimas y traté de recomponerme. No soportaría tener que contarle la verdad esta noche. Mañana se lo diría todo—. ¿Me cantas hasta que me duerma?

—Claro que sí. Mary, ¿me ayudas con el vestido? La velada ya está a punto de terminar, de todos modos.

Clara me sonrió antes de arroparme en el lecho. Poseía tanta fuerza, tanto valor… ¿Se enojaría conmigo por haberle ocultado los secretos de lord Gray durante tanto tiempo? Solo había intentado proteger su corazón y darle una oportunidad para que fuera feliz sin cargar con el peso de nuestro sino.

Mientras escuchaba la melodía de la voz de soprano de Clara, pensé en el hogar y en la felicidad y, justo antes de caer en la inconsciencia, en un par de curiosos ojos verdes.

Capítulo 23

Cuando una abre los ojos al despertar, vive un momento de paz en el que el mundo es como debería ser, pero, con un solo parpadeo, el momento se desvanece como humo en el viento.

—Buenos días, señorita. —Mary unió las manos e hizo una reverencia—. El señor Wood me ha pedido que le trajese esta bandeja. La mayoría de los invitados ya han salido para pasar el día, y *lady* Demsworth prevé que el señor Pendleton llegue en algún momento de la tarde.

Me froté los ojos e hice una mueca.

—Gracias, Mary.

Cuando abrió las cortinas, pude ver la bandejita con mayor nitidez, en la que había un té rodeado de galletas y moras recién recogidas. Pensé en Peter de inmediato y me dio un vuelco el corazón al recordar la forma calamitosa en la que había concluido nuestra velada anoche. Apreté una mano contra la frente. Nunca me había sentido tan avergonzada.

Me llamó la atención una nota plegada junto a la taza de té, en la que un caballero había garabateado mi nombre, y reparé en la superficie lisa del papel cuando lo desdoblé.

> *Amelia:*
>
> *Espero que haya dormido plácidamente anoche y que el sueño haya logrado eliminar los crueles recuerdos de nuestra velada. Asimismo, espero que se haya despertado renovada y con la misma hermosura con la que siempre la encuentro.*

Deseo transmitirle el gozo que sentí al conversar con usted en el teatro. Su compañía es, simple y llanamente, mi lujo preferido. En caso de que sus recuerdos sigan suscitando el más leve disgusto, le ofrezco un té como a mí más me gusta, así como unas galletas y las moras más dulces que pudo encontrar el cocinero para que comience el día.

Me he llevado a Clara y a Georgiana al centro para seleccionar las flores del baile, así que ambas se mantendrán alejadas de Demsworth, para que usted no se inquiete. He considerado que distanciarnos una tarde podría favorecernos a todos.

Si regreso de una pieza, espero verla por la tarde.

Atentamente suyo:
Peter.

—Está sonriendo; espero que sean buenas noticias —comentó Mary cuando depositó un vestido blanco en el borde de la cama.

—¿Sigue fuera Clara?

Dejé la carta y me tomé la taza de té, que estaba exquisito: dulce y con un toque amargo.

—Sí, en compañía del señor Wood y su hermana. Se marcharon hace una hora.

Mary se debatió con las mangas de mi vestido y lo tomé como una indirecta para que me apresurase con los preparativos matinales. Después de vestirme y de degustar las moras y el té mientras Mary me peinaba, me calcé las zapatillas y tomé la capa de la percha.

Oí unas voces al llegar a lo alto de la majestuosa escalera, y cuando bajé al segundo piso, reconocí la de *lady* Demsworth, pero hasta que la totalidad del vestíbulo no entró en mi campo de visión, no descubrí la identidad de la persona con la que conversaba.

—¡Señorita Moore, justo a tiempo! El señor Pendleton ha llegado para pasar el día y me estaba contando lo entusiasmado que está por conocerla.

La sonrisa de *lady* Demsworth casi le llegaba a las orejas.

Me paré en mitad de la escalera y desvié la vista de la anfitriona al esbelto caballero de apariencia inteligente que sujetaba de forma distraída un sombrero de copa con la mano. Su sonrisa destilaba esfuerzo, y si bien había amabilidad en sus ojos, también se desprendía de ellos cansancio y hastío. Reparé en mi corazón, que

permanecía inmóvil e indiferente, y bajé los escalones restantes para saludarlo.

—Señor Pendleton, me alegro de que haya podido viajar con tanta presteza. —Hice una reverencia—. Es un placer conocerlo tras haber oído tantos halagos sobre su persona por parte de su tía.

El señor Pendleton se inclinó en señal de respeto.

—El sentimiento es mutuo, señorita Moore.

Su voz era honda, firme, nada que ver con el desparpajo y la viveza que caracterizaban la de Peter. *Lady* Demsworth juntó las manos y dijo:

—Ya han enviado tus pertenencias a tu alcoba, David. ¿Te apetece dar un paseo para estirar las piernas después del viaje? Tendrás un té esperándote a tu regreso.

No me atrevía a decirle que yo ya había bebido una taza.

—Gracias, tía, de acuerdo —dijo el señor Pendleton, y una sonrisa más sincera le llegó a los labios.

Lady Demsworth se volvió para retirarse y fui consciente de la profunda incomodidad que emanaba de esta situación: una mujer y un hombre que se veían por primera vez para decidir si podrían forzar una unión matrimonial de una forma lo suficientemente buena para ambas partes. Me dije a mí misma que se trataba de un negocio y que nada tenía que ver con mis tardes con Peter. Esto era diferente. Esto era ser práctica.

—¿Vamos? —propuso el señor Pendleton, que me ofreció el brazo.

Lo tomé con suavidad. Era unos treinta centímetros más alto que yo, y me fijé en su mandíbula cuadrada, en la punta de su nariz y en el color avellana de sus ojos. Era, tal y como *lady* Demsworth sostenía, bastante agraciado, pero le faltaba algo, chispa. Me preguntaba qué es lo que veía él en mí.

—¿Qué tal el viaje? —pregunté mientras me llevaba por el sendero de gravilla en la zona sur del recinto de la casa.

—No ha sido muy largo —respondió—. Mi casa de campo se encuentra a un día de aquí.

—Tiene razón, pues; no ha sido muy largo.

Me mordí el labio. A diferencia de Peter, conversar no era su punto fuerte.

—¿Qué hay de su estancia en este lugar tan aislado? —preguntó—. ¿Cómo lo está llevando?

—Bastante bien, mi hermana se está divirtiendo mucho y los Demsworth han sido unos excelentes anfitriones; nos han mantenido ocupados y entretenidos.

Le sonreí, pero él se limitó a mirar al frente y a caminar con paso firme.

—Demsworth siempre ha sido simpático y le gusta agradar a los demás.

—¿Y usted? ¿Es simpático, señor Pendleton, o más bien introvertido? —pregunté.

Era mejor que supiera cuanto antes que no deseaba perder el tiempo en intentar conocerlo. Si de verdad queríamos que esto funcionase, él tenía que saber tanto de mí como yo de él. Me miró sorprendido y luego me dedicó una media sonrisa, como había hecho antes:

—Depende del día, supongo. Usted, en cambio, infiero que es más simpática.

—Depende del día —concordé.

—Mi tía me ha comentado que su familia está… rota.

El señor Pendleton inspeccionó el paisaje que teníamos ante nosotros.

—Bastante, como la suya, según me han dicho.

—Sí —dijo, con una voz teñida de lamento—, de forma distinta.

—Mi más sentido pésame —dije, e hice una breve pausa—. ¿Entiendo que tiene dos hijas?

Entonces, sus ojos se iluminaron, aunque fugazmente.

—Margaret y Annalise. Es la primera vez que me separo de ellas desde que…

—Entiendo —intervine con rapidez, para evitar que tuviera que ahondar en un asunto doloroso—. Debe de ser muy difícil para ustedes tres.

El hombre asintió.

—¿Usted solo tiene una hermana, entonces?

—Sí, Clara. Ella y yo somos inseparables, al menos mientras no se despose.

Conseguí que el señor Pendleton me dedicase una amplia sonrisa, pero no que me respondiese. Caminamos en silencio unos instantes y temí haber dicho demasiado. Él tendría que decir algo, aunque solo fuese para aliviar la manifiesta incomodidad que me embargaba. Conté los pasos mientras paseaba y, al llegar al número veintitrés, retomó la palabra. Se aclaró la garganta y aminoró el paso:

—Es más bonita de lo que imaginaba y es fácil conversar con usted. Me cuesta creer que una dama como usted precise de un acuerdo como el que le ofrezco.

Me paré y alcé los ojos para mirarlo.

—Son palabras amables, pero también acusatorias, señor.

—Solo pretendo decir que no me sorprendería que mi tía lo hubiese organizado todo para emparejarla conmigo.

Enarcó una ceja. Me solté y me crucé de brazos.

—Lo tomaré como un cumplido, pero le aseguro que las circunstancias son aciagas. Para serle honesta, mi padrastro morirá en cualquier momento y nos ha dejado a ambas sin hogar y sin un céntimo. A no ser que Clara o yo nos comprometamos antes de que finalicen estas dos semanas, quedaremos desamparadas y sumidas en la miseria.

El señor Pendleton echó la cabeza hacia atrás.

—No puede ser.

—¿Intenta convencerme de que busque a otra persona? De ser así, creo que ambos podríamos salir perdiendo.

El señor Pendleton parecía pensativo.

—Es usted de armas tomar, señorita Moore.

—Puede llamarme Amelia. No disponemos de mucho tiempo para conocernos en profundidad.

El hombre me inspeccionó el rostro y alcé el mentón para ofrecerle una mejor perspectiva. Revelar mis secretos a un caballero en voz alta había hecho que me sintiese libre. Ahí estaba yo, en mi posición vulnerable, frente a él, pero no me importaba en absoluto el juicio que se pudiese formar de mí.

—David —contestó—. Me alegro de conocerla, Amelia.

❄❄❄

David y yo nos terminamos el té y disfrutamos de la suave brisa que soplaba en el porche. Conversamos con facilidad y me sentí lo suficientemente cómoda en su presencia. Era una persona reservada que hablaba con voz suave, pero que defendía sus opiniones con firmeza. Me agradaba que se animase a compartir su parecer, pero solo cuando lo considerase necesario. Le gustaba hablar de asuntos de actualidad y yo lo escuchaba con interés, aunque tuviese poco que comentar al respecto. Con todo, no se metía conmigo y apenas sonreía o bromeaba.

El polvo del camino se elevó hasta los árboles, señal de que unos caballos se acercaban. Quizá se tratase de un carruaje. Peter. Me enderecé en el asiento; de pronto estaba nerviosa y me sentía vulnerable. ¿Qué pensaría el señor Wood al verme con David? ¿Se lo

esperaría? Claro que no. Peter no tenía la menor idea de que yo guardase tal secreto.

—¿Le gustaría montar a caballo? —sugerí, y me volví en dirección a mi acompañante.

Tenía que escapar, y rápido.

—Parece que sus compañeros han regresado. —David hizo señas a un sirviente para que se llevase las bandejas—. Hace tiempo que no veo a mi primo. Me temo que no tenemos una relación muy estrecha.

Me lamí los labios. ¿Por qué no había sido más sincera con Clara? No lo había pensado bien. Todo el control que creía poseer se me escurría por los dedos como si de miel se tratara. Seguí a David hasta el carruaje, cuyas puertas abrió el señor Gregory. Peter se apeó con el ceño fruncido y ayudó a mi hermana primero y luego a la suya. Lo siguió otro carruaje en el que viajaban los demás. ¿Se habían ido todos juntos?

—¡David! —lo llamó *sir* Ronald.

Se dieron la mano y los invitados se arremolinaron a su alrededor. Sentí la mirada de Peter clavada en mí antes incluso de devolvérsela.

—¿Qué tal ha pasado la mañana? —me preguntó, y me apartó de los demás.

Ya añoraba el tono espontáneo de Peter, la sonrisa gentil que parecía que nunca abandonaba sus labios cuando estábamos juntos y la luz de sus ojos. Recordé la carta que me había escrito esta mañana y me alisé los rizos que me flanqueaban el rostro.

—He descansado bien, sin duda —dije, fascinada por la repentina seriedad de su mirada—. Gracias por el té y las moras.

—¿Y la nota?

Peter dio un paso al frente con una flor rosa en la mano. Bajé la vista hasta el pañuelo que llevaba en el cuello. La nota. ¿Estaba mal permitir que mi corazón se desbocase con solo recordarla? ¿Incluso ahora, con David a pocos pasos de mí? Por mucho que tratase de alejar al señor Wood de mí, parecía que no hacía sino acercárseme más. Me aclaré la garganta.

—Con la nota…

No podía mirarle a los ojos. Estábamos delante de todo el mundo, demasiado a la vista aquí en pie, manteniendo una conversación secreta rodeados de gente. Jamás había sentido tanta presión como en este momento.

—Con la nota ha sido usted muy considerado, señor Wood. Gracias.

—¡Amelia! —me llamó Clara, que se alejaba de David en nuestra dirección. No sonreía—. ¿Qué significa todo esto?

No recordaba la última vez que la había visto tan enojada.

—Por favor, baja la voz, Clara, cariño.

Se paró frente a mí y Peter reculó unos pasos, con el ceño fruncido.

—Este caballero le ha dicho a *sir* Ronald que está aquí por ti.

Busqué al señor Wood con la mirada. Si había oído algo, lo disimulaba.

—Te lo explicaré, pero más tarde.

—¿A qué se refiere? ¿Conoces a este hombre?

—Acabo de conocerlo. Por favor, te prometo que te lo contaré todo esta noche —le imploré en susurros, pero con ímpetu.

—Señorita Moore —dijo David, que se acercó a nuestro pequeño círculo.

Me sentí aturdida, mientras los ojos me iban de Peter a Clara y de ella a David ¿Qué debería hacer? ¿Qué debería decir? Sabía lo que quería, pero lo que quería no era posible. Lo que quería no causaría sino más dolor y rechazo.

Mi hermana se volvió para incluir a David en el círculo.

—Señor Pendleton —dije, y exhorté a mi voz a sosegarse—, permítame que le presente a mi hermana, Clara. Clara, este es el señor Pendleton.

—Es un placer conocerla, señorita Clara —dijo David, y se inclinó.

Clara hizo una reverencia y conversó con él cortésmente sobre su visita. Yo miré a Peter, quien me pidió que lo acompañase con un gesto de la cabeza. Sin embargo, no podía moverme, ahora no. Conocía a Peter desde hacía dos semanas, y si lo que su hermana había dicho era cierto, cuando se enterase de lo pobre que era todo cambiaría. ¿Cómo podía fiarme de lo que sentía por él o de lo que él sentía por mí? ¿Cómo podía arriesgar mi futuro y el de mi hermana por algo tan voluble como el amor? Y más teniendo en cuenta que Clara detestaba a su hermana y, por extensión, a él.

Si me quedaba con David, este me proporcionaría buena compañía y tendría seguridad y un bienestar hasta el fin de mis días, al igual que mi hermana. Conocía cuál era mi situación y me aceptaba; no era amor lo que buscaba, así que no esperaría más de mí y nunca me arriesgaría a perder su afecto, pues jamás llegaría a poseerlo.

—¿Desea montar a caballo? —dijo David, con lo que consiguió desviar mi atención.

Peter me observó con el ceño fruncido.

—Por supuesto.

Lo tomé del brazo. Este era el camino menos doloroso, el más seguro. Clara nos miró y negó con la cabeza, aunque no sabía lo

imperioso que era este compromiso. Volví a la casa junto al señor Pendleton para ponerme el traje de montar.

❄❄❄

Grace parecía moverse con una pereza poco habitual, seguramente debido a que, al acercase el ocaso, la temperatura había subido. Dado que me había habituado al ritmo pausado de *Summer*, no me importaba. Echaba de menos a esta última, pero *Winter* la necesitaba más que yo en esos momentos. David nos seguía el ritmo, aunque, como fruncía los labios, me pregunté si deseaba cabalgar a una velocidad mayor.

—¿Tiene muchos caballos? —pregunté.

David se revolvió en la silla.

—Normalmente, vendemos a los potros. Sobre todo, tengo caballos de carreras en los establos.

Ah, eso explicaba que frunciese los labios. Estaba en lo cierto: no debía de estar acostumbrado a montar a un ritmo tan lento. *Grace* respondió a la profundidad de su voz masculina y viró a la derecha para morderle la pierna, y este arreó a su caballo justo a tiempo para evitarlo.

—Discúlpeme —dije, y tiré de las riendas de *Grace*—. Va a la suya.

—En efecto —contestó, ceñudo—, creo que no le gusto.

—*Grace* prefiere correr, pero por algún motivo hoy está más irascible que de costumbre.

—No se preocupe, mantendré las distancias desde ahora. Pienso partir después de la cena, pero tenemos varios asuntos pendientes por resolver.

Eché una ojeada al señor Beckett, que montaba a pocos pasos detrás de nosotros.

—Por supuesto.

—Disculpe mi torpeza. Hace poco que sopeso la posibilidad de casarme, y dada la celeridad con la que mi tía la recomendó a usted, me temo que he tenido poco tiempo para pensar en qué decir. Desconozco qué es lo que ella le dijo sobre mi situación, pero me gustaría hablar con franqueza antes de proseguir —dijo solemnemente —. He perdido al amor de mi vida, a la madre de mis hijas, y nunca hallaré a otra mujer a la que tenga en más estima. Ella sola llena mi corazón. —Miró a la lejanía de manera intencionada—. No obstante, sí que necesito a una compañera, a alguien que supervise los

quehaceres del hogar, que cuide de mis hijas y que se encargue de su educación. Hemos llevado una vida modesta desde la muerte de mi esposa, pero mis hijas precisan de una dueña de la casa que les sirva de ejemplo. Y necesito ayuda.

Grace relinchó debajo de mí, sacudió la cabeza y se reajustó el bocado. David continuó:

—Basta con que usted y yo seamos amigos, nada más. No estoy buscando… —vaciló— una relación amorosa, pero puedo proporcionarles seguridad a usted y a su hermana.

Tragué saliva cuando terminó y asentí.

—Lo comprendo y creo que todo es muy razonable.

David me miró, y la curiosidad que había en sus ojos color avellana me recordó a Peter. ¡Cuánto añoraría sus bromas!

—¿Y usted? Seguramente, busca algo más que dinero.

Forcé una sonrisa.

—No, en realidad, su dinero es lo que me interesa.

Recordé que había rechazado las ofertas de Peter en todo momento, que no había querido nada de él, pero aquí estaba: le pedía lo mismo a un extraño.

—Pero más por mi hermana que por mí misma. Verá, Clara está aquí por *sir* Ronald, pero si este no la corresponde, deberemos alejarnos de su familia hasta que ella se recupere, y deseo que disfrute de otra temporada si es necesario y que disponga de todas las oportunidades que precise para concertar un compromiso feliz. Si al final se casan, puede que necesiten ayuda y deseo estar en posición de ofrecérsela. Yo no necesito amor, como ella, pero no podría soportar que fuese infeliz.

David asintió, plenamente indiferente ante mi arrojo.

—Me parece justo, el precio a pagar para satisfacer las necesidades de mi familia no es muy alto.

Mi familia. Lo dijo como si siempre fuesen a estar separados de mí, separados de nosotras. Clara y yo estaríamos solas frente al mundo, como siempre.

—Deberíamos redactar un contrato —dije, con todo el orgullo que fui capaz de reunir—. Debe ser un acuerdo inquebrantable que no podamos incumplir.

—Mi palabra es tan de fiar como mis actos.

—Me temo que no cederé en este asunto.

Tiré de las riendas de *Grace* para frenarla.

—¿Por qué?

Los ojos se le llenaron de arrugas mientras me escrutaba con la

mirada.

—Porque estoy harta de estar siempre en vilo, no quiero seguir así.

Vaciló y luego aceptó con un asentimiento de cabeza.

—Estoy seguro de que se podrá hacer como me pide.

Regresamos a la casa sin cruzar ninguna palabra más, ambos sumidos en nuestros pensamientos. ¿Así se sintió mi madre antes de casarse con mi padre? ¿Sintió tanto miedo? Ojalá lord Gray la hubiese salvado entonces. Tal vez, como él había dicho, a todos nos habría ido mejor si así hubiese sido.

Capítulo 24

—Ahora no —dijo Clara cuando entré en nuestros aposentos—. No quiero que tus secretos me estropeen la cena, pero después, cuando ese se marche, vas a darme una explicación.

Asentí. Se parecía mucho a nuestra madre cuando estaba enfadada. Clara no me dirigió la palabra mientras Mary terminó de ajustarle el vestido y yo no podía culparla: entre nosotras no había secretos, y yo hubiera estado igual de enfadada y dolida si hubiésemos invertido los papeles.

Clara meneó el brillante traje azul al bajar las escaleras. Yo llevaba uno amarillo y el cabello recogido en un moño alto. Fuimos las últimas en llegar al salón y al hacerlo, mi hermana se alejó sin siquiera mirar atrás. David se reunió conmigo en la puerta, pero a quien yo miré fue al señor Wood que, justo detrás de él, de pie y con las manos en las caderas, me lanzaba dagas con los ojos.

—Buenas tardes, señorita Moore —me recibió David, que se inclinó y luego me tomó del brazo, sin apenas fijarse en mi vestido.

—Señor Pendleton.

Me condujo al comedor y me sentó junto a *sir* Ronald, enfrente de Georgiana. El señor Wood se sentó al lado de su hermana y, mientras comía, iba cortando lo que tenía en el plato aplicando una fuerza excesiva. En lugar de la informalidad que solía reinar en nuestras veladas, el salón se volvió un lugar serio tras la cena. Los caballeros pasaron más tiempo del que acostumbraban tomando oporto y no se pusieron a jugar ni a las cartas ni a ningún otro juego tan pronto como solían. Aquello se parecía más a las veladas de la temporada, en las

que las damas guardaban silencio y pestañeaban mientras los caballeros debatían sobre asuntos importantes.

Cuando el reloj dio las nueve, el señor Pendleton se puso en pie.

—Gracias por invitarme esta tarde, Demsworth, tía Violet. Debería ponerme en camino, ya que tengo asuntos que atender por la mañana.

—Desde luego —contestó *lady* Demsworth, que me miraba con preocupación—. Hemos disfrutado de tu visita.

David se volvió hacia mí:

—Señorita Moore, ¿podría hablar con usted en privado antes de marcharme?

Sentí el peso de todas las miradas puestas en mi persona cuando asentí lentamente y lo tomé del brazo. Peter se levantó, pero su hermana lo agarró del brazo e hizo que volviera a sentarse junto a ella.

—Buenas noches a todos —dijo David, cuya voz distante resonó en mis oídos.

En la entrada, el señor Gregory le hizo entrega de su abrigo y de su sombrero de copa y nos abrió la puerta. Mientras nos acercábamos al carruaje con los brazos entrelazados en aquella fría noche, la gravilla crujía bajo nuestros pies.

—No necesito que me responda de inmediato —comentó cuando llegamos a la puerta. La noche ensombrecía sus facciones—, pero sería un placer pedir su mano. Estoy dispuesto a cumplir con todos sus requisitos y creo que, con el tiempo, llegaremos a ser buenos amigos.

Sin saber qué responder, me aclaré la garganta con torpeza y me tragué aquel sabor amargo que sentía en la boca. David prosiguió:

—Tómese un par de días, asegúrese de que esto es lo que usted desea, que es lo que le hace falta, y luego escríbame. Usted y su hermana serán bienvenidas en mi hogar cuando quieran. Mi hermano pequeño y su esposa han ofrecido su casa, que se encuentra cerca, por si precisan de un lugar en el que alojarse.

Me tomó la mano y, tras dudar un momento, me besó los nudillos. Aquel roce leve se me antojó extraño después de que declarase con tanto convencimiento que no tendríamos más que una relación de amistad. ¿Podría ser cierto? ¿Nuestros encuentros iban a ser siempre así, tan incómodos y forzados?

—Gracias, David —dije en tono neutral.

Nunca me habían besado la mano, incluso aunque llevase un guante como en ese instante, pero no sentí nada. Nada en absoluto.

❄❄❄

Esquivé el salón y volví a subir las escaleras en dirección a mi habitación. Me llevó una hora liberarme del vestido sin ayuda, pero no deseaba hablar con nadie, ni siquiera con Mary, pues temía acabar o llorando o gritando debido a las emociones que me embargaban. Algunas eran el resultado de la frustración que sentía al ver que me esperaba un destino tan terrible y otras, de ver que no podía elegir lo que de verdad quería. Para empezar, ¿tenía alguna otra opción? Nadie más había pedido mi mano.

Acababa de sentarme en el asiento que había junto a la amplia ventana cuando mi hermana abrió la puerta.

—Aquí estás —dijo, sin aliento—. ¿Por qué no has vuelto? Todo el mundo te estaba esperando. ¿Lo has aceptado, entonces?

¿Acaso eran las sombras que llegaban de fuera las que oscurecían los ojos color ámbar de Clara o eran imaginaciones mías?

—Me ha propuesto matrimonio, pero todavía no le he dado una respuesta —dije, y me volví para mirar la luna en lo alto del cielo nocturno.

—Te estás sacrificando por mí y no voy a permitirlo.

—No tengo elección, Clara. Lo hago por nosotras.

—¿Por nosotras? —Se acercó y se quedó de pie frente a mí—. No, gracias. No quiero ser responsable de una decisión así. Nuestra felicidad no depende exclusivamente del dinero. Me niego a creerlo.

—¿Y si *sir* Ronald elige a Georgiana? ¿Qué sucederá entonces, Clara?

No dijo nada, pero apartó la vista. ¿Cómo iba a esperar que todo se derrumbase de este modo? Debía contárselo todo y hacer que comprendiera por qué era necesario que me casase con David, me gustase o no. Mi hermana no merecía que nadie destrozara su mundo, pero se nos había acabado el tiempo. Me apreté los ojos con las palmas de las manos para reprimir las emociones que se elevaban en mi garganta. Hablé con voz suave y dolorida:

—Lord Gray se está muriendo, me lo dijo él mismo antes de nuestra partida, y la carta que recibí de parte del señor Jones confirma que nos dejará en cualquier momento. Evelyn estaba en el teatro con Trenton, lo que significa que han llamado a nuestro primo. He pensado que podría regresar, implorar clemencia y que él proveyese para nosotras alguna clase de sustento, pero el señor Jones me ha informado de que lord Gray lo ha prohibido. No desea volver a vernos.

—¿Qué?

Clara se quedó boquiabierta del desconcierto. Alargué el brazo para tocarla.

—Solo estaremos a salvo si acepto al señor Pendleton.

—Trabajaremos. Juntas.

Mi hermana estaba mareada, no se podía creer lo que le estaba diciendo, al tiempo que trataba de entenderlo. Negué con la cabeza.

—Tú no lo entiendes y me alegro de que así sea. Clara, una de las dos debe estar en posición de proteger a la otra o terminaremos separadas, y no puedo perderte. Me niego.

—*Sir* Ronald me pedirá matrimonio —se obstinó Clara, y se abrazó a sí misma.

—Incluso aunque te lo pidiera, ¿de verdad crees que está en posición de protegernos a las dos?

Era una pregunta que dolía, pero tenía que formularla.

—Sería un sacrificio, pero sí.

—Yo tampoco quiero que se sacrifiquen por mí. David me proporcionará un hogar. Elijo este camino tanto por mí como por ti, por si las cosas no funcionan aquí. Vive a más de un día de distancia y no tiene una relación íntima con *sir* Ronald, por lo que no tendrás que volver a verlo si ese es tu deseo.

Clara negó con la cabeza, decepcionada.

—¿No hay nadie más a quien admires, nadie con quien puedas llegar a comprometerte que no sea un completo desconocido?

Pronuncié su nombre sin pensarlo:

—El señor Wood.

Mi hermana suspiró.

—No es momento para bromas, Amelia. Lo digo en serio. Unirnos a los Wood sería peor que la esclavitud.

Esas palabras fueron para mí como agujas diminutas que se me clavaron en el corazón.

—El señor Pendleton me ha pedido que reflexione a conciencia sobre su propuesta y que le escriba cuando haya tomado una decisión. Eso pretendo hacer mañana y tú serás la primera en saberlo.

Mi hermana emitió un leve bufido, aquello no le gustaba, estaba claro.

—Está bien.

—¿Podrás perdonarme algún día? Tan solo quería otorgarte dos semanas sin preocupaciones. Esperaba contar con más tiempo para planear esto.

—Te perdono —susurró. La emoción le tensaba la voz—. Lo siento,

Amelia, no tendrías que haber cargado con este peso tú sola. No deberías tener que desposarte con un desconocido.

Me abrazó y al hacerlo, los brazos le temblaron de la emoción. «Todo esto acabará siendo un mero recuerdo —pensé—. Lo superaremos».

—La felicidad debe de estar aguardando por nosotras —contesté, más para mí que para Clara.

Pensé en Peter y en la conversación que habíamos tenido sobre nuestras familias y nuestras esperanzas en el arroyo. ¡Qué no daría yo por volver a ese día!

Por quedarme en ese momento.

Por ser libre.

Capítulo 25

Me salté el desayuno y permanecí en la alcoba toda la tarde, pues no deseaba hacer frente a Peter. Era consciente de que nuestra próxima conversación añadiría más leña al fuego. Si la noticia de mi compromiso inminente le resultaba indiferente, me dolería en el alma haber perdido sus atenciones, y si le incomodaba, albergaría la esperanza de que podríamos continuar viéndonos como antes.

Con un dilema así, me resultaba imposible silenciar esa voz interior que me decía que estaba cometiendo un craso error, que tenía que dar al señor Wood la oportunidad de descubrir cuál era mi verdadera situación y calibrar su reacción. Puede que nada cambiase, pero ¿y si juntos lográbamos encontrar una solución a todos nuestros problemas?

Suspiré y extraje un poemario del cajón de la mesa. Admitir mis circunstancias supondría un riesgo no solo para mí, sino también para Clara.

Por mucho que intentase esconderme, una llamada a la puerta interrumpió mi sesión de lectura vespertina.

—Tendrá que disculparme por la intrusión —dijo Georgiana, que entró en mi habitación sin que la invitara—, pero ha suscitado usted un montón de cotilleos escaleras abajo, aunque nadie se atreve a subir y pedirle que nos acompañe. Nadie en condiciones de hacer tal cosa, por supuesto. He tenido que pararle los pies a mi hermano para que no arruinase su reputación en más de una ocasión. —Georgiana resopló cuando se sentó junto a la chimenea apagada—. Tiene un aspecto horrible.

Me toqué el cabello, enmarañado y sin apenas horquillas que lo

sujetasen tras un día de descuido, y solté una carcajada como respuesta a la insolente sinceridad de la señorita Wood.

—Gracias, Georgiana, por su visita inesperada y su humilde cumplido.

Me devolvió la sonrisa, pero sin rastro de amabilidad.

—Vayamos al grano, ¿le parece? ¿Ha aceptado al señor Pendleton?

Así pues, Clara no les había contado todo.

—Eso no incumbe a nadie más que a mí.

—Si también incumbe a mi hermano, no es así.

—¿Cómo podría afectar a su hermano mi noviazgo con el señor Pendleton?

—No sea ingenua, Amelia. La sigue como si usted fuese de la realeza, y si bien me ha llevado bastante tiempo percatarme de ello, resulta evidente que siente por usted una profunda admiración.

Miré al suelo.

—Puede que me admire, pero no conoce mi situación y, de conocerla, no me amaría.

—No estoy de humor para tanto misterio —espetó—. Sería una estupidez que rechazara al señor Pendleton.

—Habla usted con mucha seguridad. Disculpe que no me fíe de la lengua de una serpiente.

Mis palabras eran procaces, pero hoy ya me había hartado de sus injerencias. Curvó los labios lentamente hasta esbozar una sonrisa.

—Pues debería. Tan solo intento ayudarla a que comprenda lo que es mejor para su hermana y para usted.

Cerré los puños y me chirriaron los dientes.

—Tenga por seguro que haré lo más conveniente.

—¿Ha aceptado al señor Pendleton? Eso es todo lo que deseo saber.

Caminé hasta la puerta y la abrí del todo para que se marchase.

—No. Aún no. Todavía estoy sopesando su oferta. Vaya, difunda el cotilleo a la multitud y transmita mis saludos cordiales.

Georgiana se puso en pie y llegó hasta la puerta a paso lento. Si hubiese ralentizado el paso un poco más, la puerta la habría golpeado al salir. En vista de la situación, me fui a la cama dando pisotones y hundí la cara en la almohada para ahogar el grito que me subía por la garganta.

❄❄❄

Me sentí una cobarde cuando entré en el salón antes de la cena. Antes

de que tuviera la oportunidad de encontrarme con Peter, *lady* Demsworth me estrechó en sus brazos.

—Querida mía, he oído la noticia. ¡Qué emoción! David parecía encantado con usted. Ojalá pudiera haberse quedado para el baile de mañana. Tengo la certeza de que serán una pareja dichosa.

—Todavía no lo he aceptado —dije en voz alta, por si alguien estaba escuchando nuestra conversación a hurtadillas.

—Sí, pero eso no es más que modestia, lo que se agradece, querida.

Beatrice me hizo señas desde el otro lado de la sala y señaló al señor Wood con la cabeza. Este se hallaba sentado en su silla habitual junto a la chimenea, con la nariz metida en un libro. Me sonrió para infundirme ánimos. No tenía nada que perder: si Peter ya no deseaba ser mi amigo, yo seguiría en la misma encrucijada, pero ¿habría cambiado algo ahora que David se interponía entre nosotros? Desear que fuéramos amigos, con un noviazgo a la vista, no era más que un despropósito, pero lo cierto es que lo echaba de menos y no estaba preparada para despedirme de él todavía.

Cuando llegué hasta donde estaba, me senté en un taburete enfrente.

—¿Qué está leyendo?

—Un libro —respondió, y pasó la página, decaído.

—Qué interesante. —Me incliné para que me mirase—. Parece decidido a continuar con la lectura.

La arruga que tenía en la mejilla se intensificó.

—Necesito una distracción, perderme en una historia.

Me dio un vuelco el corazón. Su voz no destilaba enfado ni indiferencia. De hecho, sonaba más bien melancólica, algo que no podía soportar. Me incliné más hacia él y susurré:

—¿Le escribo una historia para que estemos seguros de que se pierde en el lugar adecuado?

Alzó la mirada y sus luminosos ojos verdes buscaron los míos. Suspiró y ladeó la cabeza.

—Había una vez un hombre…

—Un hombre poseedor de una curiosa riqueza…

Sonreí y le seguí el juego.

—Que viajó por todo el mundo en busca de un hogar.

Me dolía el corazón, que se me había vuelto del revés en el pecho, y de pronto me fue imposible articular palabra. Peter prosiguió:

—Siempre buscaba algo, a alguien que llenase el vacío que sentía en su interior. Sin embargo, cada vez que creía que lo había encontrado y lo tenía suficientemente cerca, se le escurría entre los

dedos como el agua o el viento, como si fuese imposible que ese alguien se quedara con él. Él se quedó solo, leyendo un libro sobre árboles y agricultura en una silla.

—Qué aburrido —dije en voz baja.

Yo solo pretendía bromear, pero la historia de Peter resultaba demasiado veraz. Agonizaba al saber que sus sentimientos eran tan profundos y el corazón me llegaba a la garganta. Tenía la sensación de que él y yo nos encontrábamos a solas, compenetrados y con la chimenea chisporroteando detrás.

—Entremos —anunció *lady* Demsworth desde la parte frontal de la estancia, lo que interrumpió el momento.

El señor Wood se puso en pie, pero no me ofreció el brazo, sino que echó una ojeada a toda la sala. ¿No podíamos ser amigos, al menos durante el tiempo que nos quedaba?

—¿No me acompañará adentro?

Esperaba que no se percatase de la súplica implícita en mi voz.

—Amelia, prácticamente está comprometida.

Su seriedad estaba ahí de nuevo, muestra de una honradez que había jurado no poseer.

Un día, eso era todo lo que nos quedaba. No podía permitir que los últimos recuerdos que tuviese de él fuesen los de un hombre desolado. ¿No podíamos despedirnos como amigos? Tenía que intentarlo.

—Las damas siempre reciben propuestas de matrimonio —contesté. Me encogí de hombros y traté de esbozar una sonrisa despreocupada.

—Esto es diferente —dijo Peter.

Suspiró y se negó a devolverme la mirada. Al fijarme en la sala, descubrí que éramos los únicos que no estábamos emparejados, por lo que ya no teníamos elección. Peter enderezó los hombros y se miró las botas, indeciso y a la espera. Al fin, cuando los demás llegaron a la puerta, entrelazó nuestros brazos con dulzura. Yo no podía evitar sonreír ampliamente.

—Y ahora debe conversar conmigo —me burlé, y levanté el mentón.

—¿Sobre el asunto que desee?

Me miró de soslayo.

—Sobre cualquier cosa —respondí.

Cualquier cosa.

—¿Conoce bien al señor Pendleton? —preguntó, mientras caminábamos lentamente a la parte delantera de la sala.

Cualquier cosa menos eso.

—Lo conocí ayer.

Se le iluminaron los ojos.

—Entonces, ¿no lo ama?

Resoplé.

—Yo no me enamoro, Peter, ya se lo he dicho.

—Me lo ha dicho —concordó—, pero no la creo.

—Créame. Si acepto al señor Pendleton, será puramente por su dinero y él lo sabe.

Me sonrojé cuando la verdad se desbordó en mi interior como cuando la mermelada se desborda de la tarta. Vaciló cuando llegamos al vestíbulo.

—Así pues, ¿es cierto que su padrastro está a punto de morir?

Me quedé inmóvil. Lo sabía, pero ¿quién se lo había dicho? ¿Quién había desvelado nuestro secreto?

—Fallecerá cualquier día, en cualquier momento.

Peter tiró de mí hacia atrás e hizo señas al mayordomo para que aguardase un momento antes de cerrar la puerta. Me soltó el brazo y se puso frente a mí.

—¿La dejará sin nada, sin dinero ni sustento? ¿Por eso aceptaría casarse con el señor Pendleton?

Si bien no le debía explicación alguna, mi corazón me imploraba que se lo explicase.

—Lord Gray no nos dejará nada. Hace unos días, recibí una carta de nuestro mayordomo y otra de lord Gray. La enfermedad de mi padrastro es grave y ha hecho entrega de nuestras pertenencias a un abogado, quien nos las enviará… adonde quiera que vayamos a continuación. Nunca regresaremos a Brighton. —Se me quebró la voz, pero reprimí las lágrimas—. No me compadezca, Peter. Es exactamente lo que siempre he esperado, pero me avergüenza sobremanera que todo haya salido a la luz, que nos hayan abandonado aquí.

El hombre se pasó una mano por el cabello, con ojos graves y pesados.

—Iré a Gray House de inmediato y hablaré con su padrastro. Esto no es justo, Amelia.

—No —supliqué, y lo agarré del brazo—, por favor, no haga nada semejante. Ya no hay nada que hacer. Tengo la fortuna de haber hallado seguridad en otro lugar; muchas otras mujeres no son tan afortunadas.

—Si se siente afortunada, ¿por qué duda en aceptarlo?

Me tiró de las manos y me atrajo hacia sí. El ardor de su roce me consumió. El mayordomo se aclaró la garganta y me ruboricé.

—Deberíamos entrar —dije, y me deshice de su abrazo.

Cuando me recompuse sentada a la mesa, fui incapaz de desviar la vista de él. No me había mirado de forma distinta cuando le confirmé que, efectivamente, era pobre. Era consciente de que carecía de dote y, sin embargo, me había mirado con cariño cuando sus ojos se encontraron con los míos. Su hermana, en cambio, había dicho que Peter planeaba desposarse con una dama adinerada. ¿Por qué diría ella tal cosa? ¿Acaso nos detestaba a Clara y a mí de tal forma que mentiría para alejar a nuestras familias? ¿No sentía remordimiento alguno por tratar de destrozar las esperanzas de mi hermana para con *sir* Ronald?

Fuera como fuese, un único pensamiento ocupó mi mente en lo que duró la cena y durante los juegos de mímica a los que jugamos en el salón: no había nada sobre mí que desalentase a aquel hombre. Cuanto más admitía yo, más se me acercaba. Eso, por lo menos, era cierto, pero ¿de verdad no le importaba que fuera pobre? ¿Era suficiente el amor? Tenía un último día para descubrirlo y no pensaba desperdiciar ni un momento.

Capítulo 26

Tras ponerme un vestido blanco y un juboncito color esmeralda que abotoné por encima del corsé, salí en busca de Peter por la mañana temprano. La mayoría de la gente ya había desayunado y se había sentado en la hierba para ver a *sir* Ronald y el señor Bratten jugar al bádminton. Golpeaban el volante con tanta fuerza que temía que acabase perforándolos a los dos.

—Está en los establos —me dijo Beatrice, señalando en dirección al este.

No fue necesario preguntarle nada más ni reconocer que mis intenciones eran humillantemente evidentes. Por supuesto, encontré a Peter cepillando la crin de *Summer* con un cepillo grueso, de pie junto a ella. La puerta chirrió cuando la abrí.

—¿Dónde estaba a la hora del desayuno? —preguntó, sin alzar la vista.

Me devané los sesos en busca de una excusa.

—Quería asegurarme de que me había peinado bien.

—Embustera —dijo, y emitió un sonido de desaprobación—. Mañana debe levantarse cuando salga el sol por una vez.

—Mañana pretendo seguir en pie cuando salga el sol —bromeé.

—Piensa bailar toda la noche, ¿no?

Me dedicó una sonrisa torcida.

—En realidad, solo un par de veces.

—Entonces, ¿acudirá al baile el señor Pendleton?

Inhalé hondo y gruñí al exhalar.

—Bailaré con usted, Peter.

Fingió una mueca.

—Pero no se lo he pedido.

Di tres largos pasos en su dirección, lo empujé con las dos manos y le di un golpecito en los hombros.

—¡Me saca de quicio!

Divertido, abrió los ojos como platos ante mi ataque, lo que no hizo sino incrementar mi rabia.

—¿Disculpe?

Dejé caer los hombros y me sentí tan derrotada como cuando mi madre arrojó la partitura al fuego de la chimenea.

—Deseo pasar mi última velada aquí bailando con mi más querido amigo. ¿Acaso es mucho pedir? ¿Por qué ha de cambiar nuestro vínculo?

Peter se quedó inmóvil y su sonrisa desapareció al instante.

—Lo siento, Amelia. Pensaba que…

—Deje de pensar. —Me crucé de brazos y fruncí el ceño—. Me gusta más cuando no piensa.

Peter asintió una vez; parecía horrorizado y complacido al mismo tiempo.

—¿Le gustaría cepillar a *Summer*?

—Sí —exclamé con contundencia y con demasiada rapidez.

Extendió la mano y tomé el cepillo. Rodeé a Peter, que tosió. ¿O fue una risa? Lo oía haciendo ruido tras de mí, como si estuviese restregando la bota contra el suelo sucio.

—¿Su más querido amigo? —preguntó de repente.

El cuello se me puso colorado, pero solo me quedaba un día y quería que fuese perfecto, costara lo que costase.

—Sí.

Me tomó la mano libre y me dio la vuelta para que quedase frente a él. Le brillaban los ojos.

—¿Amelia?

Tragué saliva. Me costaba devolverle la mirada.

—¿Me haría el honor de concederme el primer baile de la noche?

Levanté el mentón y reprimí una sonrisa.

—Sí, gracias, y también deseo el último.

Me apretó la mano antes de soltarla.

—Es suyo.

Pasamos toda la tarde juntos y volvimos a conversar con facilidad, como de costumbre. Me fascinaba lo fácil que era que me entendiese, pues incluso cuando yo no era capaz de expresarme con claridad, él comprendía lo que quería decir, y cuando actuaba con torpeza o

discrepaba, Peter siempre lograba arreglarlo y compensar nuestras diferencias.

El crepúsculo cayó antes de que tuviera tiempo para recuperar el aliento y Mary dispuso mi traje de baile. Era rojo cereza y tenía el escote en pico. Se ajustaba a mi figura y se movía con pompa en torno a mí. Mary me colocó un ramillete de flores blancas en el cabello, en la zona de la nuca, y me pintó los labios con un bálsamo labial de rosas. Me puse los guantes de noche color marfil que me había regalado Peter y seguí a Clara escaleras abajo.

Se me aceleró el corazón cuando llegamos al piso inferior. Éramos las primeras damas en bajar y, por lo tanto, las primeras en recibir los elogios de los caballeros. *Sir* Ronald escoltó a mi hermana al fondo de la estancia y le susurró algo al oído que hizo que se sonrojase. Peter me esperaba al final de las escaleras, con las manos detrás de la espalda, y dio un paso al frente cuando me acerqué.

—Señorita Moore, su belleza resulta inefable esta velada.

Lo habría considerado una chanza de no ser por el rubor de sus mejillas y los labios entreabiertos con los que me recibió. ¿Era cierto? ¿Mi apariencia le afectaba tanto como a mí la suya? Los atractivos mechones de su cabello, el corte elegante del traje que le cubría los robustos hombros y la profunda fragancia a pino y jabón que desprendía me afectaban sobremanera esta velada, con la diferencia de que esta vez no eludiría sus encantos.

Esta vez, me permitiría admirar plenamente al señor Peter Wood.

Me llevó al carruaje que esperaba en la entrada y lo sorprendí mirándome de soslayo de camino. Se rio entre dientes cuando le pellizqué el brazo.

—Lo siento —dijo entre risas—, esto de tratar de comportarme con honradez resulta desesperante.

—Quizá debería buscarme otra pareja de baile —me burlé.

—Esta noche no se alejará de mí, señorita Moore, ni por un momento.

Beatrice y el señor Bratten se unieron a nosotros poco después de acomodarnos y nuestro carruaje se puso en marcha. Mientras escuchaba al señor Bratten parlotear sobre negocios, sentí que Peter me observaba de nuevo. Sus ojos, cuando le devolví la mirada, transmitían firmeza y seriedad, y alcé el mentón mientras me estudiaba. Tardó mucho tiempo en desviar la vista y me sostuvo la mirada con admiración y… ¿podía ser cierto?, con afecto. Me mordí el labio y miré por la ventana que había junto a mí. Las estrellas comenzaban a centellear.

Cuando llegamos a la casa de los Levin, me ayudó a bajar del carruaje y me estrechó contra él. No esperaba que se fuese a congregar una multitud tan cuantiosa en un pueblo tan pequeño: la casa era amplia y rebosaba de suntuosos vestidos y flores. El ajetreo me recordó a Londres y me aferré a mi acompañante para mantener el equilibrio.

Nuestro primer baile se asemejó a nuestro secreto vals en todos los aspectos: ninguno de los dos fue capaz de reprimir la sonrisa y bailamos con todo el entusiasmo que sentíamos. Me dolían las mejillas de la risa, y cada vez que me estrechaba contra él, me estremecía y sentía una ráfaga de nervios. Todo parecía estar en orden de nuevo. Sentía sosiego en el corazón cuando me acercaba a él y este me latía con fuerza cuando me alejaba.

Lo observé durante los siguientes bailes para que pareciese que no nos habíamos separado, a pesar de haber cambiado de pareja. Clara y los demás danzaban y conversaban con la multitud, y no hubo ni un ceño fruncido entre nosotros.

—Parece estar tan en forma como cuando nos conocimos —dijo Peter, casi sin aliento, cuando me encontró sentada en el descanso entre dos bailes—. Y pensar que intentó engañarme y hacerme creer que no podía subir una colina en nuestro segundo día.

Me reí.

—¿Ya ha llegado la hora de nuestro siguiente baile?

—Es casi la una de la madrugada así que, sí, debería ser la hora, pero estoy agotado. Necesito descansar un momento o la defraudaré por completo. Estas damas no bailan con la misma gracia que usted.

El corazón me latía desbocado en el pecho.

—¿De verdad?

—Venga. —Me tomó de la mano—. Necesito salir de aquí un momento.

Peter me condujo por entre el gentío hasta salir al porche, donde se habían agrupado algunas personas. Se le acompasó la respiración, se reclinó contra la barandilla y se ahuecó el pelo.

—Está muy guapo, Peter.

Me mordí el labio y lo admiré a placer. Jamás conocería a un caballero tan agraciado como él. Se irguió, sonriente.

—Esta noche está distinta.

—¿Ah, sí?

La brisa nocturna me templó las mejillas.

—Está feliz, risueña y… libre, supongo.

—¿Con eso espera recibir más halagos?

Me recliné contra la barandilla junto a él y me rozó el brazo con el suyo.

—¿De usted? Siempre.

Me guiñó el ojo. Le sonreí y estiré los hombros. Peter suspiró.

—¿Por qué no me hizo partícipe de su situación, Amelia?

Percibí duda en su voz, pero también necesidad de saberlo.

Me miré los guantes de color marfil.

—Supongo que temía perder la buena opinión que tenía de mí, y Georgiana dijo que…

Peter se puso alerta.

—¿Qué dijo Georgiana?

Le devolví la mirada. Si deseaba descubrir la verdad, debía pronunciar esas palabras esta noche, pues mañana sería demasiado tarde.

—Dijo que la dote es importante para usted, para sus ingresos, y que precisa casarse con una mujer que tenga dinero, porque, de no ser así, se vería obligado a trabajar en Londres como hizo su padre. Jamás le desearía tal cosa a usted.

Se frotó la cara con las manos.

—¿Por qué le dijo eso? Georgiana no tiene ni idea de cuál es mi situación financiera. Por Dios, Amelia, cuánto lo siento.

—Entonces, ¿no… es verdad?

¿Podía casarse solo por amor sin que ello entrañase un gran sacrificio? No me atrevía a albergar esperanzas. Me miró con seriedad.

—Ya se lo he dicho, el dinero no es algo que me falte. —Sacudió la cabeza, frustrado—. Yo deseo una familia y un hogar; no me importa lo más mínimo cuánto me cueste. ¿Puede fiarse de mí y olvidarse de lo que dijo mi hermana?

Asentí, mientras lo miraba insinuante a los ojos, pero en ese instante, la música me arrancó del ensueño.

—¡Oh, Peter, nuestro baile!

—Cáspita —respondió con una sonrisa pícara, y sus rasgos volvieron a la soltura que los caracterizaba—, tendremos que quedarnos aquí fuera.

Le señalé el pecho con el dedo.

—Se lo ha saltado a propósito.

Se encogió de hombros.

—Estoy cansado y usted es una bailarina mucho mejor que yo.

—Es un hombre horrible —bromeé—. Me debe un baile.

Se separó de la barandilla, alzó nuestras manos por encima de nuestras cabezas y me hizo girar hasta que me mareé tanto que me

tropecé con mis propios pies. Me tomó en sus brazos entre risas y volvió a recostarse contra la barandilla. Respiraba con dificultad, la cabeza me daba vueltas y el corazón me palpitaba en los oídos.

—Tenga cuidado o nos desterrarán de verdad —dije, al recordar nuestra broma aquella noche que bailamos bajo las estrellas.

Sin embargo, no me soltó. Me observó con seriedad, como si me estuviese estudiando para esbozar mis facciones.

—¿Recuerda la historia que quería escribirme? Así es cómo la terminaría. —Peter se mordió el labio. Había esperanza en sus ojos claros y sinceros—. Me gustaría tener una pintura en la que usted salga dando vueltas y sonriéndome de esta forma eternamente.

Me flaquearon las piernas. Estudié el modo en el que su pecho subía y bajaba, cadencia que se acompasaba con la mía, y apenas fui consciente de la multitud que se aglomeraba en el porche. Peter señaló la abertura que había en la barandilla, me tomó de las manos y me empujó tras él. Descendimos cuatro peldaños hasta llegar a la suave hierba y entonces miró hacia atrás, como si desease asegurarse de que ningún ojo nos seguía. Me dedicó una sonrisa que denotaba tanta dicha como travesura y se la devolví con naturalidad.

—¿Adónde vamos? —cuchicheé.

—Hay un jardín al otro lado de la casa que los Levin iluminan con faroles por las noches y pensé que le gustaría verlo.

Cuando rebasamos la esquina, se atenuaron las luces de la fiesta. ¿Era una buena idea escabullirme a solas con aquel hombre habiendo tanta gente por allí?

—¿Y si nos ven?

Le tiré de la mano hacia atrás. Peter ralentizó el paso y miró hacia atrás mientras reflexionaba al respecto. Lo observé mientras en sus ojos relucía la comprensión. Sabía lo que ocurriría si nos sorprendían a solas en el baile.

—Su madre —dijo lenta y solemnemente.

Mi madre apenas conocía a mi padre cuando se besaron en el balcón, pero él no sería tan descuidado conmigo. Si alguien me hacía sentir a salvo en este mundo, era él.

—Regresemos —dijo, y negó con la cabeza, como si se estuviese regañando por haber sugerido la idea del jardín.

—No —pronuncié antes de que pudiera evitarlo—, eso no.

Me miró a los ojos intensamente, en busca de algo que no hubiera dicho con palabras. Una sonrisa surgió en sus labios poco a poco y entrelazó nuestras manos. El corazón me aleteaba en el pecho y me sentí como una niña: libre, serena y completamente dichosa, como si

nada en el mundo pudiese lastimarme, como si la vida no me hubiera hecho sufrir jamás.

Peter aceleró el paso y la luz de la luna se deslizó por sus facciones. Se tornó en mi compañero de las sombras, con nuestras manos como único punto de unión, hasta que apareció el primer farol en la entrada del jardín. El paraje resultaba sobrecogedor por su hermosura y fascinante por su perfección.

El farol alumbraba el camino de grava que se extendía debajo del mismo e iluminaba las suaves rosas de color melocotón que florecían en la cercanía. Peter no dijo nada, sino que me observó oler la primera rosa que me encontré, y no pude evitar reír de placer mientras paseábamos por este lugar secreto y apartado. Había otro farol colgado a pocos pasos, pero unos arbustos florecidos lo superaban en altura, pues habían crecido por los muros de madera de cedro.

—Mire el cielo —me dijo Peter después de pasear de la mano un tiempo.

Así lo hice: un millón de estrellas centelleaba por encima de nosotros e inhalé, asombrada por la majestuosidad de su infinitud. Estábamos completamente inmersos en una belleza inenarrable y me puse de puntillas para absorberlo todo. Cuando lo miré, vi que se estaba recostando contra un muro de flores cercano bajo el farol y que se reía entre dientes.

—¿Se está riendo de mí? —pregunté a la defensiva.

—¿De usted? Ni mucho menos.

—Entonces, ¿por qué me mira de ese modo?

Me crucé de brazos, lo que hizo que sonriese incluso más.

—Venga. —Se separó del muro y extendió una mano en busca de la mía—. Lo mejor aún está por llegar.

Lo miré con ojos entrecerrados, divertida, cuando me tomó de la mano. El jardín era infinito, o tal vez paseábamos con tanta lentitud que me parecía que habíamos caminado kilómetros de distancia. Peter me señaló sus flores preferidas e incluso me mostró una constelación llamada Casiopea.

Llegó hasta nosotros una música lejana y supe que habíamos llegado a la linde del jardín. Peter ralentizó el paso y se volvió hacia mí. A la luz del farol, sus facciones estaban relucientes y en sus ojos avisté algo parecido a la desesperación y otra emoción de la que rebosaba que no identificaba.

—Amelia —dijo de pronto, y tragó saliva.

Era manifiesto que pretendía decirme algo, algo serio que lo intimidaba, y un extraño nerviosismo se apoderó de mí. ¿Por qué me

miraba como si la belleza que nos rodeaba no importase en absoluto, como si yo fuese lo único que veían sus ojos? Al verlo vacilar, me pareció percibir una especie de tormenta rugir en su interior, justo por debajo de la superficie. Me hacía una idea de lo que deseaba decirme, pero no podía estar segura. Lo único que sabía era que deseaba que tradujese la expresión de su mirada en palabras.

Hablé con suavidad, una pizca más alto que la música susurrante que flotaba en la brisa:

—He pasado las dos mejores semanas de mi vida en su compañía, Peter.

Hizo que levantara la mano y, tras girarla con delicadeza, la elevó a la altura de sus labios y me besó el centro de la palma.

—La amo —declaró, con la más tierna de las voces.

El corazón me llegaba a la garganta.

—Peter…

Se me quebró la voz.

—Por favor, déjeme hablar. Debo decírselo o me arrepentiré el resto de mi vida.

Tomó mis dos manos, me acercó a él y las besó de nuevo con manos temblorosas. Yo era incapaz de respirar. El amor, o el espejismo del amor, había arruinado a mis padres y los había obligado a tomar una decisión que no habrían tomado si hubiesen tenido tiempo para aclarar sus emociones con sensatez, pero ¿acaso no tomaría yo esa misma decisión con Peter una y otra vez? Lo amaba con cada célula de mi ser. ¿Podría elegir mi propio destino a pesar del riesgo que ello entrañaba? Allí, frente al único caballero al que había amado, eso era justo lo que quería. Oh, cómo lo quería.

Unos ruidos distantes se sobrepusieron a la música lejana y Peter miró hacia atrás para escuchar ese sonido con atención. Parecía un grito. Parecía la voz del pánico.

—¿Qué ocurre? —susurré, y agucé el oído.

—¡Wood! —lo llamó el señor Bratten—. Peter, ¿dónde está?

Peter me miró con las palabras que todavía no había pronunciado en los labios, hasta que los pasos se acercaron, haciendo crujir la grava.

—¿Wood?

—Estoy aquí.

Me tomó de la mano hasta el último momento, y después nuestro punto de unión se disolvió.

—Es Georgiana —dijo el señor Bratten, sin aliento—. Debe venir de inmediato.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Peter, preocupado.

—Ella y Demsworth se han besado delante de todos.

Reculé y respiré con dificultad. ¿Un beso?

Clara.

Sin pensármelo dos veces, salí corriendo del jardín, apenas consciente de que Peter me llamaba por mi nombre cuando lo dejé atrás.

Capítulo 27

Me agarré la falda del vestido y fui directamente al porche. Me salté unos cuantos peldaños de las escaleras que daban a la sala de baile, donde Beatrice fue la primera persona a la que vi. Estaba recostada contra el marco de la puerta, boquiabierta y con el rostro pálido. Miraba al frente.

—¿Dónde está? —pregunté, jadeante, cuando me acerqué a ella.

—En el piso de arriba —respondió, aturdida—. Estuvo a punto de desmayarse. La señora Levin está cuidando de ella.

—Gracias.

Seguí adelante, pero me paré de nuevo cuando Beatrice me llamó:

—Amelia, discúlpeme. Todo esto es por mi culpa.

Extendí los brazos hacia ella.

—¿A qué se refiere, Beatrice?

—Hace varios días, conversamos sobre sus padres una noche y le dije a Georgiana cuán romántico me parecía su beso. De hecho, comenté que un escándalo de tal magnitud merecía la pena por la felicidad recibida a cambio. —Estaba a punto de echarse a llorar—. Sabía que la señorita Wood estaba desesperada; lo vi en su mirada esta noche.

—No —contesté, y le toqué el brazo con suavidad—, sea lo que fuere lo que haya pasado hoy, no es culpa suya.

La mujer asintió y se secó los ojos. A continuación, subí las escaleras. Yo era la que tendría que haberse dado cuenta de lo desesperada que estaba Georgiana. Una sirvienta me condujo a la biblioteca, donde encontré a la señora Levin sentada en un diván junto

a Clara, que había enterrado el rostro en un pañuelo.

—Aquí estoy —dije nada más verla, pero cuando levantó la cabeza para devolverme la mirada, comprendí que no estaba preparada para hacer frente a la aflicción que la embargaba y a lo destrozada que estaba, algo que se veía en cada uno de sus rasgos—. Oh, Clara, ¿qué ha sucedido?

La señora Levin se puso en pie; la amabilidad le suavizaba las facciones.

—Usted debe de ser la señorita Moore. Me alegro de que nos haya encontrado; creo que el escándalo que ha presenciado en el salón de baile la ha conmocionado. Por favor, le ruego que me disculpe. Si hubiese sabido que iba a desencadenarse semejante situación, jamás habría invitado al señor y la señorita Wood a mi casa.

—Por favor, ha de explicarme qué ha ocurrido, pues yo no estaba.

No podía ser tan malo como parecía, debía de tratarse de un malentendido. La señora Levin esbozó una sonrisa triste.

—Discúlpeme. La explicación más sencilla es que la señorita Wood…

—Lo ha besado —intervino Clara, con voz áspera y rota— delante de todos.

—En mitad del último baile. —La señora Levin negó con la cabeza —. Tan solo espero que él planease casarse con ella de antemano, ya que ahora se verán obligados a contraer matrimonio.

Mi hermana reprimió otro sollozo y volvió a sepultar el rostro en el pañuelo, arrugado y mojado por las lágrimas derramadas.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —preguntó la señora Levin, quien me ofreció su asiento—. Ojalá pudiera proporcionarles alojamiento, pero, desafortunadamente, todas nuestras habitaciones están ocupadas con motivo del baile.

—Gracias por todo, señora Levin. Le agradecería que llamase a *lady* Demsworth lo antes posible.

Asintió.

—Pueden quedarse aquí tanto tiempo como precisen, y si hay algo que pueda hacer por ustedes, por favor, háganme llamar.

Asentí en señal de agradecimiento antes de que se dirigiese a la puerta y la cerrase tras ella. En cuanto la habitación se quedó en silencio, me senté junto a Clara, que se derrumbó en mis brazos.

—Soy una ilusa —lloró—. Si ella ha mostrado su afecto con tanta libertad, él ha debido de declararse.

Le froté los brazos y la estreché contra mí, en un intento de no echarme a llorar yo también.

—No eres una ilusa, Clara, para nada. Eres valiente, buena e increíblemente inteligente.

—El amor es un sinsentido; me lo has dicho millones de veces, pero jamás te he hecho caso. Lo detesto a él, Amelia, y a ella la detesto más que a nadie.

—No digas eso, cielo. No permitas que el rencor arrase con todo.

—Dentro de mí no hay nada sino rencor. Jamás amaré a nadie como a él. Me había dado a entender que mis sentimientos eran correspondidos.

—Todavía no conocemos la historia al completo: debemos ser pacientes y escuchar lo que *sir* Ronald tenga que decir.

—Quiero irme —dijo Clara, pasándose el pañuelo por la cara—, pero ¿adónde vamos a ir, Amelia? No tenemos nada… ningún sitio al que ir…

Se me rompió el corazón y pensé en Peter al instante.

Él me amaba.

¡Él me amaba!

Sin embargo, no me había pedido la mano, y aunque me la pidiese, ¿acaso podía aceptarlo ahora? Nunca podría estar con Peter. No de esta forma, no después de que su hermana sellase el destino de *sir* Ronald y destrozase el corazón de la mía a la vez. El dolor que mi compromiso con el señor Wood le causaría sería demasiado hondo.

Tan solo había una opción segura. Tan solo podía seguir ese camino.

—Escribiré al señor Pendleton. Nos está esperando.

Le besé la cabeza.

—Tendrás que desposarte con él —dijo con voz monótona y decidida—. Perdóname, hermana, por el modo en el que te lo recriminé. ¿Qué sería de nosotras si no fuese por tu pragmatismo?

Hice una mueca de dolor al oír aquella palabra, aquella que tantas veces había empleado en contra de Peter. Por primera vez en mi vida, no podía estar de acuerdo: el pragmatismo me había causado profundas heridas de las que jamás me recuperaría.

—Solo me alegro de que él nos necesite tanto como nosotras a él.

Alguien llamó a la puerta y *lady* Demsworth entró rápidamente.

—Damas, apenas sé qué decir o por dónde empezar. He de ofreceros mi más sentida disculpa por el comportamiento de la señorita Wood esta noche. Lo cierto es que nos ha pillado a todos desprevenidos.

—¿Acaso lo planeó todo ella sola? —pregunté, mientras Clara se secaba los ojos y resollaba.

—Oh, sí. —*Lady* Demsworth se arrodilló junto a nosotras, una postura harto informal que no me esperaba de ella—. La actitud de la señorita Wood nos ha sorprendido a todos, pero no deseo importunarlas con lo que ya saben.

—En realidad, desconocemos las circunstancias. —Me aclaré la garganta—. Le agradeceríamos que nos las aclarase.

—Oh, cariño —respondió, y se llevó la mano al pecho—, cuánto me aflige pensar en el dolor que esto os ha causado a ambas. ¿Qué puedo hacer? La señora Levin carece de habitaciones, y aunque me desagrada que se sientan incómodas en nuestra casa, he de insistir en que regresen para que pueda cuidar de ustedes hasta que se marchen. Tengan por seguro que no permitiré que nada las incordie durante su estadía y que mantendré alejados a todos y cada uno de los invitados de su alcoba para que gocen de la privacidad que estoy segura de que necesitan. Soy consciente de que Ronald querrá hablar con ambas.

—¿Dónde está? —pregunté.

—El señor Wood insistió en que partiesen de inmediato y los tres regresaron en el carruaje, junto con el teniente Rawles y el señor Bratten. Si están conformes, compartiremos el carruaje con las Turnball en cuanto estén preparadas.

—Estoy tan avergonzada… —dijo Clara, y se limpió la nariz.

—No más que yo, cariño —contestó *lady* Demsworth—. No tiene nada de lo que avergonzarse, pues sé lo mucho que lo estima. Tiene todo el derecho a llorar.

—¿Nos vamos, Clara? —pregunté, apretándole los hombros—. ¿Vamos a dormir? Todo esto parecerá menos agobiante por la mañana.

—De acuerdo —aceptó con debilidad—. Gracias, *lady* Demsworth.

Capítulo 28

Cuando entramos en el carruaje, Beatrice y su madre, que parecía que habían visto un fantasma, nos estaban esperando en el interior. *Lady* Demsworth dio un golpecito en el techo del carruaje y nos alejamos de la fiesta. Si bien la oscuridad ocultaba las lágrimas de Clara, todavía podía oírla resollar. La estreché contra mí y posó la cabeza en mi hombro.

Todo esto era culpa mía, tendría que haberlo visto venir. Si no hubiese abandonado el baile con Peter, habría advertido el propósito de su hermana y la habría frenado antes de que llevase a cabo el plan del beso, pero ¿cuáles eran las verdaderas intenciones de *sir* Ronald? ¿Amaba a Clara o le complacía verse obligado a casarse con Georgiana? Por mucho que desease saberlo, una parte de mí ansiaba con el mismo fervor no descubrir jamás la verdad. El amor dolía.

Y cambiaba a las personas. El amor que Peter me profesaba había demostrado ser el más doloroso de todos. Sacudí la cabeza para desterrar su rostro de mi mente y me froté las manos hasta que el recuerdo de nuestros dedos entrelazados se desvaneció. Me apreté el pecho con la mano para tratar de contener mis emociones, pero fue en vano: las lágrimas me cayeron con la misma soltura que a Clara. ¿Cómo podía algo tan oportuno y vivificante causar tanto dolor y afligir tanto al corazón? Nunca llegaría a sobreponerme a este amor. Peter se había quedado ahora con una parte de mí.

Acaricié el cabello de mi hermana mientras escuchaba los susurros silenciosos de las demás.

—… no tenía motivos para apresurarse. ¿Quién se lo iba a

imaginar? —dijo *lady* Demsworth en voz baja.

—Es increíble que hayas conseguido mantener la calma. Si yo estuviese en tu lugar, me sería imposible guardar la compostura —comentó la señora Turnball.

—Todavía me tiemblan las manos, Julia. No sé qué espera el señor Wood y qué pretende Georgiana. ¿Y Ronald? Si la rechaza, será su perdición.

—Efectivamente —respondió la señora Turnball, quien hizo una pausa antes de continuar—. ¿Qué opción tienes sino ser fuerte y resistir?

—Lo intentaré, por el bien de Ronald.

Luego, la conversación menguó y oí a Beatrice moverse en el asiento. Quería preguntarle qué había visto, cuál había sido exactamente la reacción al beso, pero no sabía si mi hermana se había dormido y no deseaba despertarla si así era. El carruaje no tardó en pararse frente a Lakeshire Park, cuyas ventanas iluminaban las velas. Cuando llegamos a la majestuosa escalera, nos alcanzaron unas voces que llegaban del salón, situado a pocas puertas de distancia. Vacilé detrás de Clara.

—No pienso abandonar esta habitación. Nos quedaremos aquí toda la noche —decía Peter con voz profunda y seria. Jamás lo había oído hablar con tanta firmeza.

—En ese caso, deja que nos quedemos —contestó Georgiana.

¿Qué estaba sucediendo ahí dentro? Una parte de mí deseaba entrar y reprochar a Georgiana por todo el caos que había ocasionado, pero mi hermana se volvió para mirarme con tal desesperación que la seguí rápidamente antes de que también ella percibiese las voces.

—Señoritas —nos saludó Mary, cuando abrió la puerta de nuestros aposentos, y bajó la mirada para hacer una reverencia.

Debía de haberse enterado de lo acaecido cuando llegaron los demás. Cerró la puerta detrás de nosotras y ayudó a Clara a despojarse del vestido en silencio, para luego hacer lo mismo conmigo. Había dispuesto nuestros camisones en las respectivas camas, así como unas tazas de té caliente en las mesillas.

—Gracias, Mary. Esta noche no aceptaremos visitas —anuncié, mientras arropaba a Clara con esmero.

—Sí, señorita. ¿Hago su equipaje esta noche o desea que espere hasta mañana?

Nuestro equipaje. Por supuesto. El momento había llegado demasiado rápido.

—Espera hasta mañana.

Me dirigí a la mesa con la vela en la mano y extraje una única hoja de papel, una pluma y tinta. Esta carta sellaría mi destino y me rompería el corazón para siempre, pero no tenía elección. David era nuestra única esperanza. «Unirnos a los Wood sería peor que la esclavitud», había dicho Clara. ¿Cómo podía pedirle tal sacrificio por mi bien? Dicha unión la destrozaría, si es que *sir* Ronald no la había destrozado por completo.

Tras tres intentos fallidos de buscar las palabras adecuadas, me decanté por un estilo lacónico:

> *Estimado señor Pendleton:*
>
> *Le escribo para aceptar su propuesta de matrimonio. Mi hermana y yo llegaremos al final de la tarde. Espero que nos perdone por avisarlo con tan poca antelación.*
>
> *Muy atentamente.*
> AMELIA MOORE.

Tras sellar la carta, escribí la dirección en la parte exterior y añadí el nombre completo de David. Me quedé mirando el papel. En realidad, no conocía al señor David Pendleton. No era Peter. Aun así, cerré el tintero.

«No tengo elección», pensé. Una persona no podía tomar dos caminos a la vez, y yo no podía ni pensaba abandonar a mi hermana.

—Mary, quiero que envíes esta carta al despuntar el alba.

Aunque pronuncié las palabras, no logré que sonaran convincentes.

—¿Está segura, señorita Moore? —Tomó la carta y se fijó en la dirección—. Una vez que la envíe, no habrá marcha atrás.

Me paré y dejé caer los hombros.

—Soy consciente de ello.

Mary asintió.

—Por supuesto, señorita. La enviaré.

Después de que Mary me desease las buenas noches, me acurruqué en la cama frente a Clara, que me daba la espalda. Sus hombros subían y bajaban mientras dormía.

Por mucho que tratase de reprimirlo, mi mente revivió cada segundo, cada roce, cada mirada y cada palabra que había compartido con Peter. ¡Cuánto ansiaba oírle pronunciar esas palabras de nuevo, amarrar las cuerdas que nos unían y anudar nuestras vidas en una! No obstante, ahora que Clara y *sir* Ronald se habían separado, para mi hermana aquello sería una tortura y no podía pedirle que viviese con

el hermano de Georgiana ni que fuera testigo de la vida que esta y *sir* Ronald llevarían juntos.

Di vueltas en la cama y me agarré a la almohada. La señorita Wood lo había arruinado todo con un beso. ¿Cómo había justificado sus actos? ¿Era plenamente feliz ahora que quedaría unida de manera indiscutible a *sir* Ronald? ¿Y estaba en lo cierto Beatrice? ¿Georgiana había recreado el escándalo de mis padres para quedarse con *sir* Ronald? De ser así, yo era la única culpable, pues había presentado la aventura de mis padres como una historia de amor y había insinuado que Clara y yo nos sentíamos dichosas e incluso afortunadas de ser el fruto de ese escándalo, aunque la verdad era bien distinta. Me había negado a admitir el pesar, la angustia y los sacrificios que había conllevado dicha elección.

Me senté en la cama y me toqueteé la trenza despeinada. ¿Qué estarían diciendo escaleras abajo, en el salón? Ahora Georgiana estaba arruinada y ella era la única culpable. Si, efectivamente, lo había planeado por su cuenta, *sir* Ronald sufriría si decidía rechazarla, pero lo superaría. Él tenía elección, a diferencia de mi madre y mi padre. ¿Era consciente de ello? Clara todavía lo amaba, de eso estaba segura, y él también la amaba… Lo superarían juntos. Necesitaba hablar con *sir* Ronald.

Salí de la cama, me puse un vestido de día sencillo y una pelliza desabotonada, así como las zapatillas, y tomé la vela.

—¿Qué sucede? —preguntó Clara, que se levantó.

Que me lo hubiera preguntado evidenciaba que no dormía tan profundamente como había pensado.

—Estoy apagando la vela. No pasa nada, Clara.

Quizá esa mentira se haría realidad por la mañana. Tapé la vela con la mano y aguardé un instante antes de salir de la alcoba. Me abalancé escaleras abajo mientras una nueva energía me fortalecía los músculos. Me aseguraría de que Georgiana pagase por lo que había hecho y *sir* Ronald tendría que aclarar sus intenciones de una vez por todas.

Las puertas de doble hoja del salón permanecían cerradas, pero por el resquicio se vislumbraba una luz mortecina. No dudé en abrirlas de par en par y en entrar para descubrir la escena que había ante mí.

—Señorita Moore —dijo *sir* Ronald, quien se levantó de la silla con la sorpresa patente en el rostro.

Estaba despeinado, como si hubiese estado a punto de arrancarse el pelo, y tenía los ojos inyectados en sangre y asustados. No hice caso de su saludo y me fijé en Georgiana, que se encontraba de pie en la

esquina al fondo de la sala, frente a su hermano. Ella frunció el ceño un poco más y abrió los ojos como platos.

—¿Qué ha hecho? —inquirí en voz alta, y caminé hacia ella.

Georgiana se acercó a Peter y lo agarró el brazo.

—Es un asunto privado, señorita Moore.

—Sabe perfectamente que no es así —respondí con voz dura y llena de desdén.

—Señorita Wood, ¿puedo hablar con usted? —preguntó *sir* Ronald, a quien tenía a mi lado.

Dediqué una mirada fugaz a Peter, el único que todavía no se había pronunciado. Tenía los ojos cansados, se frotaba la mandíbula y no quería devolverme la mirada. ¿Se arrepentía de las palabras que me había dicho en el jardín? Tal vez Georgiana le había hecho cambiar de parecer. Miré a *sir* Ronald de nuevo.

—Tan solo he venido para evitar que mi hermana tenga que volver a verlo por la mañana. Ya he escrito al señor Pendleton y nos iremos en cuanto amanezca.

Me di la vuelta, con la intención de abandonar la estancia, pero *sir* Ronald hizo que me detuviera cuando llegué a la puerta.

—Señorita Moore, por favor —imploró—. Por favor, espere. Deje que se lo explique.

—No deseo oír sus disculpas.

—Pero se las ofreceré de todos modos. Le ruego que me perdone. Esta noche… Georgiana me ha sometido a una situación que yo no deseo.

Sir Ronald miró hacia atrás, donde Georgiana y Peter dialogaban intensamente. Henchí los pulmones de aire.

—Entonces, ¿por qué pensó la señorita Wood que esta noche podría besarlo?

—Todavía no he recibido respuesta a esa pregunta. Ella sugiere que yo… —Negó con la cabeza. Tenía los ojos tan rotos y hastiados como la voz—. Sugiere que yo me insinué, pero no es así. Ha de creerme.

A juzgar por las reacciones de los demás, no tenía motivos para no creerlo, pero ¿por qué se afanaba tanto en convencerme de esta verdad? ¿Qué era lo que estaba omitiendo?

—¿Ama a mi hermana, *sir* Ronald?

—Señorita Moore. —Exhaló, como si el mero aire no fuese suficiente para saciarlo—. Amo a Clara con cada fibra de mi ser.

Me obligué a calmarme para no derrumbarme y llorar por el que podría haber sido el destino de mi hermana. A mi querida hermana, alguien que no tomaría ni un penique más de lo que debía, le habían

robado el mayor anhelo de su corazón.

—En ese caso, ¿qué es lo que le impide estar con ella ahora? —pregunté.

Sir Ronald dejó caer la cabeza.

—Dudo que me acepte, estoy arruinado. Si abandonase a la señorita Wood sería una deshonra y no puedo pedirle a su hermana que permanezca a mi lado y sufra las críticas y las humillaciones que, sin duda alguna, me perseguirán.

¿Eso era todo?

—Ha pasado por cosas peores. Eso se lo puedo asegurar.

Alzó el rostro para mirarme con esperanza renovada en los ojos.

—Pero ¿puede abandonar a Georgiana? —pregunté—. Sé que también la tiene en estima.

Negó con la cabeza.

—Nunca he amado a la señorita Wood como amo a su hermana.

Levanté el mentón.

—Ella tiene las manos vacías. Carecemos de herencia y dote.

—Lo sé, pero no me importa. Haré que las cosas cambien pronto y el dinero no volverá a ser una preocupación para mi familia.

Sus ojos eran sinceros y me rogaban que me creyese sus palabras. Así lo hice.

—Así pues, ¿qué hará? Estará arruinado tome el camino que tome, pero solo uno de ellos conseguirá reparar el corazón de mi hermana.

Sir Ronald me tomó las manos.

—¿Tengo su bendición? ¿Le propongo matrimonio?

—Solo si se declara esta noche.

Le apreté las manos y, al fin, esbocé una sonrisa que él imitó. Se alejó de mí y se dirigió a Peter. Lo seguí unos pasos antes de pararme y esperar.

—Wood —dijo con voz autoritaria—, soy incapaz de quedarme de brazos cruzados mientras tratas de persuadir a tu hermana. Me comprometo a darte mil libras a modo de compensación y declaro que me niego a aceptar el acuerdo que seguro que esperas de mí. Espero que podamos seguir siendo amigos. Te pido que me disculpes.

—Ronald —dijo Georgiana sin aliento cuando el hombre hizo una honda reverencia.

—Quédate con tu dinero. Te deseo lo mejor, Demsworth —respondió Peter con solemnidad.

Sir Ronald salió de la sala corriendo y desapareció por la puerta. El señor Wood sostenía a Georgiana en sus brazos, mientras esta sollozaba sin cesar. Me volví para marcharme, pero me paré fuera de

la puerta y escuché a Peter reconfortar a su hermana. De algún modo, todos habíamos salido perdiendo y solo los inocentes se habían redimido.

Subí los escalones lentamente. Esperaba haber dado tiempo suficiente a *sir* Ronald y Clara, pero mi inquietud se acentuaba a cada paso. Necesitaba huir de aquel lugar, aunque solo fuese un momento. Cuando llegué a lo alto de las escaleras, me fijé en que Mary salía del estudio, a pocas puertas de distancia de nuestra habitación.

—Señorita Moore, no he podido pararlo.

—No pasa nada, Mary. Tiene buenas intenciones.

Oí la suave risa de Clara detrás de la puerta y no pude evitar sonreír.

—Ya pasan de las cuatro de la mañana y me temo que no podremos conciliar el sueño antes de marcharnos. Tendré que preparar su equipaje con premura si desean partir al alba —dijo Mary, que se retorcía las manos.

—Creo que yo seré la única que necesitará hacer su equipaje y no tendré prisa.

Mary miró a la puerta y lo comprendió todo.

—En ese caso, me alegro.

El sol saldría pronto. Tal y como había bromeado, parecía que estaría despierta cuando amaneciese.

—Voy a salir a dar un paseo. Volveré dentro de una hora aproximadamente, pero no te preocupes por mí. Clara te necesitará para que la ayudes a vestirse.

—Sí, señorita, por supuesto.

Capítulo 29

Fuera, al aire fresco de la mañana, el rocío relucía por doquier. Los grillos cantarines y los polluelos que se despertaban para tomar su comida matinal me arrebataron de los brazos de la realidad. Me concentré en los sonidos de la naturaleza y el dulce aroma de la hierba mientras paseaba, con el propósito de huir del pesar que sentía en el corazón. Dejé que los pies me impulsaran más y más lejos por los campos remotos hasta que me encontré tan perdida y sola como me sentía.

El amor era sinónimo, efectivamente, de dolor, y amar con tal intensidad significaba que también se podía agonizar con la misma fuerza. Me dejaba sin aliento, tal y como me sentí cuando perdí a mi padre, a mi madre y ahora a Peter. Con tal de pasar otro día más en compañía de mi padre, no dudaría en rechazar todo lo que tenía y olvidarme del orgullo, pero mi amor por Peter era incluso más profundo si cabía.

Entonces, ¿por qué dudaba en arriesgarlo todo por él? ¿Por qué no lo creí cuando me dijo que me amaba? Desconocía cuáles eran sus intenciones, si deseaba desposarse conmigo o no, pero sí que conocía mis propios sentimientos: querría a Peter el resto de mi vida. Lo anhelaba a cada instante.

La luz del sol se asomó por el horizonte, mientras la luna seguía pendida en el este, rodeada únicamente de las estrellas más rutilantes. Era la más hermosa de las visiones: dos mundos que colisionaban. Me paré en mitad de unos pastos, verdes y neblinosos, para observar la aurora, con el corazón dividido entre aceptar un compromiso por

motivos prácticos o arriesgar mi corazón. Si priorizaba a este último, mi hermana se enfurecería conmigo e incluso se sentiría dolida, pero ¿acaso no era mi felicidad tan necesaria como la suya?

El amarillo se disolvió en tonalidades rosas y naranjas en el cielo azulado e iluminó la tierra verde y marrón que descansaba debajo. Se trataba de los primeros albores del día. Pensé en la carta que había escrito a David: con toda certeza, Mary la enviaría en cualquier momento. Se me agotaba el tiempo. Si quería a Peter, esta era mi última oportunidad.

¿Podría ser valiente?

El corazón me latía con tal estrépito en el pecho que incluso lo sentía en las orejas. Me froté los ojos para secarme aquellas lágrimas traicioneras. Respiré hondo para tratar de tranquilizarme.

¿Valdría la pena luchar por el señor Wood y su amor?

No esperé a que mi mente llegase a la misma conclusión que mi corazón. Súbitamente, me volví y corrí de vuelta a la casa para interceptar a Mary y evitar que enviase esa carta, pero ¿llegaría a tiempo? ¿Encontraría a Peter y le ofrecería mi corazón antes de que fuese demasiado tarde?

Sentí una punzada de dolor en el costado mientras el corazón me latía a mil por hora. Estaba tan concentrada en los pasos que daba que no me percaté de que no estaba sola hasta que al fin levanté la vista: un caballo se aproximaba al galope, pero las sombras velaban el rostro del jinete. Fueran las que fuesen las nuevas que portaba, debían de ser urgentes a juzgar por la celeridad de la carrera.

¿Eran imaginaciones mías? ¿Sería él…?

Peter se paró a pocos pasos, se apeó y soltó las riendas. Tenía el abrigo desabrochado y parecía que llevaba varios días sin dormir.

—¿Qué hace aquí fuera? —preguntó con voz preocupada y vacilante.

¿Cómo me había encontrado? ¿Cómo se las arreglaba para encontrarme siempre? Me quedé inmóvil, mantuve la respiración y traté de aclarar mis pensamientos.

—¿Acaso no dije que esta mañana me quedaría a ver el alba? —recordé.

Se acercó unos pasos y luego volvió a pararse, como si hubiese llegado al final de una cadena.

—Mi sirviente está llevando nuestro equipaje al carruaje.

¿Ya? Se había agotado el tiempo, efectivamente. Era ahora o nunca.

Peter frunció el ceño.

—Necesitaba verla y disculparme por todo lo ocurrido, por el dolor

que le he causado y por todo lo que ha hecho mi hermana.

—No tiene nada por lo que disculparse, Peter —dije.

Suspiré. Nada de esto era culpa suya. Bajó la cabeza y se llevó una mano a la nuca.

—Deje de hacer eso. —Extendí un brazo y le aparté la mano—. Acabará quedándose sin nuca de tanto frotársela.

Subió una de las comisuras de los labios grácilmente, pero la tristeza perduró en sus ojos. Resultaba evidente que trataba de despedirse. ¿Qué debería decir? ¿Y si me rechazaba? Le di la espalda y me encaré con el comienzo de un nuevo día. Apenas me había percatado de las flores que se acurrucaban en la hierba que nos rodeaba: desprendían una fragancia dulce y el cielo cambiante magnificaba su hermosura por encima de nuestras cabezas. No podía soportarlo.

El cariño que irradiaba aquel hombre me rozó la espalda y sus manos encontraron las mías. Pronunció las palabras en lo que no fue más que un susurro:

—Lo que dijo en el jardín sobre el tiempo que hemos pasado juntos… ¿lo decía en serio? No me gustaría preguntarme el resto de mi vida si me estima como yo la estimo a usted.

El aire se sosegó en mis pulmones y el corazón se me paró antes de recuperar su ritmo normal. ¿Qué acababa de decirme? Se acercó más a mí y sentí su pecho contra la espalda, como si anhelase aproximarse más, pero temiese que yo fuese a romperme. Mi corazón, no obstante, jamás se había sentido así de vivo y libre. No podía permanecer callada más tiempo. No quería.

—Lo amo, Peter.

Me recosté en sus brazos y sentí su nariz contra la mejilla cuando se hundió en mi cabello, pero justo cuando me volví para mirarlo, se echó hacia atrás y el frío aire matinal ocupó el espacio que quedaba entre nosotros. Regresó junto al caballo y yo fruncí el ceño. Me había quedado sin palabras y el corazón me latía en el pecho con frenesí. Ansiaba su calor, que me estrechase de nuevo entre sus brazos, pero era demasiado tarde: Peter Wood se marchaba y jamás volvería a verlo.

En cambio, abrió la alforja que pendía de uno de los lados de la silla del caballo y rebuscó en su interior, para luego sacar algo y volverse. Con los ojos fijos en los míos, levantó un papel y me lo ofreció. Reconocí los garabatos de inmediato, pues era mi letra.

—¿Dónde lo ha conseguido?

Me temblaban las manos por la sorpresa de sostener otra vez entre

las manos la carta que había dirigido al señor Pendleton.

—Fui a buscarla y su doncella me la entregó, o más bien se la arrebaté cuando me confesó sus intenciones —explicó con voz profunda y ronca, y dio un paso vacilante hacia mí—. Intento actuar con honradez, Amelia. Quiero hacer lo que sea mejor para usted, darle lo que desea y lo que se merece.

Tragó saliva y se pasó una mano por el cabello. Estaba a punto de protestar, de admitir que ni siquiera yo sabía qué era lo mejor para mí, cuando dijo:

—Pero no quiero ser honrado, no quiero hacer lo que sea mejor para usted. Quiero hacer algo por lo que vale la pena luchar, aquello que me convierta en el hombre más afortunado del mundo: quiero amarla.

Exhaló, como si se hubiese quitado un gran peso de encima, y dejó caer los brazos a ambos lados. Nos miramos un instante, con la respiración acompasada. Abrí los labios y me abrumó un calor arrollador cuando sus palabras me llegaron primero a la cabeza y luego al corazón. Me quedé inmóvil. Peter estaba luchando por mí, ¿por qué no luchaba yo por él, por nosotros? Respiré hondo hasta notar el aire en el estómago y en los dedos de los pies. Me hormigueaban los dedos por el deseo de tocarle el pecho, los hombros, el cuello, pero antes tenía una última cosa que hacer.

—¿Sabe qué es lo que deseo? —Con manos temblorosas, rompí la carta en dos—. Deseo un manzanal y la mejor tarta de manzana. —Rompí los trozos en cuatro y al hacerlo elevó las comisuras de los labios—. Deseo ir a París, aprender francés y ver el Sena. —Con cada cosa que decía, rompía la carta una y otra vez hasta que los pedacitos resultantes fueron lo suficientemente pequeños como para que flotasen en el viento—. Deseo una vida llena de risas, de proyectos y de bailes bajo las estrellas.

Me miraba a los ojos mientras el aire se llevaba mis palabras. Dio un paso al frente y el sol naciente impactó contra él a la perfección, pues le iluminó el rostro mientras la confianza manaba en su mirada. Estábamos a centímetros de distancia el uno del otro y el deseo resultaba tangible. Llevé las manos a su abrigo, le acaricié la hilera de botones que tenía en el pecho para luego agarrarle de las solapas y acercarme lo máximo posible sin llegar a tocarle labios con los míos.

—Te deseo ti —susurré, y su estoicismo se hizo añicos.

Antes de que pudiera pensar, antes de que la razón hiciese mella en mí, me rodeó la cintura con los brazos, me aferró la falda del vestido y me estrechó contra él. Sus labios encontraron los míos con la misma

soltura que si ya me hubiese besado de esta forma un millón de veces: de manera intensa, descontrolada y ferviente. Le recorrí los hombros con las manos y seguí la curva de su cuello hasta llegar a su cabello; él subió las manos por mi espalda y se rio mientras nos besábamos, como si tampoco pudiese creerse que nos estuviésemos besando en mitad de un campo a la luz de un amanecer sobrecogedor. Me besó la mandíbula y la comisura de los labios, me levantó del suelo y me giró en dirección al sol para luego estrecharme entre sus brazos y comenzar de nuevo a besarme en los labios.

Cuando me quedé sin fuerzas en las piernas y me sentí satisfecha de sus besos, me eché hacia atrás y respiré con dificultad. ¿Cómo había podido vivir toda mi vida sin conocer tales emociones? ¿Cómo había podido vivir hasta ahora?

—Amelia —pronunció con suavidad, y enterró la nariz en un punto suave de mi mejilla. Me la besó, así como la frente y los labios—. Cásate conmigo.

Recliné la frente contra la suya.

—Tu hermana me detestará y la mía no se sentirá nada contenta con esta unión.

—Así es —susurró, al tiempo que asentía y se mostraba plenamente de acuerdo conmigo—. Nos enfrentaremos a los problemas que surjan.

Me aparté y le miré a los ojos verdes y claros. A pesar de que las ganas de reír de alegría no hacían sino crecer, me sentí abrumada por el modo en que el sol tocaba la tierra detrás de nosotros, detrás de Peter: era la gloria de una luz cuya belleza no tenía parangón. Sonreí, elevando los labios absoluta y descaradamente, y respondí:

—No me importa tener problemas, siempre y cuando esté contigo.

Capítulo 30

Cuando llegamos a un prado, la luz del sol ya bañaba cada hoja de la hierba en todo su esplendor. Tenía los oídos colmados de dulces declaraciones y de promesas incluso más dulces y mi felicidad rebosaba como la pleamar por la tarde. Peter me adelantó por milésima vez, me tomó en sus brazos y me llenó de besos.

El amor era una bendición y no quería que terminase jamás.

Nos acercamos a su carruaje tomados de la mano.

—Ojalá pudiera quedarme —dijo Peter con cara sombría, al tiempo que me rozaba la frente con los labios.

Le rodeé el cuello con los brazos. Si las súplicas sirvieran de algo, le imploraría que se quedase, pero su hermana lo necesitaba a su lado: tenía que remendar su corazón roto. Después, el resto de sus días me pertenecerían a mí. Le toqué la nariz con la mía.

—¿Vendrás a buscarme en cuanto puedas?

—Tan pronto como me lo permitas. Imagino que querrás permanecer junto a tu hermana hasta que se case.

Sonreí mientras nos besábamos.

—Tendré que convencerles de que se casen pronto.

Oí una voz forzada tras de mí y Peter, que me aferró la mano cuando me volví, se echó hacia atrás. Mi hermana, boquiabierta, se llevó una mano enguantada a los labios, mientras *sir* Ronald se reía entre dientes a su lado.

—¿Amelia? —chilló, sorprendida.

Yo me quedé inmóvil, igual de sorprendida. ¿Qué podía decirle? Lo que ella sabía sobre Peter Wood era del todo falso, y eso era, en buena

medida, culpa mía. ¿Cómo podría convencerla para que le abriese su corazón?

—Asumo que he de felicitarte, Wood. —*Sir* Ronald dio un paso al frente y trató de contener la risa—. De no ser así, tendré que echarte de mi casa por segunda vez.

Peter y yo compartimos una mirada divertida, lo que distaba de la de Clara, que tenía el ceño fruncido, cosa que hacía que tuviera el semblante arrugado.

—¿Qué significa todo esto?

Extendí un brazo en su dirección y, cuando estaba a punto de soltar la mano de Peter, comenzaron a pesarme los pies. Por mucho que quisiera consolar a Clara y hacer que entrara en razón, apartarme de Peter sería igual de doloroso. Mi hermana tenía el futuro asegurado y el corazón protegido por un hombre que, de ser necesario, conquistaría el mundo entero por ella. ¿Acaso no merecía yo la misma felicidad?

Me eché hacia atrás y me puse junto a Peter.

—Discúlpame, Clara. Sé que te he ocultado muchas cosas estas últimas dos semanas, y te prometo que jamás volverá a ocurrir, pero si hay algo que tendría que haberte dicho, algo que me oculté incluso a mí misma, es lo mucho que amo a este caballero. —Suspiré, henchida del afecto y la admiración que con tanto esmero había tratado de contener desde que nos conocimos—. No puedo vivir sin ti, mi querida hermana, pero tampoco puedo vivir sin él. Espero que, con el tiempo, tengas la ocasión de conocerlo tan bien como yo y que lo quieras por el buen hombre que es, a pesar de lo que su hermana te ha hecho.

Peter me apretó la mano y Clara nos miró, confundida y afligida. Instantes después, se dirigió a él con el mentón levantado.

—No puede quedarse con ella.

Abrí la boca para protestar de inmediato, pero ella prosiguió:

—No pienso preparar la boda sin ella, ni tampoco permitir que ella prepare la suya sin mí.

El silencio se apoderó de nosotros, que estábamos perplejos, para luego dar paso a la sonora carcajada que soltó Peter.

—Dejaremos que vuelva a su lado el día antes de su boda; ni un día antes.

Peter, cuya ligera sonrisa evidenciaba la gratitud que sentía, me estrechó contra su costado.

—Gracias, señorita Clara.

—Está decidido, pues —intervino *sir* Ronald con alegría, como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal en las últimas horas—.

¿Dejamos que se despidan, amada mía? El cocinero nos ha preparado el desayuno.

—Por supuesto —respondió Clara, con una sonrisa en los labios.

Sir Ronald le besó la mano antes de entrelazar los brazos con los de mi hermana y acompañarla de nuevo a casa.

—Creo que ya nos estamos haciendo amigos —comentó Peter.

Estuve a punto de darle un pellizco. A pesar de todo lo ocurrido, mantenía la autoestima muy alta.

—Tendrás que escribirme cartas.

Traté de sonar valiente, pero tenía el corazón a punto de hacerse astillas. El amor era cruel, efectivamente, por quitarme a Peter con tanta premura. Era cruel, pero merecía la pena.

—Todos los días. De hecho, contrataré a un hombre *ex profeso*. Solo nos separan cuatro horas: podrá esperar a que escribas tu respuesta y traérmela la misma tarde.

—¿Lo dices en serio?

Temía sonar como una colegiala enamorada, pero eso qué más daba.

—Mañana por la mañana, la primera carta estará en camino.

Se inclinó para besarme.

—Ya basta. —Georgiana, que apareció con el cabello enmarañado, salió por la puerta principal. Cargaba una maleta y una pequeña manta en los brazos. Tenía unas manchas rojizas en el rostro, pero no levantó la vista mientras recorría el camino de grava—. Al carruaje, Peter.

—Voy enseguida, Georgiana. Bueno, podrías felicitarnos.

Negué con la cabeza en dirección a él, no quería añadir más tensión al ambiente. Georgiana entraría en razón, pero todavía no era el momento. Con el rostro contorsionado, dijo:

—Le ha salido todo a pedir de boca, ¿verdad, señorita Moore? Mi hermano tiene una casa enorme. Me atrevería a decir que estará usted más que cómoda.

Su hermano se puso tenso.

—Gracias, Georgiana. —Le sonreí con dulzura antes de que él pudiese regañarla. Se adentró en el carruaje como si no me hubiese oído, así que hablé más alto—: Espero pasar muchos años en su compañía.

Toda la eternidad, en realidad.

—Nadie más la aceptaría —dijo Peter, que sacudió la cabeza—. Es otro de los muchos motivos que tengo para amarte.

El corazón se me disparó.

—Me gustaría que en la primera carta que me escribas hagas una relación de los demás motivos.

—Así será, pues. Se cumplirán todos los deseos de tu corazón el resto de tu vida, amada mía.

—Ahora que lo mencionas, no he olvidado que todavía me debes un favor —bromeé, y él me besó y me envolvió en sus brazos.

—Que Dios me ampare. No involucres a Georgiana esta vez, al menos en los próximos seis meses.

Reí y contesté:

—Primero, veremos qué clase de esposo eres. Tal vez, ahora que vamos a ser hermanas, se nos ocurran maquinaciones mucho más interesantes.

Puso los ojos serios, sinceros.

—¿Cómo ha ocurrido todo esto? ¿Cómo, en un lugar al que acudí por casualidad, mientras cumplía una misión de manera fortuita, la vida me ha traído hasta ti?

Lo acompañé al carruaje, le enderecé el pañuelo del cuello y aprecié la anchura de sus hombros una última vez. Nos deleitamos en otro beso, que alargamos tanto como pudimos. Gimió y me estrechó en sus brazos.

—¿Estás segura de que no puedes venir conmigo? Podrías alojarte en una posada cercana o en casa de alguno de mis vecinos. Traeremos a Clara una vez se haya hartado de Demsworth.

Atrapada entre sus brazos, jamás me había sentido tan libre.

—Pronto —respondí—, y luego ya no podrás deshacerte de mí.

Me acarició la mejilla con el pulgar, así como la frente y los labios. Me estudiaba con aquellos relucientes ojos verdes, como si quisiera recordar cada centímetro de mis facciones.

—Cuídate, mi amor. Mi Amelia.

—Te amo, Peter.

Lo dije lentamente y resoplé de pena al ver cerrarse la puerta tras él. Me eché hacia atrás y observé cómo se alejaba el carruaje al tiempo que me agarraba el pecho.

Estaba a salvo. Inconcebiblemente feliz.

Libre.

Capítulo 31

Queridísima Amelia:

¿Acaso fue todo un sueño? Eso me temo, como también temo que esta carta te desconcierte cuando la recibas.

Dormí la práctica totalidad del trayecto, si bien a Georgiana le costó mucho más relajarse. No sé qué decirle o cómo aliviar su dolor. No estoy seguro de poder hacerlo.

Sin ti me siento triste. ¿Ya se han ido los demás invitados? Ojalá pudiera pedirte que te mantuvieras alejada del teniente Rawles, pues se fijó en ti desde el primer día y no me apetecería nada tener que batirme en duelo con un militar.

Mi mansión sigue como la dejé, a excepción del cúmulo de trabajo pendiente que me espera sobre el escritorio, aunque tengo que agradecer tener tanto que hacer para así mantenerme ocupado. Espero que te guste la casa, sé que hay muchas mejoras, pero eso lo dejaré para ti, para que las hagas a tu gusto.

Pienso en ti a todas horas: en tu sonrisa, en tu risa, en la forma en la que frunces los labios cuando te irritan mis chanzas… Eres la persona más valiente, perspicaz y considerada que he conocido en la vida. Apenas te importa lo que opinen los demás, pero te mereces que todos te tengan en alta estima. Si me dispusiese a detallar tu talento, tu amabilidad y tu lealtad, por no mencionar tu hermosura, necesitaría muchas páginas. ¿Cómo

he conseguido convencer a una dama como tú para que me ame? Pasaré el resto de mi vida intentando entenderlo.

Tuyo:
PETER.

❄❄❄

Mi amado Peter:

He debido de pasarme horas mirando por la ventana. Tu pobre mensajero se ha ido a pasear para estirar las piernas después de tan largo viaje; espero que pueda descansar tras el trayecto de vuelta.

Clara y sir Ronald han fijado la fecha de su boda para dentro de una semana. Él ya ha conseguido la licencia matrimonial. No quieren llamar la atención más de lo necesario después del escándalo. Quizá deberíamos seguir su ejemplo.

Las pertenencias que teníamos en Gray House llegarán dentro de unos días. Prepárate para recibir un montón de bultos. ¿Alguna vez te he contado que me apasiona recolectar conchas de mar? Es una broma, amado mío. Ardo endeseos de ver tu casa y de imaginar cómo fue tu infancia en ese paraje. Me siento sola sin tu compañía, ahora que todos los invitados han partido. Sir Ronald está siempre atareado, pero me complace la diligencia con la que trabaja para mejorar la rentabilidad de sus tierras. Entiendo por qué sois tan buenos amigos.

Dale tiempo a Georgiana. De momento, bastará con que le demuestres tu amor.

¡Cuánto te añoro, cuánto anhelo estar en tus brazos de nuevo!

Siempre Tuya:
AMELIA.

❄❄❄

Queridísima Amelia:

Nuestra licencia está preparada. El párroco insistió en que la sacáramos pronto, pues considera que mi hermana necesita tener la influencia de una dama de bien como tú. Estoy a punto de rendirme: solo soy su hermano y no sé qué le diría nuestro padre si estuviese con nosotros. ¿Sigue sin casarse ese tal Pendleton? Quizá deberíamos escribirle y hablarle de su dote.

Hoy he dado un paseo por mi sendero favorito y mientras lo hacía pensaba en ti. Tengo la certeza de que te apasionarán las vistas que hay desde lo alto de mis tierras: el verde se extiende hasta donde llega la vista. Lo veo todo con ojos nuevos y me intriga descubrir cómo veré los árboles, la hierba, el vergel y el cielo cuando estés aquí conmigo.

Te veo a ti ahí donde hay belleza.

Tuyo:
PETER.

❄❄❄

Queridísimo Peter:

Los dos agradecen la carta que ha enviado tu hermana: la mía tiene un corazón demasiado grande como para seguir enojada y a sir Ronald apenas le afecta, ahora que ha conseguido lo que deseaba. Si las disculpas de tu hermana son sinceras, creo que nuestra boda terminará siendo un acontecimiento feliz.

Por cierto, ¡tan solo quedan dos días para que Clara se case! Tengo mariposas en el estómago. Mi hermana no deja de reprenderme mientras escribo estas líneas, ya que voy con retraso y debo vestirme para ayudarla, le voy a dedicar el día. Debemos dar el visto bueno a los adornos de la ceremonia, desde los zapatos que se pondrá a todas y cada una de las flores que se fijará en el cabello. He de confesar que los detalles carecen de importancia en mi opinión, pero pienso cumplir con mi deber. Apenas tengo tiempo para añorarte, pero mi corazón lamenta que no estés aquí.

Las pertenencias que tenía en Gray House llegaron de ayer, poco después de que se marchase tu mensajero, y con ellas recibí

la noticia de la defunción de lord Gray. Temo no ser buena persona, pues casi no siento dolor. A decir verdad, casi me siento aliviada. No le deseo ningún mal, pero espero que ahora se dé cuenta de cómo nos trató y que mi madre le eche una buena regañina.

Te amo, Peter. Muchísimo.
Cinco días más.
Tu AMELIA.

❄❄❄

Queridísima Amelia:

Georgiana dice que me he vuelto un «cascarrabias» sin ti. Por supuesto, le reñí por insultarme, pero con eso solo conseguí que se convenciese más de lo que me había dicho. Imagino que la distancia que nos separa hace que me sienta más frustrado de lo normal. Tan solo faltan cuatro días para que vuelva a estrecharte entre mis brazos.

No me sorprenden tus sentimientos: sé que es mejor no hablar del asunto, pero siento que lord Gray haya fallecido. Si bien comparto la antipatía que le profesas, le agradezco que cumpliese con la promesa que hizo a tu madre y que te mantuviese a salvo todo este tiempo. Si hay algo que pueda hacer para aliviar tu inquietud, escríbeme de inmediato, pues mi sirviente recibe un buen sueldo a cambio ir y venir una y otra vez.

En otro orden de cosas, Georgiana por fin ha abandonado su alcoba y ha empezado a salir para pasar tiempo al aire libre. Noto en ella cierta mejoría, aunque sigue negándose a recibir visitas. La casa está preparada y a la espera de tu llegada.

Te amo, mi Amelia. Espero que la boda de Clara sea lo más bella y feliz posible.

Tuyo:
PETER.

❄❄❄

Queridísimo Peter:

La boda salió como esperaba. Clara estaba radiante: Mary le puso flores en el pelo y el peinado quedó impecable. También encajes. Me temo que será imposible que la iguale en belleza. La ceremonia fue breve y la lista de invitados, reducida, pero fue una jornada estupenda. Sir Ronald acaparó la atención de mi hermana por la tarde y yo ayudé a Mary a organizar mi equipaje. Me alegro sobremanera de que venga a vivir con nosotros. Muchas gracias por aceptarla entre el personal de la casa.

Tres días, amado mío. No puedo esperar más.

Con todo mi afecto:
AMELIA.

❄❄❄

Queridísima Amelia:

La primera visita de Georgiana resultó un desastre. Los detalles del escándalo no han tardado en divulgarse por todos los círculos sociales. Soportó con elegancia las preguntas que le hacían, pero me temo que no volverá a salir de sus habitaciones hasta dentro de unos días.

Me alegro de que la boda fuese una ceremonia tan feliz como esperabas. Yo apenas puedo parar de pensar en la nuestra.

Y ardo en deseos de acaparar tu atención por las tardes.

Tuyo:
PETER.

❄❄❄

Queridísimo Peter:

Tengo todas mis cosas empaquetadas en el suelo de mi habitación. No creo que consiga conciliar el sueño, porque ya queda poco para el mañana, pero lo intentaré.

No te vas a creer lo que llegó ayer de Gray House: una caja con las pertenencias de mi madre, entre las que se encuentra un diario. Voy por la mitad, y lo que cuenta es desgarrador. Amaba a mi padre, Peter. Con pasión. No creo que su amor surgiese de inmediato, pero al leer sus palabras, he comprendido que terminó amándolo. Quizá las historias que él me contaba eran ciertas, al fin y al cabo.

Gracias por permitir que mi hermana y sir Ronald se queden con nosotros, y espero que no sea un inconveniente para Georgina, será duro para ella verlos juntos tan pronto, pero Clara es tan feliz que estoy segura de que ya ha olvidado todo lo acaecido.

Te veré cuando despiertes.

Tuya:
AMELIA.

❄❄❄

—¿Ya estamos llegando? —pregunté a *sir* Ronald.

Clara y él estaban sentados frente a mí en el carruaje. Me temblaban las manos. Había pedido a *sir* Ronald que mirase el reloj más de una veintena de veces. Peter me había dicho que nos llevaría cuatro horas llegar y esperaba que fuera así.

—Esta curva me resulta familiar. Verá la casa en cualquier momento —me respondió con una amplia sonrisa.

Clara reposó la cabeza contra su hombro y yo suspiré.

Faltaba poco.

Al mirar por la ventana, me deleité al ver unos árboles verdes en unas colinas igual de verdes, donde proliferaba hierba del mismo color, tal y como me había descrito Peter. Traté de imaginármelo a él mientras nos acercábamos a la curva. ¿Cabalgaba por estas colinas? ¿Paseaba para perderse en los vastos campos?

—Ah, sí. Recuerdo haber venido de visita de niño. Ya estamos llegando.

Sir Ronald se inclinó hacia la ventana, con la vista fija en el paisaje, y el corazón me latió desbocado en el pecho. ¿Me estaría esperando Peter? ¿Sabía que estaba a punto de llegar?

—¡Ahí! —indicó Clara. Una casa rectangular color marrón se irguió

en la distancia. Era hermosa, serena, regia—. Mira esas columnas. Cielos, ¿por qué no tenemos columnas en nuestra entrada?

Sir Ronald murmuró algo sobre integridad estructural, pero no lo escuché, pues tenía puesta toda la atención en Peter, quien permanecía de pie con los brazos detrás de la espalda, ataviado como si aguardase la llegada de una reina y con la más espléndida de las sonrisas en la cara. Su cabello ondeaba con gracia al viento.

Estuve a punto de abrir la puerta del carruaje yo misma.

Sir Ronald se apeó y ayudó a mi hermana a descender de su asiento mientras Peter se aproximaba a mí. Dejé que me ayudara a bajar, pero no tardé en acortar la distancia que nos separaba. Besarle los labios era tan sencillo como respirar. Me alzó en brazos y me hizo dar vueltas en el aire mientras ambos reíamos en brazos del otro.

Cuando volví a tocar la grava con los pies, me cautivaron la gran altura de la casa y los campos, segados a la perfección y que parecían extenderse indefinidamente a kilómetros de distancia, así como la dulce brisa que levantaba un murmullo entre las hojas amarillentas de los árboles.

—Esto es el paraíso —musité.

Peter me tomó de la mano, la alzó para besarme la palma y respondió:

—Esto, mi amor, es nuestro hogar.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi padre, quien desde el cielo me bendijo con creatividad e inspiración cuando más lo necesitaba.

La historia de Amelia seguiría inconclusa sin la imaginación y la ayuda de muchas personas a quienes estoy muy agradecida.

Gracias a mi querida amiga, Marla Buttars, que me abrió las puertas del mundo de la escritura y me alentó a aprender el oficio, así como a muchos otros que me ayudaron a lo largo de este viaje, incluidos mis amigos, mis lectores beta y el maravilloso equipo de Shadow Mountain.

Gracias a mi hermana, Chelsea Ashdown, quien leyó el primer borrador con ilusión en los ojos y con ganas de ayudar. Me diste ánimos, hermana, y te quiero.

Gracias a mi madre, mis hermanas Jenn y Erin, mi padre, mi familia política y todos mis parientes, por animarme y amarme toda mi vida.

Agradezco de todo corazón a las hermosas escritoras que han revisado mi obra (¿me he pasado, chicas? ¡Es que os quiero!), por compartir conmigo todas sus opiniones, su tiempo, su talento y sus esfuerzos: Arlem Hawks, la que viaja en el tiempo, Joanna Barker, la mejor, Heidi Kimball, la del factor sorpresa, y Sally Britton, la reina de la literatura independiente. Sois mis mejores amigas. Gracias por aguantar los chistes malos, los anacronismos y las comas mal colocadas.

Sobre todo, gracias a Ted por todo, por nuestros hijos, por nuestro

hogar, por todo el amor y el apoyo que me diste durante todo este tiempo. Ni siquiera lo habría intentado si no me hubieses dicho al oído que podía hacerlo. Te quiero.

Por supuesto, gracias a mis hijos y sus bobadas perfectas, y a que me dejaran escribir a cambio de ver la televisión: Sophie, Owen, Henry y nuestro ángel, Simon.

Espero que algún día leáis esta novela y os guste.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:
https://librosdeseda.com/